

TRILOGÍA DESTINOS CRUZADOS II



DEUDA DE SANGRE

MACA SOLER ALBA

D.J.57

DEUDA DE

SANGRE

MACA SOLER ALBA

Título: Deuda de sangre.

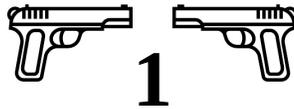
© 2019 Maca Soler Alba.

De la cubierta y maquetación: 2019, Roma García.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

A ti, mamá, que eres el pilar más grande de mi vida y la que siempre me ha empujado de nuevo en brazos de la escritura cuando pienso en mandarlo todo el carajo. Si te digo que te quiero es poco.

Y a ti, abuela, que fuiste, eres y serás la fuente más grande de inspiración para crear historias. Estés donde estés. Te quiero, y te echo de menos a diario, gordita.



Agua.

Agua helada.

Mientras intentaba abrir los ojos a través de las gotas que se colaban entre sus párpados, Peter Fitzpatrick despertaba ahogado en su propia tos. Luego de enfocar la vista, lo primero que vio fue a dos hombres que superaban el metro ochenta y cinco y que le dirigían miradas no muy conciliadoras. Ambos eran completamente iguales físicamente, ojos negros, cejas pobladas y labios carnosos; excepto por unos cuantos rasgos faciales y la manera de vestir que tenían en ese momento. Uno de ellos iba vestido de manera informal, camiseta de tirantes negra y pantalones vaqueros del mismo color, pelo rapado al uno y los brazos llenos de tatuajes de distintos motivos. El segundo más formalmente vestido, con unos chinos de color azul marino y una camisa blanca con el logo de Ralph Lauren en la pechera izquierda, remangada hasta los bíceps, sus brazos libres de cualquier tipo de marca permanente y el pelo un poco más largo, lo justo para que la gomina hiciera su trabajo de mantenerlos en posición vertical. El de los tatuajes sujetaba en su mano derecha un cubo oxidado del que seguramente provenía el agua y tras soltarlo bruscamente en una esquina se acercó lentamente y con una mirada letal hacia él.

—Míralo no más, nuestro huésped ya despertó —dijo el de los tatuajes.

Después de que las palabras salieran de la boca de uno de los hombres recordó qué era lo que había pasado. Su desafortunado encuentro con aquellos dos trajeados en el aeropuerto y cómo había sido descubierto, amenazado y, finalmente, golpeado hasta la inconsciencia. Ahora se

encontraba en una silla, atado de pies y manos, con la misma ropa del día anterior e intentando respirar a través del agua que luchaba por colarse por su nariz, boca y ojos.

Levantando la vista a través de su flequillo mojado Peter miró a sus dos asaltantes con cara de pocos amigos e intentó hablar, pero tenía la garganta seca y cerrada. Un ataque de tos hizo acto de presencia en el momento menos oportuno y volvió a dejarlo otra vez respirando de manera dificultosa.

—Buenos días princesita ¿ya despertaste? —dijo el más formal.

—¿Os importaría soltarme? Llego tarde a una reunión importante —de repente, enfocó su mirada en el de los tatuajes. —Bonitos tatuajes. ¿Eso es una mariposa? Qué viril.

Su comentario sarcástico le valió un puñetazo de fuerza desmedida directamente en el mentón que le puso la cabeza a dar vueltas como si de una peonza se tratara. Desde luego, el de los tatuajes tenía mal genio. Y el pijo seguramente también. Pero si pensaban que Peter Fitzpatrick iba a dejarse amedrentar por un par de gorilas con tatuajes y ropa cara, por muchas armas y balas que tuvieran, estaban bastante equivocados.

Peter escupió a uno de los lados de su silla y se dio cuenta de que estaba sangrando. Por eso le dolía tanto la boca. Recordaba haber recibido un golpe en la cara en los baños del aeropuerto, y aún dolía, dolor que aumentó cuando recibió el segundo sino justo en el mismo sitio, muy cerca de donde había impactado el anterior golpe.

—Vaya derechazo machote. ¿No tienes nada mejor? —dijo sonriéndole a través de los golpes.

El de los tatuajes cambió su expresión por una de rabia incontenible y levantó el puño para propinarle un seguramente doloroso golpe a Peter otra vez, pero el de la camisa de marca extendió el brazo delante del pecho del otro para detenerlo de que lo hiciera. Peter se quedó mirando a ambos con expresión de sorpresa y sin parpadear volvió a sonreír.

—No lo hagas Leo —le dijo al de los tatuajes. —Papá lo quiere vivo, por muy bocazas que sea el pelado.

—Tienes razón Luca...pero solo un golpecito más —se intentó abalanzar de nuevo sobre Peter, pero esta vez, el tal Luca lo recibió con un empujón bastante brusco.

¿Qué no te dije que pararas huevón? Pendejo^[1]...

—¿Qué me dijiste? —el de los tatuajes ahora parecía mucho más enfadado que antes.

—Lo que oíste, pendejo. Deja de actuar como un malparido^[2] y céntrate.

Los dos hombres se enzarzaron en una discusión de la que Peter no entendió casi nada por la rara manera que tenían de hablar y el acento, pero que extrañamente lo divirtió. Su madre siempre decía que tenía una habilidad enorme para crear conflicto hasta en el lugar más pacífico, y juraba por su madre que, si en esta ocasión le servía para salvarse el pellejo, iba a hacerlo cuantas veces hiciera falta. Cuando la discusión estaba en su punto álgido y los gemelos estaban a punto de llegar a las manos, una risa suave que escapó de los labios de Peter lo traicionó y mandó su plan al demonio.

Los dos hombres voltearon para mirarlo y con el ceño fruncido en sus caras se dibujó una expresión fría y calculadora que bien podía ser letal. El tal Luca se alejó de su hermano y con paso rápido se acercó al respaldo de la silla donde tenían atado a Peter y lo cogió del pelo con toda la fuerza que pudo. El dolor laceró el cuero cabelludo del inglés y le hizo cambiar la expresión por un momento a una de dolor, luego volvió a su anterior y estoica expresión facial para no demostrar a ese par de matones que podían hacer con él lo que quisieran.

—¿De qué te ríes tú cabrón? —le dijo el de la camisa al oído con una voz escalofriantemente peligrosa a Peter.

—Suéltame *you son of a bitch*^[3]...

—¿Qué dijiste? —el de los tatuajes sin darle tiempo a responder le propinó una bofetada en el cachete derecho que le dejó la mejilla colorada al instante.

Peter apretó los dientes para aguantar el dolor que ahora le ardía en la mejilla y sin bajar la vista siguió mirando al de los tatuajes directamente a los ojos.

—Es de ser muy hombre golpear a alguien que no está en igualdad de condiciones ¿verdad? Pero claro, tú no tienes pinta de ser muy hombre —dijo acompañando las palabras con una sonrisa.

El agarre del de la camisa en el pelo de Peter aumentó más si se podía y justo cuando iba a recibir otra bofetada, imaginaba que más fuerte, una tenue luz iluminó la estancia y una puerta que antes no había visto se abrió dejando ver a una tercera figura en la habitación. Un hombre de unos cincuenta años,

vestido con un traje de chaqueta gris ceniza sobre una camisa de un gris más pálido caminó despacio en la habitación y cerró la puerta. Apoyado en un bastón con una cabeza de águila y con un sombrero del mismo tono que el de su traje se quedó observando la escena, y justo después de fruncir el ceño, los dos hombres lo soltaron.

—¿Qué pasa aquí muchachos? —preguntó el señor en una voz grave y tranquila.

—Nada padre. Es este señor, que tiene la lengua larga como una serpiente, y parece ser que también tiene ganas de morir joven.

—Pero eso no va a pasar ¿verdad? Porque supongo que nuestro amigo... ¿Peter Fitzpatrick? Sí, Peter, no tiene ganas de morir joven ¿verdad que no señor Fitzpatrick? —preguntó el hombre con una sonrisa y expresión suave.

Peter se quedó mirando al hombre a los ojos sin apartar la vista y no respondió a su pregunta. Sin embargo, tampoco permaneció callado, ya estaba harto de ser el chivo expiatorio de un par de gorilas con pistolas, y si iba a morir, iba a hacerlo con dignidad.

—¿Quién es usted? ¿Una especie de padrino español?

—Ay mira no más, si también tiene humor este hombre —dijo el caballero mientras comenzaba a dar vueltas alrededor de la silla donde estaba Peter. —Para su información caballero, tiene ante usted a Arturo Cuevas, y estos son mis hijos mayores, Leo y Luca Cuevas, seguramente reconozca nuestros nombres ¿verdad?

—No —respondió Peter sin ningún atisbo de miedo en la voz.

—Claro que sí, haga memoria agente. Esa preciosa carpeta con ese bonito informe que decía esas cosas tan horribles de nosotros. ¿Los amos del narcotráfico colombiano? ¿Nada? Qué mal señor Fitzpatrick ¿Su madre no le enseñó que mentir está mal? —preguntó Arturo poniéndole una mano en el hombro.

—*It's none of your fucking business, asshole...*^[4]

—¡Vaya! Si también sabe hablar inglés...

—¿Sabe lo que es el inglés? Pensaba que la gente con su nivel intelectual apenas sabía hacer la O con un canuto.

El comentario le valió un golpe seco en el omóplato que lo dejó por un momento sin respiración y preocupado por su vida, pero un segundo después comenzó a tomar aire en grandes bocanadas y bajó la vista al suelo

intentando recuperarse.

—¿No tiene nada mejor? Pandilla de principiantes...

Otro golpe hizo acto de presencia, esa vez en la espalda de Peter. La mano del tal Leo le dio en un punto justo de la columna que hizo que un millar de escalofríos le recorriera el cuerpo y que por un segundo su cuerpo de cintura para abajo quedara inmovilizado. Temeroso de lo que posibles golpes pudieran causarle decidió que su boca estaría mejor cerrada, o al menos, sin tentar tanto a su suerte.

—*Fuck you, you dickhead...*^[5] —fue lo único que dijo en voz baja después del golpe.

—*Oh really? Watch your mouth before talking little gentleman. We are Colombian, and we talk Spanish, but our second language is English...just so you know...*^[6] —dijo Arturo Cuevas y sonrió.

Tras unos pocos segundos que le tomó a Peter recuperarse del shock de que aquellos tres lunáticos le hubieran estado entendiendo todo el rato mientras hablaba en inglés, se quedó mirando fijamente al trío y soltó una maldición en voz baja. Arturo Cuevas profirió una carcajada en voz alta y se quedó mirando al prisionero con ojos compasivos.

—Ay, pequeño agente. Tiene usted tanto que aprender de los Cuevas. Pero no se preocupe no más. Va a tener usted muchísimo tiempo para aprender. —y tras esta declaración salió lentamente apoyado en su bastón de la habitación dejándolo de nuevo con los gemelos.

Ambos se quedaron mirándolo, calibrando cuál sería el siguiente movimiento que harían con el prisionero, mientras Peter comenzaba a gritar a la puerta ahora cerrada.

—¿Aprender? ¡Pero qué coño dice! ¿De qué está hablan...

Antes de que pudiera continuar su retahíla de gritos el gorila de la camisa blanca bloqueó sus palabras con la mano para impedir que pudiera seguir gritando. Peter le mordió la mano con todas sus fuerzas y continuó gritando a la puerta ahora cerrada, tratando de llamar la atención de quien realmente quería.

Un puñetazo en su mejilla derecha fue lo único que lo hizo callar, y cuando miró de donde provenía el golpe, el tal Luca, sangrando por la mano que había mordido Peter, lo miraba con los ojos inyectados en rabia y sacudiendo el puño.

—No se te vaya a ocurrir jamás volver a desafiar tu suerte de ese modo, porque te juro por Dios que te mato.

—No te tengo miedo, imbécil... —dijo Peter mirando a Luca con ojos desafiantes.

Cuando Luca fue a responderle, la puerta de la habitación se abrió de nuevo y otra vez Arturo Cuevas entró con paso lento, igual que antes, con la diferencia de que esta vez llevaba unas cosas en la mano que le pasó al de los tatuajes justo al cerrar la puerta.

—¿Qué es todo ese griterío señor Fitzpatrick? ¿Cree que alguien va a escucharlo?

—Que te jodan... ¿Qué quieren? ¿Dinero? La policía no va a darles nada. Esto es obstrucción a la autoridad. Suéltenme y todo quedará aquí.

Los tres hombres comenzaron a reírse como si Peter hubiera contado el mejor chiste de la historia, tanto que Arturo Cuevas se encontró limpiándose la esquina del ojo con un dedo a causa de una lágrima que se le había escapado por la risa.

—Es usted en verdad muy divertido señor Fitzpatrick.

—No sé dónde está la gra...

—¡Cállate ya imbécil! —dijo el de los tatuajes con el ya característico acento colombiano que los tres compartían —aquí no hay autoridad. Nosotros somos la autoridad ¿te quedó claro?

Cansado de interrupciones mientras hablaba, Peter lo miró y como quien habla con un bebé le dijo:

—No, ¿puedes explicármelo? Es que en el colegio no me enseñaron a interpretar ladridos de perro. —y sonrió

Una mano tatuada se dirigía directamente a su ojo derecho cuando un grito la interceptó.

—¡Leo! ¡Ya basta! Dije que no más —dijo Arturo Cuevas un poco más alterado de lo habitual.

—Pero...

—Pero nada, no me repliques muchacho o me veré obligado a tomar parte en el asunto.

—Sí padre... —dijo el tal Leo y bajó la cabeza ante las órdenes del patriarca de la familia Cuevas.

Un espeso silencio se instaló en la habitación y solo se vio interrumpido por la respiración de Peter, bastante más agitada que la de los demás

miembros presentes entre aquellas cuatro paredes.

El aire se tornó tan gélido que ambos hermanos dirigieron la mirada automáticamente a su padre. Los tres se aguantaron la mirada durante unos minutos y Arturo Cuevas, antes de salir de la habitación, les hizo un gesto con los ojos y la cabeza. Parece ser que ambos lo entendieron porque, una vez que Arturo Cuevas hubo salido a su habitual paso lento de la habitación se volvieron a mirar a Peter y sonrieron de manera maligna. Uno de ellos, Luca, se posicionó a la espalda de Peter mientras que Leo se quedaba frente a él, dejándolo en medio de ambos y sin salida.

—¿Qué vais a hac...? —las palabras murieron en su boca cuando un pañuelo mojado le cubrió la nariz.

Al momento supo de qué se trataba. Cloroformo. Trató de luchar y no respirar mientras su mente trabajaba apresuradamente para encontrar una solución con la que evitar caer en los efectos del líquido, pero la naturaleza una vez fue más fuerte y se vio obligado a tomar una bocanada de aire impregnada de cloroformo, sabiendo lo que vendría después. Comenzando a sentirse mareado decidió no luchar contra los efectos de aquel líquido y poco a poco fue sumiéndose en una suave inconsciencia que lo engulló de nuevo en la negrura de la que apenas había salido hacía unos momentos.



Leo y Luca Cuevas se quedaron observando como el cloroformo iba haciendo efecto y aquel agente de policía que habían pillado espiando en los lavabos del aeropuerto caía desmayado en una masa de extremidades flácidas.

Cuando se hubieron asegurado de que el prisionero estaba inconsciente del todo, y que no había posibilidad alguna de que despertase, lo desataron y pasando cada uno de sus brazos por los hombros de ambos lo cargaron fuera de la habitación por unos pasillos largos hasta la entrada de la mansión que los Cuevas tenían comprada en España para cuando tenían negocios que

atender. Al final de las escaleras de piedra de la gran entrada estaba estacionada una furgoneta negra de cristales tintados donde debían introducir el cuerpo de aquel inglés presuntuoso.

Lo bajaron arrastrando sin preocuparse de si pudiera hacerse daño en el camino y tras atarlo de pies y manos, vendarle los ojos y amordazarlo lo tiraron en el maletero y cerraron. Dirigiéndose ambos a cada lado del coche, Leo, tomando el asiento del conductor, y Luca, el lugar del copiloto, cerraron las puertas y esperaron a que Arturo terminara de atender las diligencias que lo tenían permanentemente colgado al teléfono.

Apenas diez minutos después Arturo Cuevas salió guardando su teléfono móvil en el bolsillo interior de su chaqueta y con una bolsa de nylon negra en la otra mano. Bajando lentamente las escaleras se subió a la parte trasera de la furgoneta y cuando se hubo instalado en el asiento miró hacia el maletero y observó un momento el cuerpo inmóvil de Peter.

—¿Todo bajo control muchachos? —preguntó.

—Sí padre —respondió Luca mirando a Arturo a través del espejo retrovisor.

—Entonces pongámonos ya en marcha, tenemos trabajo que hacer.



Peter despertó mareado y con ganas de vomitar solo para darse cuenta de que estaba ciego. Tenía los ojos vendados y una mordaza en la boca que le impedía hablar. Estaba tirado en lo que parecía ser, por el traqueteo que sentía, en algún lugar, posiblemente el maletero, de un coche. Como no podía hablar, ni moverse con libertad, porque también estaba de nuevo atado de pies y manos, comenzó a agitarse golpeando todo lo que encontraba a su paso y a emitir sonidos extraños con la boca con la finalidad de llamar la atención de sus captores. Arturo fue el primero en darse cuenta y habló con voz tranquila.

—Señor Fitzpatrick, buenas noches. ¿Ya despertó? Justo a tiempo.

Escuchó sonidos de puertas abrirse o cerrarse. De repente notó que una brisa de aire fresco le golpeaba la cara. Seguidamente, fue sacado bruscamente de donde quiera que estuviera metido y la venda que cubría sus ojos azules fue también movida del lugar donde se encontraba anteriormente. Tenía la vista borrosa y aunque era de noche, le costó un poco adaptarse a la luz de la luna que bañaba el lugar. Tras unos pocos segundos de conseguir enfocar la vista y ver con claridad miró a su alrededor.

Frente a él se encontraba un gigantesco edificio en color marfil coronado por unas escaleras de mármol blanco y un par de columnas enormes que daban la bienvenida a una puerta, igualmente gigantesca de madera oscura. Dio una vuelta sobre sus pies, ahora desatados y observó que delante de la gigantesca mansión había un camino de árboles que hacían de entrada a la finca y que todo lo que se veía hasta donde alcanzaba la vista estaba cubierto por un hermoso césped verde brillante recién regado, a juzgar por el olor que entraba por las fosas nasales de Peter.

No reconoció el lugar de ninguna revista o de haberlo visto antes en la televisión, así que intentó preguntar dónde estaba solo para darse cuenta de que seguía teniendo la mordaza puesta. Arturo pareció darse cuenta de las intenciones de Peter de hablar y fue él mismo quien le desató el pañuelo que le obstruía la boca. Antes de que pudiera articular palabra, habló él:

—Bonita ¿verdad? Es el orgullo de los Cuevas. Ha costado sudor, sangre y lágrimas levantar este lugar... —dijo Arturo con aire soñador —leo, Luca, id a avisar al servicio de que hemos llegado para cenar, y buscad a vuestra hermana y decidle que tengo ganas de verla. —tomó una honda bocanada de aire —ah, sí, que placer da volver a estar en casa.

—¿Ca...casa? —preguntó Peter curioso.

Arturo Cuevas lo miró y sonrió levemente antes de responder.

—Sí, casa, señor Fitzpatrick. Se encuentra usted en Villa Lolita, el hogar de cuna de la mayoría de la familia Cuevas en Bogotá. Bienvenido a Colombia.



¿Colombia? ¿El país sudamericano? No podía ser verdad.

Una risilla nerviosa se instaló en su cabeza negándose a aceptar las recién llegadas noticias. ¿Cómo iba a estar en Colombia? No había estado tanto tiempo inconsciente... ¿o sí?

Con un millón de ideas surcándole el cerebro, Peter volvió a dar una vuelta sobre sus pies boquiabierto para comprobar por segunda vez, si aquello podía ser cierto. El clima era cálido, pero con una humedad palpable en el ambiente solo propia de aquellos países situados en la zona sur del continente americano, pero se negaba a aceptar la idea de que pudiera haber llegado en tan poco tiempo a Colombia y sin apenas haberse percatado.

—Ya, sí, muy buena broma. ¿Dónde narices estamos? —demandó con la voz más dura que pudo.

Arturo Cuevas lo miró con una expresión suave en el rostro, como quien se reprime de reñir a un niño travieso que no entiende que lo que ha hecho está mal.

—Ya se lo dije antes. Está usted en mis tierras en Bogotá, capital de Colombia.

—No puede ser.

—Entiendo su shock por el cambio de horario y clima tan brusco, pero ¿por qué iba a mentir con algo así? —le miró inquisitivamente.

—No sé...por joderme ¿quizá? Cosa que llevan haciendo casi veinticuatro horas, por cierto.

—Al contrario de lo que usted pueda pensar señor Fitzpatrick, no somos tan malos como usted quiere pensar —dijo Arturo Cuevas como intentando justificar sus acciones anteriores.

—Ya claro, y en el infierno hace fresco de vez en cuando —dijo burlándose.

El señor Cuevas cambió la anterior expresión de normalidad por una fría y distante, acto seguido se dio la vuelta dándole la espalda a Peter y miró por un rato en silencio la impresionante fachada de su mansión. Majestuosa y elegante, se alzaba en medio de una finca, en su mayoría rodeada de verde, dándole al lugar un aura especial, de ensueño. Tras suspirar en voz alta se volvió de nuevo a mirar a Peter y éste pudo observar un cambio en la mirada del caballero. Tenía una expresión triste y vacía, como si algo estuviera atormentándolo. La reconocía porque era una mirada que se había acostumbrado a ver, tanto en la comisaría, cuando tenía que interrogar tanto a asesinos como víctimas, como cuando examinaba su imagen reflejada en el espejo de cuerpo entero que tenía en la habitación de su *loft* de soltero. Era una expresión vacía, con ansias de recuperación, pero con un peso tan grande sobre sus hombros, que hacía casi imposible a la persona luchar contra el sentimiento que reflejaba.

En su caso había sido porque llevaba demasiado tiempo viviendo a su suerte y solo, y estaba comenzando a sentir el peso de la soledad sobre sus hombros. No es que necesitara compañía o algo parecido, pero ahora que su mejor amigo se había mudado de ciudad para estar con su mujer, no le quedaba nadie más con quien contar en Málaga, y tampoco podía permitirse irrumpir en la feliz vida de casados que Hugo y Nati habían creado por teléfono, por mucho que necesitara hablar con alguien. Era cuestión de principios.

Siempre se había sentido una carga para todo el mundo. Se fue de Londres, muy a su pesar, porque su madre y él tenían diferentes visiones del trabajo que debía desempeñar un policía, y antes de perder a la única mujer que lo quería tal y como era, había decidido emprender su propio rumbo buscando la paz y tranquilidad que no tenía en su Londres natal. Cuando conoció a Hugo, tan similar en personalidad como él, y tan solitario o incluso más que él, sabía que no se había equivocado de dirección. Desde entonces, había compartido un vínculo especial con su compañero de trabajo que se había ido disipando desde que Natasha había entrado en escena. No tenía ningún problema con ella, de hecho, adoraba a Natasha y mataría a cualquiera que se atreviera a hacerle daño o siquiera mirarla mal, pero había cambiado completamente la vida de Hugo para bien, lo cual significaba que ya no eran

tan parecidos entre sí él y su otrora inseparable compañero.

El amor, según le había dicho, lo había cambiado tanto por dentro como por fuera. El hecho de saber que tenía a alguien esperándole en casa con los brazos abiertos cuando llegaba de trabajar lo ayudaba a superar cualquier dificultad que pudiera encontrarse a lo largo del día, por complicada que fuera...y lo odiaba por ello. Vale, no lo odiaba, simplemente, y aunque le costara admitirlo, le tenía una envidia sana impropia de él. Nunca había querido casarse o tener hijos. De hecho, pensaba que estaba mucho mejor como un empedernido soltero de oro, teniendo de vez en cuando alguna que otro escarceo amoroso sin compromiso, y viviendo única y exclusivamente para sí mismo y su bienestar. Pero no podía negar que la visión de su mejor amigo y su ahora esposa era algo que le pellizcaba un rincón remoto de su corazoncito haciéndole a veces desear algo igual.

Mientras divagaba por los confines de su mente, un ruido sordo lo sacó de su ensimismamiento y cuando enfocó la vista se encontró a Arturo Cuevas junto con sus hijos Leo y Luca, que lo miraban con una expresión extrañada. Por un momento se sintió ridículo de haber quedado tan expuesto y distraído en una situación tan complicada como esta, y decidió hablar a fin de no ser objetivo de burla o golpe por parte de sus, ahora oficialmente secuestradores.

—¿Y qué se supone que hago yo aquí?

—Es usted nuestro huésped señor Fitzpatrick, pensaba que le había quedado claro... —dijo el señor Cuevas en tono conciliador.

—¡Pero es que yo no quiero ser vuestro huésped maldita sea! Lo único que quiero es irme para poder volver a mi vida normal y salir de esta pesadilla demente en la que no sé cómo coño estoy metido.

Arturo Cuevas cerró los ojos y negó con la cabeza.

—Me temo que no tiene otra alternativa hasta que decidamos que hacer con usted.

—Pues mira tú qué bien —dijo dejando que el sarcasmo se reflejara en cada una de sus palabras.

De repente una idea apareció ante sus ojos, y sabía que estaba tentado de nuevo a su suerte, pero la cosa no pensaba que pudiera ir peor.

—¿Y vais a tenerme atado de por vida o qué?

Esta vez fue uno de los gemelos, Leo, quien habló por su padre.

—Claro que no, hasta nosotros estamos más civilizados que eso, pero me temo que va a tener que permanecer bajo vigilancia constante señor.

—Mmmm, ¿os fiais de mí? ¡Qué detalle! ¿Y si me escapo en medio de la noche? —dijo mirando fijamente al patriarca del clan Cuevas en señal de desafío.

—No más a usted si le encanta ponerse contra las cuerdas ¿no? Seré breve señor Fitzpatrick. Si a su maravillosa mente se le ocurre la idea de que puede escapar de este lugar, cualquiera de las ciento cincuenta personas que habitan en esta casa, tanto servicio como familia, está autorizada a neutralizarlo y traerlo de vuelta... —sus ojos se oscurecieron. —vivo o muerto. Entiéndalo no más, no podemos permitirnos el lujo de que un agente de la ley ande suelto. —y sonrió.

Peter sopesó las palabras de Arturo Cuevas y luego habló con voz tranquila.

—Entonces no será mucha molestia pedirles que me desaten ¿no? No soy ningún animal de granja.

Arturo soltó una pequeña carcajada y se sacó el sombrero de la cabeza.

—Claro que no señor Fitzpatrick, tengo plena seguridad en que es usted una persona lógica y no va a cometer ninguna locura. Leo, Luca, desatad a nuestro...invitado, —dijo la palabra en un tono que Peter no supo interpretar. —y llevadlo a uno de los cuartos de huéspedes de la planta de arriba. Allí estará bien vigilado.

Obedeciendo las premisas de su progenitor, los gemelos libraron sus manos, pero, para decepción de Peter, no lo dejaron suelto del todo. Lo agarraron cada uno por uno de los bíceps y lo guiaron a paso ligero al interior de la gigantesca mansión por un sinfín de pasillos largos y oscuros, cubiertos de moquetas de color rojo brillante y coronados por varias puertas de madera de caoba. Tras subir por unas escaleras largas y sinuosas accedieron a la segunda planta de la mansión y, haciendo un escáner visual de todo lo que se encontraba a su paso vio pasar ante sus ojos un poco, del seguramente inmenso interior de Villa Lolita. Sin duda debía haber muchos más sitios en aquel lugar escondidos de la vista humana.

Con ganas de seguir viendo exactamente en qué lugar se había metido, se vio, de repente, parado frente a una enorme puerta idéntica a las otras que adornaban el pasillo, con los dos hermanos aún a ambos lados.

—Te vas a quedar aquí... —dijo Luca con aire solmene.

—Mmmmm... —fue lo único que alcanzó a responder.

—Más te vale mantenerlo todo el orden y no crear escándalo o no dudaré

en incrustarte una bala en tu preciosa cabeza. —esta vez fue Leo quien habló con su voz teñida de puro peligro.

Peter hizo un movimiento con la mano para restarle importancia al comentario y estiró la mano para girar el pomo. La habitación que se desplegaba frente a sus ojos era una hermosa suite de lujo decorada con motivos azules y amarillos con el único mobiliario en su interior que una cama de matrimonio, una mesita auxiliar con una lámpara de color azul cálido y unas cortinas a juego. Más allá de la ventana pudo ver una puerta pequeña que supuso que debería ser un baño y suspiró.

—¿Tienes algún problema? —demandó Leo ofendido.

—No...ninguno.

Lo que siguió a su negativa fue un empujón en la parte baja de la espalda de uno de los gemelos Cuevas que terminó de introducirlo en la estancia. La enorme puerta se cerró a sus espaldas y un segundo después pudo oír como la cerradura era echada desde fuera para evitar que saliera. Suspiró. Después de todo seguía siendo un prisionero ¿no?

Resignado a permanecer de momento bajo el amparo de la familia Cuevas en, joder, aún no podía creérselo, Colombia, examinó la habitación en busca de cámaras o micrófonos, pero no encontró nada. Más tranquilo con su intimidad decidió inspeccionar una vez más la habitación, esta vez por placer, quizá darse una ducha y luego sentarse en la cama a...esperar, que era la único que podía hacer por el momento.



Arturo Cuevas entró en Villa Lolita deshaciéndose de la incómoda chaqueta de su traje, la corbata y el sombrero. Odiaba tener que depender de ese maldito bastón para caminar, pero mientras su pierna no mejorara, no podía mandarlo al diablo, que era lo que realmente quería. Mientras apartaba a un lado las prendas que se había quitado vio por el rabillo del ojo una figura delgada y no muy alta aparecer por el lateral de la escalera de acceso al segundo piso. Ahí estaba su pastelito, su tesoro más importante. Su única hija, Laura, y menor del clan Cuevas lo miró con los ojos cristalinos y no dudó un momento en abalanzarse sobre él para darle un abrazo de los suyos.

Sonriendo y acariciándole el pelo mientras ella le daba la bienvenida a casa, le dio un beso en la mejilla y la miró a los ojos.

—Estás preciosa mi amor. Cómo te he extrañado —dijo Arturo acariciándole la mejilla a su hija con el dedo índice.

—Yo también papá...— respondió ella con los ojos vidriosos dándole otro abrazo a su padre.

—¿Qué tal has estado pastelito? —preguntó Arturo.

Laura sonrió ante el apodo que le tenía puesto su padre desde pequeña. Debería pensar que, a sus veinte años, ya era mayor para ese tipo de niñerías, pero adoraba el nombre que le había otorgado su padre, y el simple hecho de ser su pastelito la hacía sentirse feliz dentro de todo el caos que era su vida.

Sorbió por la nariz para evitar llorar otra vez. La llegada de su padre era siempre buena noticia, y no merecía la pena empañarla con lágrimas, aun si eran de alegría. También estaba loca de ganas por ver a sus dos grandullones, porque, aunque se dedicaran la mayor parte del tiempo a fastidiarla por ser la pequeña, los quería más que a nadie en el mundo y sabía con plena seguridad que, aunque a simple vista se llevaran mal, no dudarían ni un segundo en defenderla y protegerla.

—¿Dónde están Luca y Leo? Tengo ganas de darles un abrazote bien grande —dijo ella sonriendo.

La expresión de su padre cambió.

—Eh, sí...ya vienen. Deben de estar desempacando pastelito.

De repente, por la esquina de su ojo derecho, vio a sus dos hermanos subiendo escaleras arriba. Ah, ahí estaban esos dos.

—¡Chicos! —gritó y movió los pies para alcanzarlos, pero se encontró con el agarre de su padre en su brazo impidiéndoselo.

—No vayas aún Laura —se limitó a decir.

—¿Por qué? —eso sí era extraño.

—Porque...están ocupados con un asunto. Dales cinco minutos.

Y ahí estaba lo que siempre empañaba la felicidad que muy pocas veces conseguía en su casa. Los malditos asuntos de su padre y sus hermanos siempre se traducían por algo de dudosa legalidad. Eso era lo malo de su familia. Estaba orgullosa de donde provenía y de ser una Cuevas, pero desde muy joven había mostrado una firme inconformidad con la manera de su padre y sus hermanos de hacer las cosas.

—¿Qué asunto papá? —estaba comenzando a enfadarse.

—Un asunto, —le pellizcó la nariz. —que no debe perturbarte cariño mío.

Toda la alegría que tenía de ver a su padre de vuelta en su Colombia natal se esfumó en el momento en el que su padre empezó a tratarla como si fuera una tarada. ¿De verdad todos se pensaban que por ser la menor de la familia era tan estúpida?

—¿Qué asunto papá? —repitió.

Arturo refunfuñó.

—Ya te dije que no preguntes Laura, ni te metas.

Esas palabras fueron suficientes para enojarla sobremanera.

—¿¡Otra vez con eso papá!? ¡Me prometiste que eso acabaría! ¡Que no te das cuenta de que no tienes por qué seguir haciéndolo maldita sea!

—Cuida esa lengua en mi presencia señorita... —su padre, ahora lejos de su habitual tranquilidad, estaba empezando a enojarse, pero no le importó.

—Entonces deja de hacerlo. ¡Debería darte vergüe...! —su réplica se vio interrumpida por un fuerte grito que la asustó.

—¡Ya basta! Te dije que te callaras Laura. Esto no es asunto tuyo, ya te lo dije. No te metas en los negocios míos o de tus hermanos. Límitate a ser una buena chica y ver, oír y callar —le espetó sin cuidado alguno.

Laura Cuevas guardó silencio y se quedó mirando a su padre fijamente sin reconocer al hombre que ahora se paraba frente a ella. ¿Ver, oír y callar? Estaba harta de ver, oír y callar, de ser la niña buena, de callarse sus opiniones por miedo a decepcionar a su familia. Se acabó, ya era mayorcita para saber de qué iba todo aquello.

—¿Puedo saber al menos quién es? —preguntó fríamente ella sin apartarle la mirada a su padre.

Arturo suspiró.

—No, Laura, lo siento. Olvídate del tema y ya está. Es lo mejor.

Y con esto, se dio la vuelta y caminó escaleras arriba a sus habitaciones para descansar. Su obstinada hija iba a traerlo por el camino de la amargura y, lamentablemente, él ya estaba mayor para esos trotes. La condenada tenía el carácter endemoniado de su madre, cosa encantadora a veces, y exasperante otras. Pero no podía seguir engañándola. Ya tenía veinte años y aunque intentara ocultarle las maldades del mundo en el que vivía, tarde o temprano iba a terminar descubriéndolas, le gustara a él o no.

Laura observó a su padre mientras se iba y se quedó pensando quién

podría ser esta vez el nuevo “invitado” de su familia. Nunca había visto a ninguno de ellos, pero tenía constancia de que ahí habían estado. Tampoco sabía qué era exactamente qué pasaba con ellos, pero algo en su interior le decía que tampoco iba a gustarle la respuesta a esa pregunta. Estuvo a punto de rendirse ante la idea de descubrir algo cuando recordó la condescendencia con la que siempre le hablaban Luca, Leo y su padre, y le hirvió la sangre. Estaba harta de ser la joven e inexperta Cuevas. Estaba preparada para descubrir qué estaba pasando esta vez tras su viaje de vuelta desde España. Y, menuda suerte, esa noche pintaba maravillosa para hacer unos cuantos descubrimientos.



Era bien entrada la noche en Villa Lolita, aproximadamente las tres de la madrugada. Todos dormían y la casa estaba desierta. Solo quedaban un par de personas de servicio en la cocina, pero tampoco había peligro de que la descubrieran. Descalza y caminando sigilosamente por los pasillos de la planta alta de la casa, Laura Cuevas buscaba a tientas la habitación donde debía de estar el ‘invitado’ de su familia esa vez. Probando suerte en la primera puerta que se encontró giró el pomo despacio y abrió. Nada, vacía.

Suspirando resignada siguió avanzando por el largo pasillo, ralentizando el paso a medida que pasaba por delante de la habitación de su hermano Leo y expulsó el aire que había estado reteniendo cuando ya estuvo a salvo de ser pillada. Llegando al final del pasillo para bajar a la planta de abajo pasó por delante de una de las habitaciones desocupadas y escuchó movimiento dentro. Se paró frente a ella y pegó la oreja a la madera. Solo se escuchaba un leve murmullo de agua correr que, seguramente provenía del baño, pero nada más. Decidió probar a entrar con la excusa en mente preparada por si resultaba ser una de las habitaciones de servicio. Acercó la mano al pomo y lo giró muy despacio. Nada. Mierda, estaba cerrada con llave.

Buscando rápidamente una solución al problema que ahora se le presentaba dio un par de vueltas frente a la puerta masajeándose las sienes y...zas, ahí estaba. Agachándose frente a la cerradura de la puerta se sacó una de las horquillas que le agarraban el moño que siempre se hacía para dormir, cerró el ojo izquierdo y observó la cerradura. Bien. Si sus hermanos no la habían enseñado mal, no le resultaría muy difícil abrir aquella puerta. Cerrando los ojos miró al techo y pidió que su plan funcionara. Mordiéndose

la lengua, metió la horquilla en la cerradura y giró un par de veces con la oreja pegada a la puerta a la espera de escuchar el ‘clic’ que abriría la puerta.

Clic. Ahí estaba.

Aún de rodillas en el suelo vio como la puerta se abría un poco sin hacer mucho ruido. Se levantó y empezó a bailotear por el pasillo para celebrar su triunfo, luego se acordó de lo que había ido a hacer ahí. Alisándose la ropa entró despacio en la habitación y cerró a su espalda.

—¿Hola? —dijo en un susurro.

Nada. El silencio y el tenue correr del agua en el baño fueron la única respuesta a su pregunta. Inspeccionó la habitación con la mirada y vio que todo estaba como siempre, excepto por las sábanas un poco removidas y unas cuantas prendas de ropa desperdigadas por ahí. Frunció el ceño y volvió a intentar recibir respuesta.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —dijo, esta vez alzando un poco más la voz.

De nuevo no recibió respuesta alguna de quienquiera que fuera la persona que estaba en la habitación con ella, y estaba empezando a enojarse. Avanzó con paso firme a través de la moqueta de la habitación decidida a enfrentar a quien estuviera ahí y estaba ignorándola.

—Sé que hay alguien ahí. Así que más vale que me... —las palabras murieron en su boca al mismo tiempo que un hombre salía del cuarto de baño sacudiendo la cabeza.

El tipo que acababa de salir del baño iba únicamente cubierto por una toalla blanca que llevaba atada alrededor de la cintura y tenía el resto del cuerpo...desnudo. Desnudo y completamente impresionante. Era un hombre alto, de piernas largas y brazos igualmente largos, pecho ancho y musculoso y pelo con una ligera melena que le quedaba bastante bien. Lo único que no había podido verle aún era la cara.

Con la boca abierta observó como el desconocido se sacudía las pequeñas gotitas de agua que caían sobre sus hombros anchos a causa de la reciente ducha y como, por la fuerza de la gravedad, iban bajando lentamente por su pecho, cubierto por una fina capa de bello oscuro, hasta llegar a la cinturilla de la toalla y desaparecer por las profundidades de lo que aquel artilugio escondía debajo. Sacudiendo la cabeza para librarse de los pensamientos que se le venían a la mente levantó la cabeza y se quedó observando al hombre con el ceño fruncido a la espera de que él se diera cuenta de que no estaba solo.



Peter salió de la ducha un poco más relajado, pero todavía pensando en qué podría hacer para salir de ese sitio. Estaba secuestrado y no podía hacer nada para remediarlo, maldita sea.

Después de horas de pensar en cómo podía mejorar su situación decidió dejar la hostilidad a un lado y simplemente esperar a ver qué sería lo siguiente que le depararía en aquel lugar. Durmió un rato y cuando se levantó se miró el cuerpo pegajoso por el sudor que le producía aquel ambiente tan húmedo. Una ducha no estaría mal. Que estuviera secuestrado no significaba que no podía estar limpio, mucho menos si sus propios captores le habían proporcionado un cuarto propio con todo lo necesario.

Se dio una larga ducha caliente para mitigar el dolor de sus músculos agarrotados y dejó que el chorro de agua se llevara por el desagüe un poco de la espantosa experiencia que había tenido que vivir en las horas anteriores.

Salió del baño y automáticamente notó la presencia de alguien más en el cuarto. Siguió sacudiendo la cabeza para hacer tiempo y poder pensar una estrategia de contraataque, en caso de que el nuevo visitante viniera con ganas de pelea. Pero nada ocurrió. Lo único que escuchó fue una respiración y nada más. Pensando que sería uno de los dos gorilas se preparó para sorprenderlo.

Cogiendo fuerza con los pies levantó la cabeza y embistió a la figura que se encontraba, si su oído no le fallaba, justo enfrente. Ambos rodaron por el suelo unos cuantos metros hasta acabar junto a una de las patas de la cama y, cuando consiguió acabar encima de su visitante se levantó apoyado en las rodillas dispuesto a darle el golpe de gracia, aunque luego le costara unas cuantas palizas más.

No sabía que le sorprendía más, si ver que la figura que estaba debajo de él no era de uno de los gemelos, sino de una chica morena y pequeña, o que ésta, justo después de haberse levantado sobre ella, le diera un derechazo en

la mandíbula que lo mandó de nuevo al suelo. Frotándose el lugar del puñetazo se levantó y se apoyó con una mano sobre las rodillas, mientras que con la otra se frotaba la barbilla buscando aliviar el dolor.

Laura rodó por el suelo para levantarse a toda prisa después de haberle propinado a aquel imbécil un puñetazo justo en el hueso de la mandíbula que no olvidaría nunca. Cuando pudo estabilizarse, adoptó la postura de combate que le habían enseñado sus hermanos de pequeña y se preparó para darle otro golpe si así era necesario, pero el tipo estaba agachado y frotándose el lugar donde le había golpeado.

—¿Quién eres? —le preguntó con voz temblorosa para intentar poner en paz sus nervios.

Peter levantó la vista frotándose aún la mandíbula y observó con el ceño fruncido y en silencio a la pequeña figura que ahora se paraba en posición de combate frente a él. Era una chica bajita y delgada, llevaba el pelo rizado recogido en un moño en lo alto de su cabeza e iba vestida con un discreto conjunto de *shorts* y camiseta de tirantes negros que, según imaginaba, usaría como pijama. Tenía el ceño fruncido y la respiración agitada, pero a la vez, su expresión denotaba rabia y enfado. Era una chica mulata con los ojos más negros que había visto en su vida, y mientras el dolor de su mandíbula se iba relajando siguió mirándola sin saber qué hacer.

—¿Quién eres? ¡Respóndeme carajo! —demandó ella.

—¿Quién eres tú y por qué estás aquí, niña? —preguntó Peter mientras cruzaba los brazos a la altura del pecho.

¿Niña? ¿Acababa de llamarla niña? Oh, eso sí que iba a costarle una buena reprimenda. Cuando movió los pies para avanzar a darle otro golpe a aquel hombre por haberle llamado niña se quedó mirándolo fijamente y se dio cuenta de que estaba terriblemente malherido. Tenía un ojo amoratado por un golpe, el labio exhibía un pequeño corte que hacía juego con otro que tenía encima de la ceja. En el lateral del ojo izquierdo tenía otro moratón reciente que había hecho que le saliera un derrame en el globo ocular que empañaba la blancura que había alrededor de aquellos profundos ojos azules. Dios mío, estaba destrozado.

Tapándose la boca de asombro abrió los ojos como platos y se acercó rápidamente a su atacante con gesto de preocupación.

—Oh dios mío ¿qué te pasó? Estás herido. —preguntó mientras alargaba la mano para tocarle la mejilla enrojecida.

—¿Que qué me pasa? Pasa que me acaban de dar un rechazazo en la mandíbula que me ha hecho vibrar hasta las orejas. Y yo que pensaba que las palizas habían parado por un tiempo —dijo mientras le golpeaba la mano para apartarla.

—Lo siento, no pretendía golpearte. ¡Tú me atacaste primero! —dijo a modo de disculpa.

Peter miró hacia abajo a aquella pequeña matona. Era unos veinte centímetros más baja que él y, sin embargo, le había propinado tal golpe que se le había removido hasta el cerebro. Y ahora, parecía estar preocupada por el precario estado de su cara debido a los golpes.

—Pensaba que era uno de esos dos gorilas... —de repente se dio cuenta de lo que hacía. —y no tengo por qué darte explicaciones a ti que eres una completa desconocida y seguro que parte de esta familia de locos, así que largo de aquí.

¿Familia de locos? Esto ya sí estaba pasando de castaño oscuro.

—Cuida tu lengua cuando hablas de mi familia, chalado.

—¿Familia? Ah, claro. ¿Qué vienes, a pegarle tú también al pobrecito policía secuestrado?

—Oh dios mío, ¿eres policía? —preguntó tapándose de nuevo la boca con los ojos abiertos de par en par.

—Sí, ¿no te dijeron tus estupendos familiares? —dijo sonriendo sarcásticamente.

—No...yo...no sabía nada, te juro. Solo venía a ver qué pasa...espera.

Tras aquella retahíla de palabras sin sentido en un cerrado acento colombiano, la chica salió disparada del cuarto y volvió dos minutos después con una caja en la mano.

—Siéntate, voy a ayudarte con el golpe —le dijo en tono tranquilo.

—¡Y una mierda! ¿Por qué iba a fiarme de ti?

—¡Ya cállate! Estás alzando demasiado la voz... —le dijo mientras se acercaba —ahora siéntate en la cama o te sentaré yo de otra golpiza.

Para su sorpresa, Peter se encontró obedeciendo a la pequeña muchacha y sentándose en la cama sin rechistar.

—Buen chico —dijo ella sonriendo.

Laura sacó unos cuantos potingues de aquella caja blanca y empezó a examinarle las heridas de la cara. Poco a poco fue aplicándole ungüentos para desinfectarle las heridas y poniéndole apósitos en aquellas heridas más

graves.

—¿Por qué haces esto? —preguntó extrañado ante el toque de la chica.

—Porque odio ver gente malherida, y más si es por culpa de los, según tú, gorilas, que supongo que son mis hermanos, Luca y Leo.

—¿Tus hermanos? —dijo con sorpresa.

—Sí... —se quedó callada por un momento —soy Laura Cuevas, la menor de esta familia, y no voy a hacerte daño.



Peter resopló con fuerza.

—¿Y se supone que tengo que creerte? Eres la hija de un mafioso.

Laura levantó la vista de la crema que estaba guardando en la caja y con un movimiento en seco de la mano le dio a Peter un golpe en el tabique nasal con la parte interna de la muñeca. Oh dios, otra vez su mal genio saliendo a reducir. No podía controlarlo, siempre que alguien la agredía verbalmente a ella o a su familia, se le escapaba algún golpe involuntario o alguna palabra malsonante de las que su padre le tenía prohibidas.

—¡Au! —gritó frotándose la nariz.

—Ay, lo siento, perdóname...fue involuntario, de verdad —dijo a modo de disculpa.

—Sí, claro. Involuntario mis cojones...ay, maldita niña.

Esta vez Laura le dio con la palma de la mano abierta en la nuca.

—¡Eh! ¿Eso también fue acto reflejo? —preguntó enfadado.

—No, eso fue simplemente porque me gusta golpear a idiotas, y tú eres el más grande que mis ojos han visto en veinte años —al ver que él se le quedaba mirando con extrañeza dijo —sí, tengo veinte, así que ahórrate lo de niña.

—Bueno, está bien, pero deja de pegarme ¿quieres? Ya he tenido bastante —dijo frotándose la nuca y la nariz mientras se alejaba de ella.

Laura se levantó y suspiró.

—Solo estoy ayudándote. Qué menos que un gracias ¿no? —estaba comenzando a enfadarse otra vez.

Peter se dio la vuelta y se quedó mirándola fijamente a medida que la

rabia iba subiéndole por la garganta. ¿Gracias? ¿Gracias? ¿Gracias por qué? ¿Por dejarlo con la cara hecha un Cristo? ¿Por secuestrarlo en contra de su voluntad? ¿Por cuál de todas las maravillosas experiencias que le había regalado esa familia de criminales tenía que darle las gracias?

Se acercó a ella preso de un enfado que nunca antes había sentido y la encaró, dejando la nariz a pocos centímetros de la suya. Bajó la cabeza y la miró con los ojos oscurecidos por la ira.

—¿Gracias? Mira...Laura, estoy en la maldita Colombia en contra de mi voluntad, me han pegado un mínimo de tres palizas en un plazo de dos días, y encima estoy encerrado en esta habitación como si fuera unapestado. ¿Tengo que darte las gracias por eso? ¿O mejor a tu padre? —a medida que las palabras salían atropelladamente, pero firmes, de su boca, iba acercándose más a ella, haciendo que diera pequeños pasos hacia atrás para que Peter no se le echara encima. —No tengo nada más que hacer con vosotros que mandaros a todos a tomar por culo. —y con esto se dio la vuelta y volvió a dar vueltas por la habitación.

Aprovechando que estaba de espaldas masajeándose las sienes, Laura frunció los labios y de un salto se colgó de su espalda y le pasó los brazos por el cuello para apretarle en el punto justo en el que el aire empezaría a faltarle en breve.

Peter empezó a sentir un dolor profundo en la garganta e intentó quitar de un manotazo a la pequeña mafiosa, pero la condenada estaba bien enganchada, e iba asfixiarlo como no hiciera algo pronto. Trastabillando en dirección a la cama, cuando notó el colchón en la parte trasera de sus rodillas, decidió que dejarse caer era la decisión más sensata, así cuando la chica quedara atrapada bajo su cuerpo, le liberaría del agarre y él podría hacer algo más que graznar como un imbécil en busca de oxígeno. Dicho y hecho.

En cuanto Laura notó que aquella inmensa espalda caía encima suya dejándola pegada al colchón, le soltó el cuello e intentó empujarlo, pero el maldito era tan grande que ni tres como ella hubieran podido moverlo a empujones.

—¿Qué? Ya no te parece tan gracioso atacar al pobre visitante ¿eh? —decía jactándose.

—¡Ahhhh! ¡Quítate animal! —seguía intentando empujarlo, pero no daba resultado.

Sonriendo de verdad por primera vez desde que lo habían pillado

espiondo en el Aeropuerto de Barajas, Peter se dio la vuelta en el colchón y se quedó de rodillas encima de Laura. Agachó la cabeza para dejarla junto a su oído y le dijo:

—Tú serás hija de cualquier mafioso que quieras, pero yo soy policía, estoy entrenado para tratar con gente como tú. —y le tiró un beso al aire junto a su oreja.

Por un momento Laura se quedó sin respiración. Era la primera vez que tenía un hombre encima...un hombre semidesnudo. Y...dios, podía sentir partes de su cuerpo que no debería contra sus piernas desnudas. Aquello estaba mal, y, sin embargo, el hecho de que él le hablara al oído con voz suave y luego tirara aquel casto beso al aire la dejó sin aliento y envió millares de escalofríos a través de sus extremidades. Maldita sea, el tipo estaba bien bueno, pero eso no empañaba el hecho de que estaba sobre ella porque quería atacarla, así que levantó la rodilla y le golpeó la parte baja de la espalda, pero no sirvió de nada. Y a medida que intentaba librarse de su agarre, sus palabras hacían mella en ella. Mafiosos, mafiosos, mafiosos... Sintió que le ardían los ojos por las lágrimas, pero, como siempre que quería llorar y había alguien delante, se las tragó y sacó su orgullo a relucir. Como pudo, sacó una de sus manos y le agarró del pelo para acercarlo y hablarle en susurro, justo como él había hecho antes.

—Jamás... —se pasó la lengua por los labios. —jamás en tu vida vuelvas a juzgar a mi familia sin conocerla ¿de acuerdo? O me veré obligada a matarte yo misma. Quedas advertido. —e, imitándolo lanzó un beso al aire.

Como sabía que ahora estaría con la guardia baja procesando lo que ella acababa de decirle, lo empujó con los brazos y las piernas y lo echó a un lado de la cama, se levantó de un salto, respiró hondo para calmarse y se volvió para encararlo.

—Que tenga usted muy buena noche, señor agente. —y con un movimiento de cabeza caminó hasta la puerta y cerró de un portazo, volviendo a echar el seguro de la cerradura que antes había trucado.

Ya fuera, y sin peligro de que aquel hombre volviera a salir, Laura se apoyó en la puerta aún con la respiración agitada. Nunca había llevado bien la cercanía de los desconocidos, sobre todo si eran hombres, pero lo de este hombre era diferente. Cuando la dejó atrapada bajo su cuerpo y la reprendió como si fuera una niña pequeña, el escalofrío que le subió por la espalda hasta el pecho, no fue de miedo, pero tampoco sabía identificar de qué había

sido. Desterrando aquellos pensamientos de su cabeza resopló por última vez hacia su habitación en silencio con una extraña sonrisa en la cara que se negaba a irse.



Peter aún se encontraba observando estupefacto la puerta por la que acababa de desaparecer la pequeña de los Cuevas. Maldita niña malcriada. Seguramente la habrían criado pensando que podía comerse el mundo sin que ninguna consecuencia la afectara. Bueno, ahí estaba Peter para enseñarle que la realidad era muy diferente y que, por mucho que se negara a aceptarlo, vivía en una casa de mafiosos, sí, mafiosos. Criminales, gente de dudosa reputación legal, como coño quisiera llamarlos.

Parpadeando un par de veces más, se incorporó sobre los codos y observó la habitación. Se levantó sacudiendo la cabeza y fue a mirarse al espejo que había instalado en uno de los armarios y observó el trabajo que había hecho la chica con su cara. No estaba nada mal. La hinchazón de sus ojos y sus pómulos había disminuido y el escozor de los cortes ahora no era más que una ligera molestia. Después de todo iba a tener que darle las gracias para colmo de males, pensó resoplando. Se acercó al espejo hasta quedar a pocos centímetros y empezó a tocarse las heridas, antiguas y nuevas. De pronto llegó a la nariz y se la frotó despacio. Vaya, aquella pequeña matona tenía una fuerza descomunal para ser tan bajita y, estaba seguro, de que, si le hubiera dado el golpe en el tabique más fuerte, podría habérselo roto. Sintió un escalofrío al pensar en ello. Solo conocía a dos personas que se había roto la nariz, su jefe, Carlos Martínez, hacía bastantes años, y su hermana Aileen. En ninguna de las dos ocasiones la recuperación había sido leve o tranquila. Al contrario, en el caso de su hermana había tenido que soportar sus gritos de súplica por unos calmantes o, directamente, por la muerte. En el caso del Boss había sido más *light*, pero eso era más porque su jefe era un cabezón consumado que no se dejaba dominar por sus emociones, ni siquiera por el

dolor.

Sonrió al pensar en su jefe y un pensamiento le surcó la mente. ¿Se habrían dado ya cuenta de que no había llegado a Madrid y estarían moviéndose para buscarlo? Esperaba que sí.

Sacudiendo la cabeza tratando de no pensar en que la gente se hubiera olvidado de él, tiró de la toalla y ésta cayó al suelo con un movimiento sordo. Buscó con la mirada sus bóxers, que estaban secándose en el baño y fue a ponérselos cuando se dio cuenta de que estaba empalmado. ¿Empalmado? ¿Pero qué cojones...? Y de repente se acordó. El hecho de que llevaba sin tocar a una mujer meses y que sin comerlo ni beberlo tenía a una preciosa y pequeña mulatita entre sus piernas, combinado con el dulce olor a vainilla que desprendía su pelo...vale, ya está. Tenía que dejar de recordar aquello o iba a acabar con la polla más dura que una piedra. Sí, una ducha fría le iría fenomenal ahora.

Sin llegar a ponerse los bóxers se metió de nuevo bajo el chorro de agua y esta vez ajustó la temperatura para ponerla lo más fría que podía. Haciendo una mueca de dolor cuando el agua helada tocó su miembro, se dijo a si mismo que esa erección no tenía la más mínima importancia. Luego se dio cuenta de que ni siquiera le había dicho su nombre a Laura Cuevas. Bah, seguramente no volviera a verla más.



Madrid, España.

Rafael Soler, Comisario de la Policía Nacional de Madrid, se encontraba en su despacho dándole golpecitos con el dedo índice a la mesa, con la paciencia cada vez más baja. Hacía dos horas ya que esperaba al nuevo Inspector Jefe de la Policía de Málaga, que iba a venir a dar apoyo a sus filas, y que llegaba tarde. En realidad, la cita había quedado fijada para ayer por la noche, pero una hora después, al ver que el joven no se había presentado, había decidido dejarlo pasar por los posibles inconvenientes que hubiera tenido el señor Peter Fitzpatrick en el viaje, tales como un retraso en el vuelo o que, simplemente, hubiera llegado muy cansado y bastante tarde. Pero aquella mañana la cosa ya no tenía excusa. Llevaba desde las diez de la mañana esperándolo, eran las doce y media del mediodía y aún no había dado señales de que fuera a presentarse en la comisaría.

Quince minutos después y resoplando con impaciencia llegó a la conclusión de que ya había esperado suficiente. Llamaría a su compañero en Málaga para reprimirle por tener semejante gente trabajando para él y buscaría una solución alternativa al problema. Cogió el auricular del teléfono de su despacho y pulsó el número dos para comunicarse con su secretaria, que se encontraba al otro lado de las enormes puertas de cristal de su despacho.

—¿Si, señor Soler? —preguntó una voz aguda desde el otro lado del auricular.

—Hola Margarita, comunícame por favor con el Comisario de la Policía de Málaga.

—Ahora mismo le paso la llamada señor, deme un minuto. —y cortó la comunicación.

Un minuto después sonó su teléfono y lo descolgó con un grácil movimiento de muñeca.

—Policía Nacional de Madrid, al habla Rafael Soler, Comisario, ¿en qué puedo ayudarle? —dijo con su habitual tono serio.

Una risa le respondió.

—Eres tan pomposo cuando coges el teléfono que si no fuera porque tú nunca llamas a no ser que sea importante, sería hasta gracioso.

Rafael arrugó la frente y miró el teléfono. Carlos Martínez, su compañero de academia y ahora comisario, al igual que él, de la policía de Málaga era un buen policía, pero a veces le traicionaba el hecho de que parecía no poder tomarse en serio nada que viniera de él.

—Déjate de tonterías Carlos, te llamo porque estoy hasta los huevos de tonterías y problemas con tu comisaría —dijo en tono brusco.

—¿Perdona?

—Lo que has oído. Tu inspector debería haber llegado anoche, pero le di un poco de tregua, y llevo perdidas dos horas de mi tiempo esperando y aún no ha llegado.

—No puede ser. —fue lo único que pudo decir Carlos.

—Claro que puede ser. Tan claro como que no pienso esperarlo más. Comunícale que está fuera del caso. —fue a colgar el auricular, pero un grito lo detuvo.

—¡Espera, espera! No puede ser. Peter es muy profesional y jamás falta a una cita a menos que tenga una excusa. Déjame llamarlo para saber que ocurre ¿vale?

Rafael calibró su respuesta y, a pesar de no gustarle nada la manera que tenía su amigo Carlos de hacer las cosas accedió a esperar mientras él mismo se comunicaba con su inspector para ver por qué no había ido a trabajar aquella mañana.

—Gracias, te pongo en espera un momento. —y una serie de pitidos largos se instalaron en su oreja.

Pasaron cinco minutos y su teléfono seguía en espera y, dada la poca paciencia que tenía en aquellos momentos, estaba a punto de mandar a Carlos a la mierda. Por suerte, justo cuando iba a hacerlo, éste le respondió con el tono de voz visiblemente cambiado.

Rafa, no responde. —fue lo único que dijo.

—Jajajajaja, claro que no responde. Nosotros también hemos intentado hablar con él.

—No lo entiendes, no te rías. Peter nunca, y digo nunca, apaga el teléfono móvil para nada. Ni el busca. Y están los dos apagados —sonaba preocupado. Su instinto policial se disparó.

—¿Crees que ha podido pasarle algo?

—Sí. No solo porque mi sentido arácnido está diciéndome que así es, sino porque Peter tiene la extraña habilidad de meterse en problemas siempre, haga lo que haga.

—¿Sentido arácnido? —Rafael estalló en una carcajada bastante sonora.

—No te rías, gilipollas, hablo en serio.

—Lo siento, es que siempre me ha hecho gracia la manera que tienes de hablar, con ese acento andaluz. Pero vamos a lo importante. ¿Tiene algún teléfono de trabajo?

—Ya te lo he dicho. Tiene un busca.

—¿Y lo tenéis registrado en la base de datos de la comisaría? —preguntó tratando de que su compañero entendiera a donde estaba tratando de llegar.

—S...ah, claro. —por fin lo había entendido. —Voy a rastrearlo.

—Dame las coordenadas cuando las tengas. Mandaré a un equipo a investigar.

—Te mantendré informado Rafa, gracias. —y colgó.

Vaya, como no, siempre que estaba frente a una investigación importante pasaba algo que complicaba las cosas. La historia de su vida. De nuevo habló por el auricular con su secretaria y le pidió un café, y mientras esperaba noticias de su compañero de Málaga, empezó a hacer sus propias averiguaciones.



Bogotá, Colombia.

Arturo Cuevas se encontraba sentado en su estudio analizando los últimos papeles que habían llegado a su fax provenientes desde España. Por fin buenas noticias. Con una sonrisa de triunfo en los labios, pulsó un botón en su teléfono y se colgó en la oreja el manos libres para poder hablar mientras seguía analizando los documentos.

—Molina —le respondió una voz grave.

—Aquí Cuevas, con buenas noticias.

Una sonrisa sardónica llenó sus oídos.

—Ya era hora, amigo. ¿Qué tienes? —preguntó ansioso.

—Tenemos a la policía española distraída haciendo averiguaciones sobre un agente perdido. Es el momento de actuar.

—¿Seguro?

—Tan seguro como que el cielo es azul.

—Ay, amigo. Siempre pecas de vanidoso.

A Arturo no le gustó el tono de voz que utilizaba Molina, y se lo hizo saber.

—No te hagas el interesante conmigo.

Una risa suave substituyó a las palabras esta vez.

—No se trata de hacerse o no el interesante, querido Arturo. Se trata de que nosotros, los Molina, controlamos el tráfico de toda la provincia de Madrid, y sabemos cómo funciona la cosa por aquí. Vosotros no.

Arturo estaba comenzando a enojarse, y eso no podía ser bueno.

—¿Estás sugiriendo que mis fuentes no son fiables?

—Para nada. Solo estoy constatando un hecho —dijo Molina tranquilamente desde el otro lado del teléfono.

—Estás muy equivocado si crees que voy a seguir órdenes. Te recuerdo que estamos juntos en esta operación. Espero que no se te olvide.

De nuevo esa risa exasperante le llenaba los oídos.

—No me olvido, Arturo. Simplemente tú eres quien no debería olvidar que los Molina somos quien controlamos esto y, te guste o no, estás sujeto a nuestro plan.

Frunció el ceño y dio su brazo a torcer.

—De acuerdo. Pero será la primera y última vez —respondió y colgó.

Miguel Molina a veces podía ser el ser más enervante del planeta Tierra, pero en el fondo tenía razón. Si quería compartir las redes de tráfico en el país español iba a tener que seguir instrucciones de los que ya conocían la zona. Y

es que Miguel Molina era nada más y nada menos que el líder de la familia más poderosa y acaudalada de Madrid y, por defecto, competencia, aunque esta vez estuvieran actuando conjuntamente como aliados. Al principio le había parecido el plan perfecto para por fin dar el salto oceánico que necesitaba y empezar a expandir su poder a través de las fronteras del mundo, ahora, simplemente, no le daba muy buena espina eso de trabajar junto con los Molina.



Madrid, España.

El sonido del teléfono sacó a Rafael Soler bruscamente de su ensoñación. Mierda, iba a tener que cambiar el tono si no quería morir prematuramente de un ataque al corazón. Mañana mismo le diría a Margarita que cambiara el teléfono por uno más moderno y que tuviera un tono de llamada que no pareciera una alarma de incendios.

—Soler —respondió a su interlocutor.

—Soy yo Rafa.

—Ah, dime Carlos, ¿qué tienes? —preguntó curioso.

—Nos ha costado, pero hemos logrado localizar el busca de Peter y, como te dije, esto no pinta muy bien —su voz estaba teñida de preocupación y a la vez de fatalismo.

—Dime, no lo alargues más —le insistió.

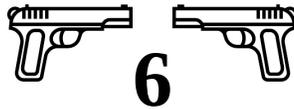
—Está en el Polígono Industrial Cobo Calleja, en Fuenlabrada —se limitó a decir.

—Vale...no es tan grave como pensaba. Ahora mismo pondré a un equipo a prepararse para rastrear el lugar y vamos a encontrarlo, Carlos, no te preocupes —dijo intentando tranquilizar a su compañero.

—Eso espero Rafa...eso espero.

Colgó el teléfono y acto seguido se comunicó con su secretaria para que

hiciera subir a la Unidad Central de Protección a su despacho. Eran los policías mejor preparados de la provincia y si hacía falta rastrear algo y encontrar a alguien, ellos eran el equipo idóneo para el trabajo. Solo esperaba que cuando llegaran a Fuenlabrada, no fuera demasiado tarde y hubiera ocurrido alguna tragedia.



Diez agentes de la Unidad Central de Protección de la Policía Nacional se encontraban formando una V frente a la enorme puerta metálica del almacén, con el Comisario Soler detrás, esperando para recibir órdenes. Inspeccionaron la zona rápidamente buscando alguna pista que les adelantara lo que podía encontrarse dentro, pero los alrededores estaban limpios. Parados con las piernas abiertas y los brazos preparados para echar mano de sus armas si era necesario, esperaron en silencio frente al almacén a la espera de algún ruido delatador, pero siguió sin ocurrir nada. Uno de los agentes miró hacia su espalda, hacia su superior, y con una mirada significativa le preguntó cuál sería el siguiente paso que deberían dar. Rafael Soler asintió casi imperceptiblemente con la cabeza y seguidamente hizo un gesto con la mano para evitar la inminente intrusión en el inmueble.

Rafael observó con los ojos entrecerrados el almacén que se alzaba imponente y aterrador frente a sus hombres. El aire se había tornado tenso, y la espera previa a la entrada al edificio era aún más tensa todavía. En el cielo se podían ver algunas nubes con formas aleatorias que pasaban a toda prisa por el cielo, ahora grisáceo, de la ciudad de Madrid. No sabía por qué, pero su intuición le decía a Rafael que, si encontraban algo ahí dentro, no sería nada bueno.

Decidido a no alargar más la espera por la consecuencia que pudiera salir de aquello, carraspeó y habló en voz alta y grave para todos sus hombres, que ahora se habían vuelto y le miraban con ojos expectantes.

—Proceded —se limitó a decir.

Colocándose en forma de media luna los agentes rodearon la puerta con

las armas en alto y uno de ellos propinó una brutal patada a la puerta, que retumbó bajo sus pies. Estaba cerrada. El equipo se miró extrañado y luego al mismo tiempo volvieron la vista para mirar a su superior en busca de una nueva orden.

—¡Tiradla abajo! —gritó Rafael.

Con una palanca de hierro que encontraron en el suelo de alrededor del almacén, uno de los policías la colocó en una pequeña abertura y presionó. La puerta de metal se abrió con un chasquido. Seguidamente, otro de los agentes le propinó otra patada, abriéndola del todo. Una neblina de polvo lo cubrió todo dejándolos momentáneamente ciegos. El equipo entró rápidamente en el inmueble a la espera de alguna presencia, pero se encontraron el lugar vacío. Con una ceja enarcada, uno de los hombres se volvió hacia Rafael y lo miró enarcando una ceja.

—Está vacío.

—¡Regístradlo! —respondió, negándose a pensar en lo peor.

Los agentes peinaron el lugar buscando cualquier indicio de presencia humana pero no encontraron más que polvo, ratas, bichos, y unas cuantas pertenencias materiales desperdigadas por el sótano del almacén. No muy contentos por el fracaso del operativo, subieron de la zona subterránea del inmueble y le entregaron a Rafael un teléfono móvil, un busca, y unos cuantos papeles. Los observó, pero no sacó nada en claro. Los papeles eran una serie de anotaciones mecanografiadas sobre un caso de narcotráfico y crimen organizado que le tenía asignada U.D.Y.C.O.^[Z] Central. Pasando por alto los documentos, intentó encender el teléfono, pero estaba sin batería, al igual que el busca. De repente se dio cuenta de que Carlos le había comentado algo sobre el busca del agente Fitzpatrick. Haciendo una mueca de disgusto los miró y supo inmediatamente que estas eran las pertenencias del agente, pero él no estaba aquí. Luego, una idea surcó su mente. Volvió a revisar los pocos documentos que habían encontrado y se dio cuenta de que era una copia exacta al dossier que les había dado a sus hombres de la U.D.Y.C.O para que empezaran la investigación exhaustiva. Era la carpeta con toda la información que habían recabado sobre aquella familia del crimen organizado colombiano...los Cuevas, que habían empezado a intentar hacer negocios en España.

Cuando vio que sus hombres seguían intentando buscar alguna presencia humana, ahora viva o muerta, en el habitáculo y también en las posibles

falsas paredes que albergaran otras habitaciones escondidas. Los miró sacudiendo la cabeza con resignación y se preparó mentalmente para darles las nuevas órdenes.

—Muchachos, ya está. No hay nada —dijo.

—Pero... —uno de los agentes intentó replicar, pero cuando vio el gesto que tenía el Comisario Soler en el rostro, se calló y obedeció.

Poco después de precintar el lugar y poner a dos agentes a vigilar el perímetro por si alguien volvía, volvieron a la comisaría a esperar órdenes del Comisario, pero éste, se metió directamente en su despacho y no dijo nada.

Rafael se sentó en su sillón de cuero marrón y pensó en cuál sería su siguiente movimiento. ¿Qué iba a hacer ahora? Todo lo que habían encontrado en el almacén del Polígono Industrial de Cobo Calleja indicaba a que, si el agente Fitzpatrick había estado ahí, había sido con alguien relacionado con la familia Cuevas, sino uno de ellos mismos, y eso solo podía significar una cosa. La ausencia del señor Fitzpatrick en el lugar y sus cosas desperdigadas por ahí apuntaban directamente a un secuestro. Un agente secuestrado. Mierda, ¿cómo habían llegado las cosas a írsele tanto de las manos?

Pasándose la mano por la cara, se apretó el puente de la nariz y cerró los ojos. Definitivamente ya era hora de que este asunto llegara a mayores. No le gustaba en absoluto tener que comunicar el problema a sus superiores, pero había un agente metido en el ajo, y que se acabaran enterando era inevitable. Abrió los ojos y suspiró, cogió el teléfono de su escritorio y, marcando la extensión siete, se comunicó con uno de sus superiores.

—Subdirección general, le atiende Lucía —respondió una melódica voz femenina.

—Soy Rafael Soler, ¿podría comunicarme con el Subdirector General Alsina, por favor? —preguntó empezando a ponerse nervioso.

—Sí, claro, en un momento.

Una melodía bastante anticuada se instaló en la línea telefónica. A Rafael le comenzaban a sudar las manos y carraspeó un par de veces para prepararse mentalmente y enfrentarse a su jefe, el superior de los superiores, el Subdirector General de la Policía Nacional de la comunidad de Madrid.

—Habla, Soler —se limitó a decir.

—Señor, tengo malas noticias sobre el caso de la familia Cuevas.

—Ajá...

Pedro Alsina era el hijo de puta más grande que existía sobre la faz de la tierra. Todo el mundo le tenía miedo y lo sabía, cosa que solo hacía que le fuera más fácil sacar partido de la situación. Su voz era fría y firme. Ya era aterradora por teléfono, no quería ni imaginarse lo que sería tener que darle las noticias cara a cara. Rafael se aclaró la garganta y habló con la voz más tranquila que supo poner. Decidió no alargar más la espera y comenzó a hablar aceleradamente.

—Tenemos un agente desaparecido. Del cuerpo de la Ciudad de Málaga. Peter Fitzpatrick. Hemos rastreado su teléfono móvil y la pista nos ha dirigido a Fuenlabrada, a Cobo Calleja donde hemos peinado la zona y el almacén al que nos dirigían las coordenadas exactas y estaba vacío, solo las pertenencias del agente y unos cuantos papeles... —tomó una larga bocanada de aire y prosiguió. —He estado examinándolos y son una copia exacta del informe que redactó Benítez con los datos que teníamos sobre la familia Cuevas y... —se paró a calibrar sus palabras, pero se vio interrumpido por su superior.

—Y has deducido que, de alguna manera fue descubierto por los Cuevas y su entorno y que ahora lo tienen bajo custodia ¿me equivoco? —preguntó divertido.

—Sí, señor.

—Bien, tienes buen ojo Soler, y me alegro de que me hayas informado inmediatamente. —hubo una pausa breve. —Esto será lo que harás: te comunicarás con su superior y le informarás de la desaparición del agente... ¿Fitzpatrick era? Sí, Fitzpatrick. Luego, le ofrecerás un puesto en la investigación, que creo que le gustará tener. Por último, pondrás a tus hombres a hacer una búsqueda exhaustiva por la ciudad. ¿De acuerdo?

—Pero señor...

—Cállate, Soler. Vas a poner a tus hombres a buscar a esa familia de cabrones porque quiero que estén donde se merecen, entre rejas. Y si hace falta que envíes a tu mejor agente a Colombia a buscarlos, lo haces, pero los quiero presos. ¿He sido lo suficientemente claro o tengo que decírtelo en inglés?

—No señor.

—Muy bien, espero noticias tuyas, y espero que no muy tardías. Confío en usted. —y colgó.

El sonido de la línea cortada llenó los oídos de Rafael, que permaneció

boquiabierto y sin poder articular palabra durante unos minutos. Cuando se hubo recuperado del shock que las recién llegadas noticias habían provocado, colgó el auricular. ¿Había dicho el Subdirector General que enviara agentes a Colombia a rastrear a esa familia del crimen organizado si hacía falta? Debía de estar loco. Ese no era el terreno de la Policía española, y él lo sabía muy bien, pero su voz había destilado tanta frialdad y decisión que no había podido negarse. El problema ahora era cómo iba a ingeniárselas para que la Policía de Colombia no entrara en disputa por el terreno. Quizá llegando a una especie de acuerdo...ni de coña. Era un secreto a voces que la policía de aquel país estaba comprada casi en su totalidad, no tenían alternativa.

El teléfono sonó en aquel instante sacándolo de sus cavilaciones. Frunció el ceño y miro el reloj de estilo moderno y color marrón instalado en la pared frontal de su despacho, junto a su estantería de archivadores. Las tres de la tarde. ¿Quién coño llamaría a esas horas? Y justo después de hacerse esa pregunta lo supo. Solo alguien tan entrometido y nervioso como Carlos Martínez podía hacer una llamada a esas horas, cuando supuestamente ya se habría tenido que ir a casa.

—¿Qué pasa ahora, Carlos?

—No, dime tú qué pasa. Llevo cuatro horas esperando alguna información y no tengo nada, y en mi comisaría están empezando a impacientarse porque no saben nada

—En primer lugar, te me relajas un poco ¿vale? Estoy haciendo lo que puedo. Pero te reconfortará saber que tengo buenas...bueno, tengo noticias sobre tu muchacho.

—Ay mierda, por tu tono de voz son malas, seguro.

—Bueno, hemos rastrado la dirección que nos dio el localizador de su teléfono móvil y no había nadie, solo unas cuantas cosas tuyas y unos papeles sobre el dossier que te envié por fax para que le entregaras a Fitzpatrick para que estuviera familiarizado por el caso.

—¿Y bien?

—Carlos, voy a serte franco. Todo apunta a que tu muchacho está bajo custodia de la familia Cuevas, pero no sabemos dónde.

—Vale, vale...me imaginaba algo así. Voy a coger el primer vuelo a Madrid que encuentre para colaborar con tu división para encontrarlo, sigue siendo uno de mis hombres. Y voy a llevar refuerzos.

Eso sí que sorprendió a Rafael.

—¿Cómo que refuerzos? Carlos, no puedes tomar decisiones de semejante calibre fuera de tu comisaría porque, lamento decirte, que, en ésta, mando yo. Y no quiero más agentes involucrados en esto.

—Cállate, Rafa. No voy a traer a toda mi U.D.Y.C.O, solo voy a llevar a un agente conmigo. Es conocido de Peter y seguramente, él sea nuestra mejor oportunidad para encontrarlo. Sabe perfectamente cómo piensa Fitzpatrick y en lo que ha podido meterse.

—¿Y quién es ese agente? —ahora Rafael estaba intrigado.

—Bueno...no es exactamente agente. Es más bien es exagente. Ahora trabaja para el Programa de Protección de Testigos en una protección permanente a la que ahora es su mujer. Seguramente habrás oído hablar de él en los periódicos.

—Ah, sí. Hugo Herrera.



Hugo corría de un lado a otro de la cocina con unos pantalones cortos y un delantal como única prenda de ropa. Su mujer, embarazadísima y antojadiza a más no poder, quería *varénikes*, un plato típico de Rusia preparado con pasta y relleno de requesón o guinda. ¿Y a quién le había tocado semejante marrón? A él. ¿Qué coño se suponía que sabía él sobre gastronomía rusa? Solo había estado una vez en Rusia visitando a la amiga de Natasha, Alexia, y había sido por cuatro días nada más, casi no le había dado tiempo ni a familiarizarse con el paisaje. Y ahora tenía que cocinar. Era buen cocinero, pero tampoco era un chef. Dios, como no le diera a Natasha los *varénikes* rápido iba a cogerlo por las pelotas para retorcerlo hasta que cantara como una soprano.

Mirando atentamente el libro de cocina que tenía enfrente se fijó en una ilustración que mostraba un perfectamente montado plato de *varénikes* acompañado de una apetitosa ensalada verde salpicada de colores morados, al parecer, remolacha. Se frotó los ojos y volvió a mirar la foto del libro de

cocina. ¿Eso eran los varénikes? Al oír el nombre del plato había entrado en pánico porque creía que sería algo sumamente difícil de cocinar, pero ahora que miraba la foto, una pizca de rabia empezaba a subírsele por la garganta. Estaba más que complacido de consentir a su mujer, pero que ésta lo hubiera puesto en un aprieto al querer comer *varénikes* y lo hubiera asustado haciéndolo creer que iba a tener que viajar a Rusia para conseguir los malditos ingredientes iba a costarle caro a Natasha.

Cogiendo el libro con una mano y mostrando al frente la fotografía del plato salió de la cocina dando grandes zancadas hacia el salón y se plantó frente a ella.

—¡Me cago en la puta Natasha! Empanadillas. Esos *varénikes* son unas putas empanadillas. ¿Se puede saber qué pasa contigo? —preguntó secamente.

—¿Empanadillas? —miró la fotografía. —No, eso son *varénikes* de requesón. Ay, qué ricos...

—Y una mierda, esto son empanadillas de toda la vida. De las que hace mi madre en las cenas de Navidad.

—¿Aquí se llaman así? —se sonrojó y sonrió —lo siento...

Inmediatamente el enfado que tenía Hugo se esfumó al ver la sonrisa y el dulce rubor que cubría las mejillas de su preciosa mujer. Hacía ya casi dos años que la había encontrado y, cada día, daba las gracias a quienquiera que la hubiera puesto en su camino por hacerlo, porque, desde que ella llegó, todo había sido mucho mejor. Ahora esperaban su primer hijo, un varón que sería el orgullo de su casa, y estaba extasiado con la idea de ser padre.

—No pasa nada cariño. Es solo que me asusté cuando empezaste a hablar de cosas rusas y no sabía cómo iba a hacerlo para darte los *varénikes* sin perder el culo en el intento.

—¿Perder el culo? —Natasha enarcó una ceja.

—Sí... —se alejó un poco, había tocado un tema delicado. —Verás, no es mentira eso de que las embarazadas tenéis un humor de perros y yo...

—¡Hugo Herrera! —gritó levantándose del sofá como pudo. —¿¡Cómo te atreves...

El sonido del teléfono interrumpió el grito de Natasha que, lanzándole a Hugo una mirada asesina, se volvió hacia la mesita auxiliar y descolgó el auricular.

—¿Dígame? —preguntó dulcemente.

Quienquiera que fuera el que estuviera al teléfono, no tenía buenas noticias. La expresión de Natasha había pasado de ser de enfado a estupefacción y finalmente inexpresiva y pálida como un papel. Preocupado, se acercó a su mujer y la miró con ojos interrogantes. Ésta, le envió una sonrisa tranquilizadora y le indicó con la mano que esperara a que terminara de hablar. Hugo esperó pacientemente frente a su mujer mientras ésta terminaba de escuchar a su interlocutor, porque apenas hablaba nada más que para decir sí o no, hasta que hubo puesto el auricular de nuevo en el soporte de carga.

—¿Qué pasa Nati? —preguntó tocándole la cara y la prominente barriga, temiendo que hubiera llamado al médico con malas noticias. —¿Estás bien? Dime qué pasa, estoy empezando a asustarme.

Natasha lo miró con los ojos vidriosos y no supo por dónde empezar su discurso. Finalmente, optó por pensar que la opción más sensata era contárselo a Hugo de una sentada y que luego él tomara las decisiones que considerara pertinentes. Respiró hondo un par de veces y, agarrándose la barriga como buscando fuerza en su futuro bebé habló con voz lenta y pausada.

—Era tu antiguo jefe, Carlos. Hay un problema grave en la comisaría... —estuvo a punto de callarse, pero algo en su cabeza le dijo que no podía ocultarle algo así a su marido, así que terminó por soltarlo. —Peter ha sido secuestrado.



Laura despertó en la enorme cama de su habitación con la cabeza en los pies de la cama y los pies sobre la zona de la almohada. Abrió un ojo y la luz del sol que entraba a raudales por la ventana la cegó. Trató de tapárselos con la almohada, pero la condenada estaba en el suelo, cerca de la puerta del baño, sin explicación aparente. Apretando los ojos para que la luz matutina no la cegara, se incorporó y seguidamente se sentó con las piernas cruzadas. Con los codos apoyados en las rodillas y los ojos aún cerrados, bajó la cabeza y apoyó la cara en los puños, preparada para la peor tarea del día aparte de levantarse: abrir los ojos habiéndose dejado la persiana subida. Suspiró un momento y armándose de paciencia abrió los dos ojos a la vez parpadeando a un ritmo vertiginoso que le ayudara a acostumbrarse a la luz que se filtraba por las enormes cristaleras que coronaban la pared derecha de su habitación. Cuando por fin sus retinas se hubieron adaptado a la luz del sol, saltó de la cama y se despezó mirando por la ventana. Ah, hacía un día precioso de verano en Bogotá, un día perfecto para ir a la playa...o quizá para hacer una nueva visita. No, se auto reprendió. Se acabaron las visitas a ese bastardo del piso de arriba. Ya había escuchado suficientes sandeces de boca de aquel extraño y no quería seguir golpeando a nadie, mucho menos si ese alguien era policía. Recogiéndose el pelo en una trenza de raíz a un lado, miró su mesita de noche y sonrió al único utensilio que la adornaba: un marco mediano con una foto de su madre en el interior. Lo cogió y volvió a sentarse con las piernas cruzadas en la cama abrazando el objeto a su pecho. Dios, como extrañaba a su madre. Se había ido demasiado pronto y el dolor, por mucho tiempo que hubiera pasado, no cesaba nunca. Cada día la echaba más de

menos y lamentaba más su pérdida, pero lo que más lamentaba era que se hubiera ido tan pronto y no poder tener más recuerdos atesorados con ella.

Ágata Cuevas había fallecido hacía cinco años, cuando Laura tenía solamente quince años, a causa de una neumonía aguda que acabó por causarle una insuficiencia respiratoria que le costó la vida. Al principio fue un golpe duro para toda la familia, pero, después siendo su familia tan religiosa como era, todos acabaron por convencerse de que si Dios se la había llevado antes de tiempo era porque tenían un plan especial preparado para ella. Lloraron y lloraron incontables lágrimas juntos y Laura, incapaz de poder despedirse del cuerpo de su madre y con la única pena de no haber podido verla una última vez, la dejó ir. Sus hermanos tampoco habían podido despedirse de ella.

En un intento fallido de que las lágrimas no escaparan de sus ojos, los abrió súbitamente y se dio cuenta de que estaba llorando profusamente. Echaba de menos a su madre más que cualquier otra cosa en el mundo. Ya era lo suficientemente difícil ser una mujer en un mundo de hombres, por lo que perder a la única persona que le hacía compañía y la consolaba cuando aquel mundo machista se volvía demasiado pesado como seguir sosteniendo la cabeza alta. Cerrando los ojos de nuevo recordó el tacto de su mano en su pelo y como su madre siempre le había dicho que su pelo era un regalo del cielo, una maravilla. La verdad era que odiaba su pelo, una maraña de rizos morena y descontrolada que era peor que un potrillo salvaje, pero cuando su madre le acariciaba el pelo y se lo peinaba después de la ducha, lo adoraba, y todo se volvía mucho mejor. Sonrió aún con los ojos cerrados y suspiró. Abrió los ojos y se puso la foto de su madre delante. La verdad es que era preciosa. De ascendencia italiana tenía unos ojos verdes agua que solo habían heredado los desgraciados de sus hermanos y un pelo tan negro como la noche más oscura y un poco menos rizado que el suyo propio. A excepción de sus ojos se veía exactamente igual que su madre, cosa que a veces era buena, y otras, mala. Por si no fuera suficiente ser la única mujer de la casa, el hecho de que su padre y sus hermanos siempre le recordaran el asombroso parecido que tenía con su madre le hacía sentirse como la mierda más grande del mundo. Ella solo quería ayudar, no causarle dolor a nadie con su enorme parecido con Ágata.

Mirando una última vez la foto de su madre, besó el cristal y la abrazó.

—Te quiero mamá. Y te echo tanto de menos... —dijo en voz baja.

Colocó a su madre de nuevo en la mesita y saltó de la cama de nuevo. Sonrió y miró su muñeca vacía. ¿Vacía? Con los ojos como platos se dio cuenta de que en su muñeca derecha faltaba una pulsera de plata con cuentas que su madre le había regalado en su quince cumpleaños, pocos meses antes de morir. Aquella pulsera era el único lazo que la unía con su madre y ahora no sabía dónde estaba.

Comenzó a ponerse nerviosa y la buscó por todos los lugares de la habitación, peinando cada esquina y cada cajón, pero la pulsera seguía sin aparecer. Con las lágrimas amenazando otra vez con desbordarle los ojos, respiró hondo para calmarse e hizo un repaso mental de lo que había hecho el día y la noche anterior. ¡Claro! Seguramente se le hubiera caído del pasillo del piso de arriba mientras abría el sinfín de puertas que había en la mansión. Tomó una dicha rápida y se puso los primeros pantalones vaqueros cortos que pilló, junto con una camiseta de tirantes lisa de color rojo. Salió descalza de su habitación y, sin querer perder un solo paso del suelo, se arrodilló y empezó a gatear por la moqueta del pasillo. Paso a paso fue inspeccionando los largos pasillos de Villa Lolita sin éxito. Cuando llegó a las escaleras que conducían al piso de arriba creyó ver algo brillante en el suelo y enseguida su corazón saltó de júbilo. Acercándose a gatas por el suelo llegó hasta lo que había vislumbrado de lejos y sus esperanzas murieron cuando vio que lo que había en el suelo no era su pulsera, sino un diamante falso que se habría caído de alguno de los bolsos de las sirvientas. Bajando la cabeza le dio un puñetazo al suelo enmoquetado y gritó de frustración. Cuando abrió los ojos unos pies descalzos y unos gemelos peludos le bloqueaban la vista del resto del pasillo.

—¿Desde cuándo te gusta arrastrarte por el suelo cual serpiente, Laurita? —le preguntó Luca riéndose.

Iba con el torso desnudo y unos pantalones cortos de deporte, seguramente para escuchar los tan habituales suspiros de excitación de las jóvenes del servicio. Con una ceja enarcada la miraba desde arriba enseñándole sus dientes blancos y rectos. Dios, como odiaba cuando alguno de sus hermanos le ponía esa expresión de autosuficiencia. Que le sacaran siete años de edad no significaba que pudieran ser tan sumamente pedantes con ella y tratarla como si fuera basura, únicamente por ser mujer y, además, la pequeña de la casa.

—Vete a la mierda, Luca.

—Hey, ¿Qué es esa lengua señorita? —esta vez Leo era quien la miraba desde arriba.

Leo, a pesar de ser el que tenía el aspecto más peligroso, era todo un dulce. Iba vestido con unos pantalones vaqueros negros ceñidos y una camiseta del mismo color que se enroscaba alrededor de sus bíceps tatuados. Poniendo los ojos en blanco miró a sus hermanos alternando de uno a otro y, contando hasta diez mentalmente, se calmó y los miró desde abajo con expresión de enfado.

—¡Déjenme ya carajo! ¿Qué nunca se cansan de molestarme?

Chasqueando la lengua Luca cerró los ojos y negó lentamente, moviendo la cabeza de un lado a otro.

—No, ¿acaso no está claro? Eres nuestro pasatiempo favorito. —y sonrió.

—Cabrón... —dijo en voz baja.

—¡Ya vale con las groserías Laura! ¿Qué te pasa hoy, caray? Estás de lo más irascible pequeña —dijo Leo en tono cariñoso.

Bajó la vista al suelo y de nuevo contó hasta diez para no cachetear a sus dos hermanos por imbéciles. Luego recordó por qué estaba gateando por el suelo como una niña pequeña y de nuevo sintió ganas de llorar. Apretó los ojos para no mostrar ningún signo de debilidad delante de sus hermanos y volvió a alzar la vista. Ellos se habían puesto en cuclillas y la miraban preocupados.

—Nada. Solo perdí la...mi prendedor^[8] en forma de mariposa, y es mi favorito.

Tras un breve silencio Luca y Leo prorrumpieron en sonoras carcajadas mientras se sentaban en el suelo para no perder el equilibrio.

—¿Qué? —Laura estaba comenzando a enfadarse otra vez.

—Ay...nada... —Leo seguía riéndose tanto que hasta se le saltaron las lágrimas. —Es que pensamos que era algo importante.

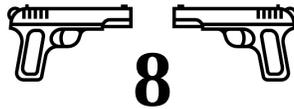
Y tras eso, la dejaron arrodillada en el suelo con las ganas de llorar otra vez. Si les contaba a Luca y Leo que había perdido la pulsera que le había regalado su madre seguramente se enojarían mucho con ella. Luego, la reprenderían por descuidada y comenzarían a echarle en cara que era una irresponsable para después decirle que era normal en una persona con su edad. Como si fuera una maldita retrasada. Ugh, de verdad había veces que odiaba a sus hermanos.

Levantándose del suelo se sacudió el polvo de los pantalones y puso los brazos en jarras. ¿Dónde se le habría podido caer la condenada pulsera? Caminó mirando al suelo repitiendo todos los pasos que había dado la noche anterior y llegó a la puerta donde estaba encerrado aquel hombre. Entonces lo recordó. Cuando él le había inmovilizado y se había colocado sobre ella, había jurado escuchar un ‘clic’ como de algo abrirse, pero estaba tan distraída pensando en cuánto quería que la besara y que se acercara más, que había olvidado por completo aquel sonido justo cuando él acercó la cara hasta su oído y, raspándole con la barba de dos días la mejilla, le había hablado.

Había jurado que nunca más volvería a aquella habitación por nada en el mundo, pero, por supuesto, había algo de gran valor sentimental en su interior y no iba a dejar que aquel asqueroso desconocido pusiera sus manos sobre la pulsera y luego la chantajeara a ella o a su familia con el accesorio. Caminó despacio hasta la puerta mirando de vez en cuando a su espalda por si venía alguien y de nuevo repitió el proceso de la noche anterior. Se agachó, se sacó una de las horquillas del moño y comenzó a trastear en la cerradura. Apoyó el hombro en la madera para escuchar el momento en que la cerradura cediera y comenzó a mover la horquilla por los engranajes de la cerradura. Justo cuando creía que lo había conseguido, la puerta se abrió y unos brazos fuertes la arrastraron dentro de la estancia. Laura cayó de lado al suelo y desde ahí miró hacia arriba, donde aquel desconocido la miraba con una sonrisa de suficiencia en los labios.

Con renovadas energías se levantó y puso la expresión de enfado más letal que tenía en su repertorio, lo cual no pareció surtir efecto alguno en el hombre, que seguía mirándole con aquellos ojos azules profundos salpicados por un brillo de diversión. Oh dios, ¿estaba riéndose de ella? Entonces se dio cuenta de que estaba tirada en el suelo. Se levantó rápidamente avergonzada y sin un ápice de miedo en el cuerpo se enfrentó al policía y supo, al leer su mirada, que era él quien tenía la pulsera de su madre.

—¡Tú! ¡Tú la tienes! Devuélvemela maldito bastardo.



Una hora antes.

Peter dio una vuelta sobre el colchón que casi lo hace aterrizar en el suelo. Maldita sea, esa cama era más pequeña que la suya y él estaba acostumbrado a rodar y envolverse en las sábanas como una croqueta, y aquí, podía contar como ocho las ocasiones en las que iba a caerse de la cama gracias a su extraña manera de dormir. Era la tercera vez que se levantaba en el transcurso de cuatro horas y esta vez no pudo volver a dormirse. Se levantó y se sentó al borde de la cama tocando con los pies desnudos el suelo enmoquetado. Se desperezó haciendo crujir los músculos de sus hombros y cuello y se tocó la cara para revisarse las heridas y los hematomas que tenía. Prácticamente habían desaparecido. Sorprendido, se levantó y caminó la corta distancia entre la cama y el espejo y se miró. Los hematomas eran apenas unas manchas que comenzaban a ponerse de un tono amarillo y las heridas estaban empezando a cicatrizar y a formar una pequeña postilla que en un par de días terminaría por caerse sola. Sonrió. Y todo gracias a aquella pequeña muchacha, Laura. Aquella pequeña matona además de patearle el culo de una manera increíble le había curado las heridas que ahora casi eran inexistentes y...no quiso que sus pensamientos tomaran ese rumbo, pero no pudo hacer nada para evitarlo, lo había excitado. Por el amor de Dios, ¿qué narices le pasaba? Era una cría a su lado, por no mencionar el hecho de que era la hija del tipo que lo tenía preso entre esas cuatro paredes. Era la hija de un mafioso.

Frunció los labios negándose a darle más vueltas al tema, se quitó los bóxers y los tiró de una patada en una esquina de la habitación. Como la

mayoría del tiempo estaba solo podía andar desnudo cuando le viniera en gana sin peligro a que alguien lo pillara, sin contar, claro, con las visitas inesperadas de miembros de la familia Cuevas un poco...testarudos. Sonriendo sin poder contenerse se metió en la ducha y dejó que el agua tibia le limpiara por dentro y por fuera, y trasladó su mente a Málaga. ¿Se habrían percatado ya sus compañeros de que no había llamado para dar un informe a su superior? ¿Estarían en Madrid preocupados o, por el contrario, enfadados porque había cometido el fallo de dejarse coger por los Cuevas? No, seguramente Carlos se habría percatado de que su rutina cuando estaba en una investigación era hacer llamadas frecuentes a ambas comisarías, si es que estaba en más de una, y de que su móvil y su busca siempre estaban disponibles. Tenía que notarlos. No era algo que pudiera pasarse por alto, ¿verdad?

Más preocupado de lo que debería salió de la ducha y cogió una de las toallas que había utilizado el día anterior para secarse. Se la pasó por la cara y pudo aspirar un suave olor a vainilla que inmediatamente reconoció. Era el aroma que despedía ella, y otra vez lo había puesto más duro que una piedra. Mierda.

Tiró la toalla a un lado quedándose con las ganas de enterrar la cara y aspirar un poco más y salió mojado a la habitación. Un objeto colocado sobre la cómoda de la estancia llamó su atención, era su maleta. Sorprendido se acercó lentamente hasta la maleta y la inspeccionó con la mirada. ¿Sería una bomba? ¿Una trampa? ¿Una broma de mal gusto? Se acercó un poco más y abrió la cremallera. No pasó nada. En el interior del equipaje solo estaba su ropa y sus pertenencias, aquellas que había creído perdidas en el aeropuerto de Barajas cuando Luca y Leo lo dejaron inconsciente. Arqueó una ceja. ¿Qué hacía su maleta aquí? Dentro, su ropa estaba intacta, tal y como él la había dejado y no faltaba nada dentro salvo su arma de repuesto y las balas que guardaba en un compartimento secreto en la maleta. Vaya, después de todo sí que le habían registrado. No sabía por qué se sorprendía de que le hubieran hurgado en sus pertenencias personales, esa gente no tenía ni un ápice de escrúpulos en el cuerpo ¿por qué iban a tenerlo con él? Suspirando, sacó su ropa y la inspeccionó para encontrar posibles micrófonos o cámaras que hubieran sido implantadas para espialo mientras estaba solo en aquella habitación. No encontró nada.

Agradecido de que al menos hubieran tenido la consideración de traer

consigo su ropa para no dejarlo con la misma camiseta y los mismos pantalones una eternidad, se puso una camiseta de manga corta azul eléctrico y unos pantalones vaqueros gastados, se cambió las zapatillas por unas converse del mismo azul de la camiseta y se echó un poco de colonia. Que estuviera secuestrado no quería decir que tuviera que ir hecho un puerco por la vida. Así que, dado el enorme tiempo que tenía libre, se miró al espejo y se acicaló. Luego de darse cuenta de la barba que ensombrecía su rostro, entró en el cuarto de baño y se dispuso a afeitarse. Abrió el grifo de agua fría y llenó el lavabo, cogió el bote de espuma y se puso una nuez en la mano. Volvió a mirarse al espejo y se tocó la recién estrenada barba...tampoco estaba tan mal, era distinta. Decidió en aquel momento que, en vez de deshacerse de ella, solamente la recortaría y adecentaría para no parecer un vagabundo. Cuando terminó se miró al espejo y observó que su aspecto había mejorado bastante. Sí, ahora sí que volvía a ser Peter Fitzpatrick, solo que con un toque diferente.

Salió del baño con paso lento, más refrescado y cómodo que antes, para poner en orden sus cosas en el armario de tres puertas que había frente a la cama. Cuando hubo sacado la ropa y la tuvo toda guardada, se tiró en la cama de espaldas para descansar un poco. Después de haber estado parado un par de días, cuando era prácticamente hiperactivo, le había dejado los músculos agarrotados. Dejándose caer en el mullido colchón estiró los brazos y cuando cayó algo se le clavó en el cuello.

—¡Au! —gritó. —¿Pero qué demonios...?

Girando la cabeza para mirar debajo de su cabeza, se tumbó boca abajo y empezó a inspeccionar el colchón con las manos hasta que dio con la causa de su ahora nuevo dolor de cabeza. Entre las sábanas había un pequeño objeto plateado brillante. Con cuidado, lo levantó y observó que era una pulsera de cuentas con varios adornos en ella, y en el centro, una placa plateada grabada. En ella se podía leer con letra curvada y clásica:

Por ser la mejor compañía en este caos de lugar y la luz que ilumina todos mis días. Feliz cumpleaños, te quiere, mamá.

Peter frunció el ceño al leer la inscripción que tenía grabada la pulsera. Seguramente se le hubiera caído a alguno de los huéspedes que se había alojado en esa habitación antes de él. ¿Qué debería hacer con ella ahora? Colocó la pulsera en la palma de su mano y la examinó de nuevo. Aparte de

la chapa plateada en el centro, la pulsera era una especie de cadena de plata y tenía enganchados varios objetos decorativos, entre ellos, una clave de sol, un diente de león y una letra incrustada con brillantes de color rosa, una L. ¿L? Puso los ojos en blanco. L de Laura, ¿cómo no? A simple vista la pulsera parecía bastante cara, por lo que, supuso Peter, también tendría un gran valor sentimental. Sonrió ante la idea que se le ocurrió. Si tanto valor sentimental tenía la pulsera, estaba casi seguro de que aquella pequeña matona iba a volver a por ella, y cuando eso pasara, iba a cobrarse cada golpe y cada ofensa de las que había sido víctima el día anterior.

Guardándose la pulsera en el bolsillo trasero del pantalón, sonrió y continuó ordenando sus cosas. Diez minutos después de haber retomado la tarea de poner la habitación en orden, escuchó fuera un ruido metálico. Arqueando una ceja se paró en medio de la habitación de cara a la puerta y cruzó los brazos para dar la bienvenida a su nuevo visitante. La postura intimidante no duró mucho, ya que se desvaneció cuando empezó a escuchar el sonido de algo, o alguien, intentando forzar la cerradura de la puerta. Sonrió. Y...ahí estaba. Aquella pequeña muchacha había acudido en busca de su tesorito mucho antes de lo que pensaba Peter, y, oh, cómo iba a disfrutarlo.

Adelantándose hasta el pomo de la puerta, lo giró cuando escuchó que la cerradura se había abierto y, sin darle tiempo a Laura de levantarse, la cogió del antebrazo y la arrastró dentro de la habitación sin mediar palabra. Caminó hasta su anterior posición y se quedó mirándola divertido. Estaba revolcada por el suelo mirándolo con los ojos abiertos de par en par. Unos preciosos ojos negros con unas pestañas larguísimas que lo miraban atentamente. Aquellos profundos ojos oscuros estaban salpicados de una emoción que no supo descifrar a simple vista, pero, tras mirar unos segundos más, supo que era preocupación. Vaya, aquella pulsera debería ser más importante de lo que pensaba.

Decidió que no diría nada hasta que no hablara ella y se limitó a mirarla con una sonrisa divertida en los labios. Sonrisa que, si no se equivocaba, iba a enfurecer a aquella pequeña morenita.

En ese preciso momento ella se enfureció y se levantó torpemente del suelo para enfrentarlo. Se quedó mirándolo unos segundos más, su boca formó una O y sus ojos se agrandaron aún más mientras Peter seguía riéndose y mirándola, disfrutando enormemente de aquel momento.

—¡Tú! ¡Tú la tienes! Devuélvemela maldito bastardo —se limitó a decir a

viva voz.



Peter la miró arqueando una ceja y soltó una carcajada. Vaya, la pequeña venía con ganas de guerra. Iba a disfrutar muchísimo de este momento.

—¿El qué? No sé de qué me hablas... —dijo tranquilamente.

—¡No mientas! Tus ojos me dicen que la tienes tú y, o me la devuelves, o te va a salir cara la bromita —amenazó Laura señalándolo con el dedo índice.

—¿Me estás amenazando?

—Cállate ya de una buena vez y devuélvemela.

—¿Devolverte qué? —de nuevo el condenado estaba riéndose de ella.

—¡La pinche pulsera! Sé que la tienes tú.

Peter hizo un gesto con el dedo, indicándole que se esperara, se metió la mano en el bolsillo trasero de sus vaqueros gastados y ceñidos y sacó algo en su mano, ahora cerrada. Seguidamente la abrió con la palma mirando al suelo y la pulsera quedó colgando entre sus dedos.

—¡Mi pulsera! —gritó Laura a punto de echarse a llorar.

Automáticamente sus pies se movieron solos y corrió a quitarle la pulsera de las manos, pero él se movió más rápido y subió la mano por encima de su cabeza, donde ella no pudiera alcanzarla.

—Ah, no. La cosa no es tan sencilla —dijo sonriendo.

Laura saltó un par de veces tratando de alcanzar la pulsera, pero el maldito policía era muchísimo más alto que ella. Maldita fuera su escasa altura en momentos como este. Tenía unas ganas tremendas de darle un rechazazo como el que le dio cuando se conocieron, pero pensó que esta vez el dialogo sería la solución más viable.

—Por favor... —comenzaba a agobiarse. —No sabes cuánto significa esa pulsera para mí.

—Me hago una ligera idea —respondió él serio.

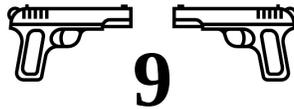
Laura comenzó a notar una fuerte presión el pecho que hacía que le

costara respirar. Dios, era la única cosa que le quedaba de su madre y este cabrón estaba jugando con ella como si se tratara de una tontería. Notó el escozor detrás de los ojos previo a un gran derramamiento de lágrimas y trató de contenerlo. *No voy a llorar, no voy a llorar*, se repetía.

—No, no te la haces... —dijo con la voz quebrada.

Peter notó el cambio en la atmósfera y supo que la situación se había tornado seria. Aquella pulsera debía de ser algo bastante importante sentimentalmente hablando. Ella seguía mirándolo con aquellos ojos negros abiertos de par en par y empañados por un ligero brillo cristalino que solo significaba una cosa.

—Por...por favor... —y dicho esto, comenzó a llorar.



Peter se quedó observando boquiabierto como la pequeña figura de la menor de la familia Cuevas comenzaba a llorar y a temblar. ¿Qué coño significaba aquello? Dejó caer la mano en la que sostenía la pulsera y se limitó a mirarla en silencio esperando alguna reacción por parte de Laura.

Laura, una vez que hubo parpadeado para librarse de las lágrimas, no pudo frenarlas, y comenzaron a caer en cascada por sus mejillas morenas. Sin percatarse de ello, comenzó a temblar a causa del aumento de nivel del llanto y, no queriendo que él la viera, bajó la cabeza para mirar la alfombra y se abrazó a sí misma, sintiéndose vulnerable y expuesta en aquel lugar desconocido, con aquel desconocido, pero sin fuerzas para mover los pies y marcharse.

Pasándose las manos por el pelo, despeinándose, Peter comenzó a ponerse nervioso ante aquella pequeña figura, que lloraba y lloraba, y parecía no parar nunca. Dios, como odiaba ver a las mujeres llorar. Había crecido viendo a su madre llorar por hombres que no la valoraban suficiente, llorar por el abandono de su padre, llorar porque se sentía sola. No, no más llanto. Acercándose lentamente a ella, tanteando el terreno por si se le ocurría darle otro golpe de los suyos, llegó hasta quedar frente a ella y...seguía sin saber qué hacer. Ella miraba al suelo, sacudiéndose por el llanto y haciendo pequeños ruidos inentendibles de los que solo pudo captar varios por favor y la palabra pulsera.

Con un suspiro recortó la poca distancia que había entre ellos, agarró uno de los brazos que se enroscaban alrededor de su cuerpo, pero ella se resistió.

—Dame el brazo, no voy a hacerte nada —dijo en voz baja.

Laura cedió y soltó el brazo de su cintura limpiándose las lágrimas antes de mirarlo. Él tenía el ceño fruncido y mientras, con una delicadeza impropia de su tamaño, la cogió de la mano y enroscó la pulsera alrededor de su muñeca. Volteó su palma hacia arriba y aseguró el cierre para evitar que se cayera. Luego, simplemente se quedó acariciando su muñeca mientras seguía hablando en voz baja.

—Toma, es tuya. Tampoco pretendía quedármela. —hablaba sin apartar la vista de sus manos.

—Gra...grac...gracias —dijo Laura sorbiendo por la nariz para no volver a llorar.

Peter la miró por fin, aún con el ceño fruncido.

—No es nada. Ya puedes irte. —y con esto se volvió hacia la habitación y la dejó parada y con la mano colgando.

Laura se quedó observando su muñeca, esta vez sin ninguna falta importante y extendió su otra mano para examinar la pulsera. No la había perdido. Con un largo suspiro, una risa escapó de sus labios y empezó a acariciarla. Cuando llegó al broche de cierre se dio cuenta de que había sido modificado y ahora tenía un mecanismo de seguridad nuevo que evitaba que se le volviera a caer sin que se diera cuenta. Levantó la cabeza y miró a la figura masculina que estaba de espaldas a ella y mirando por el alto ventanal de la habitación, sin decir nada. Se quedó muda por un segundo sin saber qué hacer o qué decir, así que optó por lo primero que se le ocurrió.

—Gracias por arreglarla.

Él se volvió del ventanal y volvió a mirarla, acentuando su ceño fruncido.

—¿Por qué sigues aquí? Vete, ya tienes la pulsera.

Estaba molesto. No había que ser muy inteligente para notar que su voz destilaba molestia y había algo que Laura no soportaba, sentirse como una. Abrió la boca para replicar, pero volvió a cerrarla pensando que no sería buena idea responderle a aquel hombre que podía irse al demonio después de que él le hubiera arreglado la pulsera y se la hubiera dado sin más. Así que permaneció de pie en la habitación, reacia a irse sin arreglar las cosas. Volvió a mirarse la muñeca y se dio cuenta de que él se la había puesto en el lugar que había estado antes, en la muñeca derecha, pero ligeramente más arriba de la articulación. ¿Cómo...?

—¿Cómo supiste exactamente el lugar donde colocarla? —preguntó, esta vez con la voz más estable y teñida de curiosidad.

Peter la miró extrañado.

—No fue muy difícil apreciarlo.

—¿Cómo? —volvió a preguntarle ella.

Peter sonrió.

—No vas a parar hasta que te responda ¿verdad?

Laura se quedó observando cómo su boca ahora estaba partida en una media sonrisa mientras la miraba de arriba abajo, e inmediatamente se puso nerviosa. Cuadró los hombros y lo miró dispuesta a no dejarse amedrentar.

—Pues no.

—Está bien... —se volvió a acercarse a ella, con deliberada lentitud, solo para disfrutar del nerviosismo de ella —lo supe porque —volvió a agarrarle la muñeca y a acariciar el lugar donde estaba la pulsera y la levantó. —primero, es el lugar normal para que las mujeres lleven accesorios como relojes y pulseras y, segundo, has debido de estar tomando el sol y tienes la marca de llevarla en ese sitio exacto. ¿Acaso la querías en otro lugar? —enarcó una ceja.

Laura lo miró a los ojos y se tomó su tiempo para responder.

—No...es verdad. Ese es su lugar. Pero no pensé que nadie se fijara en eso.

—Bueno, yo no soy como los demás —le soltó la muñeca suavemente.

Evitando el incómodo silencio que se avecinaba, habló rápidamente y sin pensar.

—Aún no me has dicho como te lla...mas. —en el momento justo en el que dijo las palabras, se arrepintió. Mucho más cuando él parecía haberlas oído perfectamente.

—¿Importa? —respondió Peter sonriendo.

—Sí... a mí me importa.

—¿En serio?

—Sí, y tú sabes el mío, creo que estoy en desigualdad de condiciones.

Peter sonrió más ampliamente y le siguió el juego.

—¿Por qué debería decírtelo? Me gusta más ser un misterio.

—No tienes nada de misterioso. —Mentira. Era el hombre más misterioso y cautivador con el que se había encontrado hasta ahora, pero no iba a decirlo en voz alta.

—Claro que sí, o si no, preciosa, no querrías saber cosas de mí.

Aquel '*preciosa*' causó tal impacto en Laura que tuvo que luchar contra

sus impulsos por no abrir los ojos como platos y sonrojarse. Lo primero lo consiguió, pero lamentablemente se sonrojó como una niña.

—Mira, —dijo tratando de no mostrar su nerviosismo —resulta que esta pulsera es el bien máspreciado que tengo, y tú la has arreglado. Significa que estoy en deuda contigo y, al menos, me gustaría saber a quién tengo que darle las gracias.

Ahora fue el turno de Peter de engrandecer los ojos de sorpresa. Había tanta determinación en aquella mujer tan pequeña que no pudo más que sentir admiración por ella, así que se limitó a responder a la pregunta.

—Peter, me llamo Peter.

—¿Pedro?

—¿Qué? No, Peter. P-e-t-e-r.

—Pero Peter es Pedro en español —se limitó a decir ella.

—Pero no soy español, soy inglés, ¿o es que mi acento no te dice nada?

Era verdad. Hablaba perfectamente español, pero en cada palabra que salía de su boca un suave acento inglés bastante marcado predominaba.

—Es verdad.

—Pues eso, me llamo Peter.

Silencio de nuevo.

—Yo Laura.

Él sonrió enseñando una hilera de dientes blancos y brillantes.

—Ya lo sé.

—¿Lo sabes?

—Sí, me lo dijiste el día que me atacaste y casi me rompés la nariz. — hizo una pausa. —y ahora que sabes cómo me llamo y me has dado las gracias, deberías irte...y no volver. Vas a meterte en problemas.

Ese comentario enfadó a Laura. ¿Cómo se atrevía aquel estúpido inglés a hacerle tal desplante? Encima de que se había arriesgado a colarse en su habitación para cerciorarse de que estuviera bien y no le hubieran hecho nada, que le había curado las heridas, que se había preocupado por él...al diablo con todo. Enfadada y con los nervios a punto de traicionarla le dio un golpecito en el pecho con el dedo índice y se despidió.

—Váyase al demonio señor... —no sabía su apellido.

—Fitzpatrick.

—Lo que sea. Váyase al demonio señor Fitzpatrick.

Se volvió y comenzó a dar grandes zancadas hacia la puerta dispuesta a

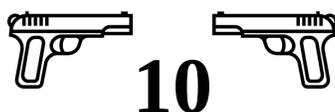
dejarlo que se pudriera entre esas cuatro paredes. No pensaba volver.

—Pero... —dijo Peter antes de que un fuerte retortijón de hambre cortara la disculpa que tenía preparada.

Laura siguió su camino fuera de la habitación no sin antes percatarse de las tripas de Peter quejarse por el hambre. Llevaba un par de días en Villa Lolita y seguramente nadie le había traído nada de comer porque, como siempre, su padre y sus hermanos no tenían la más mínima decencia en cuanto a gente se trataba.

No, no iba a volver. No. No. Se repetía constantemente la negativa en su cabeza mientras salía, vigilando que nadie la viera y cuando ya estuvo fuera, segura, cerró de un portazo dejando a aquel odioso inglés encerrado en la habitación del final del pasillo. Mientras surcaba los largos corredores de Villa Lolita hacia su habitación para cambiarse y desayunar se odió a sí misma por ser tan compasiva y querer llevarle algo de comida a Peter.

Bueno, una última visita para darle un poco de comida al inglés no le haría ningún daño. O eso esperaba.



Laura regresó a su habitación y tras darse una ducha bien fría que se llevara todas las tonterías que había hecho a lo largo de estos días, se vistió y bajó a desayunar en menos de una hora. Ese hombre le mermaba las fuerzas y ahora estaba hambrienta.

Entró en las cocinas descalza y se sentó en su sitio habitual a la espera de algo que echarse al estómago. En ese momento apareció su nana con una bandeja que tenía un tazón de cereales con leche, un par de tostadas, un vaso de zumo de piña y una taza con café. Gabriela había sido su niñera desde que era un bebé y ahora, con la marcha de su madre, era la única persona en la que podía apoyarse para no sucumbir al caos que siempre solía reinar en Villa Lolita. El apodo de Nana nació de la imposibilidad de Laura de decir el nombre completo y correctamente cuando era pequeña. Un día optó por llamarla Nana y así se quedó. La mujer, que ahora rondaba los sesenta años, la había visto crecer y hacerse una mujer y, después de la muerte de Ágata, no la dejó sola ni un momento, ni siquiera ahora.

—Buenos días mi niña —dijo Gabriela en voz baja mientras le ponía la bandeja con el desayuno enfrente.

—Buenos días Nana —sonrió. —¿Qué tal descansaste?

—Perfectamente mi chiquitita. ¿Y tú? Tienes una cara verdaderamente enfurruñada esta mañana.

Laura fue a hablar, pero se lo pensó dos veces. No era conveniente que nadie supiera aún de sus idas y venidas al cuarto del señor inglés.

—Nada, solo descansé fatal.

—Ay, pero eso tiene fácil solución angelito. Desayuna como Dios manda y verás que pronto estás recuperada.

—Gracias Nana —sonrió de nuevo.

El rostro arrugado de la mujer se contrajo en una sonrisa amable y pacífica que de inmediato calmó a la menor de los Cuevas. Hacía tanto tiempo que se hacían compañía la una a la otra que era prácticamente su segunda madre y, gracias a ella, la pérdida de su mamá no fue un golpe tan duro como debiera haber sido.

Comenzó a untarse un poco de mantequilla y mermelada en una de las tostadas y le dio un mordisco mientras no paraba de pensar que solo unos pisos más arriba estaba el hombre más exasperante y a la vez atractivo que había visto nunca...muerto de hambre.

Nana la dejó desayunando y se volvió a sacar otra bandeja de los enormes armarios que llenaban una de las estancias más grandes de Villa Lolita.

—¿No desayunaste Nana? —preguntó curiosa.

—Sí corazón. Desayuné después de servirle a tu papá y tus hermanos. — guardó silencio y continuó preparando una bandeja casi idéntica a la suya.

Eso, ahora, era bastante raro.

—¿Entonces qué haces preparando otra bandeja?

La mujer no contestó. Ah, ahí pasaba algo y se lo estaban tratando de ocultar a ella otra vez. Conocía tan bien a su Nana que sabía justo cuando estaba mintiéndolo u ocultándole información.

—¿Nana? —insistió.

—Ay ya no seas chismosa niña —dijo Gabriela y volvió a guardar silencio.

—¿Para quién es ese desayuno Nana? Y no me digas que para nadie porque sabes que sé que, además de mentir mal, siempre te cacho^[9] —sonrió triunfante.

Gabriela le lanzó una mirada de soslayo.

—Es para alguien más. Alguien por quien no deberías preguntar.

—¿Es para ese hombre que vino con papá? —preguntó de repente.

La mujer se volvió con los ojos abiertos de par en par.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Lo vi —respondió. —Y estuve en su habitación.

—¿Qué? —gritó la señora mientras empezaba a dar vueltas por la cocina diciendo un sinfín de cosas ininteligibles.

—Ya relájate Nana. Tenía que saber qué pasaba. Estoy harta de que me oculten información en esta pinche casa —le dio otro mordisco a su tostada.

—¡Ay niña, eso es asunto de tu padre, no husmees!

—Tarde.

—Ay diosito, el señor Arturo me va a botar^[10] de la casa como se entere de que en cuanto me despiste fuiste a hacer travesuras —ahora estaba empezando a ponerse nerviosa.

Laura se levantó de su silla, se acercó a Gabriela y la guio hasta el asiento contiguo al suyo en la mesa. Retiró la silla y la obligó a sentarse.

—Nadie va a botarte de aquí mientras yo pueda evitarlo. Tranquilízate por favor. Solo quería saber qué pasaba y si estaba bien.

—¿Bien quién?

—Peter.

—¿Quién es Peter?

—El señor del cuarto de arriba.

—¡Hablaste con él! —su voz se quebró —dios mío niña ¿en qué diantres estás pensando?

—Shhh, Shhh, relájate Nana. Todo está bien —le dijo Laura mientras acompañaba sus palabras con suaves toques en la espalda de Gabriela.

—No, no está bien. Como te cache tu papá vas a tener graves problemas, niña.

—No va a cacharme, él nunca está aquí para vigilarme —dijo secamente.

¿Qué más daba que anduviese merodeando por la casa, aún si estaba mal, si su padre nunca estaba con ella más de cinco minutos contados? Le dolía saber que los negocios eran más importantes para su padre que ella, pero eso era algo que ya había logrado aceptar hacía bastante tiempo.

Cuando Gabriela pareció calmarse, volvió a la carga.

—Entonces... ¿esa comida es para él? —preguntó tímidamente.

—Sí. Puede que tu padre haga cosas cuestionables, pero jamás dejaría que nadie se muriera de hambre después de lo que ha luchado para que sus hijos no tuvieran una infancia como la suya.

—Mi papá no sabe nada ¿verdad? —preguntó sonriendo.

—Ay no, pero ¿cómo crees que voy a dejar que el pobre hombre se muera de inanición sin saber cuánto tiempo va a estar aquí? No señor.

—Ahhhh... —soltó una carcajada —así que no soy la única que hace cosas indebidas y travesuras en esta casa ¿eh?

Gabriela la miró con los ojos entrecerrados.

—Cuidado con esa lengua muchachita.

—Lo siento, Nana —agachó la cabeza.

—No pasa nada, ahora voy a llevarle esto al señor antes de que regresen tu papá y tus hermanos —se levantó y se dispuso a terminar de preparar la bandeja con comida.

—¿Puedo ir contigo? —se puso a sus espaldas.

—Ni pensarlo —respondió Gabriela moviendo la cabeza.

—Por favorrrrrrrrrrrrrrr. Puedo vigilar en el pasillo por si viene alguien, para que no nos cachen —dijo tomando una vía de escape a la negativa de su Nana.

Gabriela se volvió a mirar a Laura. La miraba con los ojos entrecerrados mientras sopesaba la idea que acababa de lanzar la niña. La verdad es que era una idea excelente. Ninguna de las dos estaba haciendo las cosas bien desobedeciendo las órdenes del señor Arturo, pero su conciencia no le permitía saber que había alguien desde hacía un par de días en la casa y que aún no se le había ofrecido nada de comer. El pobre muchacho debería tener un hambre atroz, y ella no iba a ser partícipe de dejar al hombre con hambre.

Levantó la vista hacia Laura de nuevo. El tiempo pasaba condenadamente rápido, pensó. Hacía nada estaba enseñándola a dar sus primeros pasos y enseñándola a preparar magdalenas caseras, y ahora era toda una mujer competente, inteligente y audaz. Moviendo la cabeza con resignación supo que tenía la batalla perdida en cuanto vio la determinación de ayudarla en sus ojos.

Laura supo que iba a poder salirse con la suya en cuanto Gabriela bajó la vista y dejó mirarla a los ojos. Sonriendo triunfalmente agarró a su Nana de las manos y le habló en voz baja.

—Tranquila, todo saldrá bien. Siempre juntas para todo ¿recuerdas? Tu cubres mi espalda y yo la tuya.

Casi la hubiera hecho llorar si no estuviera a la vez enfadada por jugar con ella para salirse con la suya.

—Está bien, pero rápido.

Ambas subieron al piso donde se encontraba la habitación de Peter vigilando que nadie externo las pillara subiendo comida, y cuando llegaron a la puerta, Gabriela sacó una solitaria llave de su delantal. Vaya, la mujer estaba preparada para todo.

—¿De dónde sacaste la llave? —preguntó con los ojos abiertos.

—Me la dio Miguel... —dijo y se dispuso a abrir.

Miguel era el jardinero de Villa Lolita, y tenía un interés más allá del cordial en su Nana desde hacía bastante tiempo. Vaya, parecía que después de todo Gabriela se había decidido a dejarse llevar y por fin, dejar que alguien la quisiera.

—Uhhhh, qué amaaaable Miguel caray —dijo elocuentemente.

Gabriela se sonrojó.

—Cállate niña, no me avergüences. Quédate aquí en el pasillo vigilando, y si viene alguien, escóndete detrás de aquella planta para que no te vean ¿sí?

—Pero... —quiso rebatirla.

—Pero nada. Obedece.

Laura se colocó justo donde le había dicho Gabriela mientras ésta abría la puerta y desaparecía en la habitación, deseando ser ella quien le llevara alimento al perfecto caballero inglés.



Peter se encontraba sentado en la enorme cama de esa ostentosa habitación cuando oyó la cerradura girar y la puerta abrirse. Pensando que sería de nuevo aquella espantosa y exasperante mujer se levantó para enfrentarla y decirle que volviera a su casa y a su vida y lo dejara en paz. Para su sorpresa, no fue ella quien apareció, sino una mujer de baja estatura, de unos sesenta o setenta años, con un delantal blanco y una bandeja de comida. Una parte dentro de él se decepcionó al no ver a la delgada y morena figura de la hija del hombre que la había secuestrado.

Le había costado decirle que se fuera y no volviera porque, aunque le pesara admitirlo, se había divertido con sus visitas clandestinas y cada vez tenía más y más ganas de que esas visitas se hicieran más regulares. Para poder verla otra vez con esos pantaloncitos cortos que se pegaban a sus piernas delgadas y bien torneadas, que le recogían ese distintivo culo respingón de los latinos... *Para Peter, no sigas por ahí*, se reprendió. *Olvídate de esa niña. Es un peligro, como su padre, como su gente.*

Mirando a la señora entrar y cerrar a su espalda la puerta, la miró

enarcando una ceja y sin decir nada. Como la mujer tampoco habló pensó que, si él no rompía el hielo, seguramente la mujer no se movería de su sitio, y además traía comida. El estómago le rugió en protesta y la mujer sonrió.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó ofendido.

La señora entró en la habitación y colocó la bandeja con comida mientras se llevaba una mano a los labios para evitar reírse más fuerte.

—Discúlpeme, señor. Es que me pareció simpático verle con ese porte de señor serio y enfurruñado para que luego su estómago lo traicionara. Me disculpo si lo he ofendido. Soy Gabriela, el ama de llaves de Villa Lolita y la mucama^[11] de los niños.

—¿Qué niños? —preguntó Peter sorprendido. ¿Había niños inocentes en aquel antro?

—Los hijos del dueño de la casa. —Y no quiso darle más información.



Laura se encontraba de pie en el pasillo vigilando que nadie las viera a ella o a Gabriela interactuando con el que, ahora suponía, era un visitante especial de los que traía su padre a menudo a casa. Estaba justo al otro lado de la puerta y, a pesar de estar enfadada con el hombre que había dentro, se moría por entrar y echarle otro vistacito a ese cuerpo bien esculpido y esos profundos ojos azules que cambiaban levemente el tono cuando la emoción de su dueño era distinta.

Bueno, no puedo entrar, pero nada me impide tratar de escuchar algo... pensó y se acercó más a la puerta para oír la conversación de dentro. Las voces eran algo apagadas, así que optó por pegarse más a la madera con el fin de escuchar mejor.

—¿Se refiere a los dos gorilas que me tienen la cara echa un cuadro abstracto? —dijo él. ¿De qué estaba hablando?

—Pero ¿qué...? —dijo Gabriela. —Disculpe, pero usted no tiene ningún derecho a dirigirse así a los hijos del señor.

—Me han pegado, puedo referirme a ellos como me venga en gana.

—Vamos muchachito, no sea obstinado, no me importa cómo se hayan comportado ellos con usted, yo vengo simplemente a ofrecerle algo de alimento ya que nadie en esta casa parece tener pudor alguno por sus necesidades —dijo ella tranquilamente.

Peter se calló al punto. Guau...Gabriela si sabía cómo dominar a ese condenado hombre.

—Lo siento, señora —se disculpó él.

—Tranquilo *mijo*, está bien —dijo ella sonriendo.

Peter de nuevo volvió a mirar a la señora con los ojos entrecerrados.

—¿Si me como la comida voy a morir envenado? —preguntó.

—¿Qué demonios dice ahora?

—¿Me va a tratar de romper la nariz usted también?

—¿Quién trató de romperle la nariz, por el amor de Dios? —ahora era el turno de la mucama de mirarlo asustada.

—Uno de los “angelitos” de su jefe...

—Ay, Dios mío. Sí son brutos esos dos...

—No, no fueron ellos —la interrumpió Peter.

—¿Entonces quién?

—Ese demonio con forma de mujer que dice ser hija del dueño de la casa.

—¿Laura? —la mujer ahora parecía asustada a más no poder.

—Laura... —escupió el nombre —sí, esa estúpida mujer. Exasperante, bruta y maleducada.

Laura escuchaba todo desde fuera mientras la furia le iba subiendo por la garganta. Maldito inglés, ¿cómo se atrevía a insultarla de ese modo después de que el maleducado y exasperante había sido él? Oh...nadie se metía con una Cuevas, mucho menos con ella, y se iba de rositas, no señor.

Interrumpiendo la respuesta que ahora fuera a darle Gabriela, sabía que, en su defensa, entró en tromba en la habitación y lo encaró con todo lo que tenía.

—¿¡Cómo te atreves a hablar así de mí estúpido inglés!?



Llevándose la palma de la mano a la frente, Peter cerró los ojos con fuerza para controlar el enfado que amenazaba con hacerlo decir una tontería que luego lamentaría. Otra vez ese bicho. ¿Es que nunca iba a dejarlo en paz? Prácticamente lo había torturado con cada visita que le había hecho en... ¿cuántos días habían pasado? Genial, ahora había perdido hasta la noción del tiempo. Estar secuestrado por una panda de mafiosos violentos era una delicia, pensó con sarcasmo. Si no le pegaba derechazos que casi le rompían la nariz, le gritaba, y si no pues lo insultaba gratuitamente. Daba igual lo que fuera, esta mujer era como la peste, estaba por todas partes y le era imposible evitarla o huir de ella.

—¡Fuera bicho! —gritó Peter mirando hacia abajo para poder encararla una vez se hubo calmado, más o menos.

—Óigame, señor... —intercedió Gabriela.

Laura continuaba mirándolo, echando chispas por los ojos y deseando meterle un puñetazo de nuevo a esa nariz, a ver si así se callaba de una condenada vez. Maldito fuera el momento en el que había ido a husmear y había conocido a ese hombre. Dispuesta a no amedrentarse ante sus ataques se acercó aún más a él casi rozándole el pecho con el suyo propio.

—¿Qué dijiste? —trató de sonar amenazante.

—Bicho. *Damn it*^[12], vete de aquí que no me apetece lidiar contigo ahora, bichejo —repitió Peter enfadándola aún más.

Laura cerró las manos apretando los puños dispuesta a darle un buen golpe donde le viniera mejor cuando se percató de que tanto ella como Gabriela estaban dentro del cuarto con el hombre y ahora la puerta había

quedado abierta de par en par, a riesgo de que otro par de ojos curiosos las cacharan^[13].

Se volvió dándole la espalda a Peter y encaró a Gabriela.

—Nana, tienes que salir, no hay nadie vigilando fuera.

—¡Claro que no! ¿Cómo iba a haber alguien? Tenías que estar tu niña obstinada. —bramó la señora.

—¿Crees que iba a dejar que este pelado me insultara y no tuviera su merecido? De ninguna manera.

—Niña, ya te dije que no interfirieras...

—No —la cortó Laura en mitad de la diatriba. —Esto ya se convirtió en algo personal... —volvió a mirar a Peter —sal un momento Nana, no me llevará mucho tiempo —ahora sonaba letal, sin apartar ni un solo momento la vista de los ojos de él, en una batalla silenciosa.

Gabriela abrió la boca para responder cuando oyó pasos provenientes del pasillo. Cerró la boca y se tragó el argumento mientras salía rápidamente y cerraba la puerta a sus espaldas. Al menos si alguien la encontraba en ese lugar podría inventarse cualquier excusa perfectamente válida para salir del paso, como que estaba limpiando muebles o estaba revisando las habitaciones para el inventario anual de Villa Lolita. Rezando para que Laura no tardara mucho dentro con aquel señor desconocido, comenzó a dar vueltas por el pasillo, cada vez más nerviosa.

Fuera, en aquel largo y enorme pasillo, se respiraba una tranquilidad impropia de una finca como Villa Lolita. Dentro de la puerta situada al final de aquel lugar era un tema completamente diferente.

Laura continuaba mirando a Peter fijamente con una mueca de enfado en el rostro, dispuesta a no apartar la vista. Nadie amedrentaba a un Cuevas, y ella no iba a ser la primera de la lista.

Mientras, Peter la observaba, pequeña y bien proporcionada, mientras respiraba agitadamente y su pecho subía y bajaba por el nerviosismo. Los puños apretados como si quisiera estrangularlo con sus propias manos, y la mirada fija en él como si pudiera hacerlo cenizas. Y, para su sorpresa, le pareció completamente encantadora. Tanta determinación, tanta fuerza y tanta valentía en un cuerpo tan pequeño solo le hacían tener un aura de supervivencia que conocía muy de cerca, y solo por eso la admiró.

Sin apartar la mirada de ella enarcó una ceja en señal de duelo. Por alguna extraña razón le encantaba verla enfadada porque, daba la sensación, que el

carácter fuerte y violento era una de sus mayores virtudes y uno de sus mayores encantos. Observó sus labios morenos apretados en una fina línea, luego se abrieron para librar un suspiro de frustración, y, que le pegaran un tiro en el entrecejo si lo sabía, pero se moría por besarla. Se dice que, si encuentras la persona con la que puedes mantener una batalla verbal que eleve las tensiones al máximo y luego sentir ganas de atraerla hacia a ti de cualquier modo solo por sentir a dicha persona cerca, tienes un grave problema, pues puede ser que estés metiéndote en terreno pantanoso, el terreno de la atracción física, que daba paso al peligroso terreno de la pasión carnal.

Tratando de no pensar en eso, se dio la vuelta dándole la espalda a Laura y se puso a dar vueltas por la habitación para no caer en la tentación, y a la vez tontería, de cogerla por esos brazos pequeños y bien bronceados, encerrarla entre los suyos, y besarla hasta que su respiración estuviera agitada y se callara.

—¿Qué, ahora no me das la cara? —pinchó ella.

Peter no pudo evitar reírse por dentro ante el ataque de ella. Sin embargo, fracasó y terminó por soltar una carcajada sonora sin darse cuenta.

—¿Y encima tienes la poca decencia de reírte de mí? ¡Cobarde! —gritó ella más furiosa aún.

—Bla, bla, bla —respondió Peter acompañando las palabras con un gesto de sus manos que simulaba una boca abriendo y cerrándose.

Estúpido.

Laura se acercó más aún dispuesta a darle el golpe que hiciera que dejara de reírse de ella cuando se encontró de frente con él. En un abrir y cerrar de ojos se disponía a hacerlo, y en apenas un parpadeo él la tenía agarrada por la muñeca deteniéndola e inmovilizándola.

—Suéltame cabrón. —escupió el insulto.

—No.

—Suéltame o... —siseo.

—¿O qué? ¿Qué vas a hacerme, pequeña matona? —la retó él.

Por un momento guardó silencio. ¿Qué iba a hacer si no la soltaba? ¡Se suponía que era una pregunta retórica! Estúpido inglés.

—Ajá, no quieras saberlo. Suéltame, es la última vez que te lo pido de buena manera —dijo ella.

—Uy, mira que miedo tengo, bicho. —y le sacó la lengua.

Basta. Suficiente. Ahora iba a atacarle con todo, hasta que pidiera perdón y se arrepintiera de todo lo que había dicho. Cerrando los ojos para concentrarse, agachó la cabeza y embistió hacia delante. Él lo esquivó con habilidad y la agarró por la muñeca que tenía libre, teniéndola ahora inmovilizada completamente por las manos.

—Vaya, ¿te crees muy lista? Nunca subestimes a un policía, mafiosilla.

No quería aceptar lo que acababa de oír. ¿Acababa de tener las agallas de llamarla mafiosilla? Igual tenía que tratarla como los mafiosos tratan a la gente corriente y altanera como él. Levantó la rodilla para propinarle un golpe en la entrepierna que él, de nuevo, esquivo hábilmente. Después de salvarse de un dolor profundo en sus partes más preciadas, Peter decidió que era hora de aplicar un poco de fuerza para tratar a esta señorita, a ver si así aprendía. La empujó hasta la pared más cercana y allí la arrinconó, inmovilizándole más aún las manos y pegándose a ella para que no pudiera moverse ni escurrirse, la pequeña matona era más hábil de lo que había pensado. Un silencio, solo interrumpido por el ruido de sus respiraciones agitadas al unísono, siguió al chasquido de los huesos de Laura al chocar con la pared.

Se encontraban demasiado cerca. Peter seguía mirando hacia abajo tratando de controlar a aquella salvaje, cosa que le costó bastante más de lo pensado porque, al tenerla pegada a él, amoldándose perfectamente a su cuerpo, no pensaba en doblegarla, sino en cosas mucho más...privadas.

Maldita sea mi testosterona, pensó.

Laura había perdido por completo la visión de la habitación y solo veía el enorme cuerpo del inglés encerrándola contra la pared de al lado de la puerta. Debía estar enfadada, furiosa, con ganas de matarlo, y, sin embargo, al sentirlo tan cerca, se le ocurrían muchas cosas que hacer con él, pero ninguna de las anteriormente mencionadas. Dejó de luchar por zafarse de su agarre y se relajó entre sus brazos. Abrió la boca para decirle que había ganado y que la dejara en paz cuando lo más inesperado del mundo ocurrió. Él la besó. Un beso fuerte y demandante que la puso inmediatamente sobre sus rodillas. Se sentía dulce y suave sobre su boca, que inmediatamente abrió para explorarla con la lengua. Un gemido escapó de sus labios cuando se pegó aún más a él para que no rompiera el beso. Dios, se sentía increíble, mucho mejor incluso de lo que había pensado.

Peter la besaba hábilmente, reprendiéndose justo después de haber empezado, pero sin poder parar. Aquella pequeña mujer testaruda tenía unos labios carnosos y bien proporcionados que eran perfectos para besar y, en contra de todo pronóstico, era justo eso lo que se encontraba haciendo. Mientras ella respondía positivamente a aquella invasión a su intimidad siguió besándola, queriendo cada vez más y queriendo detenerse, pero sin poder. Dios, si no paraba ahora, probablemente acabaría haciendo una tontería aún mayor.

Mientras Laura se perdía en las profundidades de su boca, jugando con su lengua, le mordió el labio inferior, y un momento después, se encontró con que él se había apartado.

No, se quejó su subconsciente. Vuelve.

Él la miró un momento más antes de soltarle suavemente las manos y dar un par de pasos hacia atrás para interponer distancia entre ellos. De inmediato se sintió vacía.

—Vete. —fue lo único que dijo mientras se daba la vuelta.

Ahora se sentía completamente confundida. Ni siquiera sabía que responder a aquello después de lo que acababa de experimentar en sus brazos.

—¿Por qué? —preguntó cuadrando los hombros, no dispuesta a dejar que él viera el efecto que había tenido sobre ella.

Peter volvió a encararla y una vez más, aquellos ojos oscuros y aquellos labios entreabiertos, lo hipnotizaban. Suspiró y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Porque si no te largas ahora mismo, voy a besarte de nuevo y no me arrepentiré en lo más mínimo.

Sí por favor, pensó ella.

Se moría por volver unos segundos atrás y volver a experimentar de nuevo aquella sensación de plenitud que él le había dado en tan solo un beso. Carraspeó un segundo y respondió tratando de que su voz no sonara suplicante.

—Hazlo.

Él la miró enarcando una ceja para cerciorarse de que no había oído mal y ella asintió suavemente con la cabeza. No tuvo que repetirlo una segunda vez.

Peter descruzó los brazos y se acercó en dos grandes zancadas a ella, le cogió la cara entre sus grandes manos y agachó la cabeza para besarla de

nuevo. Esta vez el beso no era basado en la fuerza, como el primero. Esta vez era un beso dulce, suave y deliberadamente lento. Mientras Laura le pasaba los brazos alrededor del cuello para tener un mejor acceso a su boca, él se entretenía en partir sus labios e invadir su boca con la lengua. Estaba empleando cada gramo de fuerza en su cuerpo para tomarse su tiempo y explorarla a su antojo. Ella volvió a gemir en respuesta al beso y fue música para sus oídos. Soltándole la cara, la agarró por la cintura para atraerla más hacia él, sin que fuera suficiente. La quería cerca, tan cerca que ni siquiera el aire pudiera pasar entre sus cuerpos.

Laura respondió al beso mordiéndole el labio inferior y dejándose llevar por las sensaciones que había desencadenado la pequeña disputa que habían tenido hacía un momento. Dios, si cada vez que discutiera esto iba a ser así, tendría que plantearse la idea de hacerlo enfadar y enfrentarlo más a menudo. Dio un respingo cuando él trasladó las manos desde su rostro hasta sus caderas, pero se dejó hacer, dejándose abrumar por el calor de su toque. Se acercó más a él deliberadamente y profundizó más el beso. *Sí, Dios, se sienten increíbles los besos de este hombre*, pensó. Mientras movía la cabeza para acoplarse al jugueteo de su lengua, le pareció oír su nombre a lo lejos, pero continuó dejándose hacer pensando que sería Gabriela desde fuera porque estaba tardando más de “un momento”.

El sonido se hizo más fuerte, tanto, que llegó perfectamente claro a sus oídos.

—¿¡Laura!?

Ambos oyeron la voz desde el piso más bajo de Villa Lolita y detuvieron lo que estaban haciendo. Ella, ojiplática, se paró a escuchar mejor la voz que la estaba llamando, deseando que no fuera lo que estaba pensando.

—¿¡Laura!? ¡Baja! —gritó de nuevo la voz.

Sí, no había duda alguna. Su padre estaba llamándola desde el piso de abajo y, si no quería enfadarlo, lo mejor sería que bajara antes de que Arturo Cuevas hiciera alarde de su poca paciencia y mal genio.

Sin separarse del todo de Peter, lo miró una vez más con los ojos inundados de miedo y la respiración aún agitada.

—Tengo que irme.

Y con esto, salió de la habitación dejando a Peter sorprendido, con la boca abierta, y un montón de ideas indecentes rondándole la cabeza.



Aeropuerto de Madrid—Barajas Adolfo Suárez, Madrid, España

El jetlag lo estaba haciendo polvo. Eran las doce del mediodía cuando su avión aterrizó en la capital española, lo cual quería decir que en Bogotá eran las cinco de la madrugada, siete horas menos. Debería estar durmiendo, preferentemente acompañado por alguna belleza latina y, sin embargo, se encontraba bostezando en medio de ninguna parte, esperando a que sus maletas aparecieran por la cinta transportadora. Se frotó los ojos para espantar el sueño cuando vio su *trolley*^[14] aparecer por la cinta lentamente. Lo agarró sin miramiento alguno y se dirigió hacia la salida, donde una comitiva de gente con pancartas esperaba para recibir a los visitantes. Antes de salir y mezclarse con la multitud se sacó del bolsillo unas Ray—Ban Aviator que se colocó en los ojos adormecidos con una mano. Pidiendo permiso para pasar entre la multitud amontonada en la puerta de salida salió y respiró el aire fresco de su ciudad natal. Ah, Madrid.

Vislumbrando a lo lejos un Ford Kuga de color negro, con los cristales del mismo color opaco y oscuro, se dirigió hacia él despacio. Cuando estaba a dos pasos de una de las puertas traseras, un hombre con gafas de sol oscuras y vestido con un pulcro traje de chaqueta gris salió en su recibimiento y le hizo un leve gesto con la cabeza para indicarle que efectivamente, era su vehículo, y que podía subir cuando quisiera. Le entregó su maleta de viaje al que suponía que sería el conductor y entró dentro del vehículo. Allí, le esperaba el hombre que llevaba sin ver nueve años. Vaya, el viejo había cambiado bastante.

—Buenos días —le dijo desde la oscuridad una voz grave y profunda.

Intentó enfocar la vista para ver la procedencia de la voz, pero no consiguió nada.

—Le respondería, pero apenas puedo ver dentro de esta penumbra —dijo secamente.

Una suave risa llenó el vehículo.

—Tan impertinente como siempre, tú nunca cambiarás —dijo la voz.

—Es difícil enseñarle trucos nuevos a un perro viejo.

Una luz amarillenta se encendió mostrando frente a él una figura vestida con un traje de chaqueta marrón, su respectiva corbata a juego y el pelo peinado hacia atrás. Parecía todo un *gangster*.

—Ah, ahí estás no más —dijo él.

—Aquí estoy sí, llevo treinta minutos esperando, pensaba que tu nueva familia te había lavado el cerebro y habías huido con la información que prometiste compartir —dijo el señor mirándolo fijamente.

Esos ojos grises seguían dándole escalofríos nueve años después y, se temía, que eso no cambiaría hasta que el viejo muriera y tuviera que dejar de mirarlo a la cara. Con un poco de suerte eso no tardaría mucho en suceder.

El hombre sacó una carpeta de color azul eléctrico de su maletín de mano y la extendió en el sillón contiguo al suyo.

—Aquí está todo.

—Mmmm... —el señor no dijo nada más.

Miguel Molina, desde siempre, era un ser desconfiado. Después de recibir numerosas puñaladas por la espalda se había nutrido de la experiencia para vivir bajo el lema de que no se podía fiar uno ni de su propia sombra. Todo el mundo actuaba con un propósito, y casi siempre, ese propósito era, sino destruirte, hacerte el mayor daño posible.

—¿No me crees? —le dijo el joven en tono frío, demandante.

Miguel chasqueó la lengua ante la nueva impertinencia del joven. Vaya, tanto tiempo por esas asquerosas tierras colombianas había agriado su carácter y afilado su imprudencia.

—Si quieres seguir usando tus cuerdas vocales, harías bien en pensarte la próxima vez que quieras hablarme en ese tono jovencito. Parece que para ti el respeto no significa nada —dijo Miguel mirando de reojo al joven sentado a su lado.

El joven se calló al punto y, agachando la cabeza, guardó silencio a la espera de una nueva orden. Miguel se encontraba mirando los papeles que le

había entregado su contacto en Colombia con todos los movimientos de la familia Cuevas. Fotos, facturas, extractos bancarios, todo estaba en aquella carpeta. Después de todo iba a tener que concederle el punto al muchacho, el trabajo era excelente.

—Toda esta información está recogida de manera muy eficaz. Estoy gratamente sorprendido —dijo Miguel sin levantar la vista de los papeles.

El joven hizo un sonido triunfal y sonrió enseñando una irregular dentadura manchada por los años de tabaco y demás vicios perjudiciales.

—Por supuesto que es un trabajo excelente, aprendí del mejor.

A Miguel no se le pasó el elogio que acababa de lanzarle el muchacho, pero tampoco iba a agradecersele, no quería que el joven empezara a hacer alarde del gran ego que a simple vista se veía que tenía.

—¿Por qué has venido tú a España? —preguntó Miguel dejando la carpeta a un lado y encarando a su nuevo acompañante.

El joven hizo una mueca de supremo asco.

—El cabrón de Arturo quiere que vigile sus negocios por él. Típica excusa utilizada para referirse a que, si algo sale mal, yo seré el pringado que cargue con la culpa.

El semblante de Miguel se tornó frío. Estaba furioso.

—Hijo de puta.

—Lo sé. —chasqueó la lengua el joven. —Pero ha sido una buena oportunidad para volver a casa y darle los datos yo mismo, así podrás explicarme cómo va el plan.

Miguel soltó una carcajada sonora. Nueve años y el chaval seguía tan curioso y activo como siempre. Tenía a quien salir. Volvió a mirarlo.

—Todo a su debido tiempo muchacho, todo a su debido tiempo —dijo tranquilamente Miguel. —Por lo pronto, bienvenido de nuevo a casa...hijo.

El joven sonrió.

—Gracias, padre.



Bogotá, Colombia

Arturo Cuevas abrió los ojos y lo primero que vio fueron los frescos del techo de su habitación. Incorporándose, se frotó los ojos y miró al lado izquierdo de la cama. Estaba vacío. Allí donde siempre veía la figura de la que había sido su mujer por tanto tiempo, ahora no había más que vacío. Un dolor intenso se adueñó de su pecho. No era justo, apenas había tenido tiempo para disfrutar de su mujer, veinte años habían sido apenas el comienzo de la historia que querían tener juntos. Y no había podido hacer nada para evitarlo.

Una solitaria lágrima escapó de sus ojos y rápidamente la enjugó. Por mucho que le doliera la falta de Ágata, en quien siempre se apoyaba cuando tenía un mal día, como hoy, tenía que seguir adelante e intentar recomponer las piezas. Ya no por él mismo, ya que se sentía muerto en vida sin ella, sino por los tres hijos que ella le había dado, fruto del amor que había nacido de la forma más rara de todas. Tan rara casi como la manera en la que había acabado, pero no quería darle muchas vueltas al asunto porque además de partirlo en dos, no le dejaba descansar. Desde la muerte de Ágata, su mundo se había apagado.

Eso le recordó que pronto tendría que volver a viajar a España, y aún no sabía cómo iba a comunicarle eso a Laura, ya que le había prometido que después de la última visita se tomaría un descanso, pero no podía rechazar un proyecto como éste. Por no mencionar que se había extralimitado secuestrando a un agente de la ley español y ahora no sabía qué diantres hacer con él. Había pasado casi una semana desde que lo habían encerrado en una de las habitaciones más alejada del bullicio de la casa en Villa Lolita, y ni siquiera había ido a verlo ni una sola vez. Probablemente esté muerto, pensó, lo cual facilitaría mucho las cosas, pero...no facilitaba la ardua tarea de tranquilizar su perturbada conciencia. Sacudiéndose los pensamientos molestos, salió de la cama, tomó una ducha rápida y se puso lo primero que vio en el armario. No le vendría mal librarse de ese odioso traje de chaqueta y ponerse algo cómodo para variar. Bajó, desayuno igual de rápido que se había vestido y se enclaustró en su despacho una vez más, donde ya lo esperaban Leo y Luca, eficientes como nadie y las personas en quien más confiaba en aquel caótico lugar.

—Buenos días, padre —dijeron al unísono acompañando el saludo con un

leve movimiento de cabeza.

Arturo les respondió levantando la mano y caminó lentamente hacia su escritorio, donde se sentó y estiró los brazos.

—Bien chicos, ¿qué tenemos? —preguntó cruzando los brazos sobre el pecho y mirando a sus hijos, que ahora habían tomado asiento frente a él.

Luca fue el primero en hablar.

—Nuestro contacto ya aterrizó en Madrid sin problema alguno. Tiene instrucciones precisas sobre lo que debe hacer y estamos a la espera de más información.

—¿A quién enviaron?

—A Rivera. —fue Leo quien respondió por su hermano.

Arturo abrió los ojos de par en par.

—¿A Fernando? ¡Es un crío!

—Por eso —dijo Luca. —Tenemos un mal presentimiento y necesitábamos enviar a alguien para que se cerciorara de que todo estaba bien antes de ir nosotros mismos con usted, padre, a España. Él mismo se ofreció voluntario.

Fernando Rivera era un joven que habían acogido en Villa Lolita hacía nueve años después de un altercado en las calles de Bogotá en el que casi sale malherido. Se había integrado a la perfección en la familia y ahora, nueve años después, a la edad de veinte, era una estupenda ayuda junto con sus hijos gemelos en los asuntos más escabrosos de la casa. Había pagado su deuda con los Cuevas con lealtad y, hasta ahora, lo había hecho con creces. No le gustaba que hubiera ido el muchacho, aparte de porque no terminaba de inspirarle confianza, porque tampoco quería que nadie se viera en medio de fuego cruzado, eso probablemente acabaría por matarlo.

—No debieron enviarlo a él —dijo suspirando.

—¿Por qué? Tampoco me importa si recibe un balazo en la frente y se va al demonio de una vez —dijo Leo.

Arturo volvió a suspirar. Sus hijos detestaban al joven por el simple hecho de que había mostrado un interés más allá de la amistad y el cariño hacia su hermana menor. Pero ¿quién podía culparlo? Su hija se había convertido en una mujer preciosa, y si algún hombre cometía el fallo de catalogarla como fea o poco adecuada, seguramente es que estaría ciego, o simplemente era estúpido.

—No hables así del muchacho —le reprendió.

—¿Por qué? Se lo merece por intentar meterse con mi hermana.

—Su hermana es ya una mujer adulta que sabe cómo lidiar con sus propios amores ¿no creen?

—No —dijo Luca.

—Para nada —acompañó Leo.

Arturo cerró los ojos y meneó la cabeza.

—Es por eso por lo que su hermana no es más amable con ustedes. La siguen tratando como si fuera una muñequita de cristal cuando, obviamente, no lo es.

Ambos cruzaron los brazos.

—Eso lo decidiremos nosotros —dijeron al unísono.

Arturo volvió a negar con la cabeza.

—Luego no digan que no se los avisé, muchachos.



Málaga, España.

Hugo Herrera acababa de apearse del tren proveniente de Algeciras que le había traído a su antigua ciudad. En otra ocasión se hubiera negado tajantemente porque le había jurado a su mujer que no volvería a verse inmiscuido en ningún tema policial que pudiera poner su vida en peligro, pero esta vez, había sido ella quien lo había instado a venir. Y es que este asunto era algo personal. Peter había sido secuestrado por una familia de mafiosos colombianos y estaba completamente en paradero desconocido, no sabían si vivo o muerto. En cuanto había recibido la noticia no se había pensado un momento en que tenía que acudir a la llamada de su antiguo jefe, Carlos Martinez, que necesitaba ayuda con el caso, pero al mirar a su mujer, de casi ocho meses, se lo pensó. El bebé podría venir en cualquier momento.

—Cariño, tienes que ir, es Peter... —le había dicho sonriendo y lo había

convencido en el acto.

Había tardado unos días en organizar el viaje y asegurarse de que Natasha quedaba a buen recaudo mientras él estaba fuera, y ahora, se encontraba pisando de nuevo suelo malagueño, por su amigo. Salió de la estación de tren situada en el Centro Comercial María Zambrano y se montó en uno de los numerosos taxis que había en la salida principal. Dándole la dirección al taxista, llegó a su antiguo lugar de trabajo en apenas media hora, a causa de las obras que se esparcían a lo largo de la ciudad.

Mientras caminaba por los sinuosos pasillos de la Comisaría de Policía de Málaga pensó en cómo Peter podía haberse metido en semejante follón. Era verdad que el inglés era propenso a meterse siempre en problemas, pero nunca se había visto envuelto en uno de este calibre. Cuando volviera a verlo, porque se negaba a pensar que no volvería a ver su estúpida y prepotente cara inglesa, le iba a dar tal paliza que iba a tener que recoger los dientes con escoba. Sonrió para sí mismo. Si alguien supiera lo que estaba pensando del que consideraba su mejor amigo, probablemente se asustaría. Ellos, sin embargo, tenían esa clase de amistad extraña que se basaba en las demostraciones de cariño, cómo decirlo, violentas. Y es que eran hombres después de todo. Cuando llegó al final del pasillo y se paró frente a la puerta que rezaba el nombre del Comisario un escalofrío le recorrió el cuerpo. Jamás pensó que volvería este lugar, y, contra todo pronóstico, aquí estaba, y todo porque su mejor amigo había sido tan imbécil como para dejarse atrapar. Cerrando los dedos en un puño llamó a la puerta y una voz desde dentro lo instó a entrar.

Sin saludar, entró, cerró la puerta a sus espaldas, soltó la maleta a un lado y miró a Carlos.

—Ahórrate las explicaciones ahora. ¿Cuándo salimos? —preguntó seriamente.

—Esta noche. En el AVE de las nueve —le respondió su jefe sonriendo.



Una bruma negra la estaba engullendo. Quería correr, pero sus pies se encontraban pegados al suelo. Quería gritar, pero sus cuerdas vocales no colaboraban porque el sonido saliera de su boca. Era lo más frustrante a lo que se había enfrentado nunca. De la nada, apareció Peter, con el torso desnudo y unos pantalones anchos como única prenda. Su cara estaba teñida por la cólera y sus ojos regalaban miradas letales a cualquiera que se pusiera en su punto de mira. Sus pies respondieron al instante. El corazón le dio un vuelco cuando se vio a sí misma corriendo para lanzarse a sus brazos. En un abrazo tierno, él le acariciaba la espalda suavemente mientras le decía en voz baja que todo iría bien mientras él estuviera ahí, y eso la tranquilizó al instante. La bruma oscura se disipó dando lugar a un lugar iluminado por una luz blanca que lo hacía todo más vivo, más real. Ahora él sonreía, una sonrisa real que le llenaba por entero. La miró sin dejar de sonreír, bajó la cabeza y se dispuso a besarla.

Entonces el maldito despertador sonó.

Laura despertó de golpe incorporándose en la cama bruscamente en un movimiento que casi la hace rodar al suelo. Con un improperio en los labios de buena mañana, corrió las sábanas y se bajó de la cama. Cuando sus pies tocaron el suelo, pisó uno de sus zapatos y acabó rodando por la moqueta del cuarto de todas maneras. Suspiró y apoyó la frente en el suelo. Menuda semanita llevaba. Desde la última vez que visitó, la que había denominado la habitación del pecado, esos estúpidos sueños estaban acosándola sin dejarla descansar. Desde aquel beso no había otra cosa que ocupara su mente, y maldito fuera Peter por hacerle eso. Hacía una semana más o menos que no

se pasaba por allí, desde que Peter la había encerrado entre sus brazos y le había dado una probadita de sus besos. Completamente frustrada por la oportuna llamada de su padre en ese momento, salió de la habitación como alma que lleva el diablo y mientras bajaba al despacho, se preguntaba qué habría pasado si no hubieran tenido interrupción. Después de tres días dejó de darle vueltas al tema y llegó a la conclusión de que probablemente se habría tirado a su cuello y ambos habrían acabado...se sonrojó al pensarlo.

Rodó por el suelo para incorporarse y miró el reloj que tenía sobre la mesita de noche. Las diez y media de la mañana...ya llegaba tarde a la cita con papá. Abrió su armario, se vistió con los primeros vaqueros que cogió, una camiseta básica y salió a su encuentro sin más dilación. Ya abajó, puso la oreja en la puerta de madera lacada del despacho para no interrumpir por si estaba reunido, hábito que había adquirido desde muy pequeña. No se oía nada...parecía que podía entrar sin problemas. Aun así, para cerciorarse, tocó antes.

—Adelante —respondió la voz de su padre desde el interior.

Laura asomó la cabeza y su padre sonrió.

—Hola pastelito. Buenos días.

—Buenos días papi. ¿Cómo estás hoy?

—Muy bien, gracias.

Dando pequeños pasos, llegó hasta el escritorio de su padre, lo obsequió con un beso en la mejilla y se sentó en uno de los reposabrazos de su enorme silla de oficina.

—¿Para qué querías verme? —le dijo sin más preámbulos.

Arturo soltó los papeles que estaba revisando en la mesa y se reclinó sobre su sillón. Esta niña...Tenía la mala costumbre de no ser nada delicada en abordar cualquier tema. Y él pensando que podría suavizar un poco las cosas.

—Pues verás... —no sabía cómo continuar —siéntate un momento, por favor, ¿sí? —le dijo suavemente.

Oh, oh. Una alarma se encendió en la cabeza de Laura. Su padre no acostumbraba a remolonear a la hora de decir las cosas. Era claro, directo y conciso, te gustara o no, y el hecho de que estuviera dándole vueltas a esto, quería decir que era importante.

Suspirando, se levantó del reposa brazos y tomó asiento frente a su padre.

—Mmmm...vale, ya estoy sentada.

—Bueno, verás cariño, es sobre mis viajes...— comenzó Arturo.

—Ajá... —Sí, definitivamente esto no pintaba bien.

—Se que te dije que me tomaría un tiempo para estar en casa después de volver de España, pero...

...pero tenía que volver a irse. Laura lo supo incluso antes de que su padre pronunciara las palabras.

—Pero tengo que volver a hacer un último viaje antes de tomarme vacaciones, corazón —la voz de su padre era suave y amable.

Laura guardó silencio mientras sopesaba la idea.

Odiaba las idas y venidas de su padre, sobre todo sabiendo el fin que tenían, pero hacía demasiado tiempo que había aprendido a ver, oír y callar, y a conformarse con cualquier cosa que hiciera su padre sin inmiscuirse. Lo había aprendido de su madre, y había pasado demasiado tiempo como para empezar a pedirle explicaciones ahora, veinte años después.

—Vale... —no pudo evitar que su voz sonara triste.

—No estés triste cariño, te prometo que volveré pronto.

—Sí...no pasa nada.

Arturo suspiró al ver el efecto que la noticia había tenido en su hija. Que lo mataran si le gustaba verla así.

Laura sopesó la noticia con la cabeza gacha, sin querer enfrentarse a su padre. Vale, otro viaje. No pasaba nada, era normal ¿no?

De pronto, una luz se encendió en su cabeza. ¿Cuándo?

—¿Cuándo te irás? —preguntó en voz baja.

—No lo sé... —respondió su padre.

—¿Estarás al menos hasta después del Baile de Verano? —preguntó esperanzada.

¿El Baile de Verano? Maldita sea, lo había olvidado.

Cada año, por esas fechas, en Villa Lolita se organizaba una fiesta de gran magnitud, que coincidía justo con la celebración del Festival de Verano en Bogotá, a la que acudían numerosas personalidades amigas de la familia. Era una especie de reunión en la que cenaban, platicaban^[15] y lo pasaban bien. Todo ello bañado por música y diversión. La costumbre había nacido como capricho a Ágata y Laura, las únicas mujeres de la casa, junto con Gabriela, el ama de llaves, para que tuvieran una celebración en la que desestresarse de los quehaceres de la finca y relajarse. Cuando Ágata faltó, pensó en suprimir tal evento, pero Laura le convenció de continuar con una simple frase.

—Hagámoslo papito, será una manera de recordar siempre a mamá, de demostrar que nunca se fue del todo —le había dicho.

Si decidían celebrar la fiesta ese año, ya estaría en proceso de organización y sería muy tarde para cancelarlo todo, ya que solo faltaban tres días. Bueno, tampoco pasaría nada por aplazar el viaje tres días. Era una celebración especial para todos desde la falta de la matriarca de la familia, y no iba a cometer el error de no asistir. Después de todo, quería seguir conservando a su hija, y si no iba, estaba seguro de que iba a perderla. Además, solo por verla sonreír, tan idéntica a su madre, haría lo que fuera.

—Claro que estaré. Sé cuán importante es esa fiesta para ti mi amor. Me iré al día siguiente, o dos días después —dijo Arturo sonriendo.

La cara de Laura se iluminó.

—Gracias, papá, gracias —se lanzó sobre la mesa para darle un abrazo.

Ambos reían a carcajadas cuando, después de un abrazo largo, él la separó y la sentó en su regazo.

—Y bueno, cuéntame preciosa, ¿Cuál es la temática de este año?

Laura sonrió de oreja a oreja.

—Una mascarada.

—Interesante —dijo Arturo asintiendo.

—Todos iremos churros^[16] y elegantes. Y habrá música y comida y todo saldrá genial. —estaba realmente emocionada.

—Me parece estupendo cariño —la miró y la instó a bajarse de su regazo. —Pero ve, ve a organizarlo todo con Gabriela —le dijo sonriendo.

—Sí, claro. —y salió.

Laura salió del despacho de su papá con una sonrisa de oreja a oreja. Le encantaba la celebración que hacían todos los veranos en la que se congregaba una gran multitud de amigos y familiares, y se pasaba todo el año contando los días que faltaban para la siguiente. Aunque después de ésta su padre tuviera que viajar una última vez, no quiso que ese pensamiento le aguara la fiesta. Sin embargo, hubo un pensamiento que hizo que todas sus emociones dieran la vuelta. Si su papá volvía a España después del Baile de Verano, cabía la posibilidad de que se llevaran a Peter con ellos para lo que fuera, y entonces no lo vería más. Se pasaría el resto del tiempo pensando qué hubiera pasado si lo hubiera visitado más y, lo sabía con certeza, se estaría siempre reprendiendo por no haber hecho algo más. Tenía que hacer algo. Faltaban tres días para el Baile de Verano, luego, él seguramente se iría y no

volvería a verlo más. Era ahora o nunca.



Toc, toc.

Peter volvió la vista hacia la puerta y no respondió. ¿Quién coño sería ahora?

Esperó unos segundos hasta que se oyeron tres golpes seguidos en la madera, y sonrió. Era Gabriela, y venía, seguramente, a darle algo de comer como solía hacer todos los días sobre esa hora. Se levantó de la cama y le devolvió los tres golpes a la puerta que le daban acceso a la habitación. La puerta se abrió levemente, pero Gabriela no llegó a entrar. En su lugar, una enorme bandeja plateada entró por delante de la pequeña mujer y luego, su cuerpo.

—Buenas noches muchacho —dijo sonriendo.

—Buenas noches, Gabriela. De verdad no hace falta que se arriesgue a traerme comida, no quiero que tenga problemas —le dijo cogiendo la bandeja para librar a la señora del peso.

—Bah, pamplinas —dijo ella agitando la mano —lo hago con mucho gusto.

Peter sonrió. En esa semana Gabriela se había dedicado a abrirle las puertas de la gastronomía colombiana, y parecía nunca ser suficiente. Esta vez, sin embargo, se había pasado. La enorme bandeja estaba llena de todo tipo de comida y el olor era exquisito. Un poco de arroz, lo que parecían ser frijoles, salchichas, una costilla a la brasa y encima de todo esto, un huevo frito acompañado de medio aguacate y plátano en rodajas. En una de las esquinas vacías de la bandeja, había un pequeño bollo de pan.

—¿Qué es todo esto? —preguntó asombrado.

—¿Huele rico, cierto? Es una bandeja paisa.^[17] —respondió ella orgullosa

de su obra culinaria.

—Lo que sea. Es una monstruosidad.

Gabriela lo miró frunciendo el ceño.

—Ah pues perdóneme no más. No soy yo quien come una bestia.

Peter se sonrojó.

Era cierto. Comía como un animal, y todos los platos que le había traído ella le habían sabido a poco, pero eso ya era pasarse. Esta bandeja era aproximadamente para dos o tres personas. De repente comenzó a aspirar el olor por la nariz. Mmmm...no le costaría mucho comerse todo eso él solo.

—Gracias de nuevo Gabriela. Huele de maravilla —dijo Peter amablemente.

—Ya dije que no es nada —respondió ella agitando la mano. —Y ahora lo dejo comer tranquilo. Luego volveré a por la bandeja...o mañana.

—De acuerdo... —se sentó frente a su cena.

Observó desde la mesa como Gabriela asomaba la cabeza para cerciorarse de que no hubiera nadie en el pasillo y luego, regalándole una calurosa sonrisa, salía cerrando la puerta con llave a sus espaldas. Cuando ya se supo encerrado de nuevo, acercó la silla a la mesa y se frotó las manos. Madre mía, como iba a sentarle esta cena.



Gabriela caminaba alisándose el delantal y manteniéndose alerta por si alguien la veía por los pasillos de la tercera planta de Villa Lolita. En su camino por el segundo piso reinaba el silencio hasta que el crujir de una puerta abrirse rompió la magia. *Maldita sea*, pensó. En ese piso se encontraban las habitaciones de Don Arturo, los niños Leo y Luca y Laura... podría ser cualquiera. Se quedó quieta en mitad del pasillo sin saber qué hacer hasta que la puerta se abrió y de ella salieron los alborotados rizos de la pequeña de la casa.

—Ay, Dios. Maldita sea niña —dijo llevándose la mano al pecho para tranquilizarse.

Laura se volvió al oír la voz de Gabriela y la miró sorprendida.

—¿Qué pasa?

—Nada, me espantaste. Pensé que era tu papá o alguno de tus hermanos.

Ella enarcó una ceja.

—¿Y qué pasa con eso?

—Nada.

—Ya, segurito que nada.

—Ay ya cállate, sabes perfectamente de que se trata.

Peter, como no. ¿No le bastaba a ese hombre con ocupar todos y cada uno de sus pensamientos a lo largo del día que también tenía que salir en sus conversaciones con su Nana?

—¿Peter? —dijo bajando la voz.

—Sí...y, perdóname la intromisión, pero ¿desde cuándo se toma usted tantas confianzas con el caballero, señorita? —preguntó Gabriela mirándola fijamente.

—Eh... —Laura apartó la vista de inmediato —desde... ¿siempre?

Gabriela abrió los ojos desmesuradamente.

—Abajo. Cocina. Ahora. —pasó por delante de ella sin decir nada más en dirección al piso de abajo.

Laura se pasó las manos por el pelo y dio un par de vueltas sobre sí misma antes de seguir a Gabriela. Éste no era su tema favorito de conversación, y mucho menos con ella, que seguramente pondría el grito en el cielo. Cuando llegaron al piso principal de Villa Lolita, en lugar de ir a la cocina, Gabriela continuó caminando hasta una pequeña sala de lectura que había cerca de la puerta de entrada. Allí, tomó asiento en un sillón orejero de color verde botella y le indicó con la cabeza a Laura que se sentara frente a ella, la expresión de su cara lo decía todo.

—Cierra la puerta antes de sentarte, niña —le dijo antes de que ella alcanzara el sillón.

Laura hizo lo que le ordenó Gabriela y tomó asiento frente a ella con la cabeza gacha.

—Ya puedes empezar a hablar —le dijo Gabriela.

—¿Hablar de qué?

Sabía que no le iba a servir de nada hacerse la tonta, pero tenía que

intentarlo al menos.

—De a dónde diantres ibas cuando te he pillado saliendo de tu recámara.

—Ah eso. A ningún lado Nana.

—Claro. ¿Te crees que porque soy vieja no sé lo que ocurre? —preguntó Gabriela.

—No sé de qué me hablas —reiteró Laura.

Gabriela suspiró y se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas para mirarla más de cerca.

—Tú ibas a verlo.

—¿A quién?

Gabriela se enfadó.

—Ay ya ¿sabes qué? Haz lo que se te pegue la gana niña. Luego no digas que no te advertí —se levantó del sofá y se dirigió hacia la puerta para salir de la sala.

—Vale, sí, iba a verlo a él. ¿Y qué? —explotó Laura.

—No lo hagas.

—¿Por qué?

—¿Por qué?! —dijo Gabriela alzando la voz. —¡Porque es obvio que ese hombre te gusta!

Laura guardó silencio. Bueno, puede que Gabriela tuviera razón, pero eso no significaba nada.

—¿Y?

—¿Cómo ‘y’? Si vas no será para... —de repente se calló y la miró con el miedo pintado en el rostro —laura, ¿qué ha pasado entre tú y ese hombre?

Nada, de momento, pensó.

—Nada Nana, te lo juro por la memoria de mi mamá.

—Gracias a Dios —suspiró.

—...Solo me besó. Bueno, *nos* besamos —remarcó el ‘*nos*’ para evitar que Gabriela también quisiera matarlo.

Gabriela se levantó bruscamente del sillón y empezó a dar vueltas por la habitación, santiguándose y rezándole a quienquiera que quisiera escucharla. La vio tan alterada, que por un momento temió por su seguridad, así que decidió sincerarse con ella.

—Y fue increíble —dijo en voz baja. —Jamás me había sentido así Nana. El ama de llaves se dio la vuelta en el sitio y la observó retorcerse los

dedos mientras hablaba en voz baja. Se acercó y se puso de rodillas frente a ella, cogiéndole las manos.

—Mi niña, tienes que dejar de verle. Él no es bueno para ti.

—¿Quién lo dice? —respondió Laura sin levantar la vista del suelo.

—Nadie *mija*, solo lo digo por tu bien. —guardó silencio durante unos minutos. —No te enamores de él. Prométemelo.

Laura levantó la vista de la moqueta de la sala y miró a su Nana a los ojos. ¿Prometer no enamorarse de él? Ella no iba a enamorarse de él, solo quería una última probadita de lo que había experimentado la semana pasada, antes de que él se fuera de su vida para siempre.

—Te lo prometo Nana.



♪ **Set fire to the rain** —Adele ♪

Peter se terminó la bandeja paisa haciendo un enorme esfuerzo por no dejarse nada y seguidamente se tumbó en la cama. Mirando al techo, su mente comenzó a dar vueltas, y, como siempre, acabó en el mismo lugar de siempre: ella. Ella, la forma en que había respondido al beso, la manera en que se amoldaba perfectamente a su cuerpo, la estupidez que había cometido al besarla y que a la vez no había podido evitar y la semana que llevaba sin verla. Quizá así fuera mejor. Seguía siendo la hija del hombre que lo tenía encerrado en ese sitio y cometiendo un delito de atentado contra la autoridad, y sin embargo él, seguía queriendo verla.

Hacía una semana que sus visitas habían cesado y cada vez que la puerta sonaba, esperaba que fuera ella. Sin embargo, siempre era Gabriela. Se había planteado varias veces preguntarle sobre ella, solo para saber cómo estaba y donde andaba, pero nunca se había atrevido. Siendo sensato, sabía que lo mejor era quitarse su imagen de la cabeza y esperar a que esa pandilla de aficionados hiciera algo con él si no lo hacían antes sus compañeros de profesión, pero esa pequeña latina morena y con un carácter del demonio le había dado el mejor beso con el que se había topado nunca. Y tenía miedo de

no poder olvidarlo.

—Arghhh, *fuck my life!*^[18] — dijo mientras tiraba una de las almohadas contra el armario.

Sentándose en la cama se apretó el puente de la nariz con los dedos con la esperanza de que el dolor deshiciera todos los pensamientos que ahora le rondaban la cabeza. Fue inútil. La imagen de ella no solo lo torturaba a lo largo de todo el día, sino que al final, antes de dormir, le dejaba un espantoso dolor de cabeza que apenas permitía descansar.

Clic, clic.

Genial, ahora tenía un pitido en el oído.

Clic, clic.

No, eso no era en su oído, era la puerta. La puerta al forzarse o intentar abrirse con algo que no eran llaves, y eso solo podía significar una cosa, tenía que ser ella. Saltando a toda velocidad de la cama se puso frente a la puerta, agarró el pomo y respirando hondo abrió la puerta, haciendo que ella cayera sobre sus rodillas dentro de la habitación, justo como la primera vez que se habían visto.

Laura supo que iba a volver a rodar por el suelo incluso antes de que la puerta cediera bajo su peso. Otra vez estaba de rodillas delante de él, justo cuando necesitaba parecer sexy. Realmente era un hombre exasperante. Levantó la vista del suelo y lo miró a los ojos. Su mirada era diferente. Parecía tranquilo. El corazón le dio un vuelco mientras se ponía de pie, terminaba de entrar en la habitación y apoyaba la espalda en la puerta para cerrarla del todo.

A Peter le faltó el aire. Estaba preciosa. A diferencia de la primera vez, esta vez no iba en pijama, sino que llevaba unos vaqueros claros rasgados por las rodillas y una sencilla camiseta de mangas cortas de color azul. Suspiró y negó con la cabeza.

—¿Qué haces aquí? Te dije que no volvieras —se le rasgó la voz a mitad de la diatriba.

—Yo... —dio un paso hacia delante, alejándose de la puerta. — Necesitaba verte —dijo sin más.

Se le encogió el corazón al escucharla.

—Pero...

—No, no digas nada —se acercó aún más —llevo una semana pensando en lo que pasó el otro día, y soy incapaz de pensar con claridad porque lo

único que se viene a mi cabeza es lo bien que me sentí cuando lo hiciste — dio otro paso más para acercarse a él. —He venido a que acabes lo que empezaste —dio un último paso y quedó a escasos centímetros de Peter. — Tengo que sacarte de mi sistema.

Se puso de puntillas, lo agarró de la camiseta por la zona del pecho y juntó los labios con los suyos. Y, después de eso, Peter supo que no tenía nada que hacer. Cogiéndola por la cintura la acercó aún más él y se dejó hacer. Ella le exploraba la boca de manera delicada y demandante a la vez y Peter no pudo hacer más que permitirle hacer con él lo que quisiera. No era capaz de parar. Caminando con ella hacia la pared donde se habían besado el primer día, le soltó la cintura y apoyó las manos en la pared mientras ella paseaba las manos por su pecho y le levantaba la camiseta poco a poco.

—*Oh God, you're killing me*^[19]... — se le escapó la frase en inglés acompañada de un gemido.

Laura sonrió contra sus labios y siguió el sensual movimiento de sus manos hasta que logró sacarle la camiseta por la cabeza, rompiendo el beso para quitarle la prenda. Se miraron y saltaron chispas.

De repente, Peter habló.

—No puedo... —su voz era casi un lamento.

Ella negó con la cabeza sonriendo.

—Yo tampoco, pero al diablo con lo que puedo y no puedo hacer. —y volvió a besarlo.

Se acabó.

Con eso, Peter dejó de resistirse a su toque y se dejó llevar por las sensaciones que Laura despertaba en él. Presionándola más contra la pared cercana la agarró de la nuca para profundizar más el beso mientras que con la mano que le quedaba libre le acariciaba por uno de los lados de su cuerpo, notando como ella se arqueaba ante su toque. Sonriendo la dejó seguir explorándole el pecho con las manos hasta que su resistencia se resintió y tomó el control de la situación. Soltándole la nuca comenzó a subir las manos por debajo de su camiseta hasta que llegó al sujetador. Allí, ahuecó un pecho en su mano y se deleitó con el sonido del gemido que escapó de sus deliciosos labios. Presionó la erección que había crecido en su entrepierna con apenas un beso de ella y terminó de quitarle la prenda. Un delicioso sujetador de encaje negro tapaba la parte más sensual de su cuerpo. Mientras

iba dándole un sinfín de besos suaves por el cuello, alcanzó su espalda y soltó el broche. Solo entonces, sus pechos se derramaron. Gimiendo al sentir sus pechos contra él volvió a besarla, mordiéndole el labio inferior mientras con una de sus manos alcanzaba uno de sus pezones erectos y lo manoseaba.

Laura sentía que su respiración se iba agitando más y más a medida que él iba posando sus enormes manos en su cuerpo. Era increíble la manera en la que respondía a él, y eso le encantó. Acercándose más a él por temor a que se separara, enroscó una de sus largas piernas alrededor de su cintura y luego a otra, quedando suspendida entre su cuerpo y la pared. Gimiendo mientras él jugueteaba con sus pechos bajó las manos hasta la creciente erección que amenazaba con romper la cremallera de sus pantalones y lo acarició sobre la tela.

Peter soltó el pecho de Laura y, colocando las manos en sus nalgas, que se adaptaban perfectamente en tamaño y proporción, la llevó hasta la cama donde dormía todas las noches desde hacía una semana y donde había fantaseado tanto con ella. Colocándose encima, la miró con la respiración agitada y pudo ver en sus ojos el brillo de la expectación y el deseo, y eso lo mató. Nunca una mujer había estado tan dispuesta a estar con él sin reparos y sin remordimientos. Sonriendo le besó la punta de la nariz, bajó dando suaves besos por su garganta y el lugar donde se encontraba su esternón y, haciendo un último esfuerzo por no tomarla allí y ahora, le mordió uno de los lados del pecho. Ella gimió y él trasladó su boca a uno de sus pezones, ahora libres de cualquier atadura. Disfrutando de los ruiditos de queja y placer que ella hacía mientras jugaba con ella, un rato después soltó su pecho y se rio ante la queja de ella por su falta. Bajó aún más hasta el botón de sus vaqueros y mordió la cinturilla, mirándola desde abajo, pidiéndole permiso.

—Haz... hazlo.

Él le desabrochó los pantalones y los deslizó lentamente por sus piernas, acompañando cada gesto con una caricia en el lugar en el que el pantalón faltaba.

Laura comenzó a ponerse nerviosa. Hacía tantísimo tiempo que no estaba con nadie que el simple hecho de estar tan abrumada por todo lo que conllevaba aquella situación la aterraba. Ahora se encontraba con nada más que las braguitas a juego con el sujetador del que él la había librado antes como única prenda. Cerró las piernas instintivamente para cubrirse.

—Oh, no, no. No te tapes, eres preciosa —dijo él mientras le iba dando

besos por las piernas.

—Pero...tú sigues teniendo ropa... —dijo ella vergonzosamente.

Él sonrió mientras se levantaba de la cama y se libraba a una velocidad asombrosamente rápida de los pantalones, quedándose únicamente con unos boxers negros con el sello de Calvin Klein en la cinturilla. Dios mío, era enorme.

—¿Mejor? Haré lo que tú quieras... —dijo mientras volvía a los besos, cada vez más cerca de donde su cuerpo gritaba por liberación.

—S...sí. Oh, dios sí —respondió ella mientras se dejaba llevar.

Él, travieso, mordió la cinturilla de sus braguitas y sonrió mientras las iba bajando por sus piernas al igual que sus vaqueros anteriormente, dejándola completamente desnuda y a su merced. Se le atascó el aire en la garganta. Se quitó su propia ropa interior librando la ya perceptible enorme erección que había debajo. Continuó besando y mordiendo en los lugares más íntimos de su cuerpo.

Laura gemía y cerraba los ojos fuertemente mientras lo notaba jugando con ella. Abrió los ojos de par en par y gritó cuando notó que él colocó su boca sobre su centro. Queriendo apartarse, se removió debajo de él, pero la tenía agarrada por la cintura mientras su lengua se adentraba en sus profundidades, dándole un placer que jamás había experimentado nunca. Notó una ola de gozo subiéndole por la garganta y un grito más alto escapó de sus labios. No podía más. Dando un sonoro golpe en el colchón llamó la atención de él que levantó la cabeza de su entrepierna y la miró con los ojos, esta vez de un azul oscuro y caliente.

—¿Va todo bien, cariño? —preguntó con voz melosa.

—Yo...sí, pero no puedo más, te necesito ya —le decía con la respiración agitada.

Peter trepó lentamente hasta quedar encima de ella, donde la volvió a besar dulcemente mientras acomodaba su miembro sobre su entrada. Apretó un poco y volvió a recular, torturándola con cada movimiento. Laura lloriqueó de necesidad y él se introdujo en ella...casi del todo. Se frenó, salió de ella y la miró desde arriba.

—No tengo protección, cariño —ahora parecía apenado.

Laura lo agarró de la nuca y lo acercó más a ella, le dio un suave beso en los labios y dijo en voz baja:

—Hazlo. Tomo la píldora.

Peter suspiró aliviado mientras volvía a recolocarse y empujaba lentamente para introducirse en ella. En el momento en el que entró del todo, gimió queriendo moverse cada vez más rápido, pero se tomó su tiempo. Con embestidas suaves y deliberadamente lentas comenzó a moverse contra ella mientras gemía y gritaba alguna que otra cosa inentendible. Aumentó la velocidad del movimiento mientras continuaba besándola, enredando su lengua con la suya.

Laura enroscó las piernas a su cintura y comenzó a moverse con él, instándolo a ir más rápido. Él entendió el movimiento a la perfección y fue aún más rápido, llevándola arriba y abajo en una montaña rusa de sensaciones que jamás había experimentado. Moviéndose más y más contra él notó un escalofrío recorrerle la columna y haciéndola gemir y gritar mucho más alto de lo que habría querido.

Peter notó como ella se encogía alrededor de su miembro y siguió el ritmo de las embestidas fuertes y secas hasta que lo agarró por el cuello y lo mordió en el hombro cuando alcanzó el clímax. Continuó hundiéndose en ella cuando notó su propio clímax llegar como un torbellino y en una última embestida aún más fuerte que las anteriores si cabía, se derramó dentro de ella entre gemidos y temblores.

Ambos temblaban y respiraban dificultosamente cuando él se tumbó boca arriba en la cama y la colocó sobre él para no asfixiarla con su peso. Había sido la mejor experiencia de su vida, y eso no iba a quitárselo nadie. De repente, un pensamiento surcó la mente de Peter. Acaba de acostarse con la hija de un mafioso que, si se enteraba, probablemente lo matara, previa tortura. Dios, como había sido tan jodidamente imbécil.

Laura se acurrucó contra Peter, escuchando los acelerados latidos de su corazón mientras una sonrisa se extendía por sus labios. Acababa de experimentar el placer más intenso de su vida y, que Dios la perdonara, pero quería más.

Un silencio incómodo se instaló entre ellos mientras yacían juntos en la enorme cama de la habitación de Peter. Él le acariciaba la espalda mientras miraba fijamente a la lámpara del techo.

—Ha sido increíble —dijo ella dulcemente enterrando su cara en su cuello para aspirar el aroma a sudor y masculinidad que él desprendía. Le daba ganas de meterle un bocadito.

—Dios, sí...

Hablaron un poco más y volvieron a hacer el amor entre pasión y prisas y, después, se recostaron a esperar mientras sus respiraciones y palpitaciones bajaban de intensidad.

—Gracias —dijo ella dándole un beso en la mejilla cuando acabó de hablar.

Él la miró sorprendido.

—¿Por qué?

—Por esto. Por darme esto. No sabes lo bien que me siento.

Ese comentario le ablandó el corazón.

—No tienes que darme las gracias por nada, eres la hija del jefe ¿no?

Laura se quedó de piedra ante el comentario. ¿Qué acababa de decir?

—¿Qué? —dijo asustada mientras se incorporaba en la cama.

—Yo...No quise decir... —se intentaba disculpar él.

Ella se levantó de la cama y comenzó a vestirse apresuradamente, tratando de que no se notaran mucho los temblores en sus manos.

—Quisiste decir exactamente lo que quisiste decir. Lo he entendido —dijo ella dándole la espalda mientras la furia iba subiendo por su garganta, sustituyendo a la sensación de plenitud y satisfacción.

—Pero que no... —ella lo interrumpió.

—¿Qué? ¿Me vas a decir que no quisiste decir que, a pesar de todo, soy la hija de un mafioso?

Él no respondió. Agachó la cabeza avergonzado y Laura sintió algo romperse dentro de ella.

—Bien —dijo sin más cuando terminó de vestirse.

Sin decir nada más salió de la habitación y se quedó apoyada en la puerta llevándose la mano al pecho. Le dolía de una manera que nunca había pensado que existiera. Era la hija de un mafioso, y eso era alguien que nadie iba a poder cambiar jamás, ni siquiera él. Con las lágrimas amenazando con escaparse de sus ojos en cualquier momento se dirigió a su habitación pensando en lo que acababa de pasar. En cómo había pasado del placer a la desesperación y el dolor. Dejó que las lágrimas se derramaran por su cara cuando estaba cerca de la puerta de su recámara y pensó en Gabriela. Había cometido un grave error, porque, desde aquel momento, todo había cambiado.



Madrid, España.

Pedro Alsina, Subdirector General de la Policía Nacional de Madrid, se hallaba sentado en su escritorio mirando fijamente el teléfono, a la espera de que sonara para recibir buenas o malas noticias, le valían cualquiera de las dos. Hacía años que no recibía noticias claras de la familia Cuevas, el cartel colombiano al que llevaba persiguiendo con fervor durante muchísimo tiempo. La gente siempre le preguntaba ¿Por qué? Pero siempre se negaba a responder. No era asunto de nadie la causa de sus acciones porque, en cuanto las sacara a la luz, la gente diría que se estaba involucrando demasiado. Así que, encubría su odio a los Cuevas y hablaba de ellos con una fría indiferencia que le había costado años perfeccionar. Aunque sus cargos superiores estaban al tanto de la verdad, no se atrevían a preguntarle, pues bien era sabido que Pedro Alsina era conocido como la persona más fría y cruel de la provincia y era mejor no hacerlo enfadar.

Suspirando frustrado quitó la vista del viejo aparato, se levantó y comenzó a caminar por el despacho como un toro enjaulado. Maldita sea, tenía que encontrar a esos hijos de puta y hacer algo con ellos cuanto antes. Ah, cómo iba a disfrutar interrogando y torturando a esa banda de asesinos. Si bien era cierto los métodos que tenía en mente para esos cabrones no eran legales, le importaba una mierda. Era el cargo más alto de la Policía Nacional e iba a hacer lo que le diera la gana, estuviera bien o mal, porque, al fin y al cabo, esto no se trataba solamente de un caso de crimen organizado y tráfico...esto era algo personal.



—¿Cómo que cancelados?! —gritó Hugo mientras tiraba su mochila al suelo y miraba fijamente a las pantallas enormes que anunciaban las salidas de los vuelos internacionales del Aeropuerto de Barajas.

—Cálmate, Hugo. Tiene que haber algún error —respondió Carlos mientras Hugo soltaba una retahíla de improperios.

Junto a ellos, Rafael Soler se encontraba mirando la misma pantalla que ellos con una mano apoyada en el mentón. Cancelados. Todos y cada uno de los vuelos en dirección a Bogotá estaban cancelados. Raro...muy raro. Rafael no se había preocupado porque los vuelos a Bogotá estuvieran cancelados y sin noticias de volver a reanudarse porque, contaba con ese tipo de imprevistos y siempre se podía tomar una ruta alternativa a otra ciudad de Colombia y luego hacer el viaje en coche, autobús o tren a Bogotá, o más bien se podría si alguien le cogiera el maldito teléfono en ese país y no pareciera que se habían puesto de acuerdo para ignorarlo. Todos los vuelos cancelados hasta nuevo aviso y sin poder encontrar una vía alternativa de viajar. Esto no podía ser una coincidencia.

—No hay ningún error... —dijo en voz baja para sí mismo.

—¡Ves! ¿Ves? Lo sabía. Me cago en todo —dijo Hugo enfadado.

—¿Cómo qué no? Esto no puede ser normal...

Rafael desvió la vista del panel hasta su amigo y le lanzó una mirada cargada de significado.

—No me jodas... —fue la única respuesta de Carlos.

—Genial. Jodidamente genial —acompañó Hugo.

—¿Y qué hacemos ahora? —fue la pregunta de Carlos.

—Esperar...y pensar —dijo.

Y desear que vuestro compañero siga vivo, pensó para sí mismo.



Miguel Molina colgó el teléfono con una sonrisa sardónica en los labios. Qué fácil era comprar gente con un puñado de Euros. Para que luego dijeran que el dinero no daba la felicidad. Pues si no la daba, a él le estaba haciendo inmensamente feliz poder usar sus incontables millones para joder al estúpido de Rafael y a ese par de policías andaluces que habían llegado solo para tocar los cojones. Afortunadamente, y en estos tiempos de crisis que corrían, la gente vendería hasta su alma al diablo por un puñado de billetes, y él era más que generoso con sus pagos. Había desembolsado en total la escalofriante cifra de noventa mil euros en concepto de soborno a todo el personal de vuelos internacionales, español y colombiano, para asegurarse de que no hubiera un solo vuelo en dirección al país latino. No había sido tan difícil como pensaba, y pronto recuperaría el dinero con elevados intereses cuando el idiota de Arturo Cuevas pisara suelo español y comenzara a jugar con él a la caza del ratón.



Bogotá, Colombia.

—Más a la derecha Jorge, por favor —dijo Laura mirando como pendían del techo los adornos que había encargado para el Baile de Verano, que se celebraba en su casa con motivo del Festival.

—¿Aquí le viene bien señorita? —preguntó el mozo mientras movía el adorno a lo largo de la pared para que quedara al gusto de Laura.

—Sí, perfecto. Gracias.

Laura sonrió al empleado y éste, bajándose de la escalera con una sonrisa se marchó a seguir trayendo cajas y demás adornos para decorar los salones de Villa Lolita con motivo del tan esperado Baile de Verano, que este año se celebraba en casa de los Cuevas. Continuó dando vueltas por el salón revisándolo todo con una sonrisa falsa en los labios. A decir verdad, no estaba para celebraciones ni preparativos de ningún tipo, seguía dolida por lo que había pasado unos días atrás en ese cuarto maldito con aquel hombre. Le había hecho el amor de la manera más dulce, increíble e inolvidable del mundo...para luego fastidiarlo sacando a colación quien era y marcar la distancia entre ellos. Estúpido. No se avergonzaba de lo que hacía su padre, porque siempre había pensado que cada persona era un mundo y las circunstancias de por qué o no hacía según qué cosas solo concernían a las personas a las personas afectadas por ellas, pero no le agradaba que se lo anduvieran recordando cada dos por tres...por razones obvias. Pero él lo había hecho. Ella era la hija de un, dios como odiaba esa palabra, mafioso, y él era una de esas personas que querían a su padre entre rejas por un largo

tiempo. Aun así no podía evitar sentirse vacía, y eso le preocupaba bastante. Sacudió la cabeza para sacar aquellos pensamientos impropios de su cabeza y continuó revisando el salón de arriba abajo. Al mirar hacia la puerta de entrada vio aparecer a Gabriela, o sus piernas, que eran la única parte visible de su cuerpo, cargada de cajas y guirnaldas de colores acorde con la temática del baile: negro, rojo y blanco. Sonrió al ver la estampa y acercándose a ayudarla le dijo:

—Nana... ¿por qué no me has pedido ayuda con todo eso? —soltó una carcajada mientras le quitaba tres cajas de cartón de las manos.

La mujer sacudió la cabeza y la miró con el ceño fruncido.

—Porque no la necesito chiquitita, no soy una vieja que necesita ayuda de todo el mundo. Puedo yo sola y lo seguiré haciendo por muchos años.

Típica respuesta de Gabriela. Ella no era vieja, no necesitaba ayuda y era prácticamente una súper mujer.

—Pero no te lo pregunto por eso viejita linda —sonrió— Sabes que me encanta que juntas organicemos y coloquemos todo, y me da la sensación de que me estás esquivando desde nuestra última charla.

El semblante de la mujer cambió y un gesto parecido al horror pobló su rostro.

—Ay no corazón. No pienses eso de mí por favor, es una barbaridad —soltó las cajas a un lado y cogió a Laura de las manos. —Obviamente no me hacen gracia tus preferencias, pero no por nada en especial, sino porque me preocupo por ti y no quiero que lo pases mal bajo ningún concepto.

—No te preocupes por mi Nana, ya soy una mujer grande.

—Bueno...no se hable más del tema. Tenemos mucho que organizar para esta noche ¿no es verdad?

—Eh...sí.

—¿Entonces qué haces ahí parada como un pasmarote mijita?! ¡Muévase!

Laura sonrió, y un poco más animada que antes, continuó con los preparativos del acontecimiento más especial de Villa Lolita, el Baile de Verano.



Eran las nueve de la noche y, tras limpiarse el sudor de la frente, Laura colocó la última rosa que quedaba en el ramo en un precioso jarrón de cristal translúcido de color negro. Observó el salón con deleite y se felicitó interiormente por el trabajo bien hecho. Este baile iba a superar con creces el anterior, y estaba segura de que mamá, allá donde estuviera, se sentiría orgullosa de ella. Con un suspiro de felicidad dio un par de palmadas para atraer la atención de los mozos y alzó la voz para que todos la escucharan:

—¡Muy bien muchachos! ¡Terminamos! Gracias todos por el esfuerzo y el trabajo, sois los mejores —dijo con una sonrisa en los labios.

Los trabajadores de Villa Lolita contestaron tímidamente que no se merecían las gracias, que lo hacían por ella, y que no era ninguna molestia ayudarla con algo tan especial y tradicional en aquella casa para la que llevaban trabajando tanto tiempo. Laura volvió a darles las gracias a todos y los animó a que fueran a cambiarse para disfrutar durante toda la noche de la fiesta que tanto esfuerzo había supuesto. A medida que el salón se iba vaciando, también lo iba haciendo el bullicio que tenía en la cabeza para dejar paso a pensamientos menos agradables, como por qué aquel inglés pedante y egocéntrico, podía hacerle el amor a una mujer tan dulcemente, y luego ser un auténtico hijo de puta. Sus cavilaciones, una vez más, fueron interrumpidas bruscamente por alguien que la zarandeaba del brazo intentando llamar su atención. Enfocó la vista hacia el origen del movimiento y vio a Gabriela con una enorme sonrisa en los labios que pronosticaba que escondía alguna sorpresa.

—¿Qué? —preguntó Laura sin más.

—Ay, deja el mal genio y ven conmigo. —y tiró de su mano escaleras arriba.

—¿Dónde vamos Nana?

—Cállese muchachita y sígame.

Con la resignación pintada en el rostro siguió a Gabriela por toda la casa hasta que llegaron a su habitación, donde la mujer, sin decir más de dos o tres

palabras seguidas, la instó a desvestirse y darse un buen baño relajante de burbujas con sales aromáticas. El baño desprendía un estupendo olor a rosas y Laura no pudo más rendirse a los deseos de su mucama.

Una hora después y a punto de quedarse dormida, se vio sorprendida de nueva por Gabriela que, con una sonrisa más grande que la anterior si cabe, la observaba desde la puerta de su baño.

—¿Qué? —volvió a preguntar.

—Que te vas a arrugar como una pasa al sol. Sal ya de la bañera, tengo una sorpresa muy especial para ti. —y con esto, la dejó sola en el baño.

Con cada vez menos ganas de asistir al baile que tanto tiempo y dedicación le había costado, se secó rápidamente y salió del baño con miles de excusas en su cabeza para no tener que asistir cuando una preciosa visión sobre su cama la hizo cambiar de idea. Allí, extendido en todo su esplendor, había un vestido de gasa, con un solo tirante y escote corazón y un precioso broche en el lateral a juego con los colores que lo componían, los mismos que los del baile, rojo y negro. Laura observó el degradado de colores que se entremezclaban en la liviana tela que terminaba su larga extensión a los pies de la cama en rojo con motitas de color negro brillante por todo el bajo del vestido. Acompañándolo había unos preciosos zapatos de tacón negro, unos sencillos pendientes de brillantes de color rojo y una máscara veneciana en color rojo y negro con un par de plumas en el lado derecho. De repente tenía muchas ganas de llorar. Gabriela, al ver la expresión de la muchacha, entró en pánico y se acercó a ella.

—Ay mi niña, que, si no te gusta, puedes ponerte el que compraste el otro día. Está bien. Pero no me llores.

Respirando hondo, Laura la miró y habló para tranquilizarla.

—No es eso, Nana. Me encanta, es precioso...es el vestido más bonito que he visto en mi vida, y me emocioné la verlo. ¿De dónde lo has sacado? —preguntó acariciando la tela.

Gabriela sonrió sabiendo que había ganado la partida y se puso a su lado.

—Era de tu mamá

Eso la dejó completamente en shock y comenzó a ponerse nerviosa.

—Pero...no puedo ponérmelo. Papá no quiere que me ponga la ropa de mamá, acuérdate de aquella vez cuando me vio con sus zapatos. No, no y no —soltó el vestido y se fue hacia el otro extremo de la habitación.

—Ah, ah, ah... —dijo Gabriela moviendo las manos en su cara para que

guardara silencio. —Te equivocas. Puedes ponértelo y lo harás porque fue tu papá quien me lo dio para que lo llevaras hoy. Dice que le encantaba la visión de tu mamá con este vestido y que, como ella ya no está y tú te pareces a ella, desea ver a la mujer de su vida, con él puesto.

Ya no pudo aguantar más y se echó a llorar sin importarle quedar como una blandengue delante de su Nana. La mujer, de nuevo, se puso a su lado y, abrazándola, comenzó a susurrarle palabras tranquilizadoras.

Un rato después, cuando ya pudo hablar, Laura habló con la voz rota:

—La echo tanto de menos Nana...

—Lo sé mi vida, todos la echamos de menos. Pero acuérdate de lo que ella decía. El hecho de que no esté físicamente no significa que se haya ido. Siempre estará con nosotros de alguna u otra manera, y hoy, esa manera es este precioso vestido que vas a ponerte porque nadie puede hacerle justicia tanto como tú.

Laura sonrió y cerró los ojos.

—Gracias... —susurró.

—Las que tú tienes, querida —dijo —Ahora apúrate, aún tienes que maquillarte y tengo que peinarte esa melena que te dejó tu padre en herencia y no va a ser tarea fácil. —y le guiñó un ojo.

Con renovadas fuerzas, cuadró los hombros y respiró hondo de nuevo. Iba a vestirse, a ponerse linda y a tener una noche inolvidable como todos los años, porque la ocasión lo merecía, a pesar de que en otra parte de su mente lo único que quisiera era echarse bajo las mantas y maldecir a los ingleses hasta la saciedad.



La música fluía, la comida abarrotaba las mesas y la fiesta y la celebración llenaban cada rincón de Villa Lolita a causa del Baile de Verano que todos los años se celebraba en la mansión de los Cuevas. Pero había algo que a Gabriela no le pasaba por alto entre todo aquel tumulto de gente, fiesta y vestidos preciosos, y era que su niña, su lucero, no estaba siendo ella misma y no estaba cómoda allí.

La observó un largo rato desde una de las esquinas de fuera del salón y la vio interactuar y sonreírle a todo el mundo que llegaba a saludarle y felicitarla por el estupendo trabajo de organización y decoración de la sala, pero Gabriela la conocía mejor y sabía que a Laura le faltaba algo, y por mucho que le fastidiara, sabía de qué se trataba. Ese dichoso hombre había engatusado a su niña y ahora no era la misma, pues parecía estar en una nube constante sin prestar atención a nada de lo que pasaba a su alrededor. No le agradaba la idea de que Laura se hubiera fijado precisamente en aquel muchacho, pero contra eso, era consciente de que no podía hacer nada. Suspiró. Peter no parecía mal muchacho, y en otras circunstancias habría estado encantada, pero no dejaba de ser uno de los “visitantes” del señor y eso la perturbaba sobremanera.

Tras seguir observando a Laura por más de una hora y ver que su estado de ánimo no cambiaba, sacó determinación de Dios sabe dónde, y olvidó la lealtad hacia su señor para reemplazarla con la lealtad hacia su muchachita y, quejándose por las consecuencias que aquello podía traerle, se encaminó escaleras arriba hacia las habitaciones de los gemelos. Allí, buscó un conjunto de pantalón, camisa, chaqueta y pajarita y sin pensar mucho en ello por miedo a arrepentirse, se encaminó con paso tranquilo hacia la puerta del

final del pasillo aprovechando que nadie andaba por las plantas rezando porque el muchacho prestara un poco de colaboración para con su causa.



Peter se encontraba asomado por una de las ventanas de aquella lujosa habitación atraído por el fuerte estruendo musical que se escuchaba, pero no consiguió ver nada. Genial. Esa familia tenía un preso en su casa y, entre acto ilegal y acto ilegal, aún tenían tiempo para fiestas. Cojonudo. Después patear una de sus zapatillas que estaba desperdigada por aquel lugar, se tumbó en la cama y pensó que, si quisieran matarlo, ya lo habrían hecho. Ese hecho no lo tranquilizó, pues significaba que igual tenían algo peor planeado para él, y tembló al pensarlo. El sonido de la cerradura lo sacó de sus pensamientos y se levantó rápidamente de la cama para ponerse en posición de ataque por lo que pudiera entrar por esa puerta. Luego pensó en ella y se relajó, pero volvió a ponerse nervioso. Nunca había sido un hombre muy dado a las palabras y, tras el que parecía haber sido el mejor sexo que había tenido nunca, había abierto la boca para, como era típico en él, cagarla sin posibilidad de remedio. Tenía que pedirle disculpas y lo sabía.

Se acercó a la puerta dispuesto a dejar claro que no era tan cabrón cuando sus esperanzas se vinieron abajo y, en vez de Laura, entró Gabriela con un montón de ropa en las manos. Enarcando una ceja miró a la señora mientras esta echaba un vistazo al pasillo para no ser descubierta y cerraba la puerta para mirarlo de frente.

—¿Gabriela? ¿Qué hace usted aquí? —preguntó.

La mujer lo miró fijamente y tras unos minutos de silencio habló.

—Primero, tutéame muchacho, no soy tan vieja. Segundo, he venido a verlo, ¿a qué si no?

Peter sonrió ante el tono de la mujer y entrecerró los ojos antes de volver a hablar.

—Eres una mujer tremendamente joven y llena de vida, y me agrada mucho tu compañía, pero, si mi sexto sentido no me falla, tu vienes para algo

más que ver lo guapo que soy.

—Niño engreído... —protestó.

—Dime algo que no sepa.

—Oh, vale, está bien. He venido a sacarlo de aquí —sentenció ella.

—¿Perdón? —preguntó Peter agrandando los ojos.

—No a liberarlo ¿quieres que me despidan o me maten? He venido porque necesito que vaya al baile.

—Ah...o sea que ¿eso es lo que hay abajo? ¿Un baile de la mafia?

La mujer entrecerró los ojos también y le lanzó una mirada cargada de resentimiento.

—Ya sé que no te hace ni pizca de gracia estar aquí. A mí tampoco me la haría, pero sé que por alguna extraña razón mi niña y tú os habéis visto más de una vez con fines poco decorosos y, por mucho que me pese, está ahí abajo como un alma en pena y, por mucho que me fastidie, creo que tú eres lo único que podría animarla, porque seguramente, la causa de sus males seas tú. Como siempre los hombres dando problemas.

—Oiga... —comenzó Peter dispuesto a defenderse.

—No, no oigo. Hoy soy sorda. Toma —dijo entregándole el traje. — Ponte esto, por favor.

Peter cogió los pantalones, la camisa, la chaqueta y la pajarita y se quedó mirándolas absorto.

—Claro, me pongo esto, bajo a hablar con ella y de paso me pongo a tiro para que los brutos de sus hermanos me aniquilen ¿no? —extendió de nuevo la ropa. —Paso, Gabriela.

La mujer contó hasta diez para no darle un golpe a ese muchacho obstinado y habló con calma.

—Es un baile de máscaras, y por supuesto, todo el mundo va camuflado y, como supongo que mi señor no espera que salga de aquí, ni siquiera sabrán si eres tú o no. —volvió a animarlo. —Vístete.

—Pero...

—Ah no. —extendió la mano ante su cara. —nada de peros. Vas a bajar ahí bien guapo, vas a hablar con mi niña y vas a hacer que recupere su buen humor o si no quien te meta el tiro en la frente seré yo, pero con una pistola de bolinches que duele más y vas a sentirlo por más tiempo.

Peter la miró totalmente sorprendido y asintió.

—Si señora. —y entró en el baño a cambiarse.

Gabriela suspiró cuando vio al joven desaparecer en el baño y sacó de su delantal una máscara de hombre completamente negra que le cubriría la cara casi en su totalidad, y la dejó encima del aparador mientras observaba el desorden que reinaba en ese lugar. Los hombres y sus dotes para la limpieza.

Mientras Peter se cambiaba, Gabriela puso un poco de orden en la habitación. Se encontraba doblando ropa cuando escuchó la puerta del baño abrirse y de él salió Peter impecablemente vestido con aquel traje que le quedaba como un guante.

—No recoja eso señora... —comenzó.

—Entonces no seas tan condenadamente desordenado, niño. Por cierto, estás muy guapo. No me extraña que mi niña se haya fijado en ti.

Eso lo dejó trastocado ¿se había fijado en él?

Sin mucho tiempo a pensar en ello vio que Gabriela le ofrecía una máscara que se puso y se miró al espejo para ver el conjunto. Guau...nunca había sido un hombre muy dado a ponerse trajes, pero tenía que reconocer que ese le quedaba muy bien.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó.

—Eso no importa, vamos. Te llevaré abajo.

Cuando salió de aquella habitación que, aunque grande le seguía pareciendo un zulo, pensó en escapar. Por fin había podido salir sin necesidad de forzar nada y era la oportunidad perfecta para salir corriendo, pues toda la casa estaba ocupada y nadie notaría su ausencia hasta por lo menos la mañana siguiente o, con un poco de suerte, el mediodía. Luego se acordó de que había sido un gilipollas y su sentido del honor y lo mucho que le llamaba la atención aquella muchachita, le hicieron seguir a Gabriela hacia un salón enorme decorado en tonos rojos, negros y blancos. Tras observar la multitud que se congregaba alrededor de las mesas plagadas de comida, siguió paseando la vista por el salón hasta que la vio en una esquina hablando con varias personas y adelantó un pie para caminar hacia ella, pero alguien lo agarró de la manga de la chaqueta y lo frenó.

—Ten cuidado... —le dijo Gabriela.

—Tranquila, señorita, lo haré. —y, sonriendo, se encaminó hacia ella.

Pero sus pies frenaron en medio del lugar. Primero porque estaba completamente despampanante con aquel vestido que se ceñía ilegalmente a cada perfecta curva de su cuerpo y la hacía parecer un ángel, y segundo, porque la expresión medio triste en su rostro lo hizo sentirse condenadamente

culpable y tenía que hacerla sonreír de nuevo. Suspiró y comenzó a acercarse lentamente.

¿Por qué le importaba tanto que ella pensara que fuera un gilipollas? No sería ni la primera ni la última que lo creyera.



Laura se encontraba hablando con unas amigas del colegio que hacía tiempo que no veía cuando una presencia frente a ella llamó su atención. Levantó la vista y lo reconoció, reconocería ese porte y ese cuerpo en cualquier lugar. Luego se asustó. ¿Qué hacía Peter ahí abajo y fuera de la habitación? Miro alrededor de la sala y vio que su padre y sus hermanos estaban hablando con un grupo de hombres sin percatarse de nada y que, desde detrás de Peter, Gabriela le sonreía y le enseñaba el dedo pulgar en alto en señal de aprobación y se relajó al instante. Justo en ese momento comenzó a sonar por los altavoces *Part of me* de Katy Perry y pensó, sonriendo, que el destino era muy caprichoso y que aquella era la canción perfecta para aquel momento. Cruzando los brazos lo miró un largo rato mientras él la observaba desde la distancia, sin quitarle la vista de encima. Levantó el dedo índice indicándole que escuchara la canción justo cuando Katy Perry cantaba:

This is the part of me that you never gonna ever take away from me... ^[20]

Peter sonrió y agachó la cabeza en señal de asentimiento, levantó la cabeza, la miró fijamente y le hizo un gesto con el dedo para que se acercara. En ese momento la música movida cambió por una más lenta y las parejas comenzaron a agruparse en la pista para bailar pegados las primeras notas musicales de *One and Only*, de Adele. Peter volvió a sonreír y la volvió a instar para que se acercara a él, y los pies de ambos se movieron automáticamente hasta que se encontraron en el centro de la pista, donde Peter la cogió con decisión por la cintura y suspiró mientras comenzaba a dar vueltas con ella. Las notas fluían por la sala mientras todo quedaba en un

segundo plano y ellos bailaban en silencio mirándose fijamente mientras Adele cantaba con voz dulce:

Lose myself in time just thinking of your face. God only knows why is taking me so long to let my doubts gone...you're the only one that I want. ^[21]

A Laura casi se le escapó una sonrisa cuando el estribillo de la canción le hizo decirle con la mirada que escuchara atentamente, que aquellas letras iban dedicadas para él.

I dare you to let me be your one and only, promise I'm worthy to hold in your arms. So, come one and give me the chance to prove that I am the one who can walk a mile until the end starts... ^[22]

Peter bajó la cabeza hacia la de ella y le dijo al oído con voz dulce.

—No sé si lo de la letra será verdad, pero eres la única que hace que me preocupe de que no pienses que soy un gilipollas integral... —le dijo.

Laura fue a responderle con su habitual tono irónico cuando él la cortó.

—Lo siento...de verdad, no soy tan gilipollas. Ni quise hacer ese desafortunado comentario. Sabía quién eras y aun así no me importó estar contigo. Solo hubo un problema...

—¿Qué fuiste un imbécil? —respondió ella antes de que él continuara.

Peter soltó una carcajada.

—Aparte.

—¿Entonces? —le instó ella.

—Que dejé que te fueras demasiado pronto cuando, en el fondo, estaba deseando que te quedaras más tiempo.

Eso desarmó todas las defensas que Laura había construido y, sin pensárselo dos veces se acercó más a él, le cogió la cara entre sus manos y lo besó dejándose llevar. Ambos sabían que ese beso era diferente, que en cierto modo cambiaba algo de todo lo que habían tenido, por poco que fuera, y, aun así, a ninguno de los dos le importó. Cuando Laura terminó el beso, Peter estaba sin palabras. Tampoco es que hicieran mucha falta porque, desde su primer encuentro, parecían entenderse perfectamente con la mirada. Miró por el rabillo del ojo hacia la esquina donde estaba su padre y vio que sus hermanos cuchicheaban entre ellos mientras los miraban. Mierda, había cometido un error garrafal, del que no se arrepentía, pero al fin y al cabo error igualmente. Se separó un poco de él y se encaminó fuera de la sala con el de su mano.

—Vamos...

—¿Dónde?

—No preguntes, solo vamos...ahora te expli...

Sus palabras se vieron interrumpidas por la visión de sus hermanos gemelos y, un solo segundo bastó para que se formara el caos en la sala.



Un globo cercano explotó y cuando Laura volvió la vista a sus hermanos, supo que la había fastidiado. Ambos tenían cara de pocos amigos, miraban a Peter, y caminaban hacia ellos llevándose las manos al cinturón, lugar donde solían tener guardadas sus armas. Laura entró en pánico en un primer momento, pero luego pensó que ni siquiera sus hermanos eran tan estúpidos como para armar un escándalo en mitad de un acto social. Miró a su padre que tenía una expresión de furia en el rostro que jamás había visto y, antes de que se armara una revuelta más grande, soltó a Peter y se acercó rápidamente a sus hermanos antes de que llegaran hasta donde estaban ellos.

—Chicos... —comenzó diciendo a los gemelos agarrándolos por los brazos.

Leo fue el primero en hablar y cuando lo hizo, su voz destilaba hostilidad y rabia, y eso asustó a Laura, puesto que jamás le habían hablado así por muy mal que se hubiera portado.

—Ni te atrevas —dijo Leo.

—Suéltame hermanita antes de que esto se vaya de madres —respondió Luca a su vez.

Peter observaba desde el lugar donde lo había dejado con los ojos como platos al saberse descubierto y, sutilmente, intentó salir de la habitación sin formar alboroto. Pero ¿a dónde iría? Estaba rodeado, era hombre muerto.

—Te lo repito, Laura —dijo Leo en tono cortante —suéltame y no me hagas formar un escándalo. —y con fuerza, se zafó de su brazo y salió rápidamente tras Peter.

Luca hizo exactamente lo mismo que su hermano y ambos alcanzaron a

Peter antes de que pudiera ir muy lejos, por lo que ella corrió detrás de ellos.

—¡No! —se pudo escuchar en mitad del pasillo.

—¡Vete, Laura! —bramó Luca.

—¡No, parad! —dijo intentando detenerlos a ambos.

Luca y Leo cogieron por la parte trasera de la chaqueta a Peter y lo arrastraron por las escaleras hacia las plantas superiores de Villa Lolita ante la atenta mirada de algunos invitados, que no entendían que ocurría. Desde el otro lado de la sala, Arturo intentaba calmar a sus invitados dándoles la excusa de que probablemente hubiera algún topo infiltrado de la prensa sensacionalista para quitarle hierro al asunto, pero por dentro sabía que lo que acababa de ver iba a traer muchísimos problemas, sobre todo con sus hijos varones.



En cuanto hubieron desaparecido de la vista de los invitados, Peter comenzó a correr sin saber a dónde ir y poco después empezó a escuchar pisadas aceleradas a sus espaldas, y eso hizo que la adrenalina se disparase por todo su cuerpo. ¿Por qué estaba corriendo? Él no era ningún cobarde, ni había hecho nada malo. Bueno, quizá excepto acostarse con la hija de un peligroso jefe de la mafia colombiana, pero no estaba en sus genes huir ante cualquier contratiempo. Frenó en seco para enfrentarlos aun sabiendo que estaba en desigualdad de condiciones y seguramente le pondrían una preciosa bala en el pecho en cuanto se pusiera a tiro. Ni un segundo le dio tiempo a pensar cuando sintió un puñetazo de fuerza desmedida en la mandíbula y cayó al suelo. Acto seguido, otro lo cogió con fuerza del pelo y empezaron a arrastrarlo escaleras arriba sin ningún reparo mientras se revolvía para intentar escapar.

—Ahora sí que la jodiste bien... —dijo uno de los gemelos con voz profunda.

—Eres hombre muerto, policía —dijo el otro.

—¡No, parad! —se oyó de repente a Laura, que corría también detrás de

ellos.

Los hermanos pararon solamente para tirar más fuerte de su pelo y levantarlo hasta que quedó medio de pie y mirando a Laura.

—¿De verdad, Laura? Eres una imbécil. —y le dio un puñetazo en las costillas a Peter.

—¡Para! —estaba a punto de echarse a llorar.

—No más ahora llora por este maldito desgraciado —luca tiró aún más fuerte del pelo de Peter. —¿Qué hiciste? —gritó.

Peter se debatía con fuerza para librarse de su agarre.

—Suéltame y pelea como un hombre, hijo de puta.

Laura llegó hasta ellos y se agachó al lado de Peter, pero Leo la empujó antes de que pudiera hacer nada.

—¿Estás bien? —dijo ella.

—¡No te acerques maldita sea! —le gritó su hermano. —¡Vete de aquí antes de que acabes jodiéndola más!

Los gemelos ignoraron a Laura y continuaron arrastrando a Peter, que forcejeaba por intentar defenderse en balde y gemía de dolor. Llegaron hasta una parte para él desconocida de la mansión y entraron dentro de una habitación oscura muy parecida a la que había habitado la primera vez que lo secuestraron en España. Estaba oscura y mohosa, solo había una lámpara tenue en el techo y una silla con cuerdas en el centro.

Cuando Luca fue a cerrar la puerta Laura irrumpió en la estancia con una patada y empezó a patear y darle golpes a sus hermanos mientras Peter se debatía entre la inconsciencia y las ganas de protegerla.

—¡Parad! ¡No es culpa suya, he sido yo! —grito intentando agarrar a sus hermanos que no paraban de propinarle golpes certeros a Peter en varias partes sensibles de su cuerpo.

Ahora sangraba y no estaba hecho más que un guiñapo, pero seguía con la vista fija en ella sin hacer ningún gesto que delatara lo preocupado que estaba porque ella se viera envuelta en una situación así.

—Vete —dijo Peter tosiendo con la poca voz que pudo.

—¡No! ¡Estás loco, van a matarte! —comenzó a llorar otra vez y se volvió a su hermano más comprensivo —leo, por favor, te lo pido por mamá, no hagas esto...

La expresión de Leo cambió durante un segundo y miró a Luca, que había

tenido la misma punzada de dolor que él. ¿Cómo se atrevía a utilizar a su madre en un caso como este?

—Laura, te lo repito, vete. No necesitas ver esto... —dijo empujándola hacia fuera.

—¡No! —ella forcejó más y empezó a emplear los mismos golpes que le habían enseñado ellos, pero esta vez contra sus propios maestros.

—¡Para! —gritó Leo.

—¡No! ¡Dejadlo ir! —respondió ella.

De repente, un grito ronco reverberó en la sala.

—¡Se acabó!

Su padre, desde la puerta de aquella mugrosa habitación los miraba con expresión estoica e iba paseando la mirada por todos ellos hasta que paró en ella. Sus ojos se volvieron tristes.

—¿Por qué? —preguntó su padre.

Aquello la encendió.

—¿¡Por qué!?! —bramó. —¿Por qué vosotros? ¿Por qué hacéis esto? Os pedí que paraseis y no os comportáis más que como bárbaros. Fui yo quien lo seduje. Es mi culpa. Soltadlo.

Arturo, al oír la palabra seducir, comenzó a verlo todo rojo y miró a Peter fijamente antes de decir:

—Eres hombre muerto.

—¡No, papa por favor! —los gritos cada vez eran peores.

Arturo, al ver la locura en la que había entrado su hija, les hizo una indicación de cabeza a sus hijos, que, acercándose a su hermana por los flancos, consiguieron inmovilizarla con una llave que en pocos minutos la dejó inconsciente en el suelo. Fue lo único que necesitó Peter para montar en cólera.

—¿¡Qué le habéis hecho?! —gritó golpeando a uno de ellos hasta tirarlo al suelo, pero sin poder rematar la faena porque el otro lo había agarrado por los brazos dejándolo expuesto.

—Eso —dijo acompañando cada palabra con un golpe. —no —otro golpe —es asunto —cada vez eran más fuerte. —tuyo —dijo Luca para terminar dándole un puñetazo en la sien que lo dejó completamente fuera de combate.

Leo y Luca respiraban ahora con dificultad mientras su padre miraba la estampa desde la puerta. Arturo chasqueó la lengua y volvió a negar con la cabeza mientras levantaba a su hija del suelo en volandas. Sus hijos

intentaron impedirselo, pero les respondió tirándoles el dichoso bastón.

—Ni os atreváis a acercaros ahora...esto es vuestra culpa también.

Se dirigió hacia la puerta, pero, antes de salir, se volvió hacia los gemelos que ahora lo miraban con expresión contrita y dijo:

—No podemos dejarlo aquí. Adelantamos el viaje a España.



Laura despertó con un espantoso dolor de cabeza que se reflejaba también en todas y cada una de las extremidades de su cuerpo. Abrió los ojos lentamente solo para ver a Gabriela a su lado con expresión preocupada.

—Mi niña...

—Nana...

Gabriela casi se echa a llorar ante la visión de su niña y volvió la vista a un lado para que no la viera. Laura agarró su mano con firmeza y comenzó a recordar lo que había pasado la noche anterior. De nuevo todos aquellos recuerdos bonitos, como Peter le había pedido disculpas, como presa de sus propias emociones lo había besado en medio del salón y, haciendo una mueca de dolor, lo que vino después. Preocupada porque hubieran podido matar a Peter intentó incorporarse de la cama, pero Gabriela se lo impidió.

—No —dijo secamente.

—¡Déjame! ¿Qué le han hecho, dónde están? —dijo presa del pánico.

Gabriela se tomó unos segundos antes de responder a aquella cuestión.

—No están aquí —se limitó a decir.

El rostro de Laura se volvió blanco como el yeso y un poderoso mareo hizo que le diera vueltas la cabeza.

—¿¡Dónde!?! —dijo a punto de ponerse a llorar.

—No lo sé, mi niña...

—¡Maldita sea! —alcanzó su teléfono y marcó el número de su padre que, sorprendentemente, respondió al segundo tono.

—¿Sí?

—¡Cómo has podido!

—Buenos días, tesoro.

—¡No me llames tesoro!

La voz de su padre, en principio fría y seria, se suavizó.

—Ya todo acabó. Es por tu bien.

La sangre le heló las venas.

—Papá ¿qué has hecho?

—Lo que tenía que hacer... —y acto seguido colgó.

—¡No! ¡Papá! ¡Papá! —gritó y marcó de nuevo, esta vez para ir dirigida al buzón de voz de Arturo Cuevas. —¡No!

Comenzó a llorar desconsoladamente por el giro que habían tomado los acontecimientos cuando notó los brazos de Gabriela a su alrededor y, sin fuerzas para negarse y hacerse la fuerte, se dejó abrazar y lloró sobre su hombro hasta quedarse sin fuerzas.

—Lo mataron, Nana —decía entre hipoes —lo mataron por estar conmigo...

Gabriela no respondió y esperó hasta que su niña se desahogó y cayó exhausta sobre la cama volviendo quedarse dormida. Maldito fuera Arturo Cuevas y sus negocios de dudosa procedencia. Miró de nuevo a Laura, ahora con un rictus amargo en la cara mientras dormía sus penas y se enfureció.

—Maldita sea...por la memoria de la señora Ágata que esto no se queda así.



Pasaron unos días hasta que Laura accedió a tener compañía de nadie. Quería estar sola y nadie le impediría llevar su duelo en soledad, que era como realmente lo quería. Gabriela intentaba animarla, entraba y salía de su habitación cada dos por tres y ella ya no tenía fuerzas ni para comer, ni para dormir, ni para llorar. ¿Cómo iba a imaginarse que el hecho de tener una aventura iba a desatar semejante locura en su familia? Se sintió decepcionada

y odió a su padre y sus hermanos cada segundo que estuvo despierta. Por si no fuera poco vivir en un mundo de hombres, tampoco se le permitía ser feliz, por muy raras que fueran las circunstancias. En Peter había encontrado la horma de su zapato de la que todo el mundo hablaba para encontrar el tan ansiado equilibrio, y su padre se lo había arrebatado sin poder hacer nada para evitarlo. Lloró de nuevo hasta que Gabriela la interrumpió lanzando sobre la mesa un montón de ropa y una maleta abierta.

—¿Qué es esto? —dijo sorbiendo por la nariz.

—Ay, ya párate y date una ducha, apestas —dijo Gabriela duramente.

—¿Perdón?

—Tenemos que hablar. Dúchate, te espero aquí afuera cuando estés más adecuada. —y comenzó a doblar ropa.

Sin ganas y casi automáticamente, Laura salió de la cama y se metió en la ducha para ver si así el agua fría se llevaba con ella la pesadilla que estaba viviendo, pero fue en vano. Seguía acordándose de Peter, de cómo aquello podría haber derivado y de cómo había sido truncado de manera tan cruel. Cuando ya no le quedaron lágrimas y tenía los ojos tan hinchados que casi no podía ver con claridad, salió de la ducha y volvió a la habitación, donde se encontró con Gabriela, junto a una maleta y un bolso pequeño.

—¿Qué es eso? —preguntó cansada.

—Al cuerno con la lealtad a tu padre. Me dijo que no te dijera nada, pero mi deber está con mi corazón, y mi corazón eres tú. Le juré a tu madre que no dejaría que nada te hiciera sufrir, y así me parta un rayo si eso que te causa dolor es tu padre, pero pienso pasarlo por encima.

Laura no daba crédito a las palabras de Gabriela.

—No está muerto. Es lo que quieren que creas para que seas una niña buena y te quedes en casa sin hacer nada. Ver, oír y callar ¿no? Y un demonio. Pinches *hijueputas*.

—¿Qué? —Laura casi no podía respirar ante las noticias.

—Mi amor, Peter no está muerto. Es demasiado valioso para lo que cuernos sea que estén haciendo. Solo está...muy malherido, ya conoces a tus hermanos.

—¿Está vivo?

—Sí, y en España. Han vuelto allí vete tú a saber por qué mierdas...tu padre va a matarme de un disgusto cualquier día.

Entonces entendió todo. La maleta, el bolso, esta nueva faceta de

Gabriela. Ella era una luchadora, así como su madre y ella misma, y estaba intentando decirle que hiciera uso de aquella fuerza que no pensaba que tuviera y tomara el toro por los cuernos, esta vez no por su familia, sino por ella misma.

—¿Y? —dijo Gabriela impaciente. —¿Vas a ver, oír y callar o vas a ser una Cuevas y a hacer las cosas a tu modo?

—Pero Nana, tú...

—Al demonio con lo que pase conmigo. ¿Qué quieres tú? ¿Qué vas a hacer tú?

Laura sopesó un minuto lo que Gabriela estaba proponiéndole y se dio cuenta de que tenía razón. Era una Cuevas, y aunque fuera mujer y la menor de aquella familia, tenía las agallas suficientes para enfrentarse a lo que viniera, aunque fueran sus hermanos y su padre. Ser la hija de un jefe tenía sus ventajas, pues ver, oír y callar le daba a una la posibilidad de aprender ciertos trucos que nadie sabía que poseía. Al cuerno con su padre, si él no iba a tener en cuenta sus sentimientos ni su palabra, ella tampoco tendría en cuenta la suya. Iba a hacer las cosas a su manera.

—Me voy a España.



Aeropuerto de Madrid —Barajas Adolfo Suárez, Madrid

Laura había llegado a España con más sueño que otra cosa. El vuelo se le había hecho eterno y la preocupación no la había dejado dormir en todo el trayecto. No sabía qué se podía encontrar cuando llegara a España, pues hacía mucho tiempo que no venía...y ahora que lo pensaba, tampoco sabía por dónde empezar a buscar. Estaba total y absolutamente perdida. ¿Por dónde podía comenzar? La última vez que visitó la casa que su familia tenía en el país era una niña y, evidentemente, no se acordaba prácticamente de nada.

Empezó a ponerse nerviosa ante la imposibilidad de tomar un rumbo establecido. ¿Qué iba a hacer ahora? Respiró hondo y se dirigió con paso ligero hasta la cinta donde pudo recoger el poco equipaje que había considerado oportuno llevar. Pensó en Peter y una sonrisa le vino a la cara, y automáticamente una expresión triste cubrió aquella felicidad. Nunca le había gustado la familia en la que había nacido, pues le imposibilitaba cualquier tipo de relación normal con cualquier persona. O bien se le acercaban por lo jugoso de tener un contacto directo con Don Arturo Cuevas o sencillamente por la cantidad inmensa de dinero que todos pensaban que podía tener. Todos querían ser el yerno de Arturo Cuevas, pero, ni sus hermanos daban pie a eso, ni ella era tan estúpida como todos aquellos hombres pensaban. Sacudiendo la cabeza con fuerza vislumbró su maleta a lo lejos, la cogió y antes de salir de aquel gigantesco lugar, decidió parar en aquello que le era conocido, una cafetería Starbucks, para pensar en cuál sería su siguiente movimiento. Con paciencia se puso en la fila para esperar su turno y miró el cartel. Apenas podía leer las letras pues su mente estaba en otra parte, así que

mecánicamente le pidió al *barista*^[23] un Frappuccino®^[24] de té con frambuesa y frutas del bosque bien frío, pues el calor apretaba también en la ciudad española y ella necesitaba frío para serenar sus ideas y su cerebro burbujeante de incógnitas. Pagó la cuenta en efectivo pues no quería dejar pista de su paradero ni a su padre ni a sus hermanos y tomó asiento en una mesa frente a un cristal desde el que podía ver el vaivén de pasajeros del aeropuerto mientras decidía qué paso era el que debía dar ahora.



Pedro Alsina se encontraba a medias entre cabreado y cansado. El caso de los Cuevas estaba dándole y enorme dolor de cabeza y lo único que conseguía aquello era que sus ganas de matar aumentasen. Aquellos cabrones eran como culebras y habían conseguido esquivarlos todo el tiempo, pareciera que iban siempre un paso por delante de ellos. Por si fuera poco, había tenido que hacer un viaje exprés a Barcelona por no sé qué asunto con la policía de allí, pues no estaba prestando mucha atención, y tenía todos los músculos agarrotados. Odiaba viajar en avión, pero el trabajo era prioritario. Miró su reloj de pulsera y suspiró, eran todavía las doce de la mañana y había quedado con sus superiores en que un coche camuflado lo recogería del aeropuerto a la una de la tarde, que era cuando estaba planeado el aterrizaje de su vuelo, pero, por obra y gracia del destino, había adelantado su salida por *overbooking*^[25] y había aterrizado antes de tiempo. Podría tomar un taxi hasta su casa y darse la ducha que tanto estaba deseando, pero no estaba en sus genes dejar esperando a nadie y decidió que, para pagar la cortesía del conductor, esperaría hasta que él llegara. Caminando por los amplios pasillos de aquel gigante aeropuerto, paró en la primera cafetería que encontró y decidió que, si tenía que esperar, lo mejor sería hacerlo delante de un café y debajo del aire acondicionado, así que entro en Starbucks y se puso en la cola para esperar su turno para pedir. Tenía la vista cansada, así que se puso sus gafas de vista para poder mirar el cartel de cerca. La edad ya no perdonaba y veía menos que un piojo, pero se negaba a aceptar en voz alta que se estaba haciendo viejo, que lo partiera un rayo antes. Se decidió por un simple

espresso^[26] con hielo, pagó la cuenta y se dio la vuelta para buscar una mesa donde poder esperar tranquilo.

Fue entonces cuando la vio.

Aquella cara...jamás olvidaría una cara como la suya. El corazón empezó a bombearle con fuerza en el pecho y sus ojos se habían quedado abiertos en su máximo. No podía ser cierto, aquello tenía que ser una cruel pesadilla. Su ya maltrecho corazón sufrió una punzada más severa de lo normal y se agarró el pecho con fuerza, dejando caer su café al suelo. Mierda, ahora se había convertido en el centro de atención.



Laura se sobresaltó al escuchar el murmullo general seguido de un breve silencio. Levantó la vista de su teléfono móvil donde estaba mirando un mapa de la ciudad y vio cerca de ella a un hombre entrado en años, quizá un poco más mayor que su padre, blanco como la leche y con cara de haber visto un fantasma. Se agarraba el pecho con fuerza y su café se le había escurrido de las manos. Su primera reacción fue asustarse pues temía que a aquel señor le estuviera dando un infarto delante de sus narices, pero después de respirar un par de veces, su parte enfermera salió a la luz, dejó sus cosas rápidamente y se acercó al hombre con rapidez.

—Caballero, ¿está bien? —dijo nerviosa al principio.

Aquel hombre la miraba como si fuera una aparición. Por sus estudios de enfermería pudo diagnosticar claramente que se encontraba en estado de shock, pero desconocía el motivo.

—Señor, ¿me oye? —dijo con la voz más tranquila que supo usar —soy aprendiz de enfermera, ¿se encuentra bien?

Pedro era incapaz de articular palabra mientras aquella muchacha menuda le hablaba con voz tranquila. No podía ser verdad, pero si apenas podía llegar a la veintena. Era imposible. Cuando vio que estaba armando un revuelo innecesario en aquel lugar, respiró hondo y entonces notó como aquella muchacha que apenas le llegaba por el hombro, le agarraba con fuerza del

brazo y tiraba de él hacia la mesa donde estaba sentada. Entonces vio la pulsera que llevaba en su mano derecha...aquella pulsera. Era inconfundible, podría haber reconocido esa pulsera entre un millón de modelos y colores. La única diferencia es que llevaba una inscripción que no había visto antes.

De repente, por si su sorpresa inicial no hubiera sido suficiente, la muchacha abrió la boca y lo dejó aún más de piedra aún.

—Tranquilos, le conozco. Venga abuelo, te he dicho que no te separes de mí tanto tiempo. ¡Me has dado un susto de muerte! —sonrió al resto de la cafetería con aire tranquilizador y lo sentó en la silla que estaba frente a ella.

Cuando estuvieron solos, bajó la voz para que solo él pudiera escucharla:

—¿Se encuentra bien, caballero? Está empezando a asustarme.

—Yo... —fue lo único que acertó a decir Pedro.

—¿Yo...?

Pedro sacudió la cabeza con violencia cuando volvió a poner los pies en el suelo.

—Sí, lo siento...lamento mucho el espectáculo, creo que...me mareé por el calor.

La muchacha entonces sonrió con tranquilidad y Pedro no pudo parar de mirarla fijamente. Poco sabía ella que la excusa que había utilizado para sacarlo del aprieto y de hacer el ridículo había dado en la diana completamente. Aquella muchacha morena y de ojos grandes parecía, contra todo pronóstico, ser hija de la persona a la que Pedro más había querido nunca, su hija Ágata. Aquella chica era su nieta.



A Pedro le costó un poco ordenar sus pensamientos desde que aquella muchachita lo sentó en su mesa para que pudiera recobrar la compostura. No era posible. ¿Cómo iba a ser su nieta? Ágata desapareció hace muchísimo tiempo y no tenía pista de ella desde hacía años, es más, siempre la habían dado por muerta. Pero aquella pulsera no dejaba lugar a dudas. Era la pulsera de su hija, pues él mismo había mandado a hacerla de manera personalizada para ella como regalo cuando cumplió quince años. No había manera de que alguien hubiera hecho una copia exacta por pura casualidad, aquello debía de tener una explicación más profunda y Pedro estaba dispuesto a encontrarla a golpe de pregunta.

—¿Se encuentra mejor? Tiene mejor cara, desde luego —dijo ella con una voz casi idéntica a la de Ágata, pero con un deje colombiano que la hacía de lo más especial.

—Sí, perdona...no suelo dar este tipo de espectáculo en lugares públicos. Te agradezco que hayas venido en mi ayuda sin siquiera conocerme.

Laura sonrió.

—No se merecen. Me gustaría pensar que si alguna vez estoy en un aprieto alguien va a venir a ayudarme de manera completamente altruista. — y suspiró acordándose de su familia, en ella nada se hacía de manera altruista, todo se utilizaba como moneda de cambio. —O quizá solo soy una pobre ilusa que no sabe nada del mundo.

Pedro enarcó una ceja y se vio instantáneamente lleno de curiosidad.

—¿Por qué dices eso? —cuando ella lo miró con la desconfianza pintada en el rostro se arrepintió al momento —Disculpa mi intromisión, no es asunto mío.

—No es nada, simplemente vengo de un lugar donde las cosas rara vez se hacen de buena gana sin esperar recibir nada a cambio, y eso me llena de tristeza. —hizo una mueca y sacudió la cabeza. —Pero basta de dramas y cosas tristes, mi nombre es Laura Cuevas, pero puede llamarme su súper heroína cuando quiera —dijo ella soltando una carcajada.

Aquella risa era total y completamente contagiosa, pues acto seguido se vio sonriendo el también, y sin querer se vio desvelando su nombre para que por fin ella pudiera saber con quién estaba tratando.

—Mi nombre es Pedro...Alsina —dijo en voz baja.

Laura lo miró atentamente durante un par de minutos y después volvió a sonreír.

—Encantada de conocerte, Pedro, si me permites que te tutee —respondió ella alegremente.

Pedro suspiró. Aquella no era la reacción que esperaba de ella. Esperaba furia y lanzamiento de cosas por todo el lugar, reproches, lágrimas e incluso algún ataque físico, sin embargo, ella simplemente le estrechó la mano con fuerza, haciendo que el mundo de Pedro Alsina se hiciera añicos por segunda vez, por si había pensado que con la primera no había tenido suficiente. Laura no tenía ni idea de quién era él, de su apellido, ni de su relación...y eso suponía un problema aún mayor.



Pedro empezó a sopesar cuál sería la mejor manera de acercarse a ella sin levantar sospechas, pero no se le ocurría nada. Treinta años en la profesión y cuando más falta le hacía, su mente policial se había ido al garete. Estupendo. Le dio un par de vueltas al asunto y decidió que, empezar por un agradecimiento, sería lo mejor:

—Lamento mi falta de educación, señorita. Muchísimas gracias por ayudarme hace un momento. Me has ahorrado muchas explicaciones.

—¿Pero se encuentra bien seguro? —ella no terminaba de creerlo.

—Sí, creo que me ha dado un golpe de calor por los cambios de temperatura del avión, el aeropuerto y los exteriores —dijo Pedro tratando de sonar convincente.

A priori, ella le creyó.

—Menos mal —dijo Laura haciendo una mueca. —Temía que tuviera que hacerle la RCP^[27] en mitad del aeropuerto. Parecía que estuviera por darle un señor infarto justo ahí —dijo señalando donde se encontraba antes.

—Bah, soy viejo, pero creo que todavía no estoy en edad para que me den infartos aleatoriamente —dijo él moviendo la mano.

—Creo que puede tener aproximadamente la edad de mi papá, pero se sorprendería lo común que son los infartos a cualquier edad...da miedo.

—Mis sentidos detectan una apasionada por la ciencia y la medicina ¿puede ser?

Su cara se iluminó al momento.

—Me alegro de que lo haya notado. Es mi más grande vocación, la medicina. Empecé por la enfermería, pero lo que en realidad me gustaría es ser médico, poco a poco.

—Algo me dice que lo conseguirás... —estaba totalmente seguro de ello.

—¡Vaya, gracias! —se carcajeó. —Es refrescante ver que un desconocido tiene más confianza en mí que mi propia familia.

Aquella respuesta no gustó nada a Pedro.

—¿Puedo preguntar por qué tu familia no te apoya?

Laura, haciendo gala de su característico humor cambiante, se puso seria y respondió en tono frío:

—No, no puede porque es algo personal. —y acto seguido sonrió —debe invitarme a un café antes de que le cuente cosas de mí y nos hagamos amigos.

Pedro la miraba pasmado. Ella ahora se reía descontroladamente, seguramente debido a la cara de pasmarote que se le había quedado ante la seca respuesta de ella. Tenía el mismo carácter endemoniado que su madre, estaba seguro. Con ella todo sería una constante montaña rusa...ahora solo tenía que averiguar cómo conseguiría que ella no se alejara de él.



Laura se secó las lágrimas de risa que se le escapaban por el lateral del ojo. Aquel hombre era casi tan iluso como su padre, pero le caía bien. Parecía un tipo duro, pero en realidad no era más que un señor entrañable y agradable.

—Vamos no me mires así, era solo una broma.

—Ah no...pero pienso invitarte a ese café —dijo él sorprendiéndola a ella ahora.

—Oh no, era solo una broma de verdad, no es necesario.

—Pero usted me lanzó el guante^[28], señorita —dijo él frunciendo el ceño —ahora no se me acobarde.

A Laura solo le salió reír de nuevo, cuanto tiempo hacía desde que no se reía con ganas. Levantó las manos en señal de rendición y miró al hombre.

—Usted, digo, tú ganas, pues. Pero ¿tienes tiempo para estar perdiéndolo conmigo?

—Yo soy el jefe, si me quiero pegar tres horas aquí perdiendo el tiempo, puedo hacerlo —dijo él mientras se caminaba al mostrador para pedir una nueva ronda de bebidas.

Laura volvió a reírse y miró a aquel hombre atentamente. Su primer encuentro con un español había sido, como poco, anecdótico. Después de ver a aquel señor en aprietos, todo el miedo que podía haberle inspirado se había esfumado, y después de haber intercambiado unas palabras con él, le había transmitido total confianza, cosa que no sabía explicar. Quizá estaba pecando de inocente, pero se sentía segura. Mientras sonreía pensando en que igual el país de Cervantes no la trataba tan mal, fue a echar mano de su teléfono móvil para seguir organizando su visita y sus movimientos por la ciudad y se dio cuenta de que no estaba. Mierda.



Pedro volvió a la mesa con las dos bebidas en la mano y de inmediato supo que algo pasaba. Laura se movía apresuradamente por debajo de la mesa, levantando todo lo que se encontraba en su camino, e incluso tirándose al suelo para buscar debajo de las mesas de aquella cafetería. Algo no andaba bien.

Se acercó lentamente esquivándola mientras se metía debajo de la mesa.

—¿Estás bien? —preguntó sobresaltándola y haciendo que se diera un golpe en la cabeza.

—Au...

—Oh, lo lamento, ¿te has hecho daño?

—No, el porrazo me hizo cosquillas, no hombre, con sus preguntas brillantes... —dijo ella enfadada.

A Pedro solo le salió reír, y se puso la mano en la boca para evitar que su enfado fuera a más.

—Llevas razón, menuda mierda de pregunta. ¿Qué pasa?

Ella se sentó a la mesa con la mirada distraída y retorciéndose las manos.

—Mi móvil...no está.

—¿Cómo que no está?

—Desapareció.

—¿Cómo?

Laura se puso la palma de la mano en la frente ante la pregunta de aquel hombre.

—Creo que se fue volando en dirección a la parada de taxis... ¡Y qué se yo! ¡Si supiera no estaría buscándolo!

Aquella niña parecía tener todo un repertorio de respuestas ingeniosas peleándose por salir. Evitó reírse de nuevo por miedo a que ella pensara que se estaba burlando de ella, pero ganas no le faltaban.

—Han debido de robármelo cuando me levanté a ayudarlo...estaba aquí encima —dijo tapándose la cara presa de la angustia.

—Siento que haya sido por mi culpa.

—No hombre, no digas eso, ha sido culpa del *malparío* que ha pensado que está correcto coger lo que no es suyo. Disculpa, pero tengo que irme.

Cuando ella se puso en pie para irse, Pedro la agarró del brazo con suavidad. Llevaba un rato dándole vueltas a cómo haría para que la chica no se alejara de él y poder averiguar más de ella, por qué estaba en España, y qué la traía por aquí. Desde luego había alguien por allí arriba a quien le caía bien, porque acababa de ofrecerle la oportunidad que no paraba de buscar desde hace casi una hora en bandeja.

—Espera...siéntate.

—Pero...

—Escucha. Soy policía —le enseñó la placa para que no lo tomara por un loco. —Puedo ayudarte ¿vale? Tienes, primero, que poner la denuncia por robo, quizá en la unidad de delitos cibernéticos puedan localizarlo y así podemos dar con quien lo tiene. Dentro de diez minutos tengo un coche viniendo a por mí para llevarme a la ciudad, si vienes conmigo podemos solucionarlo en comisaría.

Laura se quedó muda en un primer momento. Ese señor era policía, pero no tenía pinta de eso. El único policía que había conocido era Peter y ambos eran muy diferentes en cuanto a físico y manera de actuar, pero su placa la sacó de dudas al momento. Quizá todo eso era una señal. Después de todo no todos los días te encontrabas con un policía que te ofrecía ayuda para solucionar lo cabeza hueca que podías ser a veces. Suspiró y se sentó, esta vez más tranquila.

—Dios...debo caerle muy bien a alguien por allá arriba, porque esto se llama tener un golpe de suerte. —y sonrió.

Pedro se sorprendió de la similitud de pensamientos que tenían, y cada vez estaba más emocionado por pasar tiempo con ella. Aquella niña era todo un descubrimiento que le había hecho rejuvenecer unos cuantos años de un tirón.

—Sí, —dijo sonriéndole de vuelta. —Es toda una suerte que nos hayamos encontrado.



Polígono Industrial Cobo Calleja, Fuenlabrada, Madrid.

El teléfono de Miguel Molina sonó con un estruendo que interrumpió el silencio sepulcral que reinaba en la nave en la que se encontraba en esos momentos. Todas las cabezas que allí se encontraban giraron en dirección al sonio y él se vio obligado a poner orden de malas maneras.

—¿Qué coño estáis mirando? ¡A trabajar! —gritó y todo el mundo volvió a sus quehaceres.

Miró la pantalla de su iPhone X y al reconocer en el identificador de llamada quién era sonrió con malicia. Por fin una buena noticia en ese día de mierda. Seguro que podría avanzar algo con su plan.

—Habla —dijo nada más descolgar.

—Buenas tardes a usted también —dijo su interlocutor con sorna.

—No me toques los cojones, imbécil.

—Vaya humor que se gasta usted señor Molina.

—Mira, te voy a decir una cosa y te la voy a decir solo una vez, así que escucha atentamente ¿vale? Mi mecha es corta, y el gatillo de mi pistola también. Así que, si no quieres que te encaje una bala en la frente, no pongas a prueba mi paciencia.

—Pues hágala más larga si quiere que siga ayudándole y nuestra relación sea fructífera por ambas partes, ¿de acuerdo?

—¿Vas a darme alguna información interesante o es que hoy te has levantado con ganas de morir? —el tono de voz cambió a uno frío, despiadado, y el interlocutor supo que hasta ahí había llegado la broma.

—De hecho, sí.

—¿Y...? —Miguel estaba comenzando a ponerse nervioso.

—Arturo y sus gorilas hace un par de días que están en territorio español. Aquello fue la gota que colmó el vaso. Miguel se separó el teléfono de la oreja y ladró al auricular lo más fuerte que su voz le permitió.

—¿Y crees que no lo sé, pedazo de gilipollas?

—Shhhhh, cálmese. Cualquier día le va a dar un infarto, madre de Dios.

—Me cago en tu...

Su interlocutor le cortó.

—Yo que usted medía lo que voy a decir porque no he acabado, y como me toque las narices mucho tiempo, nuestra conexión se acaba en este mismo momento.

Él tampoco se andaba con chiquitas. A Miguel le gustaba eso, la gente con pelotas.

—Tienes cojones para ser mujer, me gusta. —y se rio.

—Más gracia le va a hacer lo que tengo que contarle.

—Cuando quieras, pues...

—Me he enterado aquí en comisaría de que no es el único Cuevas que está en suelo español.

—Ya, mi hijo Fernando vino antes que ellos. —estaba empezando a impacientarse de nuevo.

—No. Hay más.

Miguel frunció el ceño, ahora con curiosidad.

—¿Quién más?

Una sutil risa femenina vino desde el otro lado del teléfono.

—Adivine con quien ha llegado hace escasos minutos el señor Pedro Alsina en persona. Le daré una pista: es una chica.

Miguel ató cabos y no pudo evitar que su mandíbula cayera de la sorpresa. Afortunadamente nadie estaba mirando aquel fugaz momento de debilidad que había sentido.

—No...

—Oh, sí... y por lo que puedo observar, no sabe nada.

—Gracias. Serás gratamente recompensada por esto —dijo y fue a cortar la llamada.

—Espere.

—¿Sí?

—Ya sabe lo que quiero. Cuando esto acabe, quiero ser yo quien le vuele los sesos a Pedro Alsina.

Miguel soltó una carcajada. No había nada peor que una mujer rencorosa.
—Hecho.



Miguel desconectó la llamada y sonrió. Ni en sus mejores sueños hubiera pensado que se le iba a presentar semejante oportunidad ante sus narices, y sin hacer nada para propiciarla. Por fin podía tener al cabrón de Arturo Cuevas cogido por los huevos y, además, matar dos pájaros de un tiro y arrastrar también a Pedro Alsina. Estaba bien que la chica desconociera su conexión con España, porque le daba ventaja para idear un plan acorde con el golpe que estaba intentando dar y acabar con todos ellos. A Fernando le iba a venir de perlas para este asunto...ya vería qué haría con él cuando todo acabara, sabía demasiado. Le daría un par de vueltas antes de tomar una decisión y entonces pulsaría botón para que el engranaje de su plan comenzase a funcionar.

Se dirigió a la mesa más grande del local donde había un grupo de gente observando la mercancía y cuando llegó carraspeó, provocando que se abriera un pasillo para dejarlo pasar a primera fila. En el centro de la mesa había un bloque de color blanco y duro como una roca. A su alrededor había diferentes recipientes con líquidos. Se puso delante de la roca de cocaína pura y la observó, levantó la vista hasta uno de los encargados del almacén y alzó las cejas a modo de pregunta.

—¿Y bien?

—Sí, señor —dijo el hombre poniendo su mejor cara de negocios para demostrar su eficiencia al jefe. —Procederemos a cortar la cocaína cuando usted prefiera, pero hay que elegir de qué manera hacerlo.

—¿Cuánto nivel de pureza podemos alcanzar? Mi mercancía no es barata, la quiero de calidad. —preguntó Miguel.

El hombre hizo un gesto con la cara que no pasó desapercibido para

Miguel y no le gustó nada.

—Verá...supongo que un...50%.

Aquello lo cabreó. Cogió al lacayo por la pechera de su camiseta y lo acercó hasta quedar a centímetros de él.

—Espero que sea una broma. ¡Necesito mínimo el 70%!

—Pero...

—¡Búscate la vida! ¿Con qué cojones la estáis diluyendo?

—Benzocaína y lidocaína^[29], como siempre... —el hombre ahora parecía confundido.

Miguel respiró hondo y soltó al chico de malas maneras, haciéndolo trastabillar y casi caer al suelo. Contó hasta diez para no sacar su arma y empezar a contar bajas en sus filas.

—Putos principiantes...

De repente, de la parte del fondo de la muchedumbre se escuchó una voz entre el murmullo generalizado.

—¿Hemos probado con algo más? —se escuchó.

La gente volvió la cabeza y de entre el gentío apareció una mujer de mediana edad, rubia con el pelo rizado, unos bonitos ojos ámbar y una bata de laboratorio que, junto a sus gafas de montura negra, le daba un aspecto de lo más sexy. Miguel sonrió, menudo caramelito.

—¿Y usted es? —preguntó galante.

—Eso a usted no le importa, no estoy aquí para hacer amigos, sino para hacer mi trabajo. La lidocaína está obsoleta. Recomiendo que utilicemos una mezcla de Procaína^[30] y Fenacetina^[31]. Y si eso no da resultado, entonces probemos con Levamisol^[32]. Apuesta segura. —y se cruzó de brazos.

—Pero los efectos secundarios del Levamisol son fuertes, en muchos casos mortales —dijo el hombre encargado del equipo.

—Me importa una mierda cual sea su resultado, imbécil. ¿Te crees que el que se mete cocaína está pensando en si le afectará mejor o peor? Inútil.

Miguel seguía descolocado por su contestación tanto para él como para quien se suponía que era su superior en el equipo. Sonrió, aquella mujer le gustaba, era de armas tomar y a él le encantaba domar leonas. Se acercó hasta la mujer y cogió su mano ante la mirada sorprendida de ella.

—Permítame presentarme. Soy Miguel Molina, y aprecio mucho su mente y visión en cuanto al negocio. Ha sido descortés por mi parte dirigirme a usted sin siquiera decir quién soy —dijo para ver si ella se daba cuenta por

fin de quien era.

Para sorpresa de Miguel, la mujer retiró su mano antes de que pudiera besarla.

—Se quien es. La fama lo precede, y no me hacen falta presentaciones.

—Quizá quiera decirnos su nombre y por qué deberíamos confiar en su palabra. —tanteó Miguel.

Ella lo miró y puso los ojos en blanco.

—Me llamo Amelia y soy la mejor jodida científica que tiene en este equipucho de cobardes. —y se cruzó de brazos de nuevo, mirándolo desafiante.

—Está bien Amelia. ¿Qué tal si pasamos a mi oficina y discutimos el por qué esas mezclas que ha mencionado anteriormente van a ser mejor para mi negocio?

Amelia lo miró y sonrió. Normalmente espantaba a los hombres, este tenía pelotas y, al parecer, no le desagradaba del todo, ya que aún seguía vivita y coleando.

—Por supuesto.

Miguel le sonrió de vuelta.

—Si me permite... —le dijo indicándole con la mano el camino — supongo que ya sabe dónde está, deme un minuto y enseguida me uno a usted.

En cuanto Amelia hubo desaparecido de la vista del equipo, Miguel cambió la expresión y se dirigió al encargado.

—Ya has escuchado, ponte a trabajar.

—Sí, señor... —dijo el hombre sin ningún convencimiento.

Miguel emprendió el paso de camino a su despacho sonriendo. Quizá Amelia era un soplo de aire fresco que le daría su negocio el impulso que necesitaba, tenía pinta de saber de lo que estaba hablando. Mientras recorría el camino al despacho, sacó su teléfono y en los contactos buscó el número de Fernando, inició la llamada y él descolgó al primer tono.

—¿Sí?

—Laura está en España...y no sé por qué coño está con Pedro Alsina, pero no sabe que es su abuelo. Asegúrate de que se entere y tenerla controlada en todo momento, no se nos puede escapar la única baza que tenemos para poner a Arturo de rodillas.

La risa al otro lado del teléfono también la hizo sonreír, eran ambos igual

de sádicos, y su hijo tenía algún tipo de obsesión con la hija de Arturo.
—Con mucho gusto, padre.



El camino de vuelta del aeropuerto, para sorpresa de Pedro, fue bastante entretenido. Laura era una chica habladora y simpática que tenía conversación para todo y jamás se quedaba sin una respuesta, justo igual que su madre. Lo único malo de aquella aventura es que ella, sin apenas conocerlo, se había montado en un coche con él sin pensar en las consecuencias. Vale, él era policía, pero viniendo de la familia de la que venía, no debería haber sido tan fácil. En cuanto todo este embrollo finalizara, debía asegurarse de que fuera menos confiada y aprendiera a cubrirse más las espaldas...y quizá alguna que otra clase de defensa personal.

—¿Crees que encontraremos mi teléfono? —dijo ella sacándolo de sus pensamientos.

Él le sonrió con seguridad.

—¿Acaso dudas del mejor policía de toda la ciudad?

—Ah, mire no más, eres un hombre con mucha seguridad. —y se carcajeó.

—Imagínate que tuviera que ponerme cara a cara con los malos y mi fuerza flaqueara. ¿Qué crees que pasaría?

Laura pareció pensarlo por unos segundos y finalmente se incorporó en el asiento y dijo con voz clara.

—Seguramente que acabara con una bala en algún lugar.

Aquello sorprendió a Pedro. No era una respuesta común, lo cual lo hizo percatarse de que, a fin de cuentas, el mundo del que venía podía haberla llevado por donde no era oportuno.

—¿Sabes disparar? —preguntó Pedro de repente.

—¿Qué? —gritó ella con voz estrangulada. —¿Por qué me hace esa

pregunta? —ahora lo miraba desconfiada.

—Por el vocabulario que has usado. Sé que en Colombia la ley del manejo de armas a civiles es un poco menos estricta que aquí por el tema de los secuestros y tal. Pensé que quizá te habían prevenido en casa o eras de familia de cazadores —respondió él para tranquilizarla.

Ella soltó un suspiro.

—Supongo que veo demasiadas telenovelas policiacas —dijo ella mordiéndose el labio y mirando por la ventana para cortar la ronda de preguntas.

Pedro sonrió. Puede que se creyera muy lista, pero aún no había nacido persona alguna capaz de engañarlo, y ella no iba a ser la primera. Además, aunque le doliera admitirlo, era tan parecida a Ágata que hasta en lo mal mentirosa que era, eran como dos gotas de agua.

—¿Entonces también crees en los cuentos de hadas que venden esos programas? —dijo él con sorna.

Ella se enderezó en su asiento y lo miró sonriendo. Aquella pregunta le había hecho acordarse de nuevo de Peter, principal razón por la que se encontraba aquí. Frunció el ceño y miró a Pedro con atención. Si él era policía debería saber algo, sobre todo si era un alto cargo. Se moría de ganas de preguntar, pero era consciente de que, si lo hacía, sería poner una diana justo en la espalda de su padre y sus hermanos, y aunque a veces fueran un trío de gilipollas, seguía queriéndolos libres. Podía intentar sacar información sutilmente, Pedro parecía un hombre conversador.

—¿Y bien? —dijo él.

—Disculpa, estaba acordándome de algo...o de alguien.

—Oh... —él levantó las cejas y ella se sonrojó.

—¡No! —quiso aclarar ella.

—Ni te molestes en darme una excusa. Tenía una hija que cuando se enamoró ponía la misma cara. —y fue ahora su turno de cambiar su expresión por una triste.

A Laura no le pasó por alto aquella afirmación.

—¿Tenía?

Él la miró y le dedicó una sonrisa triste.

—Sí. Una larga historia.

Laura supo entonces que la conversación había acabado porque era un tema peliagudo para Pedro. Lo comprendía perfectamente porque le ocurría

lo mismo cada vez que alguien le preguntaba por su mamá. No era un tema que le gustara mencionar ni que los demás le hicieran preguntas al respecto. Suficientemente dolorosa era ya como para encima, tener que revivirlo para los demás. Puso la mano encima de la de Pedro y le dio un apretón suave.

—Descuide, le entiendo perfectamente. No hace falta que hablemos de ello. Me ocurre lo mismo cuando alguien me pregunta por mi mamá y sé que es difícil —sonrió. —Quizá algún día pueda contármelo con tranquilidad.

Aquello cogió a Pedro con la guardia baja. ¿Cómo era posible que llevara años dispuesto a odiar todo lo que tuviera relación con el cabrón de Arturo Cuevas y esta niña, sin siquiera saberlo, había roto todos sus esquemas y había cambiado todas sus convicciones? No nos equivoquemos, seguía queriendo matar a Arturo por llevarse a Ágata, pero Laura no tenía la culpa de la escoria de padre que le había tocado, seguramente no supiera absolutamente nada de la historia completa.

—Mis hermanos siempre hacen lo mismo. Quieren hablar de mi mamá porque dicen que es una bella manera de mantener su recuerdo vivo. Ellos tuvieron más tiempo con ella que yo, y no comprenden que para mí es doloroso porque cada día que pasa me acuerdo menos de cómo era su voz, su cara, sus ojos...

Ahora fue el turno de Pedro de reconfortarla. Espera. ¿Había dicho hermanos? ¿Había más? Aquello hizo que su corazón pegara de nuevo un salto.

—¿Tienes hermanos?

—Sí. Gemelos. Leo y Luca, y parecen una caricatura de una serie de matones. —y sonrió.

—¿Por qué? —tampoco le sorprendía mucho aquella afirmación viendo el mundo en el que estaban metidos. Seguramente fueran los que hasta ahora consideraba guardaespaldas de Arturo. Menuda sorpresa descubrir que no solo tenía una nieta, sino dos nietos más mayores.

—Porque son como dos armarios empotrados. Miden casi dos metros y siempre tienen cara de vinagre. Son mis hermanos mayores, pero deberían tomarse la vida con más tranquilidad, la verdad.

—¿Y no es así?

—¡No! Se piensan que soy una bebé. Vale que soy la más joven, pero no soy estúpida y puedo derribarlos con un par de trucos que ellos mismos me han enseñado. De hecho, ya lo hice alguna vez. —y enseñó los dientes con

suficiencia.

—Guau, me sorprendes.

—Obvio. Soy una chica, pero se defenderme...y bastante bien. —y elevó las cejas para reforzar su punto. —Eso sí, no sé disparar. No me gustan las armas, pero sé manejar los puños y un arma blanca.

—Madre mía, si vas a resultar ser una pequeña guerrera.

—¡Que se creía! ¡Por supuesto!

El coche frenó y el motor dejó de funcionar en aquel momento. Laura echó un vistazo por la ventanilla y se vio ante un imponente edificio de ladrillo visto con el logo de la policía nacional visible en la fachada. Había mucho movimiento de gente y por un momento se sintió asustada, pero la voz de Pedro la sacó de sus pensamientos.

—Llegamos. Vamos a entrar por la puerta de atrás, no necesitamos pasar por todos los controles. Trabajo aquí —abrió la puerta para ella y se bajó del coche un poco comedida.

Entraron por una puerta trasera y recorrieron una serie de pasillos que no estaban muy iluminados hasta llegar a un despacho acristalado, pero del que no se veía nada desde el exterior, porque los cristales eran esmerilados^[33]. Pedro abrió la puerta y se sentó detrás de su escritorio, se quitó la chaqueta y encendió el ordenador. Al levantar la vista y ver que Laura seguía parada al lado de la puerta enarcó una ceja.

—Pasa, siéntate, no pasa nada. Vamos a solucionar el problema del móvil ahora.

Laura no se había percatado de que estaba conteniendo la respiración hasta que dio un paso adelante y se sentó en la butaca frente al escritorio y dejó de abrazar su mochila. Realmente la policía la ponía nerviosa. Suponía que era el efecto de años y años escuchando a sus hermanos y a su padre hablar de ellos de no muy buenas maneras. Soltó su bolso en la silla de al lado y apoyó los codos en la mesa y cuando fue a preguntarle por dónde iban a empezar, empezó a escucharse alboroto fuera del despacho de Pedro.

—¡No! —decía una voz masculina. —Hay que ponerse a trabajar en el caso Cuevas ya.

—Cálmate, no puedes entrar ahí —decía otra.

¿Cuevas? ¿Podría ser posible? Laura empezó a asustarse y, de repente, la puerta del despacho se abrió y un hombre visiblemente cabreado la atravesó seguido de otros dos de mayor edad que el primero.

—¡Me importa una mierda! Pedro, estoy hasta los cojones de esperar a tener alguna noticia de Peter y... —y puso sus ojos en ella. —Oh...

Pedro entonces habló con una voz que claramente decía que estaba a punto de patearle el culo y ponerlo de patitas en la calle. Espera, ¿había dicho Peter?

—Herrera —dijo Pedro con los dientes apretados. —Como verás estoy ocupado. ¿En tu casa no te han enseñado a llamar a las puertas?

Aquello cabreó al tal Herrera.

—No me pongas a prueba Pedro. Sabes lo importante que es este caso para mí, no es solo un agente, es mi amigo.

—Hugo —lo cortó Pedro con un tono gélido. —No. Es. El. Momento.

Uno de los hombres que estaba detrás del tal Hugo intervino entonces en la conversación.

—¿Qué tal si Rafa, tú y yo vamos al despacho, nos tomamos un café y nos calmamos? ¿No, Rafa?

El tal Rafa la miraba tan fijamente que estaba empezando a sentirse incómoda. La miraba como si la conociera y eso no le hacía ninguna gracia. Quiso apartar la mirada, pero su naturaleza rebelde se lo impidió y, por el contrario, le sostuvo la mirada con una ceja enarcada, como pidiéndole explicaciones.

Fue entonces cuando Rafa se dio cuenta de que no iba a apartar la mirada y miró a Pedro fijamente, haciéndole un gesto con las cejas. Parecían estar teniendo una conversación silenciosa, de esas que solo puedes tener con una persona tan cercana a ti como si fuerais familia. Pedro entonces apretó el puño que tenía encima de la mesa y dio un golpe seco.

—¡Fuera los tres de mi despacho!

Rafa miró a Pedro y se limitó a asentir como si por fin hubiera entendido algo.

—En un rato volvemos.

—Pero... —fue a protestar Hugo.

—Sal. Del. Despacho. —esta vez fue el tercero de los hombres, del que no sabía el nombre quien agarró a Hugo del brazo y le dio un tirón.

Hugo no se dejó amedrentar y se soltó de un tirón.

—No me toques, Carlos, no soy un niño. —y con esto, salió del despacho como alma que lleva el diablo.

—Discúlpanos —le dijo ahora el tal Carlos y salió del despacho también.

Rafa, antes de salir, volvió a mirar a Pedro y dijo antes de salir.

—No tienes tiempo. Lo de Fitzpatrick se ha complicado. —y se fue.

¿Fitzpatrick? ¿Peter? Oh dios mío, hablaban de Peter y decían que se había complicado el tema. Un nudo se instaló en el pecho de Laura y se olvidó por unos momentos de respirar. Todo aquello era culpa suya, y si algo le ocurría a Peter no iba a perdonárselo nunca, ni a sus padres, ni a ella misma. Se quedó unos minutos más mirando a la puerta ahora cerrada y de inmediato tuvo una idea. Solo tenía que salir de allí de alguna manera para poder ponerla en marcha.



En algún lugar de Madrid, Peter se encontraba amordazado y atado de pies y manos una vez más sin tener posibilidad de hacer nada. Se encontraba solo en un pequeño cuarto que parecía una sala de interrogatorios y había perdido la cuenta de cuánto tiempo llevaba allí metido, pues cuando despertó estaba solo, y aunque intentó mantenerse despierto, a los cinco minutos de abrir los ojos, volvían a cerrársele solos. Suponía que habían vuelto a drogarlo, pero, esta vez, sí era capaz de mantenerse consciente, así que empezó a analizar la habitación en busca de algo que utilizar en su beneficio. Poco le duró la investigación, pues la puerta se abrió y el gemelo con más mala hostia de los dos, el de los tatuajes, entró y se sentó frente a él. Peter le mantuvo la mirada mientras tomaba asiento y frunció el ceño. Venía solo, no estaba armado y sus hombros estaban hundidos. Cruzó los brazos por encima de la mesa y cerró los puños, alzó la vista a Peter y comenzó a hablar:

—Se que ni siquiera te importa nada de lo que vaya a decirte. Pero soy Leo Cuevas.

Peter puso los ojos en blanco y, si no hubiera estado amordazado, se hubiera reído en la cara de aquel gorila.

—No tienes a tu suerte porque soy el único dispuesto a dialogar contigo con respecto a lo de Laura. ¿Por qué? Porque quiero a mi hermana y llevo veinte años viéndola ser un alma en pena por toda la casa, cosa que ha cambiado desde que, sospecho, estás tú en la casa —levantó la mano. —No quiero ni saber desde cuando sabe que estás allí ni desde cuanto hace que la conoces, pero vengo a advertirte que no te acerques a ella, no va a poder soportar el peso de haberse metido en semejante jardín contigo, viniendo de donde viene.

Peter mordió la mordaza todo lo fuerte que pudo hasta que consiguió escupirla.

—Que te den —se limitó a decir.

Leo entonces le soltó una bofetada que resonó en toda la estancia.

—Que no se te olvide que quien está en desigualdad de condiciones aquí eres tú. No tires del hilo. —y se puso serio.

—Lo que yo tenga con tu hermana no es asunto tuyo, como bien has apuntado, es ya mayorcita.

—¿Qué no lo entiendes?

—Lo que no entiendo es como os da igual lo que estáis haciendo y como pretendéis arrastrar a Laura todo esto, porque, si pensáis que va a quedarse quieta estás muy equivocados.

—Laura es obediente.

—Mis cojones.

—¿Cómo te...?

—Tu hermana, esa que os creéis que es de cristal, casi me rompe la nariz cuando me conoció porque se me ocurrió hablar mal de ustedes, lleva semanas saltándose vuestra vigilancia a la torera y yendo al piso de arriba de la mansión para hablar conmigo, así que si piensas que porque hayas puesto tierra de por medio va a quedarse quieta, suerte.

Ella jamás...

—No la conocéis en absoluto. Aún la tomáis por una cría y tiene más pelotas que todos vosotros juntos. ¿Quieres un consejo? —dijo Peter mirándolo fijamente.

—No.

—Me la pela, voy a dártelo igual. —pegó un tirón de las cuerdas y acercó a silla un poco más a la mesa. —Yo que tú me aseguraba que no moviera su culo inquieto de un lugar seguro porque puede meterse en un lío, porque como le pase algo, voy a olvidar que soy poli y voy a encajaros una bala entre las cejas por no protegerla.

—Pero...

—Lo que pase conmigo me da igual. Asegúrate de que está bien.

—No me des órdenes.

—Está bien, entonces no hagas nada, pero...

—¿Por qué te preocupas por ella?

Peter suspiró y volvió a mirar a Leo a los ojos.

—Eso no es algo que deba decirte a ti. —y apartó la mirada.

—Mierda...

—Sí, una mierda todo.

—Como tengas razón voy a estar tan cabreado que voy a darte una paliza del carajo.

Peter se carcajeó.

—Entonces dame la oportunidad de poder usar los puños porque sé que la voy a tener. Localízala, está loca, es capaz de hacer una tontería.

—Carajo, tienes razón, es una inconsciente.

Feliz por haber tocado por fin el punto que quería de Leo, se relajó y lo vio salir como alma que lleva el diablo de aquella habitación y cerrar con llave. A simple vista la habitación debería parecer vacía, pues todas las luces estaban apagadas. No podía llamar la atención de nadie ni escapar, pero tenía que buscar una manera porque ahora que conocía un poco mejor a Laura, le daba miedo que su impulsividad la pusiera en una posición de la que luego no supiera salir.

—Joder...

Estuvo un rato más forcejeando con las cuerdas hasta que por fin consiguió aflojarlas y salir de aquella prisión con más maña que fuerza. Vale, las cuerdas ya estaban, ahora solo hacía falta ver cómo podía abrir la puerta y escapar de aquellos lunáticos. Se agachó al lado de la puerta y comenzó a inspeccionar la cerradura para ver si podía hacer algo con lo que tenía, pero era una puerta de acero blindada con un doble mecanismo de seguridad que lo dejaba completamente con el culo al aire en cuanto a trucos. Estaba bien jodido y atrapado en aquella ratonera. Se pasó la mano por la cara preso de una frustración creciente y respiró hondo intentando calmarse. Ponerse nervioso ahora no le iba a servir de nada.

—Vale, ya estoy solo. —dijo una voz.

Peter levantó la cabeza y frunció el ceño. Aquella voz no le sonaba, era nueva para él.

—Sí, me ha dicho mi padre que su contacto le ha dicho que Laura está en España.

Aquello captó por entero la atención de Peter, que se acercó aún más a la puerta a escuchar. ¿Quién coño era ese individuo?

—Porque tenemos topes en todos lados. ¿Te piensas que son mejores que nosotros? Son unos ilusos, y pronto los tendremos de rodillas y pidiendo un

poquito de compasión. —y se rio.

Vaya, vaya, ahora resultaba que el gran Arturo Cuevas también tenía traidores. Se lo merecía por ser un viejo hijo de puta. Pero eso no era lo que a él le importaba, quería concentrarse en escuchar si decían algo más de Laura.

—Es fácil. Me pondré en contacto con ella y le diré que su padre sabe que está aquí, que quiere verla. Luego...

A Peter se le heló la sangre. No podía ser verdad. El shock de lo que estaba escuchando le impidió escuchar el resto y se reprendió mentalmente por haber perdido semejante cantidad de información crucial.

—Esa puta no me importa. ¿Te has enterado de que se ha follado al inglés que tienen preso sus hermanos? La muy zorra. Lleva años calentándome y negándose, y llega este imbécil y a la primera de cambio la tiene abierta de piernas.

Ahora ya lo que tenía ganas era de romperle las piernas. Nadie hablaba así de su mujer. Espera, ¿su mujer? ¿De dónde había salido eso?

Se pasó la mano por la frente y respiró hondo. Vale que a fin de cuentas lo que Laura pudiera pensar de él le importaba más de lo que estaba dispuesto a admitir, pero de ahí a pensar más allá... Él era un tío solitario, no necesitaba a nadie. ¿Por qué con ella era diferente?

—Sí, te mantendré informado. Hola, papá, estoy en casa de los Cuevas. No, no sospechan nada. Ya tengo localizada a la chica —de repente soltó una carcajada demasiado siniestra —será un placer capturarla y darle su merecido...llevo años esperando.

Peter estaba comenzando a ver rojo y sus ganas de matar aumentando.

—Já. Soy Fernando Molina al fin y al cabo ¿no? Mi padre es la mente más brillante de la mafia, no iba a ser para menos. Por fin se va a cerrar el círculo.

El interlocutor colgó la llamada y se alejó de la puerta riéndose como un loco. Mierda, mierda, mierda. Laura estaba en España, su familia no lo sabía, y encima estaban planeando un golpe contra ella. Ya podía correr el tal Fernando y esconderse en el agujero más profundo que encontrara, porque cuando lo cogiera, no iba a dejar ni los huesos. Empezó a dar golpes a todo lo que encontró para calmar su ansiedad y de paso llamar la atención de sus captores, a ver si sacaban de una vez por todas la cabeza del culo de su papaíto y empezaban a darse cuenta de lo que pasaba a su alrededor. Tenía que evitar que le pasara algo a Laura y, le jodía admitirlo, pero por primera

vez en su vida estaba dispuesto a dejar su papel de policía a un lado y trabajar para el bando contrario.



Laura no paraba de morderse las uñas pensando en cómo podía salir de allí sin levantar sospechas. Miraba de vez en cuando a través del cristal intentando buscar al otro policía que había mencionado Peter.

—¿Laura? —dijo Pedro.

—¿Sí?

—Te he hecho una pregunta —sonrió apenado. —¿Estás bien?

—Sí, lo siento. Estoy preocupada por el teléfono, tiene mis cuentas bancarias abiertas y demás información sensible que me preocupa se pueda usar en mi contra.

Hasta ahora Pedro no había pensado en eso. Tenían que encargarse de eso.

—Ten —le tendió el teléfono de su mesa —llama a tu banco y anula todas tus tarjetas y cuentas que pudieras tener abiertas por si acaso, voy a pasarle el dato a los chicos de delitos tecnológicos y en un rato localizaremos tu móvil, pero por si acaso eso falla, que no te lleves ningún susto.

Laura se quedó con la boca abierta y aplaudió mentalmente porque, sin querer hacerlo, se había inventado una excusa que le había dado la oportunidad perfecta para empezar a maquinarse.

—Si, claro... —sonrió. —Gracias por todo.

—Tranquila querida, es mi trabajo, y, además, tú me has salvado de algo peor...el ridículo, que para un viejo como yo es ya mucho aguantar. —y se carcajeó.

—¿Puedo pasar al aseo Pedro?

Pedro la miró y se pasó la mano por la cara. Vaya anfitrión de mierda que

no se había parado a pensar en las necesidades de la chiquilla porque estaba obsesionado con no perderla de vista. Ahora que estaban en comisaría estaba seguro de que no iría a ninguna parte. Pero ¿Quién podía culparle? Era su nieta, quería cuidar de ella.

—Dios, perdóname, ni siquiera pensé en que pudieras necesitar algo. Claro que puedes faltaría más —se pasó las manos por el pelo. —¿Quieres algo de beber, de comer?

—No te preocupes, el teléfono, el baño y quizá un cafecito harán su trabajo. —y le regaló una sonrisa deslumbrante.

Pedro se la devolvió y pensó en cómo había cambiado su vida y sus planes en las últimas tres horas...y en cómo estaba empezando a querer a aquella muchachita valiente, descarada y tan, pero tan parecida a su Ágata.

—Enseguida vuelvo con ese cafecito. Perdóname si no es tan bueno como el colombiano, hacemos lo que podemos. —y le guiñó un ojo antes de salir.

Laura vio la puerta cerrarse y le dio la espalda para levantar el teléfono. ¿Por dónde podía empezar? Podía llamar a su padre, pero se negaba a darle el gusto de saber que necesitaba ayuda. No. A sus hermanos ni al pelo, eran peor que su padre y buena parte de la culpa de que todo esto se hubiera ido de madre era de ellos. Que se fueran al demonio. ¿A quién podía llamar?

Se levantó de la silla hecha un manojo de nervios porque no sabía por dónde empezar a llevar a cabo su plan y desde dentro vio al policía que había entrado en tropel en el despacho. Hugo. ¿De qué le sonaba ese nombre? Hugo Herrera...Sus pensamientos fueron entonces a aquella primera vez en la que Peter y ella hicieron el amor y la conversación que vino después, donde se conocieron más profundamente y se contaron cosas que uno solo le cuenta a la gente más cercana, antes de que el maldito inglés hablara y la hiciera enojar.

—Tengo pocos amigos, al contrario de lo que parece en tu caso —se rio Peter poniéndole un mechón de cabello detrás de la oreja.

—Te equivocas. No tengo muchos. La gente que se me acerca o quiere el dinero de mi padre, o sus contactos. No puedo confiar en nadie.

—Yo con Hugo no tengo ese problema. Hugo Herrera es mi mejor amigo y antiguo compañero de trabajo. Digo antiguo porque ahora no está completamente en activo.

Laura se incorporó sobre un codo y lo miró, apoyando la cara en su mano para prestarle más atención.

—¿Y eso por qué? —preguntó sorprendida.

—Ufff...es una historia complicada —dijo haciendo una mueca.

—Tranquilo, no tienes por qué decirme nada... —empezó a decir un poco ofendida e intentando levantarse de la cama.

Peter la agarró del pie cuando iba a salir de entre las sábanas y la volvió a arrastrar dentro, sentándola entre sus piernas y apoyando la barbilla en su cabeza, al tiempo que le hacía cosquillas en los antebrazos con los dedos.

—¿Te quieres esperar, damn it^[34]?

—Lávate esa boca inglesa tuya.

—No te he escuchado tener quejas de esta boca en los últimos cuarenta minutos —dijo moviendo las cejas.

—Fucking asshole^[35]... —dijo riéndose.

—Mi madre me lo repite cada vez que me ve, así que dime algo que no sepa —dijo Peter poniendo los ojos en blanco. —Bueno, a lo que iba. Hugo y yo trabajábamos juntos en la comisaría de Málaga cuando nos llegó un caso bastante interesante. Él ya era inspector jefe, pero estaba deseando ponerse el uniforme de batalla y salir a pegar unas cuentas hostias. Se llamaba el caso Anastasia, ¿te imaginas por qué?

Ella se rascó la barbilla mientras le daba una vuelta.

—Anastasia era la hija de uno de los últimos zares rusos ¿tiene algo que ver?

Peter sonrió y le acarició el costado llegando hacia el contorno de su pecho sin darse cuenta. Laura ahogó un suspiro y se concentró en escuchar, cuando en realidad lo que le apetecía era saltarle encima a aquel inglés insufrible y comérselo a bocados.

—¿Y? —dijo dejando escapar un gemido que hizo que a Peter se le hiciera la boca agua.

—Y... —dijo mientras ahuecaba su pecho, intentando concentrarse. — Era un caso sobre tráfico humano y tráfico de drogas. Desmantelamos una red de prostitución donde traían a las chicas de, en este caso, Rusia, y las obligaban a hacer cosas que no necesitan saber por dinero.

—Dios mío eso es horrible Peter... —dijo apenada.

—Lo sé, créeme. El caso es que una de las chicas, testaruda como ella sola, me recuerda a alguien. —carraspeó y le hizo cosquillas. —Cuando intervenimos el sitio donde las tenían encerradas, tuvo las pelotas de, en vez de esperar por ayuda, saltar por una maldita ventana, Hugo la vio y la persiguió, pero como estaba tan trastornada ¿adivina lo que hizo?

—La tranquilizó y la acompañó a declarar —dijo convencida.

—Pffff...claro que sí. En un universo paralelo quizá —dijo divertido —le dio las llaves de su coche y se la llevó a casa hasta que estuvo preparada.

—Oh, que tierno... —dijo ella tapándose la boca y volviéndose para mirarlo.

—Sí claro, y peligroso. No sé los detalles, pero el tiempo que paso Nati allí, Natasha, ese es su nombre, se enamoraron como locos.

—Caramba... —la cosa se ponía interesante.

—Pero, como las mujeres no podéis estaros quietas, un día que tuvieron una discusión ella se fue a dar un paseo y uno de los tipos de la mafia que la había secuestrado y que iba siguiéndole la pista la encontró y la cogió, imagínate para qué.

—No.

—Oh sí... —dijo Peter asintiendo. —Por suerte, esa mujer es lista como el demonio y consiguió llamar a Hugo y decirle algo que le diera una pista de donde estaba.

—¿Y qué pasó? —preguntó emocionada.

Peter la cogió de la muñeca y tiró de ella hasta colocarla debajo de él y la miró con una sonrisa que, en opinión de Laura, haría mojar las bragas a cualquiera con dos dedos de frente.

—Pateamos el culo a los malos, Hugo salvó a Natasha y se fueron a vivir donde ella pudiera estar segura con el Programa de Protección de Testigos. Hugo renunció a su cargo y me lo endosó a mí y se convirtió en su agente privado. Viven juntos y esperan un bebé en no mucho tiempo.

—Es precioso...

—No más que tú... —dijo bajando sus labios hasta el lóbulo de su oreja y le dio un mordisco que hizo que se le pusieran los vellos de punta. — Mmmmm, me encanta ver cómo se te pone la piel de gallina cuando te toco.

En un movimiento rápido, Laura le hizo darse la vuelta para quedar encima y lo miró con una sonrisa que derretiría el mismísimo polo norte, mientras se movía para cabalgarlo

—Y aún no has visto nada —dijo ella.

Laura sacudió la cabeza haciendo a un lado las imágenes, pues en ese momento era demasiado doloroso como para pararse a pensar en ello. Ahora le encajaba la información, ese debía ser el mejor amigo de Peter si no le fallaban los cálculos. Bien. Ahora solo tenía que conseguir hablar con él a solas para darle las respuestas que él parecía estar buscando y ayudara a Peter. Si ella no podía de momento, alguien tendría que hacerlo, y estaba segura de que sus hermanos y su padre no lo harían.



Hugo se paseaba por el despacho de Rafael Soler como un león enjaulado y lo único que lo retenía de ir y darle un puñetazo en la nariz a Pedro Alsina era Carlos, que lo tenía agarrado por la camiseta y le estaba echando una bronca monumental. Putos cobardes. Él no pensaba lamerle el culo a nadie, era su mejor amigo de quien estaban hablando, y que le dieran por culo a los demás, pero si había alguien por quien jugársela, era por Peter.

Miró el lugar por donde Carlos lo tenía agarrado y lo miró a él después.

—¿Estás loco? ¡Vas a conseguir que te despidan!

—Y una mierda despedirme, me necesitan, y él no es mi jefe.

—¡No! ¡Es el mío pedazo de imbécil, así que suma dos más dos! — respondió Carlos.

Hugo se soltó de malas maneras y Carlos apretó los dientes para no echar abajo los de su joven empleado.

—¡Me importa una mierda! Peter podría estar muerto ahora mismo ¿te da igual?

—Claro que no me da igual, no seas imbécil. Pero aquí estamos fuera de nuestra jurisdicción y lo sabes.

—También sé que, si no presionamos, no conseguiremos nada. Además, no me fio del subinspector.

—¿De Pedro? ¿Por qué?

—No lo sé, pero no da buena espina.

—Pero... —la puerta del despacho se abrió y Rafa entró con, para variar, cara de pocos amigos. Se había rezagado un poco y había llegado después que ellos.

Hugo no aguantó a otro poli entrado en años que fuera a decirle lo que ya

sabía y se dirigió a la puerta sin mirar a ninguno de los dos.

—¿A dónde crees que vas, Herrera? —preguntó Rafa con voz profunda.

Hugo apretó los dientes y le lanzó a Rafael Soler una mirada que claramente decía que se podía ir al infierno.

—Voy a mear ¿puedo? ¿O tiene que venir alguien a agarrármela mientras lo hago?

Carlos masculló algo que sonó a “eres un puto inconsciente” y le dio la espalda.

—Por mucho que eso te gustara, no. Y sí, puedes ir, pero no tardes, tengo algo que contaros sobre el caso de los Cuevas que aún no sabéis.

Aquello llamó la atención de Hugo al punto.

—¿Qué?

—No —rafael levantó una mano y le impidió seguir preguntando. —Ve al baño, cálmate y vuelve. Te necesito tranquilo.

—Pero... —quiso protestar.

—Aprovecha y llama a tu mujer, no vaya a ser que hayas sido padre y estés aquí sin saberlo.

Hugo se calló y se percató de que hacía horas que no sabía nada de Natasha. Vaya mierda de marido estaba hecho.

—Ahora vuelvo.

Por suerte o por desgracia, por muy embarazada que estuviera Natasha parecía que su misión en la vida era ponerlo de los nervios, pues cuando la llamó, en lugar de recibirlo con tranquilidad y buenas noticias, le dijo que estaba en un tren de camino a Madrid, pues había salido de Ceuta por la mañana en el primer ferry de la mañana y había tomado el Alaria de las ocho de camino a la capital.

—¿Qué? —gritó fuera de sí. —¡Tú estás mal de la cabeza! ¡Que estás embarazada de casi nueve meses!

—Relájate, Hugo, he hablado con mi ginecólogo y me ha dicho que no hay problema.

—Dios santo...

—Entiéndeme —dijo con voz lastimera y ese acento ruso que lo volvía loco. —Estoy preocupada por Peter, quiero ayudar.

—¿Ayudar? ¡Que estás embarazada!

—¡No me grites más maldita sea Hugo Herrera! ¡Ya sé que estoy embarazada, y por tu maldita culpa además!

Hugo se relajó porque no quería darle otro disgusto más a Natasha.

—Lo siento, estoy preocupado.

—Lo sé, *moya lyubov*^[36], pero tienes que aprender a confiar en mí. Soy yo la que está embarazada y no me extralimitaré hasta donde sé que no puedo. Entiéndelo.

Claro que lo entendía. Peter era de los primeros amigos que Natasha había tenido y, aunque no le iba a doler si le pasaba algo tanto como a él, también iba a ser un golpe duro para ella.

—Joder, como me pone que me sueltes cosas en ruso.

El sonido de una risa traviesa le llegó a través del auricular.

—Puedo decirte más cosas —dejó la intención en el aire.

—¿Guarras?

—¡Hugo!

—Perdón, perdón —se rio él. Era increíble como habían cambiado ambos desde que estaban juntos. Ella era mucho más extrovertida con todo el mundo, y él era más humano, más feliz.

—Te llamo cuando llegue, ¿vale *nebo*^[37]? Ya tengo hotel.

—¿Cómo está mi pequeñín? —preguntó en tono meloso.

—Oggg...dentro aún, por desgracia, y dando patadas como un condenado.

—Ese es mi chico.

—Dios mío, si es como tú me queda un largo camino por delante.

—¿Acaso no ha sido bonito? —se carcajeó Hugo. El mejor de su vida.

—El mejor de mi vida.



Hugo siguió su camino con una sonrisa estúpida en la cara y ningún remordimiento por tenerla. Era el efecto que Natasha tenía sobre él y estaba más que feliz de que así fuera. Cuando llegó al pequeño pasillo que desembocaba en los dos baños de la oficina entró e inmediatamente se puso alerta. Allí había alguien escondido y vigilándolo. Tras ponerse en tensión y

calcular su siguiente movimiento, siguió adelante y, cuando notó que alguien le tocaba el brazo, hizo un brusco movimiento que acabó con su atacante aprisionada en la pared del baño y con cara de asustada. ¿Una mujer? ¿No era esta la chica del despacho de Pedro?

En vez de gritar, la chica se recompuso y antes de que pudiera aflojar su agarre, la maldita niña de los cojones le pegó un rodillazo en las pelotas que le hizo ver las estrellas.

—Dios... —dijo arrodillándose.

—Dios mío lo siento, lo siento —dijo ella preocupada.

—Hija de... —antes de que pudiera terminar, la chica le metió un empujón que lo dejó tumbado boca arriba y le puso la rodilla en el pecho.

—Termina. Termina y te rompo la madre, pinche imbécil —dijo ella enfadada.

Hugo utilizó sus pies para desestabilizarla, pero, lejos de conseguir su objetivo, la chica era rápida como una lagartija y consiguió zafarse, aunque con un poco de dificultad.

—Ven aquí, te vas a enterar.

Laura se puso en posición de ataque, pero al punto se acordó de que no había ido hasta allí para ponerse a pelear con nadie, y mucho menos con el mejor amigo de Peter.

—Espera, espera —dijo con las manos en alto.

—Ah... —dijo Hugo riendo —ahora no somos tan valientes ¿eh?

—No, escúchame.

Hugo sabía que la tenía atrapada y estaba disfrutando de la persecución hasta que ella habló en voz baja:

—Quiero hablarte de Peter, de Peter Fitzpatrick. Sé dónde está.



Hugo se quedó petrificado. Le hubiera sentado peor que le metiera otra patada en las pelotas que la afirmación de que conocía a Peter y sabía dónde estaba. Un momento, si sabía dónde estaba, significaba que estaba metida en el ajo de alguna manera. Llevando lentamente la mano hasta su arma sin que ella se percatara, le preguntó en voz baja:

—¿Quién eres?

—Me llamo Laura.

—Laura ¿qué más? —ya casi tenía la mano en su arma reglamentaria, una Heckler & Koch USP Compact 9 mm Parabellum^[38]

—Cuevas, pero ¿qué tiene que ver eso?

En cuanto respondió a la pregunta se dio cuenta de su error, porque si ese hombre era policía y estaba metido en el caso que perseguía a su familia, acababa de meterse directamente en la boca del lobo. Antes de que le diera tiempo a reaccionar Hugo había cargado contra ella, arma en mano y la había metido en uno de los baños del fondo del pasillo, el de minusválidos, a pura fuerza bruta. Intentaba explicarse, pero Hugo la tenía aprisionada contra la pared de azulejos más cercana y casi le era imposible respirar. Le apuntaba con el cañón del arma directamente en el cuello y se lo escuchaba hurgar en sus bolsillos, posiblemente en busca de unas esposas para detenerla.

—No, espera... —los nervios empezaban a hacer mella en ella.

—Y una mierda espera. —Hugo no quería levantar mucho la voz para no armar alboroto en la comisaría, pero que esa cabrona iba a estar durmiendo esa noche en el calabozo, seguro.

—Déjame hablar y decirte dónde está Peter... —ahora respiraba cada vez más dificultosamente.

Ante aquellas palabras Hugo apretó más su agarre y la volvió a estampar contra la pared de puro cabreo, que hizo que la puerta del utilitario se abriera. Laura aprovechó este momento para agacharse, girarse y encarar a Hugo una vez más y darle un derechazo justo en la nariz.

—¡Joder!

Laura aprovechó el desconcierto de Hugo para sacar de su sostén una navaja de mariposa que abrió en un ligero movimiento de mano y con la que apuntó a Hugo con cara de pocos amigos.

—Carajo, lo siento, no quiero hacerte daño, pero no me dejas alternativa.

Hugo al ver la navaja enarcó una ceja mientras se frotaba la nariz de nuevo.

—Las niñas no deberían jugar con los cuchillos de papá.

El aire silbó justo en la oreja de Hugo y lo próximo que vio fue que la navaja que hace un segundo tenía Laura sujeta en la mano, ahora estaba clavada hasta el fondo en el secador de manos que había al lado del lavabo. Hugo se quedó paralizado y ella, muy tranquilamente, se acercó a recuperar su arma y la guardó, se cruzó de brazos y esperó a que el amigo de Peter reaccionara.

—Me cago en la puta ¡me has lanzado una navaja!

—¡Porque me hiciste enojar, pendejo!

—¿Le tiras cuchillos a todo el que te enfada?

—No, pero estabas apuntándome con tu pinche arma. Qué tenía que hacer ¿gritar? —Laura enarcó una ceja desafiante.

—¡Claro!

—No me das miedo.

Hugo sacudió la cabeza porque no terminaba de asimilar la situación que se estaba dando en aquel baño con aquella pequeña muchacha que, además de saber defenderse muy bien, aparte de casi romperle la nariz, casi lo ensarta contra el secador de mano con una navaja mariposa. Estuvo a punto de tener un ataque de risa allí mismo, pero recordó que le había hablado de Peter y la preocupación de su amigo pudo con él.

—¿Dónde está Peter y por qué debería creerte?

—Porque no miento.

Hugo bufó.

—¿Y quién me asegura eso? Eres la hija de un mafioso. Uno de los más buscados de nuestro registro.

Laura respiró un par de veces para no volver a lanzarle la navaja y se recordó que estaba allí para ayuda a Peter y no para enfadarse porque la gente juzgara a su familia con lo que, a fin de cuentas, no era más que verdad. Estaba cansada de luchar y de no estar conforme con su padre. Estaba cansada de tener que justificarse con todo el mundo.

—Lo que no sé es por qué no estás detenida.

—Shhhh...Pedro no sabe quién soy. Lo ayudé en el aeropuerto, me robaron el teléfono y me dijo que me podía ayudar porque era policía, no me dejó margen para negarme.

—La madre que...espera, y ¿por qué me lo cuentas a mí?

—¿Eres Hugo Herrera?

—Puede.

—¿¡Sí o no!?! No estoy para huevadas

—Vale, sí, ¿cómo sabes quién soy?

—Porque conozco a Peter, ya te lo he dicho.

Hugo no ganaba para sobresaltos.

—¿Tú eras la que se encargaba de su cautiverio?

—Maldita sea no, no era yo quien lo tenía detenido, odio que mi padre y mis hermanos hagan eso con todas mis fuerzas. Es vil, rastrero y poco ético.

—¿Poco ético? Bonita manera de maquillarlo —resopló Hugo.

—Lo sé vale, simplemente no me metas en el mismo saco que ellos, yo quería liberarlo, pero se lo llevaron antes de que...

—¿Antes de qué?

—Mira, solo sé que lo volvieron a traer a España, por eso estoy aquí, vine a escondidas de mi padre.

—¿Por qué? —ahora Hugo estaba en shock.

—Por Peter.

—Aún no me has dicho cómo sabes quién soy.

Laura se pasó la mano por los ojos y se apretó el puente de la nariz en un intento de paliar el dolor de cabeza que llevaba arrastrando desde Colombia. Para más inri, Hugo no paraba de poner impedimentos y pedir explicaciones, lo cual era totalmente comprensible, pero no tenían tiempo para mucha charla.

—Mira, solo puedo decirte que me lo contó él.

—¿Cuándo? ¿Y por qué habló contigo de algo tan privado?

—Después de... —cuando se dio cuenta de lo que estaba a punto de decir

apretó los labios y se puso totalmente colorada al recordar de nuevo el momento en el que Peter se había abierto y le había contado un poco más de su vida privada, a pesar de ser quien era ella.

—¿De?

Hugo observó atentamente a la muchacha, que no llegaría a los veinticinco años y esperó su respuesta. Ella, por el contrario, apretó los labios, apartó la mirada y un intenso rubor cubrió sus mejillas como si le diera vergüenza responder a la pregunta que le había hecho Hugo. Mierda, eso solo podía significar una cosa, que su amigo no podía parar de pensar con la polla y que había hecho caso omiso al refrán de la olla.

—Mierda...

—¿Qué? —respondió ella a la defensiva.

—No, no, no... —ahora se pasaba las manos por el pelo tirando levemente de los mechones más largos para asegurarse de que eso no fuera una maldita pesadilla y no acababa de complicarse todo.

—¿Estás bien?

—¿Se ha acostado contigo verdad? Maldito inglés salido.

—¡Oye! Ese no es tu pinche problema, huevón.

—No tengo otra respuesta posible.

—Eh...

—¿Y bien? Necesito que me digas la verdad para poder actuar en consecuencia. —porque si Peter se había acostado con ella no había problema ninguno, era libre de estar con quien quisiera, el problema era que le había hablado de su vida personal, cosa que Peter no hacía con absolutamente nadie. Nadie que no le importara al menos.

Laura suspiró y decidió que la única manera que tenía de que Hugo colaborara y la creyera, era contarle todo con detalles...al menos los detalles que le interesara saber, pues no era de su incumbencia en absoluto si Peter y ella habían mantenido relaciones o no, aunque el policía no era tonto y, por la cara que había puesto, se lo imaginaba. Le contó todo desde el principio, como se conocieron de manera tan atropellada, cómo había ido aumentando el número de visitas que le hacía por pura curiosidad, cómo había cambiado su relación, el baile y cómo había acabado todo de manera catastrófica.

Hugo no daba crédito a lo que escuchaban sus oídos. Por una parte, estaba totalmente agradecido a aquella muchacha por no dejar que sus familiares acabaran con Peter, pero, por otro lado, no podía evitar sentir algo de

resquemor por el apellido que cargaba. Sabía que los prejuicios eran malos, pero no podía evitarlo. Lo que más le molestaba es que su intuición, que nunca se equivocaba, siempre le daba señales cuando algo no andaba bien, y por más que observaba a aquella muchacha menuda, mulata y con malas pulgas...nada. No le daba mala espina en absoluto, al contrario, apreciaba su fuerza y la manera en la que le había plantado cara e incluso lanzado una navaja. No pudo evitar reírse ante el recuerdo.

—¿De qué te ríes?

—Nada, del incidente con el cuchillo, aún estoy flipando.

—Lo siento. —parecía verdaderamente avergonzada.

—Solo tengo una pregunta que hacerte.

—Dispara —al darse cuenta de lo que había dicho abrió mucho los ojos y levantó las manos al frente. —No de manera literal, por dios.

Hugo prorrumpió en carcajadas ante la inocencia de la chica.

—Tranquila, no voy a dispararte, solo me llama la atención cómo es que tú estás en España y con la policía.

—Nadie sabe que estoy en España.

—¿Nadie?

—No

Hugo cada vez daba menos crédito a lo que escuchaba.

—¿Y por qué estás aquí?

Laura guardó silencio y no supo que responder. ¿Por qué había arriesgado tanto para ir hasta allí con una mano delante y otra detrás? ¿Por qué se había expuesto así a la ira de su padre? ¿Por qué estaba contradiciendo todo lo que había hecho hasta la fecha? Por Peter.

—¿Sabes qué? No hace falta que respondas.

—¿Por qué?

—Porque ya se la respuesta. Yo también tuve un momento en el que me dio igual lo que pudiera pasar y a quien me pudiera enfrentar por alguien.

Laura apartó la mirada avergonzada y sonrió en agradecimiento a Hugo por no presionarla a poner en palabras lo que estaba sintiendo en esos momentos.

—La casa de mi padre en España está en La Moraleja —le dio la dirección exacta y le dio una nota con la dirección escrita, indicaciones y una descripción de la casa para que la pudiera identificar, pero antes de soltarlo volvió a tirar para atrás.

—¿Qué pasa?

—Tengo una condición.

—Puff...no estás en posición de poner condiciones, Laura.

—Entonces no te diré dónde está e iré yo sola.

Hugo le mantuvo la mirada sin soltar el trozo de papel y la evaluó. Aquella muchacha definitivamente tenía pelotas, porque mantener la cabeza fría en una situación así, y más cuando tu familia estaba involucrada, era un trabajo titánico. Al final decidió ceder porque, a fin de cuentas, la seguridad de Peter era lo primero.

—Está bien —suspiró.

—Sacas a Peter, pero no le haces nada a mi familia.

—No puedo hacer eso y lo sabes.

Laura soltó el papel y Hugo lo miró.

—Lo sé, es por eso por lo que te aviso ahora de que pondré sobre aviso a mis hermanos para que cuando llegues a por Peter no estén e intenten dejarlo allí antes de huir, espero que lo entiendas.

Y con eso salió del baño en el que habían estado encerrados y volvió al despacho de Pedro a ver si tenía noticias de su teléfono y para entonces podía avisar a Leo o Luca de que se fueran de allí antes de que la policía llegara a su casa en España.



Pedro estaba comenzando a ponerse nervioso porque hacía ya un rato que Laura había salido de su despacho y aún no volvía. Se había llevado sus cosas y temía que hubiera podido escapar por miedo a lo que pudiera suceder al estar rodeada de policías siendo quien era, y estaba aún más preocupado desde que el imbécil de Herrera había irrumpido en su despacho y hablado más de la cuenta. Lo único que tenía en su poder era su móvil y, quería pensar, que le era necesario para moverse por la ciudad y no se había marchado a la primera de cambio.

Justo cuando sus nervios estaban empezando a hacer estragos y se había levantado para ir a buscarla y dar la voz de alarma para que no fuera muy lejos, la puerta de su despacho se abrió y se chocó con el cuerpo pequeño de Laura que estaba de vuelta.

—Ouch...

—Lo siento. —no quería sonar tan aliviado como estaba, pero no pudo evitarlo. —Estaba preocupado de que te hubieras perdido, marchado o algo.

—No, ¿cómo crees? Después de lo bien que te has portado conmigo no me iría sin despedirme ni nada, qué horror.

A Pedro le dolió aquella frase pues, a pesar de estar mintiéndole y en cierto modo reteniéndola para que no se marchara, ella confiaba plenamente en él y tenía miedo de lo que pudiera ocurrir una vez se destapara todo.

—Hemos podido recuperar tu teléfono.

—¿En serio? —su cara se iluminó. —¡Sí! ¡Gracias! —y se tiró a sus brazos.

Pedro se quedó estático por la sorpresa, pero poco después la rodeó con los brazos y saboreó el momento que estaba dándose ante sus ojos, pues no estaba seguro de que fuera a repetirse o de si algún día, cuando ella descubriera quien era, quisiera volver a verlo.

—No es nada, pequeña. —y le acarició la espalda.

El sonido del tono de llamada de su móvil sacó a Laura del momento y miró hacia abajo para ver quién podía estar llamándola en ese preciso momento, cuando en Bogotá eran aproximadamente las siete o las ocho de la mañana, demasiado temprano para que alguien la molestara. Dios mío, igual era su padre que se había enterado de todo. Miró la pantalla de su móvil y frunció el ceño cuando vio que quien la llamaba era Fernando, aquel muchacho desgarbado e inocente que su padre había tomado bajo su ala y que había intentado en más de una ocasión pasarse de listo con ella, cosa a la que había tenido que poner remedio a base de bofetadas.

—¿Todo bien? —preguntó Pedro.

—Sí ¿te importa si atiendo? Es un amigo y no sé qué carajos puede querer.

—Claro...

Laura salió del despacho a una zona de espera con asientos y plantas que daba a un gran ventanal desde el que se podía apreciar una parte de Madrid y deslizó el botón verde para descolgar la llamada.

—¿Fernando?

—¡Al fin respondes pendeja! Me tenías preocupado.

—¿Por qué me llamas a esta hora? —dijo intentando cambiar de conversación.

—¿Cuál hora? Es pasado mediodía en España, porque estás en España ¿no?

—¿Qué? —Laura se puso blanca.

—Me lo dijo tu papá, ¿pensabas que no lo sabía?

—¿Mi papá?

—Sí, te tiene monitoreada, no te preocupes, no está enfadado. Ya sabemos que estás en la comisaria. Qué bueno que por fin te dijo que tenías familia en España. Me estaba matando no poder contarte que tu abuelo materno era policía.

Aquello la dejó totalmente descolocada.

—¿Cómo? ¿De qué hablas?

—Estás con Pedro Alsina, ¿no?

—Eh...sí. —no sabía cómo era que Fernando tenía semejante cantidad de información, pero le interesaba más que contestara a sus preguntas.

—Ya me dijo tu papá que iba a contarte que ese hombre es el padre de tu mamá para que salieras de allí como alma que lleva el diablo. Ese tipo no es de fiar Laura.

—Mi... ¿abuelo?

—¿No te contó tu papá?

Aquello cayó como un jarro de agua fría para ella. Mientras se apoyaba en la pared para no desvanecerse desvió la vista hacia el despacho de Pedro y entonces se dio cuenta de por qué su cara le resultaba tan familiar. Si te fijabas con atención en sus facciones, eran bastante parecidas a las de su mamá, solo que en una versión masculina y un poco más mayor. El corazón le dio una punzada ante la realidad de lo que acababa de descubrir. No solo tenía más familia, sino que era el policía que la había acompañado durante todo el día. No, no podía ser posible, se lo hubiera dicho ¿no?

—No es cierto —dijo al borde de las lágrimas.

—Laura, sal de ahí, ese hombre sabe quién eres, ¿no te dijo tu papá? Lleva días buscándote para que fueras con él, tienes que irte de allí.

Laura cerró los ojos y el teléfono resbaló de sus manos hasta el suelo, cortando la llamada. Las lágrimas se agolpaban en sus ojos como locas por

salir a flote. Estaba harta de mentiras, harta de ser la última en enterarse de todo, y, sobre todo, harta de no saber ni quién era gracias a su maldita familia. Fue escurriéndose por la pared hasta quedar sentada en el suelo y rompió a llorar de manera silenciosa incapaz de digerir toda la información que había entrado de golpe en su sistema. Pedro era su abuelo y sabía quién era ella. De nuevo le habían mentado y de nuevo de parte de un miembro de su familia. Ya no podía confiar en nadie. Tenía que salir de allí.

Pedro observó a Laura hecha una bola en el suelo y supo que algo no había ido bien con aquella llamada. Se levantó con premura de su sillón y cuando abrió la puerta la vio levantarse de manera lenta y fría. Se secó las lágrimas con el dorso de la mano, respiró hondo un par de veces y levantó la mirada hacia él. Una mirada de pena, dolor y frialdad total. Lo miraba de una manera penetrante e intensa, y su mirada había cambiado. Aquello solo podía significar una cosa: lo sabía todo.



Fernando cortó la llamada cuando escuchó que la comunicación había finalizado al otro lado. Sonrió y se guardó el teléfono en el bolsillo interior de su chaqueta. Primer paso, realizado con éxito. Había soltado la bomba sin previo aviso para desestabilizar a Laura y, conociéndola desde hace tantos años, estaba segura de que le costaría recuperarse de semejante golpe. Ahora solo hacía falta comenzar a poner en marcha el segundo paso. *Esto se va a poner interesante*, pensó mientras se ponía las gafas de sol y salía a caminar bajo el sol madrileño.



Peter continuaba dando golpes con todo lo que podía y nada ocurría. Estaba comenzando a impacientarse y la creciente ansiedad que sentía en su pecho era algo totalmente nuevo para él. Pensar que a espaldas de los Cuevas se estaba fraguando un plan de traición que seguramente llevaba meses, sino años, en el candelero, le ponía los pelos de punta, porque significaba que llevaban maquinando a sus espaldas desde que Laura no era más que una niña, literalmente. Como por mucho ruido que hiciera nadie venía en su ayuda, decidió hacer el cuidado y la cortesía a un lado y cogió la silla más cercana a la mesa y la estampó contra la puerta de acero.

—*Fuck it!* ¡Sacadme de aquí! —gritó a pleno pulmón.

Daba vueltas por la habitación como un animal furioso intentando que la ansiedad no se convirtiera en un ataque de pánico y acabara hecho un ovillo en la esquina más alejada de la puerta. Para tratar de aplacar sus nervios, respiró hondo unas cuantas veces y empezó a ordenar sus pensamientos para cuando los Cuevas llegaran y tuviera que exponerles el caso. Fernando, quien coño fuera ese tipo, estaba planeando algo en contra de la familia, y sobre todo en contra de Laura, que al parecer era más predecible de lo que parecía y había decidido saltarse a la torera las indicaciones de su padre y venir a España cuando se lo llevaron aquella fatídica noche. No pudo evitar sonreír ante el recuerdo. Cuando la conoció pensaba que era una niña mimada y rica que había tenido la suerte de tener todo en la vida y estaba acostumbrada a salirse siempre con la suya. Qué equivocado estaba. Primero, había tratado de romperle la nariz, y después había peleado con él con uñas y dientes para defender lo que era suyo, a la vez que intentaba ayudarlo porque no estaba

para nada de acuerdo con la manera de proceder de su padre. Era algo contradictorio, pero eran esas contradicciones las que la hacían tan especial. Frunció el ceño al notar el derrotero que estaban tomando sus pensamientos y sacudió la cabeza, apretando los nudillos contra sus ojos para no quedarse dormido, pues hacía demasiado tiempo que no descansaba ni dormía en condiciones, pero ahora no era el momento. A la mierda con la placa y lo correcto, si tenía que cambiar su lealtad temporalmente por salvarle la vida a aquella loca lo haría sin pensárselo dos veces porque la quería. Jamás en su vida había conocido a nadie tan valiente y a la vez estúpido, le importaba un comino ponerse en peligro con tal de defender sus ideales, y eso le encantaba. Y, para rematar, el hecho de que los hubiera seguido a España después de lo que había pasado entre ellos, solo lo hacía quererla más. Maldita niña. Menudo problema suponía aquello. Su padre preferiría mil veces encajarle una bala entre los dientes que dejarle a su niñita, y por una parte lo comprendía, era igual de protector con su hermana Aileen, pero por otro lado Laura ya era una mujer hecha y derecha...como Aileen. Sonrió para si mismo al darse cuenta de cómo había estado actuando con su hermana y se apuntó mentalmente que, cuando todo esto acabara, lo primero que haría sería llamarla por teléfono, invitarla a comer, y conocer a su cuñado, pues hasta ahora se había negado. Se había comportado como un pésimo hermano menor, porque Aileen le sacaba seis años, y se había convertido en el típico niñato celoso con su hermana, solo que él ya tenía edad de comportarse como un hombre. Pero ahora eso no era lo importante, aquel pasillo y aquella sala seguían vacías y el tiempo corría en contra de ellos, tenía que llamar su atención cuanto antes. Sin pensárselo dos veces comenzó a remover los pocos muebles que había en ese cuarto y a estamparlos tanto con las paredes como con la puerta, con intención de hacer el máximo ruido posible. Gritó hasta que sus cuerdas vocales se quebraron, y al percatarse de que seguramente para cuando saliera de allí sería demasiado tarde, comenzó a golpear la pared que estaba a su espalda tratando de calmarse.

—¡No! ¡Bajad aquí! ¡Tenéis que ayudarla!

Se miró los nudillos y los vio manchados de sangre, pero el dolor era casi imperceptible. Ahora mismo solo le importaba que cuando saliera de aquel cuarto y se dispusieran a encontrar a Laura no fuera demasiado tarde y hubiera que lamentar más cosas.



Arturo Cuevas se encontraba ojeando unos papeles en su escritorio cuando decidió que era un buen momento para dar un paseo y despejar la mente. Llevaba todo el día pensando en su hija y tenía un nudo en la garganta al pensar que había podido dañar a su hija. Por una parte, no podía permitir que el romance con aquel inglés prosperara, pues era policía y ponía en peligro toda su vida. Por otro lado, era la primera vez que veía a Laura distinta, más alegre, más viva, más mujer. Se había enfrentado a él y a sus hermanos sin miedo y con una intensidad en la mirada que le dio hasta miedo. Jamás se había atrevido a contradecirlos, y la manera en la que lo había hecho el día del Baile de Verano lo había dejado petrificado. Ese fuego con el que había defendido a Peter y tratado de hacer las cosas a su manera lo enorgullecía y dolía a partes iguales, pues cada vez le recordaba más a Ágata y eso lo estaba matando. El recuerdo de su esposa era algo que llevaba atormentándolo años y no conseguía superar cómo se había dado todo, a fin de cuentas. Luego pensó en Peter y trató de ponerse en su lugar. Quien mejor que él para comprender por lo que estaba pasando aquel muchacho. Sin ir más lejos, él se había enamorado como un loco de Ágata, que era hija de un alto cargo de la policía, y había luchado por su relación con uñas y dientes, contra viento y marea. Sabía que él era un bueno para nada y no le traería más que problemas, pero aun así se había agarrado a aquel amor de juventud y había sido lo mejor que había hecho en la vida, por lo tanto, no podía culpar ni a Laura, ni a Peter. Suspiró. Sabía perfectamente desde hacía unos días que llegaría a esta conclusión, pero no lo hacía más fácil ahora. Era su hija pequeña y le costaba verla como lo que realmente era, una mujer con sus propias ideas y decisiones.

Se remangó los puños de la camisa porque hacía un calor del demonio y se dirigió hacia donde tenían encerrado al policía. Este tema no podía dejarse en el aire por más tiempo. Intentaría persuadirlo de que dejara a Laura y siguiera con su vida, esperaba que no fuera trabajo muy complicado.

Continuó andando por el jardín hasta el edificio anexo a su finca, que había hecho las veces en otro tiempo de casa de invitados, cuando escuchó un escándalo que inmediatamente lo puso alerta. Se escuchaban gritos, golpes y lamentos. ¿Qué coño pasaba ahí? Echó mano de su Glock 19 Gen5 y la mantuvo por debajo de la cintura en caso de que tuviera que disparar. Se acercó lentamente hacia la puerta y revisó el perímetro para asegurarse de que nadie había entrado y había conseguido liberar al prisionero. A pesar de tener casi cincuenta años aún tenía en el aquel resorte que lo hacía saltar ante un posible peligro o amenaza, por mucha cojera temporal que tuviera. Cambiaba por completo y se transformaba, y le enorgullecía decir que era capaz de acertar a cualquier punto disparando desde una distancia más que considerable, era por eso por lo que no le preocupaba lo que pudiera estar pasando, podía enfrentarse a quien fuera, lo que le preocupaba era que el inglés hubiera escapado y le jodiera todo el plan con Miguel Molina. Iba a ser su gran golpe antes de hacer un parón y no podía permitir que nadie lo estropease.

Se pegó a la pared todo lo que pudo y bajó al sótano del lugar, que era donde se escuchaba todo el escándalo y asomó un poco la cabeza para calcular el nivel de amenaza...solo para darse cuenta de que el pasillo estaba desierto. No había nadie allá abajo y el ruido provenía de la sala donde estaba encerrado Fitzpatrick, lo cual significaba o que por fin se había vuelto loco después del cautiverio, o alguien había entrado a matarlo por bocazas, quizá uno de sus hijos. Sin confiar del todo en que hubiera alguien conocido dentro, se acercó despacio a la puerta y comprobó que la cerradura no estaba forzada, por lo tanto, nadie había entrado. Entonces ¿qué carajos pasaba allí dentro? Sin soltar la pistola se asomó a la pequeña ventana de la celda y lo que vio dentro lo dejó pasmado. Peter se encontraba armando un escándalo enorme, tirando cosas y destrozando prácticamente la habitación mientras gritaba y se quedaba paulatinamente sin voz. Arturo enarcó una ceja sin entender lo que estaba pasando y dio un paso atrás cuando se percató de que Peter lo había visto y había golpeado la puerta con la cara desencajada.

—¡Abre! —gritó.

Arturo negó con la cabeza y guardó su arma en la cartuchera que llevaba oculta en su pantalón.

—¿Qué usted no aprende pinche pendejo?

—¡Abre, rápido, es importante!

—No está usted en posición de dar órdenes a nadie, señor Fitzpatrick.

—*Fuck!* Ese no es el punto, es importante... —quiso continuar Peter.

—Importante mis pelot...

—¡Es sobre Laura, abre la puerta! —chilló dando un último golpe a la puerta de acero.

Aquello lo dejó paralizado en el sitio. ¿Qué tenía que ver Laura con él y allí en España? Definitivamente sí estaba caído del zarzo.^[39]

—No pues usted definitivamente se le soltó algún tornillo.

—¡Escúchame!

—Laura está en Colombia.

—¡No!

—¡Ya basta!

—Escúchame, Arturo, abre la puerta y escúchame, algo horrible está a punto de pasar y si no hacemos algo rápido se va a arrepentir toda su vida. Deme solo cinco minutos, si después de ese tiempo sigue sin creerme le doy permiso y no me resistiré a que me meta un tiro y me mate.

Arturo lo escuchó atentamente y se sorprendió. ¿Tan seguro estaba? No, si iba resultar ser incluso más intenso^[40] que Laura. Algo en su interior le decía que lo escuchara, y si al final resultaba estar hablando paja^[41] solo tenía que ponerlo en su lugar. Ya estaba hasta la madre de tener que aguantar estupideces.

—De acuerdo —sacó la llave de su chaqueta y abrió la puerta esperando en cierto modo que Peter le saltara a la primera de cambio.

Pero eso no ocurrió, simplemente el inglés pareció aliviado de que hubiera decidido escucharlo. Fue en ese preciso momento que se dio cuenta de que había conseguido salirse de las ataduras. Pinche mamón. Arturo suspiró y decidió abrir la conversación:

—No voy ni a preguntar cómo carajos conseguiste salirte de las ataduras —lo estaba evaluando con la mirada a la espera de que lo atacara.

—No voy a atacarte, te prometo que es importante lo que tengo que contarte.

—¿Y por qué debería creerte?

—Porque es sobre Laura y si no me importara lo que tengo que contarte de ella porque como decís vosotros “me vale madre”, habría intentado acabar con ella o algo cuando estuve en Colombia.

Arturo levantó una ceja levemente y Peter se percató de que algo había conseguido con aquello.

—No tenemos mucho tiempo Arturo. Mientras estaba aquí a oscuras vino alguien a hablar por teléfono y estaba a punto de llamar su atención cuando lo escuché hablar de Laura en muy malos términos. Laura está en España — levantó las manos al ver que Arturo parecía querer matarlo. —No tengo idea de cómo está aquí ni por qué, su hija está loca. El tema es que la persona que hablaba por teléfono le decía algo así como que iba a contarle de sopetón lo de su abuelo y que cuando la desestabilizara psicológicamente como era algo débil, la cogería para hacerte chantaje.

Arturo tuvo que agarrarse al marco de la puerta para no caerse al suelo. No podía ser. ¿Quién sabía lo de Pedro Alsina? ¿Cómo habían averiguado semejante información y cómo carajos iban a contarle a Laura y la tenían monitoreada? Se desabrochó los dos primeros botones de la camisa y empezó a respirar agitadamente, aquello tenía que ser una pesadilla. Todo se estaba yendo de madre e iba a explotarle en la cara.

—Hey, hey, hey... —dijo Peter preocupado acercándose a él para darle sostén.

—No puede ser...

—Tenemos que salir y encontrarla, voy a matar a ese hijo de puta por atreverse a pensar que puede hacerle daño.

—¿Quién?

Peter ahora no entendía nada.

—¿Qué?

—¿Quién era el huevón de la llamada?

—Se llama por lo que pude oír Fernando, y hablaba con su padre parecía ser.

Arturo cerró los ojos y gritó tanto como le permitieron sus pulmones. Sabía que no podía confiar en ese crío. Sabía que ocultaba algo y nunca había querido darle credibilidad a sus pensamientos. Después de todo lo que había hecho por él, después de haberle acogido y haberle tratado como un hijo más, había tenido las agallas de amenazar a aquello que más amaba: su hija. Sí, definitivamente era hombre muerto. Tenía pocas opciones ante él y menos tiempo aún para actuar, así que decidió que debía trabajar con lo que tenía.

—Toma —dijo entregándole el arma a Peter.

—¿Perdón? —no daba crédito a lo que estaba ocurriendo.

—Agárrala, maldita sea, ¿quieres ayudar a mi hija?

Peter tomó entonces el arma calibrando el peso entre sus dedos e hizo un par de movimientos con el brazo para acostumbrarse de nuevo a tener una pistola en las manos. Sabía que aquello había tenido que afectar a Arturo a niveles insospechados si había decidido confiar en él de aquella manera.

—¿Por qué confía en mí?

—No lo sé, lo único que sé es que, si tenemos que salvar a mi hija, algo dentro de mí me dice que puedo confiar en ti porque velaras por ella.

Peter hinchó el pecho halagado por aquellas palabras.

—Con mi vida.

—Entonces pongámonos en marcha —dijo echando a andar, pero se paró en seco a mitad de camino y se volvió a coger a Peter de la pechera de su camiseta —si se te ocurre traicionarme o poner en peligro a mi hija te arrancaré las pelotas de la manera más dolorosa posible y se las daré de comer a mis pitbulls, y por si eso fuera poco, después te mataré de manera lenta, dolorosa y poco agradable. ¿Estamos claros?

A Peter le recorrió un escalofrío por la espina dorsal y fue entonces cuando comprendió hasta donde era capaz de llegar un padre por su hijo. Lo que él no sabía es que él era capaz de llegar aún más lejos por la mujer que amaba.

—Estamos claros —dijo firmemente.

—Entonces vamos a acabar con ese desgraciado.



Miguel Molina se encontraba estacionado muy discretamente en la acera de enfrente a la comisaría de policía. El chófer estaba en silencio y mirando al frente y su hijo Fernando, a su lado, miraba con impaciencia por la ventana esperando la salida de la mocosa de Arturo en cualquier momento. Llevaban esperando más de cuarenta minutos y la impaciencia estaba por llamar a su puerta.

—¿Estás seguro de que seguiste el plan como te dije? Esa perra es lista — dijo Miguel con desagrado.

Fernando lo miró y sonrió con autosuficiencia ante la afirmación de su padre. Quizá fuera más mayor y tuviera más experiencia, pero en este caso él jugaba con ventaja y tendría que confiar en él, o buscarse la vida.

—No es tan lista como crees. Desde lo de su madre es una bomba de relojería en cuanto algo la desestabiliza.

Miguel asintió lentamente y cerró los ojos para recordar las facciones de Ágata. Siempre había sido una niña, y después mujer, excesivamente bella, y raro era el día que no tenía una cola de hombres en la puerta de su casa. Aunque solo los más valientes eran capaces de intentar tener una oportunidad, pues era la hija del siguiente subinspector de la policía nacional, él nunca había tenido problemas ni de valentía ni de mujeres, así que lo intentó.

Por aquel entonces era un muchacho desgarbado e inexperto y aún no había tomado posesión de todo lo que tenía ahora, por lo que le costó dar el paso de acercarse a ella. Cuando se decidió a poner toda la carne en el asador, Ágata también había llamado la atención de un joven Arturo Cuevas, y él prácticamente la tenía metida en el bolsillo. Hijo de puta. Maldito fuera si pensaba que iba a dejar de lado su plan de liarse con la hija del subinspector

para tener impunidad en los futuros negocios que pudiera hacer. Era perfecto. Conquistar a Ágata, hacerla suya y todo lo demás iría rodado. Todo el mundo sabía que Pedro Alsina tenía en su hija Ágata la debilidad más grande de todas, y quien consiguiera a la niña, conseguiría, además de una de las mujeres más bellas de Madrid, el control y el poder que conllevaba ser el yerno de semejante pez gordo de la policía. Era el plan perfecto. Tan perfecto que no había contado con el gilipollas de Arturo con su acento latino, sus aires de dandy y sus malas artes. Aún hoy en día le sorprendía haber aguantado tanto sin pegarle un tiro, pues lo había odiado casi desde que se conocieron cuando ambos estaban preparándose para los puestos que posteriormente tomarían. Sus antiguos jefes habían hecho hincapié en lo fructíferas que podían ser las relaciones comerciales entre ellos en un futuro...siempre que no se metieran en el terreno del otro. Y eso era precisamente lo primero que Arturo había sido incapaz de cumplir, mucho antes de que iniciaran sus relaciones comerciales. Para cuando quiso empezar a trabajarse a Ágata Alsina, la muy zorra llevaba meses viéndose con Arturo Cuevas y había cometido el fatídico error de quedarse preñada del colombiano. Craso error. Error que acabaría pagando después. Aquello terminó de colmar su paciencia y decidió que en el futuro Arturo y ella pagarían por la vergüenza que le habían hecho pasar...y así fue. Vaya que si pagaron...sobre todo ella.

La sonrisa murió en sus labios cuando Fernando le dio un codazo para llamar su atención y vio que la entrada principal de la comisaria salía la hija de Arturo y Ágata Cuevas. Le costó creer lo que estaban viendo sus ojos y en un primer momento le costó respirar. Era ella. Era Ágata. Bueno, una versión mucho más joven que ella, pero con la misma manera de moverse y caminar. Increíble. Seguro que para Arturo había sido una tortura tener una hija que era la viva imagen de su madre y para Pedro, su abuelo, un completo shock. Incluso él mismo no salía de su asombro, era como volver al pasado y que el tiempo no hubiera transcurrido. Por como caminaba aquella muchacha con la cabeza gacha y frotándose el rostro, estaba seguro de que acababa de liarse una buena allá arriba, porque parecía estar huyendo como alma que lleva el diablo. Sonrió y se frotó las manos, de momento, todo adelante.

Fernando fue a bajarse del coche lentamente y lo paró antes de que abandonara el vehículo.

—Espera.

—¿Sí?

Por encima de la tapicería de piel en color marrón oscuro, Miguel deslizó un pequeño revólver Colt Cobra. Fernando miró el arma y a su padre alternativamente y enarcó una ceja.

—Tengo un arma y sé usarla.

Miguel bufó y volvió a empujar el revólver y, a su vez, un cuchillo Bowie.

—Por eso mismo aún no has escalado posiciones. Pecas de pedante y novato. Nunca debes subestimar a la víctima, y siempre tienes que contar con un plan B en caso de que ocurra algún problema.

—Vale...

—Ahora alcánzala y asegúrate de que no se escapa.

Observando como Fernando salía discretamente detrás de Laura, cruzó los brazos y tomó un par de respiraciones profundas. Cubierta la parte de la mocosa fotocopia de Ágata, solo quedaba jugar con su padre al gato y al ratón y cogerlo para darle el golpe de gracia.

—Arranca, Paco.



Una hora antes...

Laura no daba crédito a lo que acababa de decirle Fernando por teléfono. No entendía nada y absolutamente nada le encajaba con la información familiar que ella tenía. Según su padre, su familia materna era casi inexistente y nunca habían querido saber nada de ellos porque su madre decidió mudarse a Colombia por amor a su marido y a sus hijos. No era posible que aquello fuera verdad.

Se levantó del suelo nerviosa y comenzó a dar vueltas en círculo por el pequeño pasillo en el que se encontraba. Cada vez le era más difícil respirar y

casi no se podía tenerse en pie. Si aquello resultaba ser verdad, no solo la había engañado su propio padre, sino que el hombre en el que había confiado desde hacía unas horas y al que había ayudado, también lo había hecho. Tontamente había dicho que era su abuelo para salvarlo de un apuro y se sentía completamente estúpida al darse cuenta de que a fin de cuentas era verdad. No, presuntamente verdad. Se negaba a creer que casi la totalidad de su vida estuviera basada en una red de mentiras que se había ido labrando a sus espaldas, y mucho menos se negaba a aceptar que tanto su padre, como sus hermanos, y especialmente su madre, hubieran contribuido a que esa mentira cimentara su vida. Pensó en su madre y una lágrima resbaló por su mejilla. ¿Por qué nunca le había dado información tan vital para ella? Creía que confiaba en ella, pero visto lo visto, todos la tenían por una cría incapaz de soportar la realidad. La pena se transformó en rabia y el primer objetivo donde pensaba proyectarla era contra el malnacido que se había burlado de ella y la había arrastrado hasta allí ocultándole cosas, seguramente para averiguar dónde estaba su padre. Todo se limitaba a eso, era la hija de Arturo Cuevas y la mejor moneda de cambio para dar con su padre. Había sido una completa imbécil.

Volteó la vista hacia donde estaba Pedro sentado frente a su escritorio y su mirada se cruzó con la de él. Se había puesto pálido y se levantaba poco a poco con intención de salir del despacho. Ah no, ni modo, si pensaba que iba a irse de rositas después de todo, estaba loco. Echó a andar hacia la puerta y antes de que él pudiera salir le dio un empujón, se metió dentro y puso el seguro.

—Laura...

—Ni te atrevas.

—Te lo puedo explicar...

—¿¡El qué!? ¿Qué me has engañado tú también? ¿Qué eres mi abuelo? ¿O que soy más estúpida de lo que en principio parecía?

Pedro estaba nervioso y no sabía por dónde empezar a aplacar la furia de Laura, que era totalmente comprensible.

—¡Cómo has podido! —estaba a punto de romper a llorar de nuevo.

Para completa sorpresa de Laura, Pedro empezó a llorar primero.

—Entiéndeme, tenía que saber si eras quién yo creía. Cuando te vi fue como ver el fantasma de mi hija Ágata, eres igualita a ella. No sabía que tenía nietos, no sé nada de ella desde hace décadas, solo que se fue a Colombia de

la noche a la mañana sin decir nada. Cuando me enteré de que eras hija suya no pude dejarte ir.

Laura cerró los ojos y suspiró para no romper nada.

—¡Y un cuerno con eso! —hizo una mueca de puro sufrimiento. —Me has mentado, tú también me has mentado. Todo el pinche mundo lleva toda mi vida mintiéndome. Me dijeron que no había familia materna que quisiera saber de nosotros, te lo conté, y pudiste haberme corregido... —una lágrima terminó de desbordar su tristeza. —Y no lo hiciste.

—Estaba seguro de que huirías.

—¡Tampoco probaste! Dios, soy tan tonta. ¿Es por mi padre?

—¿Qué?

—¿Querías colgarte la medalla de coger al gran Arturo Cuevas y ponerlo entre rejas? ¿Es eso? No soy más que una maldita moneda de cambio.

—No. Bueno, al principio sí, pero conforme te he ido conociendo me he dado cuenta de lo especial que eres. Quiero seguir en tu vida, quiero ser tu familia por el tiempo que nos reste, tienes que creerme.

—Já —soltó ella con acidez. —Pinches culeros. Todos son unos malditos interesados —lo miró y entrecerró los ojos. —Y pensar que te ayudé, que confié en ti y me sentía segura contigo.

—Y lo estás. —quiso acercarse y tener contacto con ella, pero Laura le dio un manotazo y Pedro dio un paso atrás.

—Ni me toques, viejo mentiroso.

—Aquí estás a salvo. No sabes lo que está cociéndose ahí fuera y en contra de tu padre. Tienes que confiar en mí y quedarte aquí.

—Soñaste con eso —se dio la vuelta y antes de salir miró a los ojos con furia. —Que le vaya bien la vida, señor Alsina.

Antes de que ella abandonara el despacho, Pedro se adelantó y la agarró del brazo para frustrar su huida, a lo que ella respondió desenfundando su mariposa y poniéndosela a la altura del pecho entre el poco espacio que había entre sus cuerpos. Pedro abrió los ojos de par en par, cabalgando entre la sorpresa y la precaución. Cada vez se parecía más a su puñetera madre, menudo carácter.

—Ni me toque por una segunda vez —se soltó de un tirón y guardó la mariposa en un compartimento que llevaba escondido en el tirante del sostén —aquí nos conocimos y aquí nos despedimos usted y yo, abuelo.

Salió de aquel despacho a marchas forzadas y sin volver la vista atrás por

miedo a romperse de nuevo. Estaba harta de que todo el mundo la tomara por el pito del sereno, y una vez había acabado con su querido familiar, era hora de pedirle explicaciones a su querido padre antes de decidir o no si quería seguir viéndole la cara. Solo esperaba que nadie la detuviera antes de que pudiera salir y que pudiera llegar por su propio pie hasta la casa de los Cuevas en Madrid.



Una vez cruzó las puertas principales de la comisaría Laura tomó una honda bocanada de aire y se llenó los pulmones hasta que casi le dolieron. Necesitaba tomar las riendas y resolver aquel entuerto ella sola, pero no sabía por dónde empezar a moverse. Maldito fuera su padre por mantenerla metida en una jodida burbuja como si fuera de cristal. Se rio y miró al frente. Estaba a punto de demostrarle de lo que era capaz.

Cuando empezó a andar con la cabeza gacha aun esperando que salieran policías de aquel edificio a detenerla se sintió más decidida que al principio. Tenía miedo, sí, pero nada iba a pararla esta vez. Lo que le dolía era pensar en cómo podía acabar aquello. Ahora que se paraba a pensarlo en frío, Pedro le había dicho que estaba fraguándose algo en contra de su padre. ¿Algo peligroso? ¿Debería advertirlo? Coño, qué difícil era todo. Decidió que lo más efectivo para empezar sería buscar un mapa y valerse de su teléfono móvil para moverse por lo menos hasta un lugar donde pudiera tomar un taxi hasta donde quisiera llegar. Conocía la zona donde estaba la casa, pero desde allí no sabía llegar. Abrió la aplicación de los mapas en su smartphome e introdujo el barrio donde tantas veces había escuchado a su padre decir que se quedaban cuando iban a España. No quedaba muy lejos. Unos diez kilómetros. Podía caminar hasta dar con una parada de taxis y desde allí ya decidir. Pulsó el botón azul de Cómo llegar en su aplicación y una voz de mujer empezó a darle indicaciones mientras iba caminando. Se puso los auriculares para que no se enterara medio Madrid de hacia dónde iba y

comenzó a andar. No fue hasta que la luz a su alrededor se atenuó que se percató de que había entrado a un callejón que al final tenía un muro de piedra de al menos tres metros. Qué raro. Pero por ahí indicaba el mapa. Siguió caminando hasta el final con la esperanza de encontrar un hueco que no se viera desde fuera por donde continuar su camino, pero aquello nunca ocurrió. Se tocó el anillo que llevaba en el dedo anular de la mano izquierda, como siempre hacía cada vez que se ponía nerviosa, y se dio la vuelta para que el navegador recalculara el camino. Fue entonces cuando alguien le golpeó con excesiva fuerza en la cabeza y antes de que pudiera sacar su mariposa para ponerse en guardia, la oscuridad la engulló.



Miguel observó desde su coche como Fernando y otro de sus gorilas salían del callejón con la hija de Arturo en peso e inconsciente. Bien, ya tenía a uno de los ratones, solo quedaba poner la trampa para que terminara de caer la rata más grande de todas: Arturo Cuevas. Sonrió efusivamente y se estiró en la parte trasera del coche. Le encantaba que los planes salieran bien.

Su teléfono sonó y al ver quién era su sonrisa se hizo aún más grande si cabía. Qué mejor manera de cerrar la primera parte del plan que así. Descolgó y dijo con la voz más pícara que le salió.

—Buenas tardes, hermosura. ¿Tienes tiempo para un café?

Al otro lado sonó una suave risa femenina que le llenó de música los oídos.

—¿No tuviste suficiente anoche?

—Creo que contigo no me cansaré jamás. Y la gente diciendo que estoy viejo.

Amelia se separó el teléfono de la oreja y lo miró con cara de asco. Puto perverso.

—¿Tú viejo? Ni en sueños. Para ti siempre tengo tiempo. ¿Dónde nos vemos?

Miguel sonrió y carraspeó. La tenía totalmente encandilada, aunque tampoco era muy difícil con el dinero y poder que manejaba. Al final las mujeres se movían por eso: interés y arribismo. Amelia había pasado de ser una simple empleada de sus empresas a ser su amante, ¿qué mejor *upgrade*^[42] que ese? Cuando se cansara de ella la mandaría a algún lugar lejos o simplemente se desharía de ella si se ponía pesada, como había hecho otras

tantas veces con las putas que lo habían amenazado con sacarle dinero o desenmascararlo con la policía o la prensa. Total, mujeres había tantas como peces en el mar. Pero ella era especial.

Amelia golpeó el suelo con el pie insistentemente ante el silencio de Miguel al otro lado de la línea. Ese puto imbécil no hacía más que creerse un casanova y en realidad no era más que un baboso. Pero ese no era el punto. Suspiró y tomó aire. Paciencia, solo un poco más de paciencia y podría darle la patada en los huevos que tantas ganas tenía de darle y mandarlo a paseo.

—¿Y bien?

—Voy a recogerte a tu casa, preciosa. No hay necesidad de que gastes dinero en un taxi.

Amelia hizo el gesto de vomitar metiéndose dos dedos en la boca y cerró los ojos para no mandarlo al demonio.

—Está bien, te veo en quince minutos.

Colgó antes de que él pudiera decir nada y se preparó para salir, sin olvidar meterse bajo el vestido un cuchillo de pequeñas dimensiones y una *pocket gun*^[43] en la otra pierna en caso de que el cuchillo le fallara en la mano diestra. Estaba deseando descargar el cartucho en el pecho de aquel hijo de puta, pero todo a su debido tiempo.

Por otro lado, Miguel no podía parar de sonreír como un completo idiota. Al final, después de tanto traqueteó en su vida y de todo lo que tenía que manejar, siempre estaba bien tener algo de distracción para que el trabajo no terminara por inundarle los sesos hasta hacerlos explotar.

—Arranca Paco, vamos a por Amelia a su casa.

—Sí, jefe.

Mientras el motor cobraba vida y se encaminaba hacia el barrio donde estaba la casa de su preciosa acompañante, su teléfono volvió a sonar y sin mirar el identificador, descolgó pensando que sería ella de nuevo porque había olvidado algo.

—Dime cielo.

—¿Eh?

Definitivamente no era Amelia.

—¿Quién es?

—Soy Arturo.

Oh, aquello sí que no se lo esperaba de momento.

—Dime Arturo, ¿qué necesitas?

—No tengo mucho tiempo de explicarte, pero la policía tiene a mi hija pequeña, necesito un contacto con la comisaría para sacarla de allí.

Aquello sí que se ponía interesante.

—No tengo contactos con la policía.

—Vas a tomarle el pelo a otro mamahuevos, pero a mi no.

—Ay, no te pongas así amigo.

—No somos amigos, y me lo debes.

Miguel pensó y estuvo a punto de aplaudir ante lo fortuito de aquella llamada y como había ocurrido en el momento exacto.

—Dame un minuto. Te vuelvo a llamar cuando sepa si está allí.



Unos minutos antes...

Arturo caminaba sin adelantarse mucho a Peter porque no terminaba de confiar en él y el inglés tenía bastantes razones para meterle un tiro por la espalda en caso de que quisiera hacerlo, y si eso ocurría, hasta que encontrara a Leo y Luca, estaba solo con él. No es que no pudiera con él, pues, aunque era algo más mayor que el joven inglés, estaba más que experimentado en el combate cuerpo a cuerpo, y estaba casi seguro de que le podría. Pero por si acaso, mejor no intentarlo. La observación a veces era mucho mejor que el ataque.

—¿Quiere dejar ya la paranoia?

—¿Disculpa?

—Deje de observarme, sé lo que está haciendo, no voy a atacarlo por la espalda.

—¿Cómo...? Sabes, mejor ni pregunto.

—Se le olvida que soy policía, y uno muy bueno, mi trabajo consiste en adelantarme al enemigo.

Arturo soltó una carcajada.

—Te ha salido bien el método con nosotros.

Peter se mosqueó ante el tono del viejo Cuevas.

—No tiene...

—¿O qué?

En una milésima de segundo ambos habían desenfundado el arma y se apuntaban muy de cerca, con sus cuerpos separado por centímetros, desafiándose con la mirada, pues el primero que hablara sufriría las consecuencias. Peter lo pensó durante un momento, si ahora hería, que no mataba, a Arturo Cuevas, podría escapar y hablar con Hugo y los demás para hacer las cosas en condiciones. Sería mucho más fácil y práctica, no tenía por qué colaborar con esta gentuza. Solo tenía que apretar el gatillo y hacer una maniobra rápida para esquivarlo. No sería muy difícil. Cuando estuvo a punto de hacerlo la imagen de Laura le vino a la cabeza y suspiró. No podía hacerle daño al padre de Laura por muchas ganas que le tuviera al viejo respondón, ella jamás se lo perdonaría. Además, esto había dejado de tener que ver con él y estaba más que dispuesto a poner su vida en juego por ella, cosa que jamás hubiera creído posible. Pero el hecho de pensar que algo le pudiera pasar o que la pudiera perder, le provocaba tal grado de ansiedad que necesitaba apretar los puños y contar hasta diez. No, la encontraría, la pondría a salvo y luego lidiaría con lo demás.

—Tiene suerte de que me importe su hija, sino le haría tragar todas y cada una de esas palabras pedantes.

Arturo le dio un golpe en el hombro que, lejos de ser dañino como Peter había previsto, había sido más amigable, pues le siguió una risa suave.

—No, si tiene huevos usted señor Fitzpatrick.

—Peter. Me llamo Peter.

—Con una condición.

—No estoy para...

—Que dejes ya de tutearme pinche niño. Si tienes algo con mi hija ni modo tiene que sigas tratándome con cortesía.

Peter lo miró enarcando una ceja.

—¿No le importa?

—Claro que me importa. Es más, me encantaría patearte las bolas hasta que sangraras, pero no soy imbécil y no he visto a mi hija tan feliz desde que, intuyo, te conoce, y estoy cansado de intervenir en su vida. Se lo debo.

—¿Por qué? —aquello había llamado la atención de Peter.

—Eso no es asunto tuyo.

Peter aceptó la respuesta y decidió que a veces era mejor ganar una batalla a tiempo que la guerra. Así que ya preguntaría por eso luego.

—¿Y ahora qué?

—Vamos a la casa, mis hijos tienen un localizador y nos dirán exactamente dónde está Laura.

—¿Perdón? ¿También la tienen monitoreada? ¿Estás loco? Va a mosquearse mucho.

—Lo sé, pero es por su seguridad. Te sorprendería la de gente que la cogería única y exclusivamente para hacerme daño. Tengo que proteger a mi familia.

Peter no pudo más que asentir porque comprendía perfectamente el sentimiento. Él también habría hecho lo mismo, lo cual no quitaba que Laura fuera a ponerse hecha un basilisco cuando se enterara. Odiaba que la controlaran, su nariz daba fe de ello.

Llegaron al gran edificio pintado de un suave color amarillo y antes de que pudieran subir las escaleras que daban a la puerta principal, uno de los gemelos salió y al verlo, lo apuntó con su arma a una velocidad estrepitosa.

—¿Pero qué carajo...?

Arturo lo sorprendió una vez más poniéndose entre el cañón del arma de su hijo y él mismo.

—¿Papá?

—Ya baja eso Luca, no seas necio.

—Pero...

—¿Dónde está Leo?

—Aquí ando pá... —cuando asomó la cabeza y se percató de la situación, sacó su arma y de nuevo apuntó a Peter, o eso intentó, pues el viejo estaba en medio.

Arturo resopló ante la efectividad de sus hijos. Eran muy buenos en su trabajo, pero en escuchar no lo eran tanto. Al final tomó el control de la situación y cogiendo una pelota de béisbol del suelo, seguramente de uno de los perros de la finca, la tiró de tal manera y con tal fuerza que acabó pegando

en la frente de Luca y seguidamente, de Leo, haciendo que ambos apartaran el arma y se frotaran el lugar del golpe.

—¡Papá!

—Te he avisado.

—¿Qué hace aquí? —preguntó Leo.

—Si me deja explicarle su excelencia.

—¿Se lo has contado? —preguntó Leo fulminado a Peter con la mirada.

—Eres gilipollas, Leo —dijo Peter sin más.

—¿Decirle el qué? —intervino Luca.

—Eso, ilumínanos, hijo.

—Fui a verlo para saber qué diablos quería con Laura y me advirtió de que la muy caspa^[44] iba a hacer lo que se le pegara la gana, y así ha sido.

Aquello atrajo la atención del trío.

—¿Cómo así? —dijo Luca.

—Está en España, en Madrid.

Arturo resopló y miró a Peter.

—Parece que la conoce usted mejor que yo.

—No, solamente sé que está loca.

—Eso mismo veníamos a pedirte Leo. Que la localizaras, hay noticias nuevas.

—Ya la tengo.

—Pero ¿cómo sabéis dónde está? ¿El GPS del teléfono? —preguntó Peter.

—No... —dijo Luca sonriendo —le regalamos por su cumpleaños un anillo de brillantes pequeños, uno de ellos es un localizador en tiempo real. Ella quedó feliz con su bella joya y nosotros más tranquilos de que no le pasara nada.

—Madre mía... —Peter se pasó las manos por el pelo —se va a cabrear muchísimo cuando se entere.

—Ya nos ocuparemos de eso más tarde —dijo Leo. —¿Qué son esas novedades de las que hablabas papá?

Arturo se dispuso a contarle a sus hijos lo que Peter había escuchado desde la celda, cómo había intentado llamar su atención y cómo había decidido que Peter los acompañara sencillamente porque sabía que, si no lo dejaba, encontraría la dichosa manera de seguirlos. Les habló de Fernando, de su plan de secuestro a Laura y...de Pedro Alsina.

—No... —dijo Leo poniéndose como el yeso.

—Lamento que os tengáis que enterar así, pero os prometo contaros todo con detalles cuando encontremos a vuestra hermana.

—Tenlo claro —dijo Luca frunciendo el ceño —ahora dinos donde está la china.^[45]

Tras darle la ubicación exacta de Laura y ver que se encontraba en movimiento planearon como procederían. No le quedaba más remedio que pedirle ayuda a Miguel Molina, aunque no confiara en él, así que tenían que estar preparados para todo.

—Esperad —dijo Arturo sacando su smartphone y marcando el número que tenía guardado en la agenda como Windmill^[46], para evitar que nadie sospechara de quién era el contacto.

No fue hasta cuatro tonos después que Miguel descolgó, pero no con una afirmación que hubiera esperado oír:

—Dime cielo —dijo Miguel en tono dulce.

—¿Eh?

—¿Quién es?

—Soy Arturo.

—Dime Arturo, ¿qué necesitas?

El tono de Miguel ahora le molestaba sobremanera, pues parecía estar dándole órdenes, el muy imbécil.

—No tengo mucho tiempo de explicarte, pero la policía tiene a mi hija pequeña, necesito un contacto con la comisaría para sacarla de allí.

—No tengo contactos con la policía —dijo Miguel tranquilamente.

Oh no, eso sí que no, iba a reírse de su pinche madre. Antes de poder contenerse, dejó salir un poco de su enfado.

—Vas a tomarle el pelo a otro mamahuevos, pero a mi no.

—Ay, no te pongas así amigo.

—No somos amigos, y me lo debes.

Y tanto que se lo debía. Y sobre todo le debía no haberle quitado de en medio cuando había tenido oportunidad, por molesto e impertinente.

—Dame un minuto. Te vuelvo a llamar cuando sepa si está allí.

Le colgó y sonrió. A veces era más efectivo un tirón a tiempo para que no se te subieran a las barbas. Poco después Miguel volvió a llamar, les dio un nombre y les dijo que les mandaría un coche para encontrarse con el susodicho, pues no iba a compartir con él un contacto de semejante

importancia. Arturo aceptó a regañadientes porque comprendía que cuando uno trabajaba en lo que ellos, los contactos lo eran todo, y él tampoco compartiría algo así. Se rascó el cuello ante el creciente malestar por meterse en terreno ajeno y se volvió a sus hijos y Peter.

—Nos manda un coche para ir a donde está el contacto y la niña.

—Muy bien, vamos —dijo Leo.

Arturo alzó la mano y los detuvo.

—No, vamos Peter y yo, ustedes os quedáis rastreando a Laura, no podemos perderla de vista.

Además, si sucedía algo, necesitaba alguien fuera de la zona cero, pero no iba a decir eso en alto para preocupar a sus hijos. En un principio protestaron como locos porque fuera únicamente con un hombre, pero con un poco de labia y saber estar, consiguió convencerlos de que su hermana era más importante que cualquier otra cosa.

—Vamos, Peter —le dijo y emprendieron la marcha al exterior.

Mientras caminaban la sensación de malestar no se le iba a Arturo de los huesos. Tenía un mal presentimiento y su intuición raras veces fallaba. De hecho, contaba desde el principio con ello, pues sabía que Miguel no era trigo limpio, pero habría hecho cualquier cosa con tal de poner a salvo a su hija y tener, por otra parte, a sus otros dos hijos, fuera de la línea de fuego. Escribió un mensaje en clave a su hijo Luca y no le dio a enviar, en caso de que fuera necesario, un movimiento del dedo los pondría sobre aviso. Más valía prevenir que curar.

Poco después de salir, apareció por la esquina de la calle un Range Rover Evoque de color negro brillante y paró justo delante de ellos. La puerta se abrió por sí sola y una voz los invitó a subir. Arturo y Peter se miraron y el primero asintió para darle tranquilidad al inglés. Lo que no le dijo a Peter es que estaba casi seguro de que estaban metiéndose en la boca del lobo... aunque poco tardó aquel pensamiento en hacerse realidad.

Cuando la puerta se cerró, los pestillos sonaron dejándolos encerrados dentro del coche y, en un segundo, se vieron rodeados por los cañones de cinco armas distintas. Arturo sonrió y miró a Miguel a los ojos.

—Cuánta clase.

Miguel se rio y le escupió en los zapatos.

—Hay que ser más listos la próxima vez, viejo. Dios, hace años que deseo hacer esto —le pasó el cañón de la pistola por la cara metiéndoselo a la

fuerza en la boca y volvió a sonreír. —¿No dices nada?

Arturo aprovechó aquel momento de distracción y envió el mensaje de alerta a sus hijos. Después, se echó hacia atrás con toda la tranquilidad del mundo y se cruzó de brazos, sin apartar la mirada de Miguel ni un segundo, cosa que lo cabreó aún más.

—¿Dónde está mi hija?

—Tranquilo, ya te vamos a llevar con ella. —miró a Peter que trataba de defenderse y ahora había sido maniatado y privado de visión —lo que no te aseguro es si estará viva, esa enana mocosa es un bicho.

Arturo sintió ganas de echarle los dientes abajo a aquel cabrón, pero se contuvo y dejó el rostro estoico para no descubrir ninguna de las emociones que pululaban por su interior en aquel momento. Sabía que esto ocurriría, ahora solo quedaba que Laura estuviera a salvo. Habría hecho cualquier cosa por su hija, aunque eso supusiera morir por ella.



Laura despertó mareada y con un espantoso dolor de cabeza. Quiso abrir un ojo, pero lo único que vio fue rojo, y acto seguido notó algo caliente bajándole por la frente hasta su boca. Paladeó sin querer aquello y notó que era sangre. Intentó abrir su otro ojo, pero estaba demasiado hinchado y le dolía horrores. Empezó a toser por culpa de la sangre en su boca y se dio cuenta de que también le dolía el pecho y no podía moverse, estaba atada con las manos en la cabeza a una pared. Empezó a ponerse nerviosa y luchó contra sus ataduras, pero fue inútil. La sangre seguía manchándole la visión de rojo y sus nervios no la ayudaban a pensar. No sabía dónde estaba, qué había pasado ni por qué estaba allí, pero no le gustaba en absoluto.

—Vaya, por fin te despiertas —le dijo una voz familiar desde su izquierda.

Laura volvió la vista y se quedó de piedra. Fernando, su amigo Fernando, estaba sentado en una silla entre la luz y la penumbra y la apuntaba con un arma directamente al pecho. En su cara se podía ver una sonrisa sádica y su ropa manchada de sangre, posiblemente suya.

—¿Qué...?

—Ay, no te hagas la pendeja ahora.

—¿Por qué? ¡Te lo hemos dado todo!

—¡Y también me lo habéis quitado todo! —se acercó a paso acelerado y la abofeteó con fuerza.

Laura apretó los dientes y cerró los ojos con fuerzas para evitar que las lágrimas escaparan de sus ojos y darle la satisfacción de saber el daño que le estaba haciendo.

—¿Por qué haces esto?

Fernando la miró con asco y escupió en el suelo mientras se remangaba la camisa.

—Por puro placer. No veo el momento de escucharte a ti, a tu padre y a los cabrones de tus hermanos gritar por clemencia.

—Pero ¿qué te hemos hecho?

Fernando golpeó la pared al lado de su cabeza y notó que sus nudillos empezaban a sangrar.

—He tenido que vivir toda mi vida con vosotros, alejado de mi familia y de todo lo que quería y todo para ponerlos en vuestro maldito lugar. Tu padre es un ser tramposo y despreciable y todos vosotros merecéis morir.

Laura seguía sin comprender a qué se refería y cada vez estaba más segura de que todo lo que estaba saliendo de la boca de su otrora amigo no eran más que fantasías o cosas irreales, porque parecía fuera de sí por completo. Quiso usar las palabras y un poco de psicología para llevarlo hasta un lugar donde ella misma pudiera manejarlo, pero antes de que pudiera decir nada, él se adelantó:

—Pero antes... —dijo sonriendo. —Voy a hacer por fin lo que llevas años negándome.

Laura abrió los ojos y notó un escalofrío recorrerle la espalda.

—No, Fernando no lo hagas —dijo con la ansiedad crepitándole por el pecho.

—Oh, y ¿por qué no? Te has follado a ese hijo de puta inglés por menos.

—No, no por favor... —esta vez no pudo evitar que las lágrimas le bajaran por las mejillas con rapidez.

—Así te quería ver...

—Haré lo que me pidas, pero no lo hagas Fernando, por favor.

Fernando la miró y se pasó la mano por los labios. Por fin la tenía justo donde quería: a su merced. Iba a disfrutar tanto del momento que igual lo grababa para que jamás pudiera olvidar que al final, siempre ganaba él. Se acercó lentamente viendo el miedo en sus ojos y eso lo puso a mil. Era como jugar a la caza del gato y el ratón y él se sentía poderoso. Por fin podría cobrarse todos y cada uno de los desprecios que aquella estúpida le había dedicado. Cuando llegó a su altura se pegó todo lo que pudo a ella y le pasó la mano por la mejilla, fue ahí cuando notó que ella estaba llorando. Mejor, cuanto peor lo pasara, mejor. Al fin y al cabo, esto no tenía que ser agradable

nada más que para él, como se sintiera ella lo traía absolutamente sin cuidado.

—¡No! —volvió a gritar Laura con la intención de hacerlo cambiar de idea.

No sirvió de nada. Fernando se acercó a ella y pegó su cuerpo al suyo. Le paso la mano por la mejilla y en sus ojos se podía ver que estaba disfrutando de aquello. Le dieron ganas de vomitar justo en aquel momento. Ella, sin poder moverse, notó como las manos de él iban paseando desde sus hombros hasta sus pechos, que estrujó sin miramiento alguno. Le estaba haciendo daño, trataba de forcejear con él, pero era inútil. Fernando, ante la resistencia de ella decidió emplear la fuerza que tenía debido a su tamaño y le rajó la camiseta que llevaba desde el escote hasta el estómago, hizo el sujetador a un lado y comenzó a masajear sus pechos pequeños con fuerza. Dios, era lo mejor. Estaba poniéndose duro y descubriendo un nuevo gusto por el sexo que jamás pensó que tocaría. Pellizcó sus pezones y al notarlos erectos comenzó a frotarse contra ella. Laura cerraba los ojos para no ver lo que estaba sucediendo y contenía las arcadas. Nunca trató de quedarse quieta porque iba en contra de sus principios, y lucharía hasta el final, pero de nada sirvió porque Fernando la doblaba casi en tamaño y tenía mucha más fuerza que ella. Sollozando como nunca notó cómo él le daba la vuelta con brusquedad y la hacía quedar de espaldas a él. Comenzó a moverse más compulsivamente porque se negaba a lo que estaba por venir a continuación.

Fernando, harto de interrupciones le golpeó en la nuca para dejarla atontada y que lo dejara trabajar a placer. Mucho mejor. Seguía resistiéndose, pero ahora estaba casi sin fuerzas para ello, así que la cogió por la cintura, la pegó a su erección y se frotó contra su trasero para que sintiera cómo lo tenía. Ella lloraba cada vez más fuerte y se golpeaba la cabeza con la pared con intención de quedarse inconsciente.

—Oh no, de eso nada... —dijo Fernando babeando al ver la cinturilla de su ropa interior. —Vas a estar bien consciente para esto. Quiero que estés despierta y que notes como te follo. Y créeme, te va a gustar, linda.

—¡No! —sus gritos cada vez eran más desgarradores.

Fernando la cogió de la cabeza y le puso la mano en la boca para que dejara de gritar y, al mismo tiempo, evitar que se golpeará la cabeza contra el cemento. Con la otra mano le bajó un poco los pantalones cortos que llevaba y metió la mano hasta su sexo, por encima de la ropa interior. Sí, cada vez

estaba más cerca. Casi se corría con solo pensarlo. Hizo sus bragas a un lado y comenzó a frotarla con fuerza. No podía aguantarlo más, se sacó la polla de los pantalones y echó su peso encima de ella para inclinarla y así tener un mejor acceso a ella y le frotó el glande por el trasero. Echó las caderas para atrás para penetrarla de una vez y así satisfacer de una vez por todas el deseo que llevaba años conteniendo. Solo un poco más.

—¡Fernando! —la voz de su padre lo interrumpió.

Entre la neblina de la excitación se volvió para ver qué coño pasaba y la imagen lo dejó pasmado. Su padre llevaba a Arturo Cuevas y ese pinche inglés presos y todos lo miraban con el asombro pintado en sus caras. Laura asomó la cabeza para ver a qué se debía la interrupción que la había salvado de la violación y sus ojos se cruzaron, primero con los de su padre, y luego con los de Peter. Solo entonces bajó la cabeza, suspiró aliviada y lloró con ganas.



Peter jamás podría olvidar la imagen que los recibió cuando entraron a aquella habitación. Un hombre estaba sobre Laura, a la que había desvestido a medias y estaba a punto de violarla. Ella lloraba y se resistía, y el muy hijo de puta se reía como un puto loco. Su visión se cegó y sin consciencia por lo que hacía, consiguió soltarse del agarre de sus captores y corrió hacia donde estaba Laura. Cogió al hombre por la camisa como pudo con las manos atadas y lo estampó con la pared de al lado, escuchando su grito de dolor. Mejor, que sufriera por enfermo. Comenzó a darle puñetazos en la cara con toda la fuerza de sus manos y luego lo tiró al suelo para seguir golpeándolo allí donde hubiera carne que golpear. Estaba decidido a matarlo y no se arrepentiría en lo más mínimo, era lo que todos los violadores se merecían. Cuando acabó con su cara lo cogió por el cuello y comenzó a apretar para evitar que pasara el aire por su garganta a la vez que golpeaba su cabeza contra el suelo. No podía controlarse, y se temía que no pudiera parar hasta que ese cabrón dejara de respirar. Hacía tiempo que el sujeto había dejado de

resistirse y devolverle los golpes, pero no era suficiente. Lo quería inerte y sin vida debajo suya para que pagara por lo que le había hecho a Laura. Hablando del demonio, la voz de aquella pequeña chica colombiana que lo tenía loco lo sacó del trance en el que lo tenía la inmerso la rabia y le dio un golpe en la espalda.

—Peter, Peter, ya, no me ha hecho nada. —ella lloraba y tiraba de él con toda la fuerza que tenía.

Antes de responderle o poder mirarla a la cara, alguien lo lanzó contra la pared más cercana y comenzó a golpearlo para reducirlo. Se resistió con todo lo que pudo, pero su intención se vio frenada cuando notó un objeto punzante hundirse en su costado derecho, seguido de un reguero de sangre caliente.

—¡No! —gritó Laura.

—¡Ya basta! —siguió la voz de Arturo.

Antes de que pudiera responder, levantó la vista para ver que Laura luchaba también con sus captores, al igual que Arturo, pero era inútil. Quiso ayudarlos en la medida de lo posible, pero se desmayó antes de poder siquiera levantarse del suelo.



Miguel poco pudo hacer ante el caos que se desató en aquella minúscula habitación. Cuando habían entrado los había recibido la imagen del imbécil de su hijo a punto de violar a Laura Cuevas y, aparentemente, disfrutando de ello. Con lo bien que iba el plan tenía que venir aquel niño salido a fastidiárselo. Cuando el inglés que iba con Arturo vio lo que estaba pasando, consiguió escapar de las ataduras y golpeó a Fernando hasta el punto de que no estaba seguro de si estaba vivo o muerto, aunque tampoco es que le importara mucho.

Cuando consiguieron reducir el sujeto, uno de sus hombres lo apuñaló en el costado y fue entonces cuando aquel animal se calló por fin. Vigilando que tanto Arturo como su cría estuvieran bien sujetos, se acercó a su hijo y casi no lo reconoció. Iba a costarle meses reponerse de aquello. Por suerte, su pulso, aunque débil, estaba presente, lo cual significaba que Peter no había conseguido matarlo del todo, pero había estado cerca.

—Está vivo. Llévoslo y que un médico lo revise. Llamad a Amelia, ella sabrá qué hacer —dijo con seriedad. Luego volvió a mirar a su hijo y negó con la cabeza. —Jamás aprenderás.

Sus hombres obedecieron al punto y salieron de la habitación, dejándolo solo con los prisioneros. Arturo intentaba acercarse a su hija, preocupado, y ésta, estaba agachada al lado del policía llorando desconsoladamente. Como siempre, Arturo tenía que estropear todos sus planes. Desde donde estaba se acercó a la silla donde habían atado a Arturo y lo abofeteó con todas sus fuerzas, rompiéndole el labio.

—Ve rezando tus últimas oraciones, porque como a mi hijo le pase algo por culpa de ese cabrón que traías contigo, serás tú quien lo pague.

A Arturo aquella afirmación le cayó como un jarro de agua fría.

—¿Hijo?

Miguel sonrió y miró a Arturo a los ojos.

—¿Cómo te pensabas que sabíamos todos tus movimientos con antelación? Siempre has tenido un topo en tu casa. Un pequeño sacrificio para mi gran plan.

—¿Qué es lo que quieres, Molina?

Miguel sacó su pistola de la cartuchera y lo apuntó directamente a la frente, quitando el seguro y poniendo el dedo sobre el gatillo. Un ligero movimiento y podría perder de vista a ese viejo hijo de puta.

—Matarte —sonrió ante el miedo que vio fugazmente en sus ojos. — Pero aún no es el momento. Antes tengo que devolverte todas y cada una de las que me has hecho.

—¿Qué?

—Aunque es una pena que la zorra de tu mujer no esté aquí. Sería mucho más satisfactorio.

Arturo se removió e intentó atacarlo, pero fue inútil.

—¡Ni te atrevas a nombrarla! —chilló.

—¿O qué? No estás en posición de exigir nada, bastardo.

Arturo fue a responderle cuando la puerta de la habitación se abrió y asomó una cabeza femenina con unas gafas de pasta negra que, después de observar la situación, miró a Miguel y le hizo un gesto para que saliera. Miguel suspiró y obedeció, abandonando la estancia y dejando a Arturo, Laura y un malherido Peter allá dentro.



—Maldita sea ¡lo sabía! —gritó Luca.

—¿Qué pasa? —dijo Leo levantando la vista del ordenador desde el que tenían monitoreada a Laura.

—Los tienen.

—¿Cómo?

—Pinche viejo valentón. Miguel Molina, lo ha cogido.

Leo se levantó de golpe y dio un golpe en la mesa.

—¡Joder!

—Me ha mandado un mensaje antes de que le quitaran el teléfono... —dijo Luca en un tono un poco extraño.

—¿Y...? —preguntó Leo enarcando una ceja.

—Debe estar senil si piensa que vamos a hacer lo que pone el mensaje.

Leo estaba empezando a ponerse nervioso, y como Luca no le daba una respuesta clara, le arrancó el teléfono de las manos y leyó el mensaje de texto que le había enviado su padre:

No se enfaden, pero era necesario. Seguramente esta reunión acabe con nosotros capturados, lamento no habérselo dicho antes, pero los quería fuera de la línea de fuego para poder actuar desde el exterior. Vayan a la comisaría de Policía Nacional, busquen a Pedro Alsina y díganle quienes son. Si aun así se niega a ayudarles, solo díganle que “el diente de león necesita al viento”.

Leo volvió a leer el mensaje unas cuantas veces sin entender nada y miró a Luca.

—No puede hablar en serio.

—¡Lo mismo digo yo!

—¿Y qué hacemos? —preguntó Leo a su gemelo.

Ambos se miraron durante unos minutos y Luca fue el primero en apartar la mirada ante la falta de ideas.

—No lo sé.

—Entonces no queda más remedio que ir donde dice pá.

—¡Ni hablar!

Leo dio un golpe en la mesa y se acercó a su hermano hasta que sus narices quedaron a centímetros de distancia.

—¿Y qué carajos sugieres? Tienen a la china, a papá, y al policía, posiblemente para nada bueno. Y no tenemos nada que hacer, el único camino que más o menos tenemos es este.

Luca observó a su hermano con rabia y finalmente suspiró.

—No quiero tener nada que ver con ese viejo que se desentendió de mamá.

—Ni yo, pero ahora no importa eso, importan Laura y papá.

Luca se levantó de la silla y empezó a cargarse de armas, cuchillos y artículos de defensas que pudiera necesitar.

—Entonces coge tus cosas, vamos a hacerle una visita a la policía. Apuesto a que nuestro abuelito no se la ve venir.

Leo sonrió ante el comentario de su hermano y comenzó a coger sus armas y las llaves del coche. Después de cerciorarse de que lo llevaran todo encima, buscó la dirección de la comisaría en el GPS y juntos enfilaron el camino a encontrarse con el padre de su mamá.



Pedro Alsina caminaba nerviosamente por su despacho. Laura se había ido y no había podido detenerla. Estaba en todo su derecho de estar enfadada, pero él había sido lento y no había pensado en seguirla o localizarla. Para cuando había reaccionado, ella ya no estaba en ningún lugar a la vista y no

sabía hacia donde había podido ir. Se mesó el pelo tirándose un poco de la raíz y suspiró frustrado. ¿Cómo había podido cometer semejante error? Todo había salido mal y él no lo había visto venir. No podía dejarla sola por ahí y sin protección, mucho menos después de lo que sabía que estaba fraguándose con los Molina gracias a sus contactos. Se dispuso a salir rápidamente del despacho para ir a la zona informática e intentar localizar el teléfono de su nieta y su teléfono lo interrumpió. Suspiró con frustración y levantó el auricular.

—¿Sí?

Era su secretaria.

—¿Señor Alsina? Hay aquí unos...hombres que quieren verlo.

—No, hoy no voy a recibir visitas.

Pedro escuchó a su secretaria hablando con aquellos hombres y volvió a hablarle, esta vez con un tinte de miedo en la voz.

—Dicen que es importante y no se irán. Y que, si no pueden subir, lo harán a la fuerza.

Aquello lo extrañó y se separó el auricular de la oreja, lo miró e intentó ver desde su despacho quién estaba fuera, pero solo veía la espalda de su secretaria.

—¿Estás bien?

—Sí, no pasa nada, pero parece importante.

Joder, odiaba los contratiempos.

—Está bien, hazlos pasar.

Se situó detrás de su escritorio ante lo que pudiera pasar y colocó la mano en su arma reglamentaria por si las moscas. A través de las puertas de su despacho entraron dos hombres, de al menos dos metros de altura, iguales, pero a la vez muy diferentes. Uno de ellos traía unos pantalones de pinzas en color gris marengo y una camisa azul celeste con las mangas subidas hasta los codos. El otro, por el contrario, llevaba unos pantalones vaqueros oscuros, una camiseta blanca ceñida, y deportivas negras. Sus brazos estaban adornados con tatuajes y su cara era de completa mala leche. El otro también tenía cara de pocos amigos, pero tampoco es que lo importara mucho. Si tenía que enfrentarse a aquellos dos cabrones, lo haría con todo lo que tenía.

El de la camisa cerró la puerta despacio y miró al exterior para asegurarse de que no tenían público, se acercó lentamente a la mesa y enarcó una ceja cuando se dio cuenta de que estaba en posición de ataque. El otro se cruzó de

brazos, lo miró fijamente y después de lo que a Pedro le pareció una eternidad, habló con voz grave.

—Buenas tardes. Somos Leo y Luca Cuevas, venimos aquí por orden de nuestro padre, no porque queramos verle la cara. Parece ser que es usted nuestro abuelo y la única persona que puede ayudarnos.



Pedro quedó completamente en shock en el mismo momento en que aquellas palabras abandonaron los labios de Leo. Un dolor punzante se instaló en su pecho, similar al que sintió cuando conoció a Laura en el Aeropuerto de Barajas y tuvo que sentarse en la silla de su despacho para no desplomarse. Se llevó la mano al pecho y apretó, tratando de aliviar el dolor.

Leo y Luca se miraron extrañados ante la reacción de aquel señor. Si bien parecía estar dándole un infarto, no llegaba a los sesenta años, y si llegaba, los pasaba por pocos años. No supieron cómo reaccionar ante semejante bienvenida y se quedaron parados en el sitio, hasta que Luca se acercó a Pedro y le tocó el hombro.

—¿Se encuentra bien?

Pedro comenzó a tomar respiraciones lentas, inspirando por la nariz y expirando por la boca, tratando de controlar sus nervios. Hacía escasas horas que se había enterado de que no solo tenía una nieta, sino que tenían dos nietos más, varones y gemelos, los mismos que le miraban fijamente con aquellos ojos negros que en nada se diferenciaban de uno a otro.

—Yo... —su voz salió demasiado aguda para que pudiera continuar hablando.

Esta no era ni mucho menos la manera en la que había decidido proceder cuando se echara a la cara a aquella familia de maleantes, pero al fin y al cabo eran su familia, lo único que le quedaba de su hija Ágata.

—¡Ya vale con el cuento! —gritó uno de ellos, Leo, si no se equivocaba.

—¿Qué?

—Pare ya con el teatro vejstorio. Venimos a hacer negocios, no más.

Aquel chico le hablaba con un odio en la voz que no sabía de dónde

provenía. Si alguien tenía razones para estar enfadado, ese era él mismo. Le habían arrebatado a su hija en su cara y sin posibilidad de ponerse en contacto con ella. Maldito destino cruel. Le había dado ya demasiados golpes como para soportar uno más. No tenían ningún derecho a irrumpir en su vida y su trabajo como si pudieran reclamarle algo, a él no, y menos sin saber su parte de la historia.

Recuperó la compostura como pudo, volvió a levantarse de la silla y se irguió en toda su altura, casi igual a la de ellos y sacó pecho para no dejarse amedrentar. Volvió a colocar la mano en su pistola reglamentaria ante cualquier movimiento extraño y los miró frunciendo el ceño.

—Vigila tu lengua conmigo, jovencito. Estás en mi oficina, mi trabajo y mi tierra. No estás en posición de exigir nada.

Luca abrió los ojos con sorpresa y miró a Leo, que apretaba los labios en una fina línea reprimiendo las ganas de golpear a su abuelo.

—Yo creo que sí, nos lo debe.

—¿Qué os lo debo?

—Sí.

—¿Y en que te basas para decir esto?

—Porque nos abandonó.

Pedro parpadeó un par de veces y notó el enfado subir por su garganta.

—Fue el cabrón de tu padre quien se la llevó —dijo tratando de no levantar mucho la voz para no llamar la atención del resto de la comisaría.

—¿Cómo?

Aquello fue esclarecedor para Pedro. Había algo en la historia que les habían contado a esos dos muchachos que no encajaba con la que tenía él. Habían omitido información crucial para ellos y desde luego no pensaba salir de allí sin aclararlo todo.

—Vuestra madre, mi hija, Ágata Alsina.

—Cuevas. Ágata Cuevas. —corrigió Leo.

—Cállate, Leo. —interrumpió Luca.

—Era mi única hija y no sé por qué cojones acabó enganchada de vuestro señor padre. Evidentemente él solo podría tener intenciones ocultas. ¿Contactos en la policía? ¿Poder? ¿Dinero? Qué se yo —se pasó las manos con el pelo con nerviosismo mientras los gemelos lo miraban sin decir palabra alguna —le prohibí a Ágata que estuviera con él, sabía que la haría daño...yo solo quería protegerla. Sirvió durante un tiempo, pero ella empezó

a estar extraña. Parecía como ida...drogada. No quería ni pensar en lo que había estado metiéndose desde que conoció a Arturo Cuevas, porque eso solo me hacía querer ahorcarlo con mis propias manos. —notó las lágrimas en la parte trasera de sus ojos y decidió que ya era hora de llorar a su niña, no había podido hacerlo en años. —El último día que la vi llevaba toda la mañana durmiendo, y cuando entré en su habitación para ver cómo estaba, la encontré blanca como el papel y con el pulso muy débil.

Luca y Leo se miraron, encajando las piezas poco a poco. Sabían perfectamente por qué si madre había estado así.

—Estaba embarazada de nosotros —dijo Luca.

—¿Qué? —Pedro no entendía nada.

Entonces fue Leo quien intervino.

—Mamá nos contó que, durante su primer embarazo, sorpresa para ambos, tuvo un severo caso de presión baja o hipotensión como lo llaman aquí en España, y sufría constantes desmayos. Éramos dos, bien grandes, bien gordos y con mucha hambre.

—¿Qué pasó después? —quisieron saber ambos, hablando al mismo tiempo.

Pedro se limpió una lágrima de la mejilla y siguió rememorando aquel fatídico día.

—La llevé al médico, la dejaron ingresada, pero jamás me dijeron...que estaba embarazada. Le habría ayudado.

—Nosotros siempre hemos creído que lo sabía y la había repudiado.

—¡Jamás! ¡Era mi hija!

Leo y Luca volvieron a mirarse en silencio unos segundos, como manteniendo una conversación silenciosa entre ellos.

—Ahora lo entendemos.

—Jamás hubiera hecho nada para dañarla. Ni, aunque hubiera sido hijo de alguien a quien estaba condenado a odiar por mi trabajo. Su felicidad estaba por encima de cualquier otra cosa para mí. Si lo hubiera sabido, lo habría comprendido, e incluso ayudado.

Paro unos segundos para calmarse, tomar un par de respiraciones, y continuar con su relato:

—Cuando la dejaron ingresada, me quedé con ella toda la noche y todo el día, hasta que ella amaneció con mejor cara. Me dijo que fuera a cambiarme a casa y a descansar y que volviera luego. —cerró los ojos. —Cuando volví ya

no estaba. No sé qué paso. Siempre lo he achacado a que Arturo Cuevas se la llevó en contra de su voluntad, pero ahora tengo mis dudas.

—Nosotros podemos cubrirle esa laguna, si me permite tantito —dijo Leo.

—Adelante, por favor, estoy tan confuso que no sé si puedo continuar aún.

Luca asintió a Leo para que empezara a hablar y seguir juntando las piezas del puzle que ambos tenían en la cabeza, tanto ellos como su abuelo, que ahora parecía unos años más mayor, abatido y alicaído por el shock de las noticias que acababan de darle. Siempre les habían dicho que los habían repudiado, y siempre habían odiado a ese viejo, pero jamás hubieran pensado que él no supiera la otra parte de la historia. Ni por todo el oro del mundo se lo hubieran imaginado.

—Aparte de la presión baja, mamá llegó con una falta grave de sangre porque había tenido un pequeño sangrado desde hacía unos días. Papá iba por las noches a verla cuando usted estaba dormido y asegurarse de que estaba bien. Incluso llegó a colarse alguna vez vestido de enfermero, qué se yo. La cosa es que un donante anónimo le dio a mamá la sangre que necesitaba para poder continuar con su embarazo, hoy en día no sabemos quién es, solo papá tiene alguna ligera sospecha de quien puede ser. Algo ocurrió después de eso que tuvieron que salir huyendo a Colombia sin avisar a nadie, y nunca más ponerse en contacto con ellos, pero tampoco podemos decirle qué fue, porque tampoco lo sabemos.

—¿No pudo ponerse en contacto conmigo?

—Eso es lo que contaba ella —dijo, esta vez, Luca.

—Hay algo que no me cuadra...

—Ni a nosotros, pero ese no es el caso. Verá, Laura vino después de nosotros y luego... —se le hizo un nudo en la garganta y tosió para deshacerlo. —Bueno, luego pasó lo que pasó. A nosotros nunca nos hablaba de usted, pero a Laura sí que pareció contarle algo más.

—¿Cómo lo sabéis?

—Porque cuando mamá faltó, ella se tatuó un diente de león en honor a nuestra madre y nunca nos dijo su significado, simplemente que representaba el pasado, el presente y el futuro de mamá.

Pedro cada vez estaba más confuso. Aquello era todo un castillo de naipes de mentiras y enredos, y no era consciente de hasta dónde podía llegar la

bola.

—Un diente de león... —dijo Leo frunciendo el ceño. —¿De dónde me resulta familiar eso?

Pedro lo sabía perfectamente.

—Del mensaje que envió papá.

—Espera, ¿qué mensaje? —quiso saber Pedro.

Los gemelos, con un poco de reticencia al principio, le enseñaron el mensaje que su padre les había enviado antes de ser capturado por Miguel Molina y esperaron que él pudiera sacar algo en claro de aquellas palabras. Sin previo aviso, Pedro Alsina empezó a llorar dejándolos estupefactos y sin saber muy bien qué hacer.

—¿Está bien, señor?

—Yo...

—¿Hay algo en ese mensaje que le diga algo?

—Sí...

—¡Ya díganos pues, nos tiene aquí muertos de la angustia!

Pedro Alsina se recompuso como pudo, respiró hondo y alternó la mirada entre sus dos nietos gemelos. El enfado que podía haber tenido con ellos ahora había desaparecido y una determinación mucho más grande había hecho acto de presencia dentro de él. Tenía que ayudarlos.

—Cuando Ágata era pequeña, y no tan pequeña, ella y yo teníamos un mensaje en clave siempre que ella necesitara ayuda. Cada vez que ella se viera en un aprieto, le dije que me escribiera diciéndome que el diente de león necesitaba el viento para volar, así yo sería el viento que abriría sus alas y ella podría seguir volando libre.

Volvió a mirarlos y sonrió, solo con esa parte del mensaje, no tenía mucho más que pensar antes de actuar.

—Así que sí, os ayudaré. Vamos a encontrar a vuestra hermana y vuestro padre.

—Y el inglés no más, Laura nos matará si lo dejamos morir —dijo Leo haciendo una mueca.

—¿Qué inglés?

—Eh...Peter.

—¡Dios mío! ¿Fitzpatrick estaba con vosotros?

—Está con mi papá, para ser más exactos.

Pedro levantó el teléfono con rapidez y le pidió a su secretaria que le

comunicara con el despacho de Rafael Soler a la mayor brevedad posible.
—Venid aquí ahora mismo. Tenemos novedades de Peter. —y colgó.



Rafael escuchó la orden directa de Pedro y antes de poder comunicársela a Carlos y Hugo, el segundo lo miraba con los ojos abiertos de par en par, al parecer, habiendo escuchado toda la conversación con Pedro. Negaba rápidamente con la cabeza y antes de que pudiera decirle nada, salió corriendo del despacho de Rafa en dirección al de Pedro.

—Hugo ¡espera!

Poco caso le hizo el agente Herrera. Carlos soltó una carcajada y Rafa lo miró lanzándole cuchillos con la mirada.

—¿Y tú de que te ríes, gilipollas?

—Relájate, Rafita.

—No me llames Rafita.

—Ay, que sensible estás...

—¿Por qué nadie me hace caso en esta puta comisaría? —gritó mientras se levantaba de la silla y salía del despacho. —¿Es porque soy negro?

Carlos iba detrás suya riéndose a carcajadas y le dio un golpe con fuerza en el omóplato. Rafa siempre había parecido tener algún tipo de problema con cómo lo trataba la gente por ser un hombre de color.

—No. Simplemente es que este caso tiene algo personal para él.

Cuando recorrieron los pocos metros que separaban los dos despachos y entraron en el del comisario, se llevaron las manos a las pistolas y las desenfundaron, pues la escena que se estaba dando allí no era ni mucho menos positiva. Dentro del despacho dos tipos enormes apuntaban a Hugo con dos armas y éste alternaba con la suya entre uno y otro, todo esto en completo silencio y con un Pedro Alsina observando pasivo.



Hugo salió corriendo en cuanto escuchó que Pedro le decía a Rafa que sabía exactamente dónde estaba Peter. Joder, por fin. Era hora de ponerse a patear culos y, con suerte, soltar unas pocas balas. Cada vez que se metía de lleno en un operativo esa emoción inexplicable le trepaba por la espina dorsal en forma de cosquilleo a modo de anticipación. Peter estaba vivo, y pronto lo sacaría de donde estuviera, solo para poder darle una paliza él mismo por haber sido tan sumamente retrasado.

Cuando abrió la puerta y entró en el despacho del comisario, se encontró con dos tipos, totalmente idénticos si no fuera por los tatuajes que uno de ellos llevaba en el brazo y el estilo de vestimenta; que reconoció al instante. Esos hijos de puta eran Leo y Luca Cuevas, los gemelos de Arturo Cuevas y quienes habían cogido a Peter en el aeropuerto. Por impulso, cerró la puerta con el talón y sacó su arma para apuntarlos y, si era necesario, disparar.

La reacción de éstos no se hizo esperar, pues ambos sacaron sus correspondientes pistolas y, ante su amenaza, lo apuntaron, uno a la cabeza y otro al pecho. Vaya, sí sabían dónde disparar para dejarlo seco de un solo tiro.

—Herrera, baja el arma.

—Y una mierda —respondió pasándose por alto las órdenes de su superior.

—Herrera.

—¡He dicho que no! ¿Sabe quiénes son?

—Perfectamente.

Carlos y Rafa entraron poco después que Hugo y, ante el panorama que se había dado en el despacho de Pedro, sacaron sus reglamentarias y apuntaron a los gemelos.

—¡Me cago en Dios! ¡Bajad las armas!

—¿Pedro? —Rafa no entendía nada.

—Antes muerto. Estos cabrones fueron quienes cogieron a Peter.

—Ya no seas pendejo españolito —dijo el de la camisa celeste. —Baja el arma. No juegues con juguetes que no sabes manejar.

Hugo hizo una mueca de enfado y dio un paso adelante.

—Te voy a volar la cabeza antes de que puedas hacerte el gracioso una segunda vez.

—¡Luca! ¡Ya cállate, no seas picado!^[47]

Leo, en un alarde de calmar la situación, soltó su arma en el suelo y levantó las manos. En aquel momento lo primordial era encontrar a Laura y a su padre, y todo el tiempo que perdieran en estupideces como aquella, era tiempo que podía significar la diferencia entre una vida o una muerte.

—¿¡Qué haces soroco^[48]!?!? —gritó Luca.

—Suelta el arma, pinche imbécil.

Fue entonces cuando intervino Pedro, para ayudar a Leo a controlar aquel desmadre.

—¡Soltad todas las armas ahora mismo!

—Ni de coña, subinspector —dijo Hugo sin despegar la vista del trajeado.

—Herrera, por última vez te lo digo, suelta el arma y deja de apuntar a mi nieto ¿quieres? Han venido a decirnos donde está Peter. El caso se ha complicado.

Hugo aflojó el agarre de su arma en cuanto escuchó la palabra nieto y miró a Pedro, que le devolvía una mirada penetrante que le decía que estaba hasta las pelotas de su falta de disciplina y obediencia, a fin de cuentas, era su superior.

—Lo haré al mismo tiempo que...este.

—Oh, de eso nada —dijo Luca.

—¡Luca!

El susodicho miró a su gemelo y apretó los dientes con rabia.

—Está bien. —bajó su arma poco a poco al mismo tiempo que el policía español más joven de aquel despacho y ambos levantaron las manos.

—¿Podemos comportarnos ahora todos como personas normales, sin desenfundar la pistola a la primera de cambio? —miro a los gemelos. — Todos —repitió tajante.

Luca apartó la vista y apretó los puños para no hacer una tontería. Leo, en un intento de calmar a su gemelo, le pegó un puñetazo en el brazo y se puso a su lado, para transmitirle que, si pasaba algo con aquellos españoles, lo tenía a él.

—¿Qué coño está pasando aquí, Pedro? —esta vez fue Carlos Martínez quien habló.

Les contó toda la historia, partes que Rafa ya sabía y otras que no. Les habló de Ágata, de todo lo que le habían contado los gemelos y de cómo ahora mismo, se encontraban Arturo Cuevas y Peter en manos de Miguel Molina, otro grano en el culo de ese caso.

—Peter está en casa de estos dos, están intentando distraerme.

—No si este hombre está verraco^[49] del todo —dijo Leo, cansado del pinche Hugo.

—Lo sé de buena tinta.

—¿Y qué tinta es esa? —quiso saber Rafa.

Hugo lo pensó unos segundos antes de desvelar nada y decidió que, daba igual si decía o no algo, no le debía nada a esa chica. Y, además, había intentado matarlo, la muy zorra.

—Me lo dijo Laura Cuevas.

Los gemelos volvieron la cabeza a él del tirón.

—¿Laura? Pinche mocosa, ya nos dijo Peter que vendría.

—¿Peter? —esta vez fue Carlos quien habló.

—Espera ¿cómo conoces tu a Laura? —preguntó Pedro tomando el control de la situación.

Hugo apartó la mirada y al final, suspiró, cansado.

—Cuando vino contigo y fue al baño, me cogió en el pasillo y ¡me atacó! La muy loca me atacó, casi me rompe las pelotas y me amenazó con una mariposa. Todo supuestamente porque quería decirme dónde estaba Peter, para ayudarlo.

Los gemelos se echaron a reír de repente y empezaron a dar golpes en la mesa.

—Noooooo la pinche cría esta. Y nosotros pensando que no podía valerse por sí misma.

—Pues créeme, puede y con creces. —ignoró sus risas —la cosa es que me dijo que su padre y sus hermanos lo tenían aquí porque se enteraron de que estaban liados.

Carlos se puso blanco como el papel.

—¿Peter?

—El mismo, jefe —dijo Leo —a ese inglés le gustan las cosas complicadas, no más.

—¡Joder! ¡Va a conseguir que lo maten!

—¡Ya! Iremos a eso luego. La cosa es que Laura se enteró de la verdad

por una llamada de teléfono y se fue de aquí —dijo Pedro.

—Y Molina la cogió —dijo Luca encajando piezas.

—Por eso pá sabía que la tenía...sabía que el siguiente paso era cogerlo a él.

—¿Miguel Molina? —preguntó Rafa.

—Sí. —fue Pedro quien respondió. —Ese cabrón tiene una fijación conmigo que no sé de dónde viene...aunque ahora que lo pienso, puede que todo venga porque Ágata nunca quiso nada con él.

—¿Y qué tiene que ver Arturo Cuevas en todo esto?

Pedro suspiró.

—Arturo se casó con mi hija y tuvo a estos dos señores, más la chica que visteis antes aquí. ¿Venganza? No lo sé.

—¿Y cómo vamos a encontrarlos ahora? —dijo Hugo frustrado, pues cada vez que parecía dar un paso en dirección de encontrar a Peter, se interponía algún obstáculo.

—Si me permiten... —interrumpió Leo, sacando un ordenador portátil de su mochila y tecleando cosas a una velocidad pronta.

Luca aprovechó mientras su hermano trabajaba para explicarles todo.

—Laura lleva un anillo localizador en tiempo real que le regalamos por su cumpleaños. Ella no lo sabe, así que no se lo quitará en un ataque de rebeldía. Queríamos que estuviera a salvo ante cualquier imprevisto y, visto lo visto, no andábamos embarrados^[50].

—Lo tengo —dijo Leo de repente, con tranquilidad.

Todos se pusieron alerta esperando nuevas noticias y empezaron a impacientarse cuando no llegaron. Leo miraba la pantalla y no le cuadraba la dirección que le daba el GPS de Laura.

—¿Colonia Marconi? —preguntó Leo a nadie en particular.

Pedro abrió los ojos de la sorpresa y Rafa se percató del sutil cambio en su mirada.

—¿Qué pasa, Pedro?

—Nosotros vivíamos allí cuando Ágata era más joven, antes de mudarnos a Alcorcón. Y Miguel Molina también.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Carlos, sorprendido.

—Ágata y Miguel se conocen desde pequeños...no me acordaba de él, pero estoy casi seguro de que es la misma persona. El apellido coincide, aunque no es como lo recuerdo. Yo recuerdo a un chaval desgarbado,

delgado y tímido, no al hijo de puta sádico de Miguel Molina.

—Bueno... —intervino Luca. —El dinero y el poder pueden hacer hasta a la persona más insignificante, dar un cambio radical.

—¡Ya está! —gritó Leo.

—Joder, macho. Eres un idiota —dijo Hugo.

—Tengo localización exacta, y lleva estática desde hace más de seis horas, lo cual quiere decir que, o están de paso, o están allí afincados. Hay que darse prisa.

Pedro asintió y tras levantarse, colocarse bien las mangas de la camisa y mirar directamente a Rafa a los ojos, ordenó:

—Asegúrate de que un grupo de GEOS^[51] va de camino para allá al mismo tiempo que nosotros. Este cabrón no va a volver a salirse con la suya, aunque tenga que pegarle un tiro yo mismo.

Mira a su despacho y vio que los cinco hombres frente a él, también se habían puesto en pie y tenían sus armas preparadas, parecían letales y listos para todos. Asintió con firmeza y emprendió el paso fuera de su despacho.

—Vámonos.



Laura no podía dejar de temblar y Peter seguía inconsciente. Ella lloraba y lo zarandeaba intentando despertarlo, pero no lo conseguía. Seguía tirado en el suelo y sangrando por el costado. Dios mío, si nadie hacía algo pronto iba a morir desangrado.

—Hace falta mucho más que un cuchillito para hacerme daño, nena —dijo una voz muy leve desde el suelo.

Ella, al reconocer la voz de Peter, se tiró encima de él y comenzó a llorar a moco tendido. Dios, estaba vivo, o por lo menos consciente. Escuchó su queja y se percató de la incomodidad de la posición que había adoptado y se levantó para ayudarlo a incorporarse, antes de nada.

—Dios mío, ¿estás bien? Estás vivo. Pensé que te habían matado —dijo besándolo por la frente, los ojos, las mejillas y los labios.

Peter sonrió, no se esperaba un recibimiento así.

—Voy a dejar que me apuñalen todos los días si siempre me recibes así —dijo, y justo después hizo una mueca de dolor.

—¿Qué pasa?

—Nada, es solo un rasguño.

—¿Estás desatada, Laura? —dijo otra voz desde el lado opuesto de la habitación.

—¿Papá?

Arturo sonrió desde la silla a la que estaba amarrado.

—No pensabas que iba a dejarte sola ¿verdad?

Ella comenzó a llorar de nuevo.

—Pá lo siento mucho...

—Shhh...ahora no. Estate tranquila, todo está bien. ¿Estás desatada?

Laura se miró las manos. Ya no estaba atada a la pared con las manos en la cabeza, pero seguía teniendo los grilletes en las muñecas.

—Tengo unos grilletes.

—¿Puedes maniobrar?

—¿Para qué?

—¿Puedes o no?

Ella probó y comprobó que, aunque con algo de dificultad, si podía mover las manos para hacer las cosas básicas.

—Algo puedo hacer.

—Bien, rompe la camisa de Peter y comprueba la herida. Dime si es profunda cuando la tengas a la vista.

Laura hizo caso a su padre y, entre gemidos de él y constantes pérdidas de consciencia que el dolor le provocaba, logró visualizar la herida. Tenía un corte en el costado, pero no parecía profundo. Había dejado de sangrar.

—¿Necesita sutura?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—¿Tú no querías ser médico?

Aquello la pilló desprevenida. No la había dicho a nadie que había empezado a estudiar enfermería y mucho menos que, su meta final era estudiar medicina para convertirse en cirujana.

—¿Pensabas que no iba a darme cuenta?

—Yo...

—Te viene en los genes no más —dijo sonriendo.

—¿Cómo así?

Su padre esperó un poco y al final la sorprendió con la afirmación que menos se esperaba oír.

—Soy médico, pero ejercí poco.

—¿¡Qué!?

—¿Qué tan raro?

—Yo...

—¿Necesita sutura o no, Laura? Puede estar desangrándose.

Laura volvió a checar la herida de Peter, que volvía a estar despierto, y levantó la vista de nuevo hacia su padre.

—Creo que no, no parece profundo.

—Ya te he dicho que es solo un rasguño —dijo Peter mareado.

—Sí, un rasguño del que has perdido mucha sangre, pinche valentón —

respondió ella enfadada.

Peter apretó los dientes recordando qué le había hecho ponerse así y la miró fijamente a los ojos.

—Volvería a hacerlo mil veces y no me arrepentiría ni una sola de ellas. Cuando he visto lo que ese hijo de puta te estaba haciendo ha sido la primera vez en mi vida que verdaderamente he sentido ganas de matar.

—Y yo te lo agradezco, joven —dijo Arturo.

—Le dije que nada le pasaría a Laura mientras yo estuviera presente, y pienso cumplir mi promesa con creces.

Laura no daba crédito a lo que estaba escuchando. Su papá y Peter teniendo una conversación de lo más lógica y normal, sin armas y sin amenazarse de muerte. Algo había ocurrido mientras ella estaba ausente.

—Rómpele un trozo de tela y ejerce un vendaje de presión sobre la herida para que no pierda más sangre, cariño.

—Sí, papá.

Hizo lo que le dijo y en pocos minutos, la herida pareció disminuir en el sangrado. Peter ahora estaba sentado apoyado en la pared y se negaba a soltarla, aunque solo fuera para cambiar de postura.

—No voy a ir a ninguna parte, ¿sabes? —dijo Laura riéndose.

—Claro que no, *damn it*, cuando esto acabe pienso atarte en corto para que no hagas más locuras lejos de mí —levantó la vista y Arturo lo miraba echando chispas por los ojos. —Nada sexual, señor, pero su hija es una bomba de relojería.

Arturo no pudo evitar reír ante las palabras del inglés ni le pasó desapercibida la manera en la que éste y su hija se miraban. Era total y completa adoración lo que había entre ellos. La última vez que había visto algo así era al mirar a los ojos a su mujer, y una punzada en el pecho le recordó que ya no estaba con él.

Pasaron unas horas en aquel zulo y Arturo no pudo evitar quedarse dormido, momento que aprovechó Peter para girar la cara hacia Laura y plantar sus labios en los de ella, para darle un beso en el que llevaba toda la preocupación, pasión y sentimientos que había estado conteniendo hasta ahora. Ella, en un primer momento, reaccionó quedándose quieta pero luego, con timidez, fue invadiendo la boca de Peter para demostrarle cuánto lo había echado de menos. Laura apoyó las manos en su pecho y se recreó en la dureza de sus músculos bajo la tela, ahora parcialmente rota debido a la

herida por arma blanca. Cuando rompió el beso, pegó su frente a la de él y lo miró a los ojos.

—¿Significa eso que te gusto un poco a pesar de la locura que es mi vida?
—preguntó ella con timidez.

—Madre mía, habría que ser ciego para que no le gustaras a alguien. No, no me gustas, te quiero en mi vida, que es muy diferente.

Aquello la pilló por sorpresa e hinchó su corazón a partes iguales.

—Siento haber intentado romperte la nariz.

Peter soltó una carcajada.

—Mientras no lo vuelvas a intentar, te perdono.

—Solo intentaré romperte otras cosas a partir de ahora —dijo seductoramente, enarcando una ceja.

—Oh... ¿y eso? —preguntó tentándola.

—Lo único que me interesa romper cuando salgamos de aquí son...

Un carraspeo de su padre la interrumpió.

—No quiero ni escuchar lo que viene después —dijo Arturo, entre la risa y el enfado.

—¿Cómo te encuentras, pá?

—Molesto con el hijo de puta de Molina, pero tranquilo.

—¿Cómo puedes estar tranquilo en un momento así?

—Dejé un recado para tus hermanos por si esto pasaba.

Peter levantó la cabeza.

—¿Lo hizo?

—Pues claro, a ver si te piensas que uno es nuevo en este negocio —dijo con suficiencia. —Nosotros solo somos una distracción mientras mis hijos trabajan desde el exterior.

—¿Qué recado? —preguntó Laura con curiosidad.

Cuando les comentó a Peter y Laura lo que les había pedido a sus hijos que hicieran, ella por un lado lo miraba con los ojos abiertos sin entender nada, y el segundo, por otro lado, había sufrido un ataque de risa que estaba empezando a hincharle las bolas.

—¿Qué es tan gracioso?

—Tenías que haber sido director de cine, porque menudas películas te montas en la cabeza. Eso jamás funcionarán, los detendrán con tan solo poner un pie en la comisaría.

—Hay algo que ellos tienen que hará que Pedro Alsina no tenga más

remedio que prestarles ayuda.

—¿Qué...?

Antes de que Laura terminara de formular la pregunta, escucharon la cerradura externa y eso solo significaba que alguien estaba intentando acceder a la habitación. Peter y Arturo estaban atados de pies y manos, lo cual dejaba a Laura como única persona con libertad para caminar por aquella estancia. Pobrecitos ellos por subestimarla. Mientras escuchaba a la persona al otro lado de la puerta trastear la cerradura, se colocó donde no pudiera verla para poder atacarla conforme entrara en la habitación. Acababan de cometer el error más grande de sus vidas pensando que ella no haría nada al respecto.



Amelia intentaba abrir la puerta de aquella habitación con todas y cada una de las llaves que había en aquel llavero gigantesco. Podría haber sin exagerar unas cincuenta llaves, así que podía pegarse horas intentando averiguar cuál era la correcta. Había sido extremadamente sencillo quitárselas al guardia de seguridad, porque al final, era un lacayo y, unas palabras bonitas y un escote, podían hacerle conseguir cualquier cosa. Además, tenía un sitio especial en aquel lugar, junto a Miguel Molina, y eso le permitía ciertas libertades. Llevaba ya seis llaves probadas y, por obra y gracia del destino, a la séptima consiguió hacer girar la llave y abrir la puerta. Miró a su espalda para evitar que nadie la viera y entró por una pequeña rendija para luego cerrar despacio. En cuanto cerró la puerta y suspiró, una figura a su izquierda le saltó encima y la aprisionó por el cuello con unos grilletes. Miró por el rabillo del ojo nerviosa y se dio cuenta de que era Laura Cuevas, que a duras penas se mantenía en pie debido a su diferencia de tamaño, pero que apretaba la cadena que unía sus esposas en su cuello con la fuerza de mil hombres.

—¿Quién eres? —dijo con voz calmada.

Amelia trató de hablar, pero sus cuerdas vocales no respondieron. Apretaba con tantísima fuerza que, si sus cálculos no eran incorrectos, en cuestión de pocos minutos se desmayaría por la falta de aire, y si apretaba un poco más, le partiría el cuello. Se quejó intentando que la chica aflojara el agarre y, algo consiguió, pues aflojo un poco las cadenas, no haciéndolas menos dolorosas, pero sí dejando pasar aire por su garganta.

—¿¡Quién eres maldita sea! —Laura pegó un nuevo tirón a la cadena que unía sus esposas.

—Soy Amelia —dijo la mujer sin más.

—¿Qué haces aquí? ¿Te envía el cabrón de Fernando?

—¿Quién?

—No te hagas la graciosa conmigo.

—No sé de quién me hablas.

—¿Qué haces aquí entonces?

—Vengo a...

La puerta volvió a abrirse de repente y Laura se puso frente a ella, con Amelia aún presa bajo su agarre. Miguel Molina entró en la habitación y se quedó estático en el sitio al ver que la mocosa de Arturo estaba de pie, y tenía a Amelia apretada y casi sin aire. En un primer momento se preocupó, pero decidió no darle semejante poder en un posible enfrentamiento. Miró a Amelia que parecía tranquila.

—¿Qué haces aquí Amelia?

—Eh... —se removió contra el agarre de Laura y pensó una respuesta rápida. Decidió que la actuación era su mejor baza en aquel momento. —Te buscaba... —sollozó y comenzó a llorar. —No sabía que estaban aquí, perdóname, Miguel, soy una imbécil.

Miguel miró a Amelia y luego a Laura, sopesando las posibilidades.

—No va a pasarte nada, cariño. Estate tranquila.

—Miguel por favor...

—Yo que tu no estaría tan seguro, señor Miguel Molina. —escupió Laura con furia mientras apretaba más el agarre en el cuello de la tal Amelia, que hasta donde podía percibir, era la puta de aquel desgraciado.

—¿Y me amenazas tú, niña? —dijo Miguel riéndose.

—Si no puedo matar al hijo de puta de Fernando, lo haré contigo...o con tu puta, lo primero que se tercié.

Peter no reconocía a la Laura que hablaba frente a él. Era una mujer valiente y sin miedo, y no podía más que sentirse orgulloso de cómo estaba manejando la situación. Arturo, por el contrario, aunque admiraba la capacidad de defensa de su hija, no podía evitar estar preocupado por lo que pudiera hacerle Miguel.

—Hija de puta, eres igual que la zorra de tu madre.

—¡Te lavas la boca antes de hablar de ella, maldito desgraciado! —gritó ella.

Mientras ambos se retaban con la mirada, Peter calibraba lo que hacer

para ayudar a Laura y escuchó un sonido exterior que no supo identificar. Parece que a Miguel tampoco le pasó desapercibido porque se volvió ligeramente hacia la derecha y cuando volvió a poner la mirada en Laura, su expresión era de completa furia.

—Hijos de puta —sacó su arma y apuntó a Laura.

—Dispara y la mato.

Miguel se carcajeo siniestramente. ´

—Miguel por favor... —dijo Amelia llorando.

—La policía está aquí —le explicó a Amelia. —Esto acabará pronto, te lo prometo.

Peter se puso alerta y el sonido exterior cada vez era más cercano.

—Ya no hay nada que hacer Miguel —dijo Arturo para distraer a Miguel de su hija.

Miguel lo miró con asco y escupió en el suelo.

—Claro que no. Siempre tienes que estar metido en todo, puto colombiano de mierda. Siempre quedándote con todo lo mío, siempre metiendo las narices donde no te llaman.

Su arma pasó de apuntar a Laura a apuntar a Arturo directamente al pecho. Miguel tiró de la pestaña de su revólver hacia atrás y puso el dedo en el gatillo. Hoy iba a terminar todo, y si tenía que llevarse a todo el maldito mundo por delante, lo haría, pero nadie saldría vivo de allí. Laura abrió los ojos de par en par y todo sucedió a cámara lenta. Miguel apretó el gatillo de su revólver y disparó a su padre en el pecho. La explosión retumbó en toda la habitación y a ella le siguió el grito desgarrador de Laura, que empujó a Amelia a un lado e intentó llegar hasta su padre. La bala impactó en un cuerpo sólido seguido un golpe en el suelo...alguien acababa de desplomarse. Laura, gritando tanto como sus cuerdas vocales se lo permitieron, trató de llegar hasta su padre para encontrarse con una figura inerte en el suelo, sangrando y con los ojos cerrados. La única diferencia es que no era su padre, quien había recibido el balazo de Miguel había sido Peter.



Miguel, al ver dónde había impactado la bala que iba dirigida a Arturo se asustó. Acababa de matar a un policía. Arturo lo miraba con los ojos abiertos de par en par con la misma sorpresa en el rostro que él y soltó el arma debido al shock. Empezaron a escucharse pisadas y gritos por los pasillos colindantes a la habitación y Miguel decidió que era hora de huir. Echó a correr dejando atrás aquella sangrienta escena y, antes de continuar, se volvió y gritó:

—¡Corre, Amelia! —y siguió corriendo.

Amelia, al ver el panorama, apretó los dientes y salió corriendo detrás de Miguel.



Laura gritó y lloró sobre el cuerpo inerte de Peter y llamó a todos los nombres que tenía en la cabeza buscando ayuda. Aquello no podía ser real. Tenía que ser una maldita pesadilla. Peter había parado una bala dirigida a su padre y ahora se encontraba desangrándose en el suelo.

Arturo se movía en la silla como una bestia enjaulada ante el giro de acontecimientos que se había dado. No podía ser verdad. Peter Fitzpatrick había parado una bala que, seguramente, habría acabado con su vida y no había podido hacer nada para evitarlo. Consiguió con toda la fuerza que pudo, romper las cuerdas que la ataban las manos y se arrodilló en el suelo donde estaba su hija sobre el cuerpo de Peter, llorando y gritando cosas ininteligibles. Con la adrenalina corriéndole por las venas, se levantó del

suelo, desenfundó su arma y salió por donde Miguel había huido...iba a acabar con él. El muy cabrón no era tan rápido como pensaba, pues en pocos minutos había conseguido darle caza a él y a su amiguita.

—¡Eres hombre muerto Miguel! —gritó Arturo sin dejar de correr.

Cuando lo tenía lo suficientemente cerca para acertarle, aunque fuera en la pierna, para ralentizarlo, y hacerle perder el equilibrio, preparó el arma y apuntó a uno de sus tobillos, pero no pudo disparar, porque el pasillo empezó a llenarse de agentes vestidos de negro con porras, escudos y cascos, y cargaban contra él. Lo último que pudo ver antes de que los policías le placaran, fue a la tal Amelia, desenfundado una pistola de debajo de su vestido, y corriendo detrás de la figura de Miguel Molina. Mierda, el hijo de puta había vuelto a escapar.



Amelia volvió la vista atrás y vio que todo el lugar se llenaba de GEOS, así que continuó corriendo, intentando escapar y alcanzar a Miguel. Cuando llegaron a unos pasillos desiertos a los que se accedía a través de una puerta oculta tras el papel pintado, gritó en la oscuridad tratando de llamar la atención de Miguel.

—¡Para Miguel! Ya no nos siguen —dijo bajando el ritmo.

El susodicho le hizo caso y bajó también el ritmo, pero sin llegar a parar del todo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Miguel.

—Los GEOS están aquí.

—Mierda, tenemos que salir de aquí —dijo nervioso, echando a correr de nuevo.

Mientras veía a Miguel Molina corriendo por aquel pasillo oculto intentando escapar, desenfundó de debajo de su vestido su Bersa Thunder 380 y habló con voz calmada.

—No tan rápido...´

Miguel volvió la vista y vio Amelia con una pistola en la mano y sintió

ganas de besarla por todas partes por ser tan previsor. Para su mayúscula sorpresa, Amelia lo apuntaba directamente y su mirada había cambiado de una de mujer normal, a la de una asesina a sangre fría, sin escrúpulos, sin sentimientos, nada. Dándose cuenta del error que había cometido, trató de correr y refugiarse en una de las esquinas que dividía aquel pasillo en varios caminos distintos, cuando notó el impacto de una bala en la mejilla izquierda. Amelia acababa de dispararle en un ojo.



Amelia maldijo en voz alta cuando se dio cuenta de que no había acertado del todo a su objetivo. Ese cabrón no había caído, seguía corriendo. Tenía que seguirlo y terminar de rematarlo. Cuando se guardó la pistola en el muslo y quiso echar a correr de nuevo detrás de Miguel Molina, cinco GEOS la rodearon y otros dos la sujetaron con fuerza por los brazos, poniéndole las manos a la espalda.

—Queda usted detenida. Y yo, en su lugar, mejor no decía nada si no quiere salir de aquí peor parada.



Lo que siguió a la huida de Miguel fue un total y absoluto caos. Los GEOS aparecieron por todas partes, empezaron a detener gente allá adentro...y Laura no podía separarse de Peter. Trató de tomarle el pulso, pero no se lo encontraba.

—No, Peter, no —dijo llorando desconsoladamente. —No puedes dejarme ahora después de todo lo que hemos pasado.

Peter seguía inconsciente y sin dar una sola señal de vida.

—¡Despierta! —dijo zarandeándolo. —¡Maldita sea, despierta! ¡No! ¡Ayuda!

Continuó zarandeando a Peter deseando que todo aquello fuera una pesadilla cuando unos brazos fuertes la levantaron del suelo. Luchó con uñas y dientes contra aquella fuerza, nadie la separaría de Peter, no ahora.

—¡No! ¡Déjame!

La voz de su hermano Leo le llegó a través de la neblina de rabia y dolor que ahora mismo sentía tan dentro de su ser y se sintió confundida. Él le dio la vuelta y se puso a su altura, para que viera que, efectivamente, era él y estaba con ella.

—¿Leo?

—¿Estás bien? —dijo tocándole la cara.

—Leo... —dijo apoyándose en su pecho y rompiendo a llorar de nuevo. —Peter...han matado a Peter —dijo golpeándole en el brazo tratando de encontrar algún consuelo.

—Ya...tranquila —dijo su hermano Luca, que ahora se encontraba a su espalda, acariciándola con paciencia.

De repente empezó a escuchar voces, gritos y pasos a su alrededor, gente

dando órdenes y rodeándolos por todas partes. Quiso separarse de Leo, pero él no se lo permitió, cosa que la hizo ponerse extremadamente nerviosa.

—¡Suéltame! ¡Tengo que ir con Peter! —chilló tratando de zafarse de su hermano.

—Shhhh...ya cálmate —le dijo Luca mientras la cogía del brazo.

—¡No! ¡Ustedes no lo entienden!

Luca la inmovilizó y le pinchó el brazo. Laura miró la jeringuilla y luego miró a Leo.

—¿Qué me has puesto?

Ninguno de los dos respondió.

—¿¡Qué me pusieron maldita sea!?! —quiso golpear a Luca directamente en la cara, pero la inconsciencia la invadió antes de poder dar siquiera otro paso en la dirección necesitada.

Leo, al ver que el tranquilizante había hecho efecto, cargó a su hermana en sus brazos y miró alrededor. Aquello era un pinche caos de sangre, gente y policías por todas partes. Cuando salieron de allí, encontraron a su padre esposado con otra mujer de pelo rubio y corto, rodeados de policías de asalto.

—¡Papá!

Arturo los vio y lo primero que hizo fue intentar adelantarse para ver qué le había pasado a su hija.

—¿Qué pasó? ¡Laura!

Sus hijos lo ignoraron.

—¡Soltadlo, era un prisionero!

—¡Respondan! ¿Por qué Laura está inconsciente?

—Tuvimos que dormirla, tenía un ataque de nervios bestial por el shock de ver a Peter inconsciente.

—¿Cómo está? —se preocupó Arturo.

Sus hijos bajaron la vista al suelo para evitar mirarlo a la cara y eso solo podía significar una cosa: aquello no pintaba bien, y todo por parar una bala por él. ¿Por qué había hecho semejante estupidez aquel inglés?

La redada a aquella casa en la Colonia Marconi duró hasta bien entrada la madrugada y culminó con la detención de varios miembros de la banda de Miguel Molina, de Arturo Cuevas y de una mujer que, según decían los lacayos de Miguel, era la amante de este. Peter fue trasladado con rapidez al hospital donde entró directamente a la UCI con un agujero de bala en la zona de las costillas. Por fortuna, había orificio de entrada y también de salida,

pero en el transcurso de la trayectoria, habían sido tocados tanto las costillas como un pulmón, por eso mismo estaba en estado grave y con pronóstico reservado.

Hugo no se separó de su amigo en lo que duró su estado crítico, y luego tampoco se fue a casa a descansar, sino que siguió en el hospital, pues Natasha, al enterarse de la gravedad de Peter y de que éste estaba en la UCI en estado crítico, rompió aguas y se adelantó a la fecha de parto dos semanas. Mientras Peter se debatía entre la vida y la muerte, allí, en el hospital de La Paz, en Madrid, Natasha daba a luz a un precioso niño que pesó cuatro kilos y midió cincuenta centímetros, con el mismo pelo moreno de su padre, y los potentes ojos azules de su madre. No podían evitar sentir el momento como algo agrídulce pues, aunque estaban contentos con la llegada de su bebé, no podían evitar pensar que, igual, con la llegada de una nueva vida al mundo, se iba otra. Mientras se acostumbraban al cambio radical de tener una vida a su cargo, se iban turnando para ir a ver a Peter a la UCI y cuidar de Laura, que llevaba sedada desde que se había desplegado el operativo en la Colonia Marconi a causa de una herida de arma blanca por debajo de la axila derecha. Nadie sabía cómo había ocurrido, pero casi le secciona varios tendones y necesitaba descansar para poder recuperar las fuerzas. Definitivamente las necesitaría.

Mientras tanto, Arturo Cuevas se encontraba aún detenido desde hacía poco más de tres días y la policía se negaba a liberarlo. Pedro no paraba de repetirle a Luca y Leo que era por puro procedimiento y porque no dejaba de ser un sujeto buscado por la ley, pero eso no los dejó más tranquilos. Arturo respondía diligentemente a las preguntas que le hacían todos y cada uno de los que iban pasando por allí, y se quedaba más tranquilo cuando era informado del estado de salud tanto de Peter, como de su hija Laura. No podía evitar sentirse culpable, y no podía evitar sentir que todo aquel lío había sido, en parte, por su persona. Si hubiera renunciado al negocio cuando pudo, nada de esto hubiera pasado. La culpa no lo dejaba dormir y, cada noche, antes de que saliera el sol, no podía quitarse de la cabeza el pensamiento de que tenía que haber sido él el que estuviera debatiéndose entre la vida y la muerte, y no Peter.



Laura abrió los ojos lentamente y los volvió a cerrar al sentirse cegada por una luz proveniente del techo. Gimió y se notó la boca seca, trató de mover la mano, pero no pudo, y, finalmente, intentó abrir los ojos, esta vez más lentamente. Abrió primero uno, y cuando vio que no se le cerraban de nuevo, abrió el otro, y se vio rodeada de una blancura inmaculada. Miró alrededor y se dio cuenta de que estaba en una cama de hospital, con tubos y vías conectados a ambos brazos y a su lado había otra cama, pero vacía. Trató de levantarse, pero un mareo la volvió a tumbar de golpe en la cama. Estaba completamente aturdida y no entendía nada. ¿Dónde estaba? ¿Qué había pasado? Fue entonces cuando se quedó petrificada y recordó, con total nitidez, todo lo que había pasado: el secuestro, el intento de violación, la pelea...y el cuerpo de Peter inmóvil en el suelo.

Sintiéndose indefensa comenzó a llorar y a respirar agitadamente ante el recuerdo del cuerpo de Peter sobre un charco de sangre, y sin dar una señal de vida. Una máquina a su lado comenzó a emitir sonidos continuos, y fue entonces cuando un llanto de bebé interrumpió sus pensamientos. Miró a la puerta y una rubia despampanante apareció con un bebé en brazos.

—Oh, estás despierta —dijo sonriéndole. —¿Cómo te encuentras?

Laura observó a la muchacha y decidió, por su acento, que ella tampoco era española. No sabía quién era, así que tampoco pensaba responder a sus preguntas, podría ser cualquiera.

—Disculpa. Soy Natasha, la mujer de Hugo —agarró la mano de su bebé, que ahora lo miraba todo con atención, y lo hizo saludarla. —Y este es Alek, teníamos muchas ganas de conocerte.

De repente las piezas empezaron a encajar en su cabeza. Hugo era el

mejor amigo de Peter, recordaba haber escuchado de él, y también de Natasha. Cuando se percató de que podía confiar en ella, se relajó, suspiró y cerró los ojos.

—Oh, ¿tienes sueño? Te dejamos dormir. Vámonos, *moya lyubov'*.

—¡No! ¡Espera!

Natasha se volvió y la miró con una sonrisa brillante en la cara.

—¿Necesitas algo?

—Perdona. Soy Laura, sé quién eres, Peter me habló de ti. Disculpa mi grosería, pero no sabía si podía confiar en ti.

Ella le acarició el brazo para tranquilizarla.

—No te preocupes, te entiendo perfectamente. Tómate tu tiempo. ¿Cómo te encuentras?

—Como si me hubiera pasado por encima un camión cisterna. Y me duele la axila, que sensación más rara.

—Tenías una pequeña incisión bajo el brazo que no sabemos cómo llegó ahí.

Laura hizo memoria y recordó el momento en el que intentó meterse para que Peter dejara de golpear a Fernando cuando intentó violarla. Fernando intento sacar un pequeño cuchillo para defenderse, y con seguridad, en vez de alcanzar a Peter, la alcanzó a ella...pero no lo había notado hasta ahora.

—No sabía que lo tenía, no será nada grave.

—Nada que un par de puntos no pueda arreglar.

Alek entonces asomó la cabeza de entre los brazos de su madre y la miró fijamente. Aquel bebé tenía los ojos más azules que había visto en su vida y parecían querer decirte algo cuando te miraban. Era super extraño que un bebé te mirara con tal intensidad, y más aún que estuviera tan espabilado.

—Es muy bonito —dijo sin saber qué decir.

—Y muy porculero, porque parece que solo se relaja en brazos de su padre. —hizo un puchero —a la mierda el mito de que los varones son niños de mamá.

Laura comenzó a jugar con sus dedos con nerviosismo temerosa de hacer la pregunta que no paraba de rondarle la cabeza desde que se había despertado, pues temía con toda su alma la respuesta que pudieran darle.

—¿No vas a preguntarme? —dijo Natasha mientras dejaba a su hijo en la cunita al lado de la cama vecina a la suya, pues se había quedado dormido.

—¿Sobre qué?

Natasha sonrió y se sentó a los pies de su cama.

—Sobre Peter.

Y así de fácil comenzó a llorar de nuevo. El simple hecho de pensar en que no volvería a verlo le partía el corazón en dos y le producía un dolor de semejante magnitud que no era capaz de pensar con claridad. Era como si le arrancaran una parte de ella. Natasha le agarró las manos con fuerza y le limpió las lágrimas con un pañuelo con olor a vainilla.

—Relájate. Está vivo.

Aquello la hizo llorar aún más fuerte. Esta vez de alivio.

—Pero no te voy a mentir, está muy grave. La bala atravesó su pecho y no hubo que sacarla, pero le rompió un par de costillas y le alcanzó levemente un pulmón. Ahora está en la unidad de cuidados intensivos, grave pero estable.

Lo único en lo que podía pensar era en que estaba vivo. No había muerto por salvar a su padre y eso la dejó mucho más tranquila. De repente, comenzó a reír al mismo tiempo que lloraba y Natasha la miró como si estuviera completamente loca.

—¿Estás bien?

—Está vivo. Vale, grave, pero está vivo. Estoy segura de que se recuperará y saldrá de esta.

Natasha admiraba la determinación y valentía de aquella chica, pero no estaba tan segura como ella de que Peter se recuperara sin ninguna secuela de aquella herida...los médicos habían tocados los peores escenarios posibles. Estaban al noventa por ciento seguros de que quedaría alguna secuela grave.

—¿Puedo preguntarte el porqué de esa seguridad? —dijo Natasha ladeando la cabeza.

Laura se limpió las lágrimas y le sonrió con una mezcla de entre ilusión y pena a su nueva amiga.

—Porque si no lo traeré de las manos de la muerte a patadas, al muy pendejo.

Natasha prorrumpió en carcajadas y se puso la mano en la boca cuando se dio cuenta de que podía despertar a Alek. Siguió riéndose con Laura a un nivel más bajo con la seguridad de que, aquella chica pequeña, mulata y joven, era justo lo que necesitaba Peter en su vida.



Poco a poco los días fueron pasando y Laura se recuperó del todo a la perfección, quitando los tres puntos que le habían suturado bajo la axila por la herida de arma blanca que le había infringido Fernando. Cuando pudo empezar a caminar se daba paseos con Natasha por el hospital para despejarse y para volver a ganar fuerza en las piernas, pues el reposo absoluto que le había recomendado el médico la había dejado entumecida. Sus hermanos venían casi todos los días a verla y le daban más o menos noticias de su padre. Seguía detenido y su abuelo estaba intentando interceder, pero se había metido la Interpol y ya era un asunto más complicado. Leo y Luca también le contaron la versión de la historia de su madre que les dio Pedro y los tres lloraron juntos por haber estado tan engañados durante toda su vida. Ahora entendía la fijación de su madre por los dientes de león, y no pudo más que llenarse de orgullo al saber que lo llevaba en la piel. A fin de cuentas, todos, de una manera u otra, habían sido víctima de su propio destino y una falta de comunicación brutal, pero aún seguían con la sensación de que algo se les escapaba, y no sabían el qué.

Con respecto a Peter, la primera vez que lo pudo ver desde el cristal de la UCI, le supuso un shock de tal magnitud que Luca tuvo que agarrarla para que no se cayera. Se encontraba postrado en la cama, con tubos y cables por todas partes. Su costado estaba envuelto en vendas que dejaban ver alguna que otra mancha de sangre, por la puñalada, y su pecho igual. Verlo de aquella manera de rompió el corazón. Tenía la boca abierta y un tubo metido a través de la garganta para facilitarle la respiración. La peor parte vino cuando se enteró de que, debido a la gravedad de las heridas, habían tenido que inducirle el coma para que hiciera una cura de descanso, pues decían que

era lo más efectivo en estos casos, además de los expertos cuidados de los médicos. Sus costillas habían soldado bien, pero su pulmón seguía en estado crítico y cada paso era crucial para evitar algún daño mayor. Lloró sola y acompañada, lloró de noche, de día, en la ducha, durante la comida e incluso en sueños. Lloró de pena por él, de dolor por lo que tenía que pasar, y lloró porque la culpabilidad no la dejaba dormir. Si Peter estaba así era solamente por su culpa.

Cuando por fin trasladaron a Peter a otra habitación y empezó a recibir visitas, Hugo pidió que solo dejaran pasar a Laura, a él mismo y a Natasha, aparte, por supuesto, de la madre y la hermana de Peter, Aileen, que habían venido desde Brighton en cuanto se enteraron de todo. Aileen, además, trabajaba para la Interpol y le habían asignado el caso de los cárteles de la droga de Bogotá en el que se acusaba a Arturo de un delito contra la salud pública, asesinato y demás cargos que no recordaba, así que mató dos pájaros de un tiro. Trabajaba, y cuando no era necesario, pasaba tiempo con su hermano y su cuñada que, aunque a priori no le gustó, resultó ser la hija del mismísimo Arturo Cuevas. Sus razones tendría Peter para haber tomado una decisión así. Lo que sí podía afirmar era que la muchacha estaba con él contra viento y marea, pues no se movía de su lado.

Laura pasaba todo el tiempo que le permitían las enfermeras con Peter cogiéndole la mano, hablándole o simplemente en silencio, haciéndole compañía. Habían dejado de forzarle el coma inducido y estaban a la espera de que despertara por sus propios medios. Laura, para animarlo, le contaba historias graciosas y lo amenazaba con patearle el culo si no despertaba, para luego llorar al darse cuenta de que los días pasaban y Peter seguía sin despertar.

Con la esperanza cada vez más menguante, un día se encontraba tumbada en la cama a su lado, amenazándole de nuevo con patearle las bolas e ir a buscarlo a través del camino de la muerte, cuando notó una mano en su trasero que le apretó levemente uno de los cachetes. Laura se miró el culo y después miró a Peter, que la miró con los ojos entrecerrados y le sonrió, sin poder decirle nada más.

Laura saltó de la cama y empezó a agitar las manos quedándose completamente muda. No le salían las palabras. Llevaba semanas esperando ese momento y no sabía cómo reaccionar en el instante más indicado. Peter, con ganas de cachondeo después de todo lo que había pasado semanas atrás,

la imitó como si de un espejo se tratara.

—No vas a darme un beso de bienvenida a los vivos ¿o sigues queriendo patearme las bolas? —dijo haciendo una mueca al hablar.

Laura gritó sin medir el nivel de decibelios ni que estuviera en un hospital y lo abrazó, rompiendo a llorar de nuevo, por si no hubiera llorado ya suficiente. Los médicos, Hugo y Natasha acudieron a aquel grito, temiéndose lo peor, y se quedaron completamente perplejos a ver que Peter estaba totalmente despierto, y Laura lloraba en su hombro. Natasha miró a Hugo haciendo un puchero y se echó a llorar de alivio en su hombro. Él abrazó a su mujer y le sonrió a su amigo desde fuera, que le hizo un saludo militar, como siempre, burlándose de él. Aquel inglés, ni aún en estado crítico, podía ser serio con nada.



Pasaron quince días más y Peter se encontraba perfectamente. El único problema era que todo el puto mundo lo trataba como si estuviera inválido y el médico no le dejaba levantarse todavía, solo dar pequeños paseos pasillo arriba y pasillo abajo, una vez al día máximo. Estaba ya hasta los cojones de estar tumbado y necesitaba ponerse a averiguar qué es lo que había pasado al final con Molina y el resto. Sabía por Laura que Arturo estaba detenido y que la Interpol se había metido por medio del caso, lo que hacía difícil para Pedro meter la mano para liberar al padre de Laura. Hablando del rey de Roma, su preciosa colombianita acababa de hacer acto de presencia en su habitación con un café y bollos, aunque el único bollo al que él tenía ganas de hincarle el diente no era la napolitana de chocolate que llevaba en las manos. Cada día estaba más guapa y era más imprescindible en su vida. Apenas recordaba como era su vida antes de que Laura apareciera, pero tampoco se quería parar mucho a pensarlo, porque era tan insulso que no merecía la pena perder ese tiempo tan valioso. Ella le sonrió cuando entró y cerró la puerta.

—Cierra el pestillo —le dijo él desde la cama, haciéndose el desvalido.

—¿Estás bien? —preguntó ella preocupada.

—Sí, solo quiero desayunar tranquilo sin gente viéndome comer y sin preocuparme de si se me ven los huevos por debajo de la bata del hospital.

Laura soltó una carcajada y negó con la cabeza, poniendo el café sobre la mesa.

—La gente no hace eso, ni te creas tan chulo^[52].

Se sentó como siempre en la cama y Peter se hizo a un lado para que pudiera recostarse con él. Le encantaba pasar horas así con ella, es algo que no cambiaría por nada del mundo. Laura, preocupada por la mala cara que tenía Peter, se inclinó hacia delante, preocupada de que algo saliera mal.

—¿Seguro estás bien? —dijo apartándole el pelo de la frente, preocupada.

—La verdad es que no.

—¿Qué pasa?

—Que estoy hasta las pelotas de estar aquí tumbado, ya puedo moverme, mis heridas están bien y aquí me tratan como a un niño, me quiero ir —dijo Peter frunciendo los labios y cruzando los brazos.

Laura se rio y le pellizcó la mejilla.

—No seas crío.

Él la miró ofendido, y de un solo movimiento, tiró de ella y la sentó encima de él a horcajadas, y dejó las manos descansando en sus caderas.

—Aquí la jovencita es usted, señorita.

—¿Ah sí? —Dijo ella moviéndose un poco, frotándose contra él.

—Y encima una mala —dijo apretándola contra su creciente erección.

—Es culpa tuya, me pones mal.

—Tú sí que me pones mal, pinche intensa —le dijo imitando su acento.

Ella se carcajeó y bajó su boca hasta la de él, dándole un beso que, empezó siendo suave y tierno, y acabo por volverse demasiado pasional. Ambos se buscaban con la lengua en la boca del otro con desesperación mientras Peter subía las manos por debajo de la camiseta de Laura. Ella gimió ante el contacto de sus manos en su piel y rompió el beso.

—No podemos...

Peter enarcó la ceja y siguió subiendo las manos hasta sus pechos, cubiertos por un minúsculo sujetador de encaje.

—¿No podemos qué? —dijo apartando la tela del sostén y cogiendo uno de sus pezones entre los dedos, para estimularlo.

—Peter...

—¿Mmmm? —dijo él echándose hacia delante para plantar sus labios en

aquel arrugado pico.

—Dios... —gimió ella mientras se dejaba hacer.

Sin poder evitarlo, comenzó a moverse sobre su erección mientras él se recreaba con su pezón, para luego pasar al otro. Trató de ser silenciosa, pero había echado tanto de menos el toque de sus manos, que aquello le sabía a gloria.

—Peter...

—Shhhh...no digas nada. Estoy bien —dijo él desabrochándole el botón de los shorts.

¿Para qué resistirse? Él parecía estar bien por la erección que podía notar frotándose contra sus partes más íntimas, y ella se moría por volver a sentirse conectada con él, así que se dejó hacer, se quitó los shorts y los lanzó a un lado de la habitación junto con su camiseta.

Peter metió entonces la mano dentro de sus braguitas solo para gemir de puro gusto al notar que ella estaba completamente mojada y dispuesta para él. Dios, definitivamente, hoy no se iba a escapar. Comenzó a tocarla lentamente, volviéndola loca y metió un dedo en su interior mientras que con otro le frotaba aquel botón hinchado por la excitación. Laura lo besó para ahogar un gemido que escapó de sus labios y a él le volvió loco. Parecía tan lejano el día que estuvieron juntos, que no pensaba que durara mucho, y, para ser sinceros, solo quería sentirlo duro y fuerte en su interior, aunque no pudiera ser con la intensidad que ella quería. Ella le levantó la bata, miró su erección e hizo amago de quitarse de encima para darle un poco más de atención, pero Peter la frenó, con los ojos brillantes y la respiración agitada.

—No, ven aquí.

Le hizo la tela de las bragas a un lado y se introdujo en ella de un solo empujón, haciéndolos gritar a ambos. Laura le mordió el hombro, presa de una excitación como nunca y comenzó a moverse poco a poco.

—Dios...cómo te he extrañado, pinche bolillo^[53].

Peter sonrió acompasando sus movimientos con estocadas de sus caderas, encontrándose con ella a mitad de camino, y notando como ella se contraía alrededor de su miembro, volviéndolo loco.

—Me encanta que me digas cosas guarras.

—A mí me gusta más que me las hagas.

Ella entonces comenzó a moverse cada vez más rápido, frotándose contra él al tiempo que lo montaba. Tenía la vista nublada y el deseo la estaba

volviendo loca. Peter la apretaba las caderas con fuerza mientras se introducía en ella sin parar, cada vez más rápido, notando como iba tensándose a medida que el orgasmo lo alcanzaba. Ella siguió montándolo con rapidez, lo abrazó y le volvió a morder el hombro cuando notó que un orgasmo brutal la barría por completo. Peter se vació en ella con una última embestida y le apretó las caderas con fuerza, como si así pudiera retenerla más tiempo. Metió la cabeza en su cuello cuando acabó y ambos se quedaron en silencio durante unos placenteros y tranquilos minutos, hasta que alguien llamó a la puerta de la habitación.

—Voy a matar a quien quiera que esté al otro lado de esa puerta.

—Déjate de mariconadas y abre, no quiero ni saber por qué tienes el seguro echado —dijo la voz de Hugo desde el otro lado.

—Vamos, cariño, suma dos más dos —se escuchó a Natasha divertida.

Laura se tapó la cara con las manos muerta de vergüenza.

—Solo te voy a abrir si vienes con mi sobrino.

Una risa de bebé se escuchó desde el exterior, como respondiéndole.

—Yo voy —dijo Laura bajándose de encima de Peter, recomponiéndose, y ayudándolo a taparse.

Peter le cogió la mano antes de que fuera a abrir y la miró a los ojos.

—Por si no te lo he dicho antes: te quiero, te amo. Todos los verbos que se puedan usar para expresar amor se van a quedar siempre cortos para expresarte todo lo que siento por ti.

Laura sonrió, le dio un beso en los labios, y antes de que las lágrimas traicioneras se derramaran por sus ojos, se volteó y dijo, de camino a la puerta.

—Lo sé.

Peter enarcó una ceja y luego soltó una risotada cuando ella se volvió y dijo mientras giraba el pomo de la puerta:

—*I love you too.*^[54]



Llegó el día en que Peter recibió el alta y allí lo esperaban, además de Laura, Hugo y Natasha, sus cuñados, Pedro Alsina, Carlos Martínez y Rafael Soler. Él sonrió al sentirse tan arropado y se sintió agradecido por tener a tanta gente que se preocupaba por él.

—¿Cómo vas? —le preguntó Carlos.

—He visto días mejores, *boss*^[55], pero estoy bien. Tranquilo por haber hecho lo correcto.

Leo le dio un golpe en el omóplato con la mano abierta que casi lo deja sin respiración.

—¡Ya no seas bienqueda! —y se puso serio al punto —luca, Laura y yo te agradecemos mucho que te interpusieras entre esa bala y nuestro padre, él, posiblemente, no lo hubiera superado debido a su edad.

Rascándose la nuca, incómodo por la atención, sonrió y asintió con la cabeza, como para restarle importancia.

—¿Dónde está?

Fue Pedro quien le respondió:

—Sigue detenido. Estoy intentando hacer todo lo que puedo para intervenir. A fin de cuentas, solo nos ayudó a cerrar el operativo.

—¿Y no lo va a meter eso en un problema?

Pedro sonrió y puso los ojos en blanco.

—Me trae sin cuidado.

—¿Ah sí? —dijo Rafa.

—Exacto.

—¿Cómo así? —preguntó Luca curioso.

Pedro se cruzó de brazos y alternó la mirada entre los allí presentes.

—Al final del día, sois mi familia y lo único que me queda de mi hija Ágata, y no quiero que pase lo mismo que pasó hace casi treinta años, en la que todo se confunde por una falta de comunicación y una mala gestión.

Laura sonrió y se abrazó a él.

—Tengo una deuda de sangre con Arturo Cuevas porque, aunque me quitó, —hizo el signo de las comillas con los dedos —a mi hija, también me ha dado aquello que siempre he echado de menos desde que ella no está. — miró a Leo, Luca y Laura. —Una familia.

Peter sonrió y asintió en acuerdo con lo que Pedro acababa de decir. Laura le había contado la historia de principio a fin y ahora, con el tiempo, era capaz de entender un poco más las razones y las motivaciones que tenía Pedro Alsina antes de que el caso tomara el rumbo que había tomado.

—Bueno, ¿nos vamos? —dijo Peter.

Nadie se movió del sitio y él se quedó extrañado. Aquello no tenía buena pinta. Miró a Hugo, que estaba demasiado serio para él, y luego a Laura, que evitaba su mirada.

—Dios mío, ¿ahora qué?

—Verás... —empezó Laura.

Hugo se adelantó y apoyó el brazo en el hombro de Peter.

—Déjame a mí, esto es mejor hacerlo rápido. ¿Recuerdas que te dijimos que la Interpol había intervenido en el caso de los Cuevas?

—Sí.

—Bien, ¿adivina quién es el agente asignado al caso?

Peter lo miró extrañado.

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—Seguro que te suena el nombre...Aileen Fitzpatrick.



Epílogo

Arturo llevaba contados todos y cada uno de los días que había pasado allí encerrado. Hoy hacía exactamente treinta y un días que lo habían detenido, y el tema no tenía pinta de mejorar. Había escuchado por Pedro que la Interpol había intervenido y que tenía un poco las manos atadas, pero gracias a él dormía cómodo y no pasaba frío, cosa que agradecía con creces. Sabía que se merecía la posición en la que estaba, así que tampoco luchó mucho contra ella. Es más, se sentía por primera vez en años en paz, pues por fin todo estaba en su lugar.

El alguacil que estaba de guardia ese día lo dirigió hasta una sala de interrogatorios donde, por primera vez en un mes, no estaba solo, sino que también estaba la mujer que estaba con Miguel Molina. ¿Amara? ¿Armenia? No ¡Amelia! ¿Qué hacía ella allí? De repente recordó que ella también había sido detenida al mismo tiempo que él y que lo último que vio, fue, a esta misma mujer disparando un arma en dirección a Miguel Molina y alcanzándolo en algún lugar cerca de los ojos. ¿No estaba con Miguel? ¿Por qué le había disparado entonces?

Ella lo miró con atención y puso la vista al frente, ignorándolo. Después de Arturo entró la agente que había mandado la Interpol a lidiar con él, seguida de Pedro Alsina, Carlos Martínez, Rafael Soler y Peter. Espera. ¿Qué hacía Peter aquí?

—Buenos días, Arturo —saludó Pedro.

—Y a usted también, señorita Amelia —dijo Aileen.

Arturo se quedó sin habla y los miró durante unos segundos sin entender

nada. Se dirigió a Peter primero:

—¿Cómo estás?

Él le sonrió.

—Bicho malo nunca muere, suegro. —y le guiñó un ojo.

Amelia, a su lado, resopló, previniendo lo que se venía. Una sesión intensiva de lamida de culo en su máximo esplendor.

—¿Le pasa algo? —preguntó Aileen seria.

Amelia la miró con asco y achicó los ojos.

—Ya he dicho que no voy a hablar hasta que no venga mi contacto.

—¿Cuál contacto? —quiso saber Arturo.

—Eso no te importa —respondió Amelia secamente.

Aileen entonces intervino cortando la diatriba de Amelia.

—¿Sabe lo que sí importa? Que no existe ninguna Amelia con sus apellidos en la base de datos ni de España, ni del Reino Unido, ni de Estados Unidos, de donde usted ha asegurado que viene.

—¿Ha venido mi contacto?

—Aileen espera. —intervino Peter. Miró a Arturo, que le cuestionaba con la mirada como era que aquella agente le hacía caso tan fácilmente —aileen es mi hermana mayor.

—No —dijo ella molesta. —Te encanta recordar a todo el *fucking*^[56] mundo que soy más mayor que tú, *you brat*.^[57]

—Las mujeres son como el vino, mejoran con los años. —intervino Rafael Soler, dedicándole una mirada seductora a Aileen, que le devolvió el gesto con el ceño fruncido y ganas de golpearlo.

—¿Y usted es?

Antes de que Rafael pudiera intervenir, una mujer entró en tromba en la sala de interrogatorios. Era una mujer de unos cuarenta años, de estatura baja, pelirroja y una cara de querer matarlos a todos.

—*How dare you!*^[58] —le gritó al alguacil.

—Señora, tiene que esperar a ser anunciada y que se apruebe su presencia en el interrogatorio.

—¡Y un pollo! —gritó ella.

Todos se quedaron mirándola como si tuviera un monigote pintado en la cara y una risa escapó de uno de los presentes.

—*Excuse me?*^[59] ¿Le han contado un chiste?

Carlos Martínez dejó de reírse al punto al darse cuenta de que todos los ojos de la sala estaban posados en él.

—¿Qué? Me ha hecho gracia, ha querido decir “una polla” y su intento de ser grosera ha quedado en un total y completo ridículo. Aprenda español.

La pelirroja abrió la boca para responder, pero entonces se percató de la presencia femenina al lado de Arturo, y simplemente lo ignoró.

—¡Amelia! ¿Estás bien? *Sorry*, no he podido llegar antes, no me han dado permiso de la oficina hasta ahora. Perdóname.

Amelia sonrió y bufó ante la vista de su amiga.

—A buenas horas...

—Lo siento.

—¿Hola? ¿Quién es usted y por qué entra en mi comisaría como si fuera suya? —preguntó Pedro cada vez más enfadado.

—Discúlpeme, me presento: mi nombre es Marnie Johnson, agente especial del FBI^[60] encargada de las operaciones encubierta fuera de Estados Unidos.

Todos quedaron en silencio ante la afirmación de la tal Marnie. Ahora, por si no hubiera suficiente gente involucrada en aquel caso, también lo estaba el FBI. El momento quedó roto de nuevo por la voz aguda de la señorita Marnie Johnson.

—¿Y por qué estás detenida?

—Porque han descubierto mi tapadera.

—*I knew it!*^[61] —gritó Aileen.

—¿Qué tapadera? —preguntó Pedro, cada vez entendiendo menos.

Amelia se levantó de la silla en la que estaba y los miró uno por uno antes de suspirar y detener sus ojos en los de Marnie, como pidiéndole permiso para algo. La pelirroja asintió y Amelia suspiró con tranquilidad. Ya iba siendo hora. Con paciencia, se quitó la peluca rubia de pelo corto que llevaba para desvelar una melena ondulada de color negro intenso, se quitó las gafas y, seguidamente, las lentes de contactos color miel, descubriendo ahora un par de ojos verdes que eran de otro mundo. Sacudió la cabeza para colocarse el pelo y miró a Pedro Alsina directamente, para luego posar su vista en Arturo, que estaba en completo shock ante la visión que tenía delante.

—En realidad, sí que me llamo Amelia, pero mi nombre debería haber sido Amelia Alsina.

El silencio en aquella habitación se podía cortar con un cuchillo.

—Soy la hermana gemela de Ágata Alsina y, sé que esta noticia os va a parecer increíble, pero ella, Ágata, está viva.



Agradecimientos

Hoy, a día once de agosto de 2019, pongo punto a final a una historia que empecé hace ya varios años, concretamente tres, pero que ahora he resucitado. Esta es la segunda parte de la trilogía *Destinos Cruzados* y es una historia que me ha hecho reír, llorar y emocionarme a partes iguales. No puedo evitar sentir nostalgia ante el hecho de haberle puesto punto final a esta historia, pues al final acabas cogiéndole cariño a los personajes, pero es el ciclo de la vida del escritor.

Gracias a todos los que me han ayudado con la documentación del libro, amigos policías, residentes en Madrid y amigos residentes o con conexión con Colombia. Gracias a Salima por ayudarme con la jerga colombiana y a su familia por ser una fuente inagotable de vocabulario latino, me ha encantado saber un poco más del tema. Gracias a Johana y Almudena por leerse *Sueños Rotos* en tiempo récord y darme ánimos, sin saberlo, para continuar con esta trilogía de temática tan complicada. Gracias a mi madre, mi tía Paqui y mi mejor amigo, Yu (aka skinny bish), por ser mis lectores cero y decirme cuándo algo era bueno o cuando algo era una mierda, la verdad es que se agradece contar con personas que sabes que no te van a dorar la píldora, y yo lo valoro muchísimo. Gracias por supuesto a Roma García, encargada de la maquetación y la portada, y siempre acertada a la hora de ponerle cara a mis ideas, eres la mejor.

Por último, y no menos importante. Gracias a ti, lector, que has llegado hasta aquí, bien porque te gustó esta novela, o bien porque estás siguiendo la trilogía y te gusta cómo se va desarrollando todo este entramado de misterios y sorpresas.

Si te ha gustado mi novela, no olvides calificarla en Amazon con el número de estrellas que consideres conveniente, las opiniones siempre nos ayudan a nutrirnos y a seguir escribiendo. Y también, si quieres hablar conmigo directamente, puedes contactarme a través de cualquiera de mis redes sociales, como @macasoleralba en Instagram y Twitter y Maca SA (@macasoleralbaescritora) en Facebook. Me encanta hablar con mis lectores y escuchar toda la diversidad de opiniones que se tengan para darme. También podéis seguir leyéndome, si no lo habéis hecho ya, en mi novela juvenil paranormal titulada *Entre Dos Mundos*, donde Jackie, una chica francesa de 1914 es absorbida por la lente de una cámara fotográfica y viaja cien años al futuro, entre otras cosas.

Sin más dilación, me despido repitiendo mi agradecimiento total por tomaros tiempo para leer mi novela y con la ilusión y esperanza de veros en la tercera y última parte de la trilogía de Destinos Cruzados, en la que cruzamos el charco y nos vamos a los Estados Unidos...entre otros lugares.

Maca.

[1] Insulto colombiano equivalente al castellano idiota (N.A)

[2] Insulto colombiano equivalente al castellano gilipollas. (N.A)

[3] En inglés “hijo de puta” (N.T)

[4] En inglés “Eso no es asunto tuyo, gilipollas” (N.T)

[5] En inglés “Que te den, capullo” (N.T)

[6] En inglés “¿De verdad? Vigila tus palabras antes de hablar caballerito. Somos colombianos, y hablamos español, pero nuestra segunda lengua es el inglés, solo para que lo sepas...” (N.T)

[7] Siglas de: Unidad de Droga y Crimen Organizado (Cuerpo de Policía Nacional)

[8] Adorno de pelo que puede tener distintas formas y colores. También comúnmente llamado horquilla o pasador.

[9] Coger, pillar (N.A)

[10] Echar, despedir (N.A)

[11] Se le llama mucama en Colombia y algunas otras partes de América latina a la mujer o chica que se ocupa del cuidado de los niños de la casa.

[12] En inglés: Maldita sea

[13] Cachar en jerga colombiana viene a ser el equivalente en castellano al verbo “pillar”

[14] Maleta de viaje con ruedas.

[15] “Platicar” en jerga colombiana viene a ser sinónimo de hablar o charlar.

[16] “Churro” es sinónimo de guapo en Colombia.

[17] La **bandeja paisa** es un plato herbolario también conocido como *bandeja de arriero* o *bandeja montañera*, típico de la Cocina antioqueña compuesto por arroz, frijol, carne, algo

de frito y plátano, y acompañado por arepa (pan).

[18] En inglés: ¡Qué asco de vida! O ¡Me cago en mi vida!

[19] En inglés: Oh Dios, me estás matando.

[20] “Esta es la parte de mí que nunca vas a poder llevarte de mí...” (N.A)

[21] “Me pierdo en el tiempo cuando pienso en tu cara. Solo dios sabe por qué me está llevando tanto tiempo dejar que mis dudas se vayan...tú eres todo lo que quiero.” (N.A)

[22] “Te reto a que me dejes ser tu una y única, te prometo que merezco la pena para estar entre tus brazos. Así que ven y dame una oportunidad para probar que puedo ser la que camine una milla contigo antes de que el final comience...” (N.A)

[23] Un barista es el profesional especializado en el café de alta calidad, que trabaja creando nuevas y diferentes bebidas basadas en él, usando varios tipos de leches, esencias y licores, entre otros. También es el responsable de la presentación de las bebidas y puede complementar su trabajo con arte del latte. (N.A)

[24] Frappuccino es una marca registrada de bebidas de café o té congelados vendidos por la cadena de café Starbucks.

[25] Dícese de, cuando en un vuelo comercial, se han vendido más billetes que asientos hay en el avión. Proviene del inglés *over* (por encima) y *booking* (reservar) (N.A)

[26] El café expreso (también llamado café exprés, express, espresso o solo) es una forma de preparación de café originada en Italia.1 Debe su término a la obtención de esta bebida a través de una cafetera expreso. Se caracteriza por su rápida preparación y por un sabor y textura más concentrados.

[27] Reanimación cardiopulmonar.

[28] Lanza un reto.

[29] Se utiliza en el Reino Unido como un anestésico dental y en ungüentos de primeros auxilios, como los aerosoles de garganta y remedios de quemaduras de sol.

[30] La procaína es un fármaco que bloquea la conducción nerviosa, previniendo el inicio y la propagación del impulso nervioso. Por esta característica se le confiere la capacidad de actuar como un anestésico local y generalmente es utilizada para combinarla con otros medicamentos.

[31] La fenacetina es un fármaco que se empleó como analgésico y antipirético en medicina humana y veterinaria durante muchos años. Se introdujo en terapia en 1887 y se utilizó ampliamente en productos de combinación de analgésicos hasta que estuvo implicado en enfermedades renales debido al abuso de analgésicos.

[32] El levamisol se utilizó originalmente como antihelmíntico para el tratamiento de las infestaciones de gusanos en seres humanos y animales. La mayoría de los preparados comerciales actuales son de uso veterinario como desparasitante en el ganado vacuno, cerdos y ovejas.

[33] El vidrio esmerilado, también denominado vidrio opacado, se consigue puliendo o deslustrando el vidrio claro con esmeril u otra sustancia. Tiene el efecto de hacer el cristal traslúcido, o sea, permite la dispersión de la luz, pero no deja ver nítidamente las imágenes.

[34] Maldita sea en inglés (N.A)

[35] Puto gilipollas en inglés (N.A)

[36] Mi amor en ruso. En cirílico: моя любовь (N.A)

[37] Cielo en ruso. En cirílico: небо (N.A)

[38] En el año 2008 el Ministerio del Interior aprobó la compra a Heckler & Koch de 8 206 pistolas USP Compact 9 mm Parabellum por un precio de 407 euros la unidad para sustituir las STAR 28PK en servicio con la Policía Nacional. Es empleada también por el Grupo de Operaciones

Especiales (GEO).

[39] Persona tonta o que no piensa rápidamente.

[40] Persona con actitud rebelde.

[41] Hablar mucho sin decir nada. Decir trivialidades y mentiras.

[42] *Upgrade* en inglés significa subir de nivel, subir de categoría. (Leído “apgreid”) (N.A)

[43] Dícese de las pistolas de bolsillo que caben en casi cualquier parte. El nombre viene del inglés pocket (bolsillo) y gun (pistola) (N.A)

[44] Dícese en Colombia de aquella persona molesta e insoportable.

[45] Dícese en Colombia de una niña.

[46] Windmill significa molino en inglés, es un juego de palabras con el apellido de Miguel, que es Molina.

[47] Dícese en Colombia de una persona presumida.

[48] Dícese en Colombia de una persona tonta o estúpida.

[49] Dícese en Colombia de una persona tonta o estúpida.

[50] Dícese en Colombia de estar equivocado.

[51] El Grupo Especial de Operaciones (GEO), conocido popularmente como el GEO, es la unidad de élite del Cuerpo Nacional de Policía de España especializada en operaciones de alto riesgo.

[52] Dícese en Colombia de una persona guapa, bella.

[53] Dícese en Colombia de un policía.

[54] Yo también te quiero, en inglés (N.A)

[55] Jefe en inglés (N.A)

[56] Puto, en inglés (N.A)

[57] Niñato, en inglés (N.A)

[58] Cómo te atreves, en inglés (N.A)

[59] ¿Perdón?, en inglés (N.A)

[60] El Buró Federal de Investigaciones (en inglés, Federal Bureau of Investigation; FBI), es la principal agencia de investigación criminal del Departamento de Justicia de Estados Unidos.

[61] Lo sabía, en inglés (N.A)